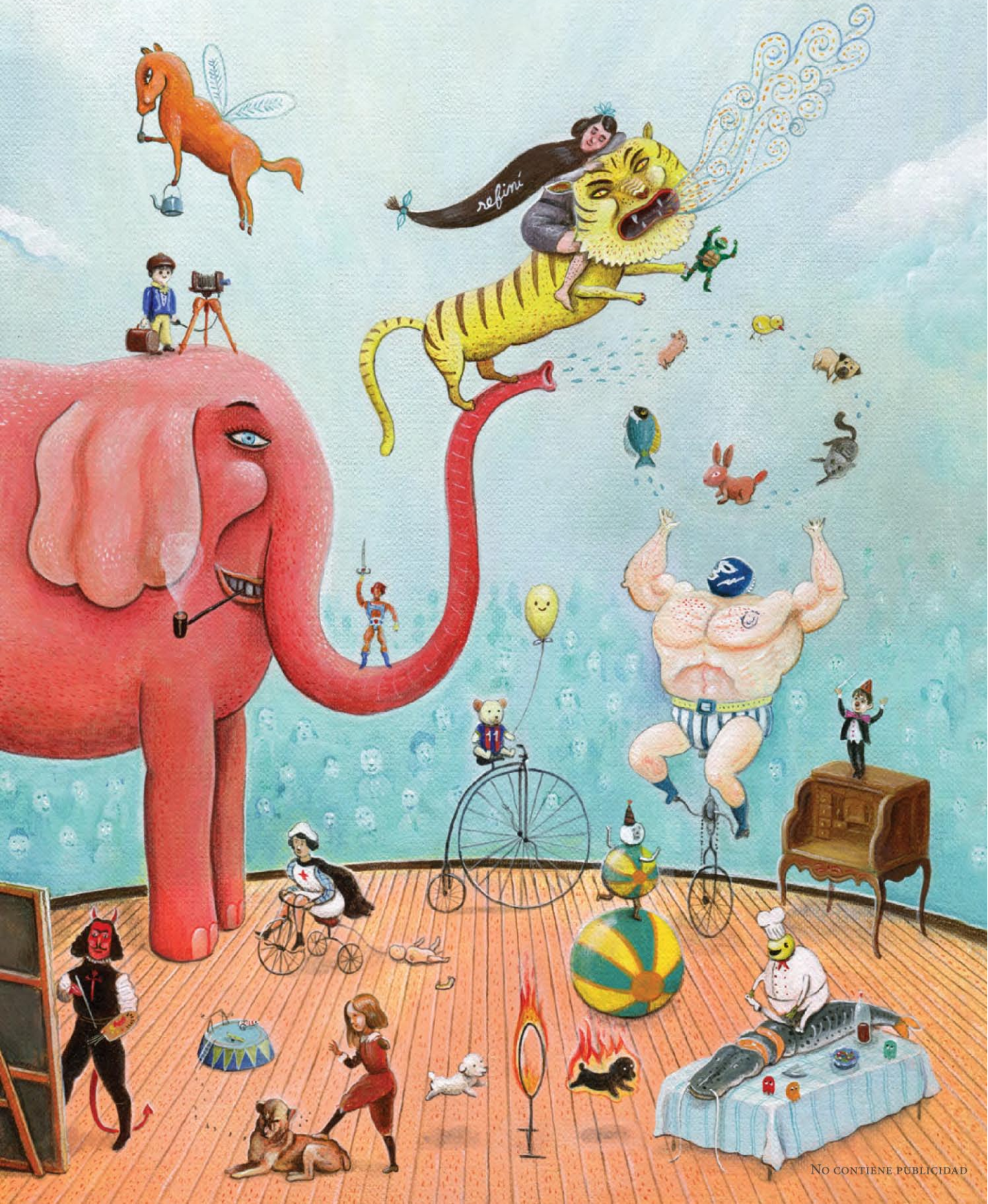
Orsai

En noviembre entrega doble y en diciembre sefiní | año 2012 | número 10



No contiene publicidad

BATMAN & RODIN
MONTT

EDITORIAL **Gracias a ellos**

La revista *El Péndulo* fue una publicación argentina dirigida por un español. Ciencia ficción, terror e historieta. Duró quince números. Con Chiri la conocimos en su tercera época, de 1986 a 1987, pero llegamos a conseguir algunos ejemplares de la primera, 1981 y 1982. La dirigió el escritor y traductor coruñés Marcial Souto. La revista dejó de editarse por falta de publicidad. Hace unos meses Marcial Souto me llamó por teléfono; me dijo que en los últimos años había perdido la fe en los medios culturales, y que cuando descubrió Orsai supo que no estaba todo perdido. El piropo me hizo temblar las piernas al teléfono, y quedamos en que durante 2013 haríamos cosas juntos.

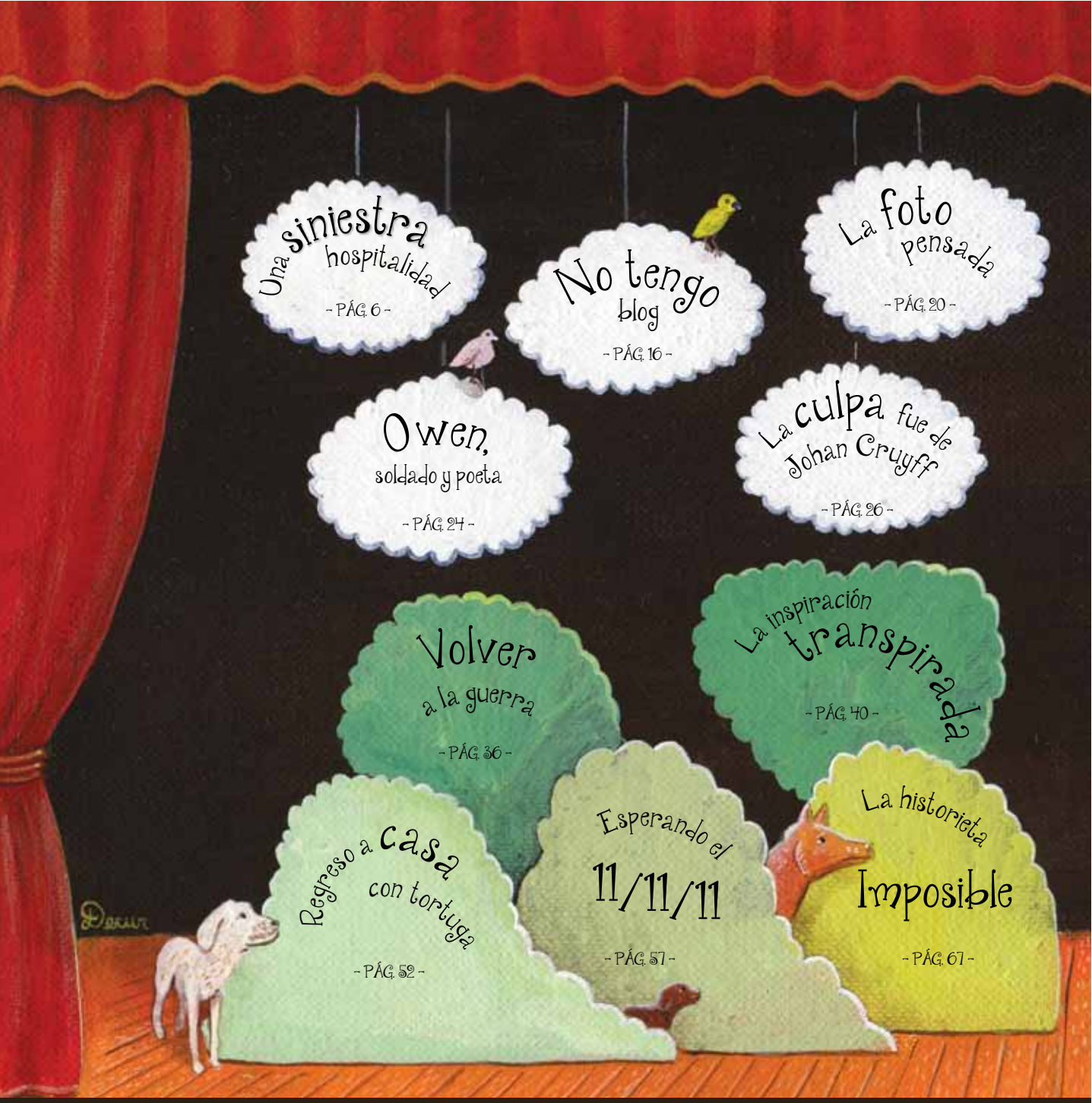
La revista *Co & Co* fue una publicación española dirigida por un argentino. Duró doce números. Nos costaba muchas caminatas conseguirla en Buenos Aires a mediados de los noventa, pero de alguna forma siempre la encontramos. Literatura, historieta, jazz y política. Y aunque estaba hecha en Barcelona, se notaba mucho la mano argentina de su editor, Héctor Chimirri, y de su director gráfico, Horacio Altuna. La revista dejó de editarse por problemas económicos. El otro día, en una sobremesa en su casa, Horacio Altuna nos dijo que siente a Orsai como una segunda oportunidad.

La revista *Puro Cuento* fue una publicación de relatos que apareció entre 1986 y 1992, exactamente cuando más necesitados estuvimos de lecturas bien recomendadas. Devoramos cada número, conocimos infinidad de escritores y nos pegó en el estómago el editorial de su director, Mempo Giardinelli, con las explicaciones del cierre. Hace un par de meses, en el Chaco, Mempo me contó en detalle las razones de la quiebra: "Nadie nos ponía un anuncio, nos costaba mucho todo lo que hacíamos, a mí me costó mi casa", me dijo. "Ojalá hubiésemos tenido la polenta que veo ahora en Orsai."

La revista *Cerdos & Peces* nació como suplemento cultural de *El Porteño*, pero se convirtió en revista en 1983 y siguió viva hasta 1998. Tuvimos mucha suerte en pasar la adolescencia justo en esa época: los quioscos estaban llenos de maravillas. A la *Cerdos* la dirigía Enrique Symns, y su temática era tan adelantada que fue clausurada tres veces por Alfonsín, en plena democracia. La revista dejó de editarse por falta de publicidad. Este año recibimos un correo de Symns, en respuesta a una conversación que Chiri y yo tuvimos en una sobremesa publicada en la N6; Enrique se ponía a nuestra disposición para escribir en Orsai. Nos gustó tanto lo que escribió en la N8, que le propusimos seguir con nosotros el año que viene.

No sé exactamente por qué estoy enumerando estas conexiones. Quizá porque es la manera más natural de compartir con ustedes que acabamos de cumplir dos años, que llegamos a la edición número diez sin problemas económicos ni sufrir caídas en la pauta publicitaria, y con ganas de seguir otro año más si ustedes quieren. Nuestro objetivo es el mismo del primer día: divertirnos hasta que ustedes digan basta, o hasta que nosotros nos aburramos. Lo que pase primero. Pero sobre todo nos gustaría que, dentro de algún tiempo, pueda decirse que Orsai nació como desprendimiento de un blog, en enero de 2011. Que se dedicó a la crónica narrativa, la literatura y la historieta. Que la editaban dos amigos mercedinos influenciados por el trabajo de Marcial Souto, Mempo Giardinelli, Horacio Altuna, Enrique Symns y muchos otros maestros que les enseñaron a leer revistas, y a hacer revistas, con inmenso placer. Y que al final diga: Orsai no dejó de editarse por falta de publicidad, sino porque ya era hora. ◣

Hernán Casciari



Sumario

PÁG. 6 / Una siniestra hospitalidad
Enrique Symns reincide con otra historia autobiográfica, a pedido del público. Esta vez relata sus periplos toxicómanos por diversos hospitales. Lo ilustra Bernatene.

PÁG. 16 / No tengo blog
A Manel Fontdevila le daría terror tener que salir a cenar con otro igualito que él, porque el aburrimiento sería mortal. Lo cuenta, y lo dibuja, muerto de miedo.

PÁG. 20 / La foto pensada
Andreu Buenafuente abrió un día su página en Wikipedia y vio todo lo que había hecho en su vida. Le pareció deprimente, porque lo que más le gusta en el mundo es dormir.

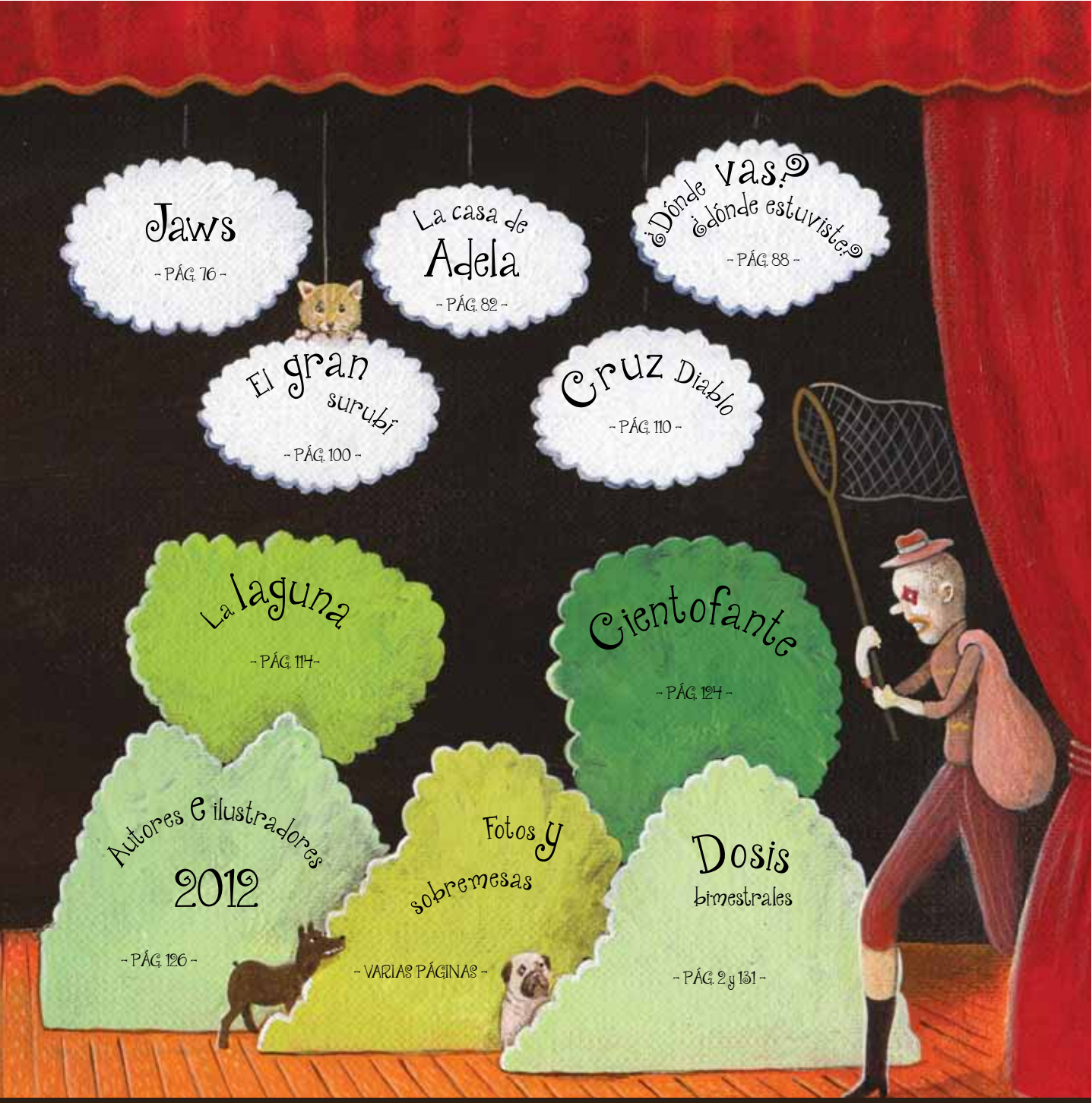
PÁG. 24 / Owen, poeta y soldado
La madrugada del 4 de noviembre de 1918, el subteniente Wilfred Owen, poeta británico de veinticinco años, tuvo una misión. Y Miguel Rep nos dice exactamente cuál.

PÁG. 26 / La culpa fue de Johan Cruyff
España y Holanda jugaron la final de Sudáfrica 2010. De los jugadores que pisaron el césped, catorce crecieron con las enseñanzas de Cruyff. Nos lo cuenta Simon Kuper.

PÁG. 36 / Volver a la guerra
Si alguien pensaba que el hombre se hace adulto cuando muere el padre, Gonzalo Garcés nos revela la existencia de una epidemia brutal: los adolescentes eternos.

PÁG. 40 / La inspiración transpirada
¿Cómo se le ocurren las historias a Leila Guerriero, una de las mejores cronistas narrativas de nuestra época? La pregunta es breve y parece simple. La respuesta es un placer.

PÁG. 52 / Regreso a casa con tortuga
Junot Díaz nació en República Dominicana pero vive en Estados Unidos desde los siete años. Un día, ya grande, volvió a "su hogar". Pero ya no era lo mismo.



PÁG. 57 / Esperando el 11.11.11
Para la mayoría, el once es la primera cifra que no podemos contar con los dedos. Para Gabriela Wiener es una obsesión que la acompaña y, creemos, la trastorna.

PÁG. 67 / La historieta imposible
"En un gran avión de aluminio" es la despedida de la dupla Juan Sáenz Valiente y Alfredo Casero. Nueve páginas de historieta que nunca se te borrarán de la retina.

PÁG. 76 / Jaws (1975)
Cuando se estrenó "Tiburón" nadie sabía que Spielberg inauguraba una nueva manera de hacer cine. Según Nacho Vigalondo, hay señales en la película que lo vaticinan.

PÁG. 82 / La casa de Adela
Primer cuento del dossier "miedito": Mariana Enríquez escribió para nosotros una historia con casa abandonada en Lanús y una nena a la que le falta un brazo. Terrorífico.

PÁG. 88 / ¿Dónde vas? ¿Dónde estuviste?
En el segundo cuento de miedito, Joyce Carol Oates nos dejó traducir al castellano su antológico "Where Are You Going?, Where Have You Been?". Un lujo para terminar el año.

PÁG. 100 / El gran surubí
Episodio final del folletín en sesenta sonetos de Pedro Mairal, ilustrado por Jorge González. La clave: la Virgen de Itatí tiene doce años, quizás trece.

PÁG. 110 / Cruz Diablo
Episodio final del folletín telúrico-mefistofélico de Leonardo Oyola, ilustrado por Hueso Ricciardulli. La clave: solo un extraño en el camino tratando de volver a casa.

PÁG. 114 / La laguna
Episodio final del folletín policial-gastronómico de Carolina Aguirre, ilustrado por Gusti. La clave: la venganza es un plato que se sirve frío, a no ser que falle la memoria.

PÁG. 124 / Cientofante
La última aventura del novelista sinvergüenza se llama "bajo tu piel". El personaje invitado es Diego Maradona. O su doble. O el doble de su doble. Nadie sabe.

PÁG. 126 / Autores e ilustradores 2012
En cuatro páginas milimétricas, reunimos a los ochenta y cuatro periodistas, escritores, fotógrafos, ilustradores y traductores que participaron en Orsai este año.

VARIAS PÁGINAS / Fotos y sobremesas
Como durante todo el año, las sobremesas de esta edición estuvieron dibujadas por Ermengol Tolsà. Los afiches, en cambio, fueron producidos por 5.580 lectores.

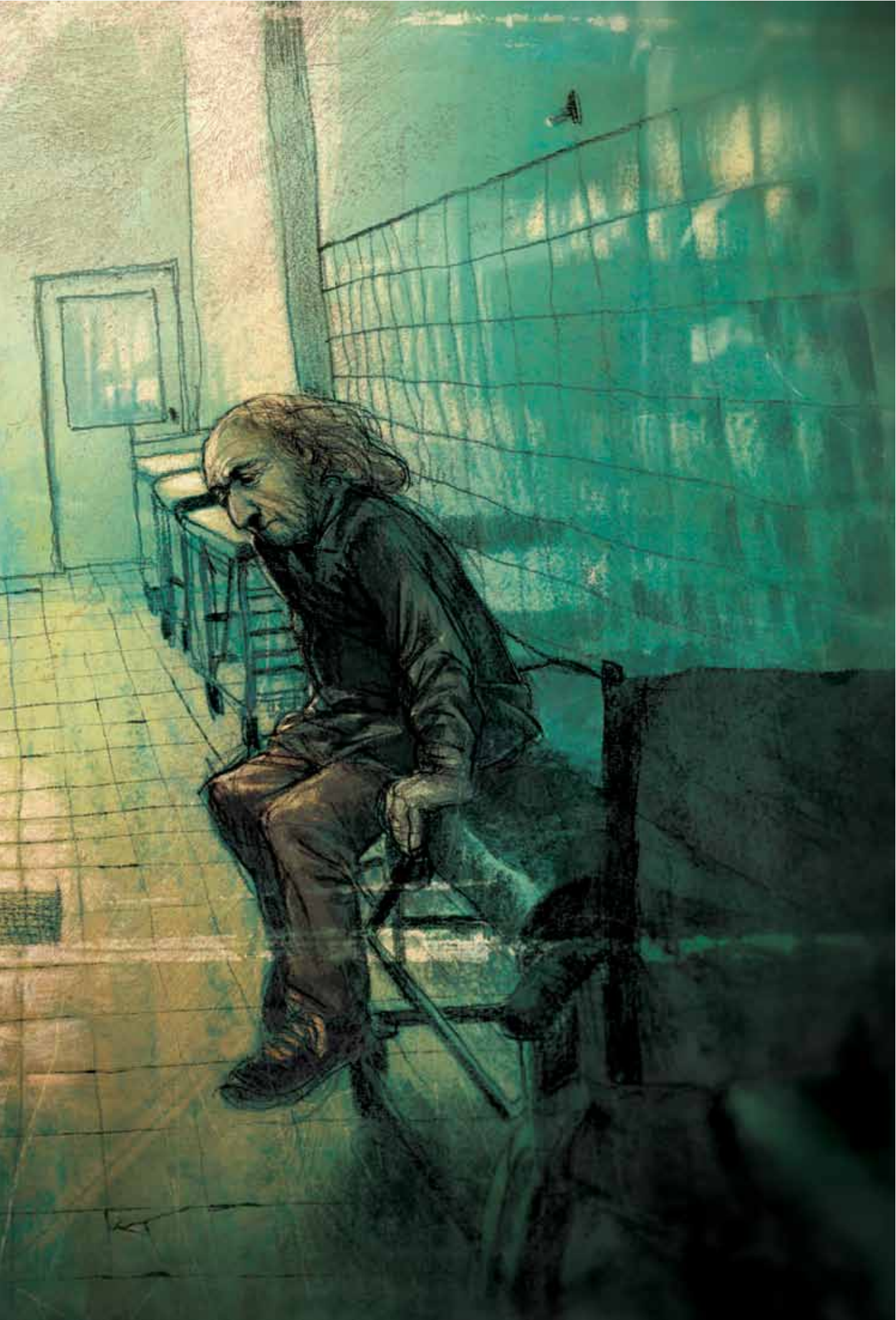
PÁG. 2 y 131 / Dosis bimestrales
Alberto Montt se despide de la segunda temporada de Orsai con dos viñetas que abren y cierran la edición número diez. Como siempre, la frutilla del postre.

UNA SINIESTRA HOSPITALIDAD

Por **Enrique Symns**

Ilustra **Poly Bernatene**

Una frase condensa el relato: "La droga posee el doble significado de remedio y veneno. Lo que te sana, al mismo tiempo te corrompe". Enrique Symns desarma cualquier literatura con una historia autobiográfica llena de agujas, olores anestésicos y un tour infernal por diversos hospitales argentinos.



Era el otoño de 1970 cuando regresé a Buenos Aires desde Brasil, muy deteriorado mental y físicamente. Tenía veinticinco años y estaba atravesando una de las peores rachas que recuerde. Había ingerido en los últimos dos años más de quinientas dosis de LSD 25. Además, casi como en un maldito tango (género musical que sigo detestando), mi compañera Marisa me había abandonado en Rio de Janeiro y se había mudado a la casa de mi mejor amigo Alfi, en Belo Horizonte.

Cuando llegué a Buenos Aires cometí el error de acudir a los consultorios externos del hospital neuropsiquiátrico Borda en busca de apoyo psicológico. Me atendió un psiquiatra, el doctor Lucio Varela, quien en seguida me declaró sicótico. Alucinaciones místicas y exceso de drogas. Me metieron en un pabellón y me dieron un rico puré de *Artane* y *Lexotanil*.

En el pabellón todos los pacientes estaban artanolexotanílicos, es decir domados, desarmados, aniñados, dóciles, pelotudos. Yo también accedí a pelotudizarme con tal de adormecer el dolor del alma. Al tercer día, antes de convertirme en un adicto al puré pelotudizante como el resto de los internos, me escapé. Es decir, salí caminando. Llamar a eso fuga es una baladronada. Los locos no son como los presos, se quedan porque quieren o porque no tienen dónde ir.

Fue muy extraña mi relación con el doctor Varela. Me persiguió durante un tiempo para que fuera a su consultorio. Le demostré que no podía pagarle y misteriosamente me invitó a cenar a su casa. A los pocos días me acostaba con su esposa mientras consumíamos sal de anfetaminas. Nos hicimos adictos al polvillo y la trapisonda erótico-adictiva quedó al descubierto cuando ella, en estado alucinatorio, lo llamó desde un albergue transitorio y le pidió que la fuera a buscar. Fue un escándalo de proporciones y eludí la acción penal a duras penas.

Pero la mala racha continuaba.

Cogiendo con una desconocida en un hotel de Constitución se me rompió el pene. O eso creí porque la sangre brotaba a borbotones. Y una ambulancia me llevó directo al hospital Argerich.

Pareció una maldición judía. Tenía fimosis. Es decir, una estrangulación anormal de la piel que recubre la cabeza del pene. Había que circuncidarme. Con un apellido tan extraño y circunciso, ¿cómo iba a demostrar que no pertenecía a la tribu más perseguida de la historia?

Me operaron dos días después. Fue una experiencia muy humillante. Como era pobre, mi operación iba a ser pública. Es decir, una clase práctica del cirujano a sus alumnos. Una enorme enfermera me afeitó hasta dejar calvas mis partes. Me pusieron una pasta anestesiante y luego de cubrir mi rostro con una sábana comenzó la comedia: fui escuchando como un testigo más la voz del profesor.

—Ahora inyectamos la anestesia en el pene… Se producirá un orgasmo involuntario y descarga urinaria… Ahora practicamos la incisión.

La cirugía era muy simple y por suerte terminó en menos de treinta minutos. Siguieron unos días dolorosos y, después de que me sacaran los puntos, el pene no sabía quién era ni dónde estaba. Mi sexualidad cambió para siempre.

El pene goi, además de acumular suciedad, siempre está excitado por el roce del glande con cualquier superficie. Descubrí que la sexualidad del macho judío es más precisa, más eficiente.

Durante el resto de mi vida, o por lo menos hasta la edad de sesenta y cuatro años, esta había sido toda mi experiencia hospitalaria. En todo ese tiempo ni siquiera pisé el consultorio de un médico. Tampoco visité a un dentista, ni entré a una tienda ni a una zapatería. No permití nunca que un desconocido me pusiera las manos encima por motivos comerciales. No pude evitar, a veces, que algún extraño me rompiera la cara a trompadas.

La Cura responde

Me niego a asociar la antigua y agradable palabra *hospitalidad* con los hospitales. La hospitalidad consistió siempre en dar amable hospedaje, en brindar cierto ritual de agasajo al recién llegado, al peregrino sin rumbo.

En Constantinopla, para determinar dónde construirían los primeros hospitales, los romanos empleaban un método muy simple: colgaban carne en distintos puntos de la ciudad; donde la carne se pudría mejor y generaba los gusanos más voraces, allí se disponían a edificar. El negocio de la medicina no es la salud, sino la enfermedad. A ella le conviene la proliferaron de enfermedades, las pestes, la mayor virulencia de los virus, el avance descarriado del cáncer. Su negocio radica en lo que no se puede curar.

Es misteriosa esa palabra. Según Heidegger, la palabra "cura" tuvo su origen en una fábula de Higinio. En dicha fábula un personaje de nom-

bre "La Cura" deambula por el mundo. Se siente aburrido y desolado. Entonces llama a los dioses. Le propone a Geb (el dios de la materia) que le conceda barro para dar forma a un ser extraordinario, y luego le pide al dios Júpiter que le insufle su aire divino.

—¿Y qué ganaremos nosotros con ello? —preguntan los dioses.

La Cura responde:

—Podrán ser espectadores de su existencia. Y cuando este ser muera te devolveré tu materia, dios Geb; y a ti tu respiración, Júpiter. Pero mientras permanezca vivo este ser me pertenecerá.

Los dioses aceptaron la propuesta y así fue creado el hombre. La palabra *cura* es traducida como *preocupación*, y ese es el destino del hombre: ser víctima de las preocupaciones. El objetivo de toda cura es generar preocupación. El hombre nace y muere pre-ocupado.

El deseo del médico tiene como objeto la enfermedad, porque es ella quien le brinda su identidad. "Si queremos definir la enfermedad tenemos que deshumanizarla", afirmó Leriche. Lacan contragolpeó: "Ese es el efecto del discurso médico. Un discurso que se define con un solo sujeto". La definición del médico se confirma a través de *la receta*. Aquí no vale el discurso del paciente, doblemente sospechoso: por incompetente y por portar la enfermedad.

Cuando el creador de la vacuna contra la poliomielitis, Jonas Salk, visitó Argentina en 1983 para hablar sobre el sida, lo entrevisté para la revista *El Porteño*. Recuerdo que me dijo:

—¿Sabe usted a quién se considera *buen médico*? Al que siempre encuentra algo. Yo en cambio nunca encuentro nada. Le digo al paciente que se vaya tranquilo. Las enfermedades, para la medicina, son una tremenda conveniencia.

En su libro *Némesis Médica*, el doctor Iván Ilich demuestra con eficacia la complicidad nefasta entre los laboratorios químicos y los médicos de todo el mundo. El promedio de enfermedades intrahospitalarias aumenta progresivamente. Son muchas las versiones que apuntan a que la caída de Salvador Allende fue urdida por la casta médica, dado que el presidente chileno había retomado la vieja idea del botiquín del médico de barrio con cinco drogas básicas en su interior.

La definición de la palabra droga posee el doble significado de remedio y veneno. Lo que te sana, al mismo tiempo, te corrompe.

La traición del páncreas

Desde la pequeña cirugía en el pene mi relación con los hospitales cesó. Aunque sí tuve dos visitas estrafalarias. Operaron a mi padre de la próstata en el policlínico bancario y había que hacer guardias nocturnas junto a él. Recuerdo con mucha ternura la actitud del Indio Solari cuando se enteró que necesitaban donantes de sangre. Sin siquiera avisarme, se presentó en el hospital y donó su sangre. Una de las noches que me tocaba cuidar a mi padre, excedido de cocaína, fui con una amante y cogimos como bestias desmesuradas en la cama de guardia.

La segunda visita fue, otra vez, al Argerich, acompañando a mi amigo Daniel Riga, que sufría ataques de pánico y tiraba la merca en el inodoro. En la guardia ya lo conocían y lograban calmarlo. Volvía desesperado y revisaba el retrete arrepentido de las acciones de su miedo. El miedo de mi amigo no era un invento. Murió de sida dos años después.

Descubrí mi diabetes en El Bolsón mientras escribía el libro *Big Bad City*. Meaba cada diez minutos y mi sed era desmedida. Fui al médico del pueblo. Era un tipo fenomenal. Estaba emparejado con la mujer de un gaucho pesado a quien, cuando le tocó enfrentarlo, se llevó un palo y lo destrozó a palazos. Fueron mis primeros contactos con mi propia sangre. Yo no era pincheto, simplemente porque me aterraba la aguja, y sacarme sangre era como un parto. Me hicieron el primer cardiograma de mi vida. El médico diagnosticó que padecía una diabetes suave. Me recetó una dieta y la droga Diabanese.

Seguí haciendo mi vida caótica, etílica y cocainómana. Luego un médico amigo, también drogón, me dijo que me pasara a la Metformina.

Continué jalando cocaína hasta septiembre de 2010.

Me echaron del programa de Gillespi en *Rock & Pop* donde hacía ciertas estrafalarias y terminales columnas de opinión. Me echaron por escandaloso y además porque también Gillespi se quiso sacar de encima mi bulto molesto. La tarde que me fui, como en un film de cine mudo, arrojé una torta en la cara de una de las productoras del programa de la Negra Vernaci. En esos días también cerraron el diario *Crítica* y yo alcancé el grado primero de mi conducta extrema. Me fui a vivir a Rosario con la idea de empezar de nuevo. Pero me llevé diez gramos para no empezar de nuevo.

En Rosario, esa ciudad luminosa, frívola y vacía de toda interioridad, hice monólogos, redacté un prólogo para un libro de Gloria Guerrero y empecé a escribir una novela. Sin darme aviso, la diabetes me estaba deteriorando gravemente. Sufría diarreas inesperadas y me defecaba en los pantalones y hasta en la calle. Padecía ataques de presión y, sobre todo, una progresiva imbecilización de mi escritura y de mi conducta. Cuando agoté la indemnización que me pagó *Rock & Pop* regresé a Buenos Aires y me instalé en una andrajosa pensión en Combate de los Pozos y San Juan. Conocí a una dealer peruana que me traía una exquisitez. Seguía con diarreas y los ataques de presión fueron subiendo de categoría. Una mañana mi amigo Juan Mendoza me descubrió arrojado sobre la cama, con el rostro brotado, sin pulso. Con la complicidad de su hermana Florencia me llevó a vivir a un motorhome en las afueras de Derqui.

El motorhome fue uno de mis mejores hogares. A las siete de la mañana salía a caminar por el campo, acompañado por la docena de perros que habitaban la granja. Allí dejé de consumir cocaína, asumiendo una decisión que tenía que poner a prueba todos los días. Pero mi diabetes seguía destruyéndome. Era un asiduo cliente de la panadería (el comercio más nefasto para un diabético). Comía galletitas dulces, ravioles, caramelos.

El primer hospital que visité fue el de Polvorines, acompañado por mi gran amigo Juan. Allí conocí al médico más cruel y nefasto de todos. Era diabetólogo y sus pacientes lo odiaban. Lo llamaban el Doctor Culo. En la sala de espera, entre docenas de diabéticos, aprendí más de esa enfermedad que con los discursos médicos. Había amputados, semiciegos y sobre todo gente con años de experiencia en la diabetes, muy cansada de las dietas, las caminatas, las amenazas, los grupos de apoyo y de médicos como el Doctor Culo. Cuando me atendió comprendí el origen de su apodo. Te trataba como el culo. Su terapia consistía en demostrar que toda tu vida había sido un error. Le encantaba que tu destino orgánico te hubiera tendido una trampa y hubieras caído en ella. Hay dos teorías sobre la muerte. La teoría del disco rayado dice que te morís debido a la acumulación de errores. La teoría del reloj despertador, en cambio, te libera de toda culpa, porque en el código genético ya está fijada la fecha de tu muerte. El Doctor Culo era un místico fanático de la primera teoría. Lo mandé al carajo y me volví a Derqui.

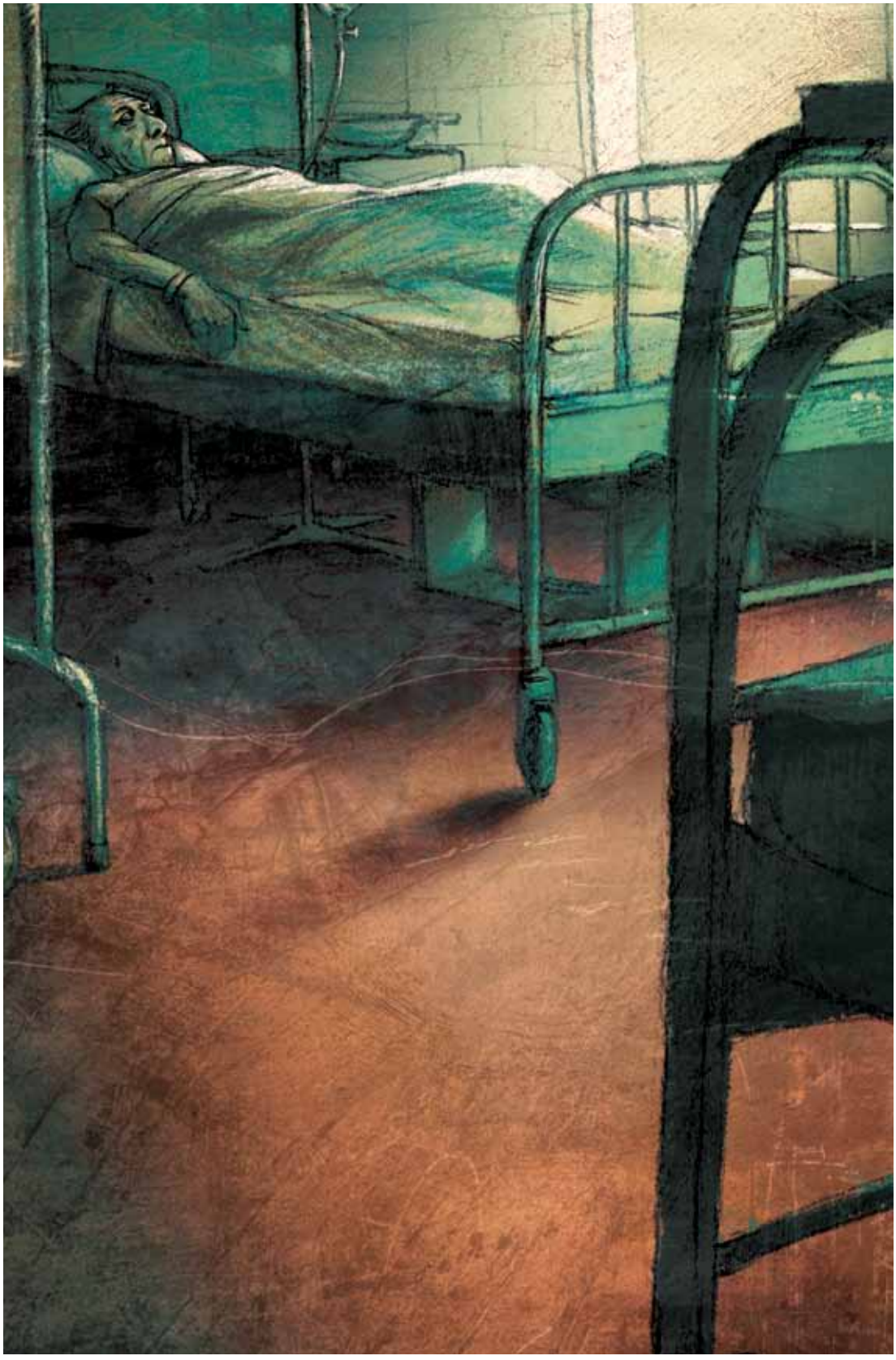
No obstante el Doctor Culo tenía razón, el disco estaba rayado.

Una madrugada comencé a vomitar y no dejé de hacerlo hasta el mediodía. Bastaba tomar un trago de agua para vomitarla. Así se inició mi segundo viaje en ambulancia hacia un hospital. Fue al hospital de Pilar y el camillero me dejó abandonado en un pasillo de la guardia. Estaba muy débil ya que llevaba dos días sin comer y había vomitado durante más de doce horas. Al rato me trajeron agua y luego llegaron los monstruos: las agujas. Me inyectaron suero, me pincharon las arterias de la mano, me pincharon el brazo y el culo. Después me desmayé. Aparecí en un dormitorio junto a otros dos pacientes. El viejo García tenía una pierna gangrenada y con gusanos. Le importaba poco su pierna. Pensaba en sus perros y en su hermana que estaba sola. Tenía más de ochenta años y difícilmente sobreviviría a la gangrena si no le cortaban la pierna, pero él no daba su consentimiento. En la otra cama descansaba Resero Viejo. Era diabético y alcohólico. Lo visitaba el psiquiatra todos los días y él prometía dejar la bebida. Pero hasta una ardilla se hubiera dado cuenta de su mentira. El médico ya había conseguido la autorización de la esposa para internarlo en un psiquiátrico, así que una tarde me pidió diez pesos y se escapó por la ventana.

Estuve cuatro días consumiendo solo suero. Lentamente empecé a comer. Orinaba en el papagayo, pero cuando tenía que cagar o bañarme lo hacía acompañado por mi amigo Juan Mendoza. La intimidad es una miserable creación del lenguaje. Es una intimación contra lo público. El baño fue la mayor creación de la privacidad. Es decir, de la propiedad privada. Es privar a los demás de vernos. Es una reducción moral que nos condena, ya que nuestros órganos sexuales son también nuestros órganos de excreción. En el Chaco yo había cagado junto al dueño de casa y eran bastante comunes los baños con dos retretes. Igualmente me sentía humillado.

La vida nocturna del hospital era lo más interesante. Venían las camareras con la comida y las mucamas a limpiar la habitación. Por la noche, en los hospitales, el movimiento nunca se detiene. Las luces nunca se apagan. Los médicos te revisan en todos los turnos, siempre en patota. La sexualidad es notoria. Hay olor a sexo aunque siempre oculto bajo el sudor de los desinfectantes, de la anestesia. En mi caso lo más difícil era dormir con la aguja del suero clavada en la vena del brazo.

Una siniestra hospitalidad



Un día le pedí a Juan que me sacara del hospital. Los hospitales son los aeropuertos de la vida y de la muerte. Llegué a este mundo en el hospital de Lanús y no quería irme en el de Pilar. Los médicos se opusieron, pero me fui igual. Apenas podía caminar. Perdía el equilibrio, me mareaba. Nunca recuperé el cuerpo que tenía antes de ser internado. Ese cuerpo quedó en el hospital de Pilar.

Insulinoadicto

Regresé al motorhome como un inválido. No solo no podía caminar, ni siquiera podía bañarme. Me caía al bajar un escalón o simplemente al levantarme de la cama. Los paseos con los perros y los viajes al almacén se habían acabado. Tuve que rendirme ante la evidencia. Otro amigo, Héctor Fenoglio, me vino a buscar en auto y me depositó en una pensión con baño privado en la calle Sánchez de Bustamante. La dueña, cuando me vio entrar tambaleante, se negó a aceptarme. La intención de mudarme allí era iniciar un nuevo tratamiento hospitalario en una clínica de Capital Federal, que está en la esquina de Agüero y Córdoba. Cuando me midieron la glucosa casi se desmayan. Medía seiscientos cincuenta miligramos, cuando lo normal es medir entre setenta y ciento veinte.

La doctora Acosta enseguida me prometió que a partir de ese momento sería insulinodependiente. Tenía que aprender a pincharme los dedos para medir la glucosa y a inyectarme las dosis correctas de insulina en la zona grasosa de la barriga. Los primeros días quedó demostrado que era un inútil operando los instrumentos. Pero me caí tres veces en la pensión. La primera caída fue en el pasillo y los vecinos me levantaron. La segunda, de madrugada, fue más grave: me caí junto a la cama y no pude levantarme. Quedé boca arriba como una tortuga, incapaz de reincorporarme. Los vecinos se despertaron por el estampido de mi caída y presentaron una queja. No pude levantarme del piso hasta el amanecer.

Los amigos son increíbles. Alejandro Sierra, director de la revista *THC*, empezó a visitarme cuatro veces por día para medirme la glucosa e inyectarme la dosis que correspondía a esa medida. Venía a la madrugada, al mediodía, al atardecer y a la noche. Estuvo visitándome durante una semana hasta que, por vergüenza, aprendí a manejar los instrumentos de tortura. Ya lo dije en mi nota anterior: uno es capaz de adaptarse a vivir en el cagadero del infierno. Y yo me adapté al pico. Hace dos años que me mido todas las mañanas y me inyecto la insulina dos o tres veces por día con tanta habilidad como antes jalaba. Me puedo inyectar en la mesa de un bar sin que nadie lo perciba.

Mi tercera caída en la escalerita provocó que me expulsaran de la pensión. Esto ocurrió en el mes de abril de 2011. Desde entonces las caídas siguieron produciéndose aunque con menor frecuencia. Me he caído en el subte, en una calle de tierra y muchas veces en el baño de piso duro de una horrible casita en Derqui, y me provoqué variadas heridas. Nunca recuperé el equilibrio ni la estabilidad. En el otoño del año pasado decidí refugiarme en el bosque de Bariloche, en la casa de unos amigos.

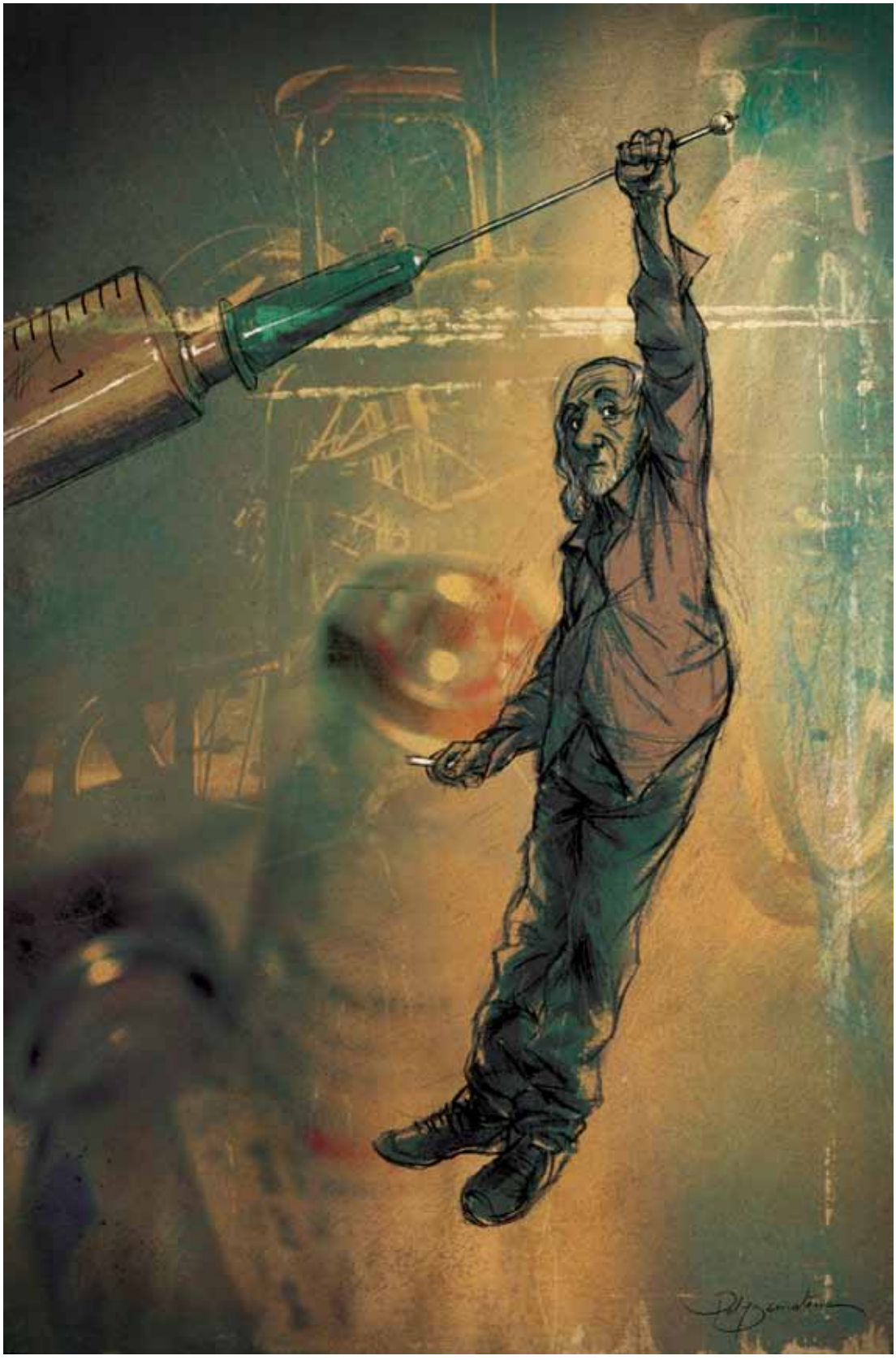
Un ACV en el bosque

El Pelado, Vivi y su hija Chiara viven en unas tierras tomadas hace muchos años en un barrio bautizado Villa Jamaica, en pleno bosque, a doscientos metros del río Casa de Piedra y a treinta y siete kilómetros de la ciudad de Bariloche. El nombre del barrio se debe a la preferencia consumidora de los vecinos. Hasta el equipo de fútbol se llama *Deportivo Kingston*. La casa de mis amigos es hermosa, entre los árboles. Yo dormía en la planta baja, en el taller donde ellos fabricaban las carteras y cinturones de cuero que vendían en la feria de la ciudad.

Bariloche es una ciudad detestable, bien germana. Todas las calles tienen nombres de botón o de milico. El centro está custodiado por la *GAP* para que los *negritos* de los alrededores no invadan el espectacular negocio del turismo sobre las inmediaciones del Nahuel Huapi.

Yo caminaba todas las mañanas varios kilómetros por el bosque y algunas tardes llevaba a la niña de la casa a ver películas fascinantes como *Las crónicas de Narnia*, *Piratas del Caribe*, *La era del hielo*. Me seguía cayendo, aunque eso era normal. Hasta que llegó la tarde fatal. Habíamos terminado de almorzar y mis amigos se fueron a dormir la siesta. Yo iba a intentar hacer lo mismo, pero primero fui al baño. No fue una caída normal, fue un derrumbe. Caí sobre el lavarropas, reboté y aparecí en el suelo. Me arrastré y llegué a la cama. Era una pesadilla. Le ordenaba a mi mano izquierda que se levantara y no me obedecía. Después dejó de moverse. Le siguió mi pierna izquierda y cuando quise gritar para que

Una siniestra hospitalidad



alguien me ayudara, comprendí que mi boca tampoco me respondía con naturalidad. Tenía la boca torcida y me salía una oligofrénica voz de abuela. Mis amigos estaban muy asustados. Traté, durante un par de horas, de hacerles creer y creérmelo yo mismo que pronto iba a pasar. Al atardecer me subieron a un auto como si fuera una valija y partimos hacia el hospital de la ciudad. Llegamos ya de noche. El hospital de Bariloche es impresionante, un edificio gigantesco y laberíntico, pero la sala de espera es solo la antesala del infierno. El infierno es la guardia.

Yo sufría un atenuado ataque de pánico. Toda la parte izquierda de mi cuerpo estaba congelada y la parte izquierda de mi alma también. Aunque cueste creer no tenía la menor idea de la existencia de "accidentes cerebrovasculares", pero era consciente de la gravedad de mi estado. Fue un combate contra la multitud conseguir saltar el turno y entrar a la guardia como paciente extremo. Me vino a buscar un enfermero en una silla de ruedas y me llevó al campo de batalla. Había un tipo con un tiro en el estómago. Un adolescente con un tajo en su mejilla que no cesaba de sangrar. Una mujer con dolores de parto. Un tipo con un fuerte dolor de muelas al que le explicaban que en la guardia no hay dentistas. Una mujer que hacía varios días no defecaba, pero que se tiraba unos pedos hediondos como reacción al enema que le estaban dando. Se escuchaban llantos y gemidos. Todos los pacientes estábamos separados por mínimas cortinas. Médicos y enfermeros se movían expertamente en aquel nido de dolor. Cuando el enfermero me buscó las arterias de la entrepierna, misteriosamente, mi parálisis cesó. Tuve un ACV que duró solo cinco horas. Igualmente ya estaba dentro de la red hospitalaria; pinchazos, radiografías, tomografías, junta de médicos y, nuevamente, el atroz operativo de la bolsa colgada del brazo. Este suero era muy doloroso porque además de alimentarme me proveía de alguna otra droga curativa. Le rogué a una enfermera que me inyectara algún calmante. Y la muchacha accedió. En ese hospital comprendí que las mujeres, médicas y enfermeras, eran mejores personas que los hombres. Me hacían sentir Enrique y no un pedazo de bofe estropeado.

Esta vez fui a parar a un cuarto con solo otro enfermo. Lo bauticé *La ballena*. Pesaba más de doscientos kilos, era diabético pero su hija comentaba que desayunaba una docena de medialunas. Lo tenían que operar, aunque él parecía inmune a todos los diagnósticos. Los domingos en un hospital son triplemente domingos. Solo quedan guardias y ningún especialista. Hasta las mucamas están de descanso. Recuerdo mi último domingo junto a *La ballena*. Era el cumpleaños de su esposa y llamaba a sus hijos para que le compraran una procesadora o una campera de cuero. Le advertían que era domingo y que todo estaba cerrado. Era un hombre con mucho temple y estaba más preocupado por el aniversario de su esposa que por su inminente y certera defunción.

Estuve una semana internado y cuando me llevaron de regreso al bosque comprobé que mi debilidad había aumentado. Regresé a Buenos Aires en julio y volví a hacerme estudios con la doctora Acosta en el hospital de la calle Agüero. Un día dejé de ir y ya llevo más de un año sin realizar ninguna otra consulta. Me mido y me inyecto. Me mido y me inyecto. Me mido y me inyecto. Todos los días.

Dejé de consumir cocaína hace justamente dos años. No fue una decisión sino una determinación de mi diabetes. Sin embargo, no me he arrepentido. Soy mejor persona y tengo mejores amigos. Uno de ellos, Freddy Álvarez, dueño del boliche de rock *Abbey Road*, el más importante de Mar del Plata, me trajo a esta ciudad y me consiguió habitación en un hermoso hotel céntrico, cuyo dueño es una encantadora persona. Claro, es un hotel de rockeros porque el lugar tiene un convenio con *Abbey Road*. Hace una semana se alojó en sus habitaciones una famosa banda de rock. Fui muy amigo del cantante, un muchacho que conocí de joven y a quien aprecio mucho. Golpeé la puerta de su cuarto para sorprenderlo. Para él fue como ver un fantasma. Enseguida me invitó a pasar y me senté en la cama

—Hace dos años que dejé de tomar —lo anoticié. Y, como en los sueños, observé sobre la mesa de luz cuatro extensas y rudas líneas de una brillante, mágica y perfecta cocaína.

Una voz habló a través de mí, como si yo fuera una marioneta:

—¿Puedo tomar una línea? —me escuché decir.

—Claro, Enrique, son tuyas —respondió mi amigo.

Después de dos años exactos, justo en septiembre, la maldita oportunidad de decir que *no* por fin se estaba presentando. Aunque ya era demasiado tarde. Casi lagrimeando por la injusticia del tiempo, afirmé:

—Gracias, pero no tomo más.

Y regresé a mi cuarto. ◣

NO TENGO BLOG

¡PASA EN LAS MEJORES FAMILIAS!

MANEL F.

Algo que me aterraría: tener que salir conmigo mismo una noche. A cenar. Tomar unas copas. Peor aún: **CON VARIOS CONMIGO MISMOS.**

¿DE QUÉ HABLARÍAMOS?

... ¿Y CÓMO?

... ¿Y POR QUÉ?

¿Y SI RESULTA QUE NO ME GUSTO?

Para salir de copas, está claro que **NO**.

Puedo pasar un par de años escuchando ruido por puro deporte.

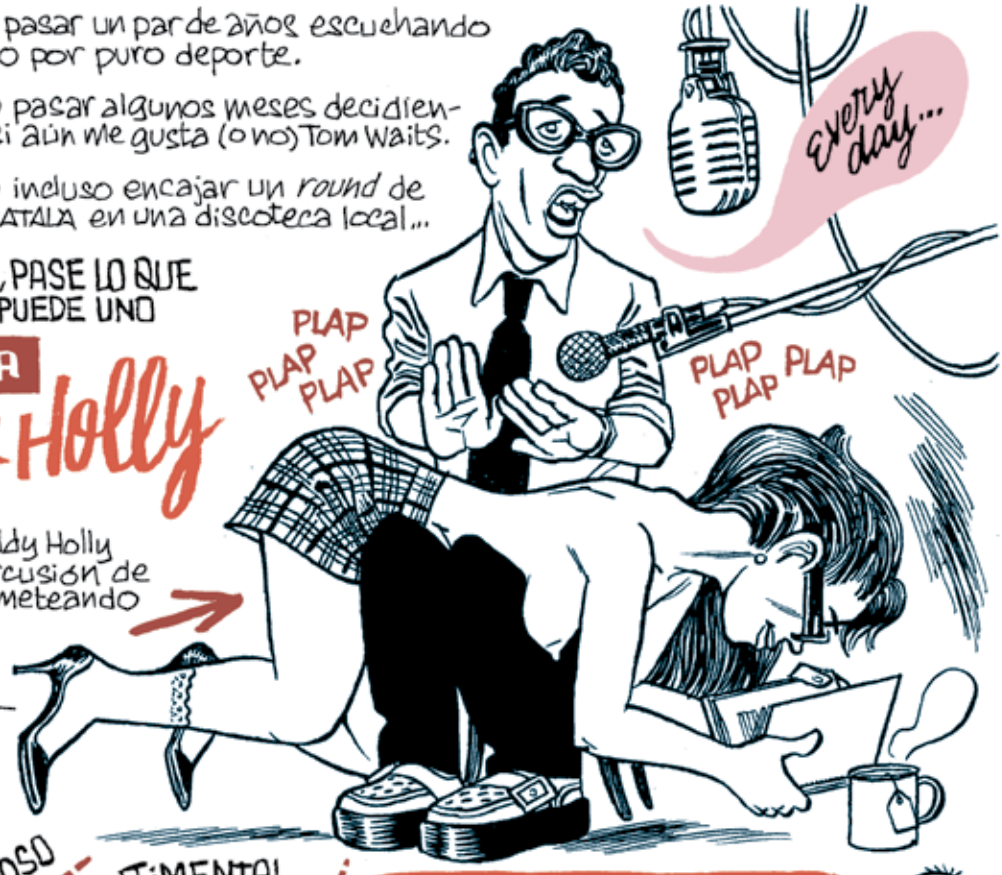
Puedo pasar algunos meses decidiendo si aún me gusta (o no) Tom Waits.

Puedo incluso encajar un *round* de POP CATALÁ en una discoteca local...

...PORQUE SÉ QUE, PASE LO QUE PASE, SIEMPRE PUEDE UNO

REGRESAR A Buddy Holly

(Imagino a Buddy Holly haciendo la percusión de "EVERY DAY" palmeteando suavemente el lomo de una —no me pregunten por qué— BIBLIOTECARIA...)



ANTIGUO & MODERNO

FEO & HERMOSO

SENTIMENTAL & DINÁMICO

BUDDY HOLLY LO ES TODO

Cortesía MODERNA

El tema de conversación PARA ALEGRAR LAS REUNIONES

www.manelfontdevila.com

La lectora indecente

La última revista del año —le digo a Chiri—. Parece mentira que ya sean diez números.

—Imagináte, cuando empezamos con esto en el patio de tu casa, si te decían que dos años después íbamos a tener cinco mil fotos de lectores, una al lado de la otra, en la décima revista.

—Son cinco mil quinientas ochenta fotos —le especifico—. Repartidas en seis páginas a lo largo de toda la edición. La de acá al lado es la primera página. Novecientas treinta fotos por página, en un mosaico de treinta por treinta y uno.

—Lo decís con orgullo de científico.

—¿Sabés lo que cuesta ponerlas una por una y que dé un número exacto?

—Hay lectoras muy lindas en esta página.

—En todas las páginas hay lectoras lindas. Incluso hay una muy indecente que aparece mostrando la teta.

—¿En qué página? —pregunta Chiri.

—En alguna de las seis páginas. Buscála. La descubrió Guillermo un día, y no me quiso decir a dónde estaba... Estuve horas buscando. Me sentí un poco Sherlock Holmes y un poco pajero.

—¿El año que viene vamos a poner mujeres desnudas en la revista? Yo creo que ya es hora de convertirnos en un medio serio.

—No creo. Prefiero que le digamos a Enrique Symns que siga escribiendo para nosotros. Cada vez me gusta más lo que escribe.

—Es increíble el viejo —me dice Chiri—. Cuando cuenta la operación pública, la clase práctica en la que el cirujano lo opera frente a sus alumnos, no se puede creer.

—"Ahora inyectamos la anestesia en el pene —le leo—... Se producirá un orgasmo involuntario y descarga urinaria... Ahora practicamos la incisión."

—¡Pará! No sigas. ¡Qué impresión que te operen del pito!

—Pero después te queda el pene moishe y eso produce mucho placer.

—¡Ah! Los nombres de los personajes de sus historias: el Doctor Culo, Resero Viejo, el Pene Goi…

—Christian Gustavo: el último no es un personaje.

—¿Cómo que no? —me dice—. Es un *gran* personaje. Es más: es uno de los personajes principales de todas sus historias, aunque no siempre aparece nombrado de la misma manera. ¿Me decís en qué página está la lectora indecente?

—No, buscála solo —le digo.

—El otro día escuché un monólogo de Symns en Youtube que en una parte dice: "Frente a mí el Negro Yo acaricia con tristeza su vieja pistola oxidada, y a mi lado el Gordo Hitler aprieta entre las piernas los cinco kilos de cocaína que vamos a vender para comprarnos un velero y escaparnos de este lugar, a un lugar en el mundo en donde los hombres no mendiguen bombachas y las mujeres den besos de mescalina". Hermoso.

—Esos personajes que nombra, ¿existirán de verdad? ¿Cómo será el Gordo Hitler? No me dan muchas ganas de conocerlo.

—Como los personajes de Roberto Arlt en *Los siete locos* —me dice Chiri—. Me encantaban los nombres que tenían: El Buscador de Oro, la Coja, el Rufián Melancólico.

—Y el Hombre que vio a la Partera. ¿Te acordás?

—El mejor de todos.

—En realidad se llamaba Bromberg y estaba medio chapa. Le tenía terror a las parteras, desde chico; no se sabe bien por qué.

—Bromberg seguro tenía el pene moishe.

—Lo más probable.

—Me gustó esa parte en la que Enrique cuenta que el motorhome fue uno de sus mejores hogares —me dice Chiri.

—A mí me encantaría vivir en una camioneta grande con una cama adentro y tener todo al alcance de una mano —le digo—, y poder trasladarme de un lugar a otro sin que nadie me rompa las pelotas. Como el abogado de la serie *Petrocelli*.

—No es lo mismo —me dice—. El motorhome de Petrocelli estaba fijo.

—Cierto. El tipo jamás abandonaba el sueño de la casa propia. Durante toda la serie fue construyendo su hogar, ladrillo a ladrillo, al lado del motorhome. Nunca la terminó —le digo.

—...

—¿Estás?

—Sí, esperáme un segundo que estoy haciendo algo importante.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, nada. Esperá un cachito.

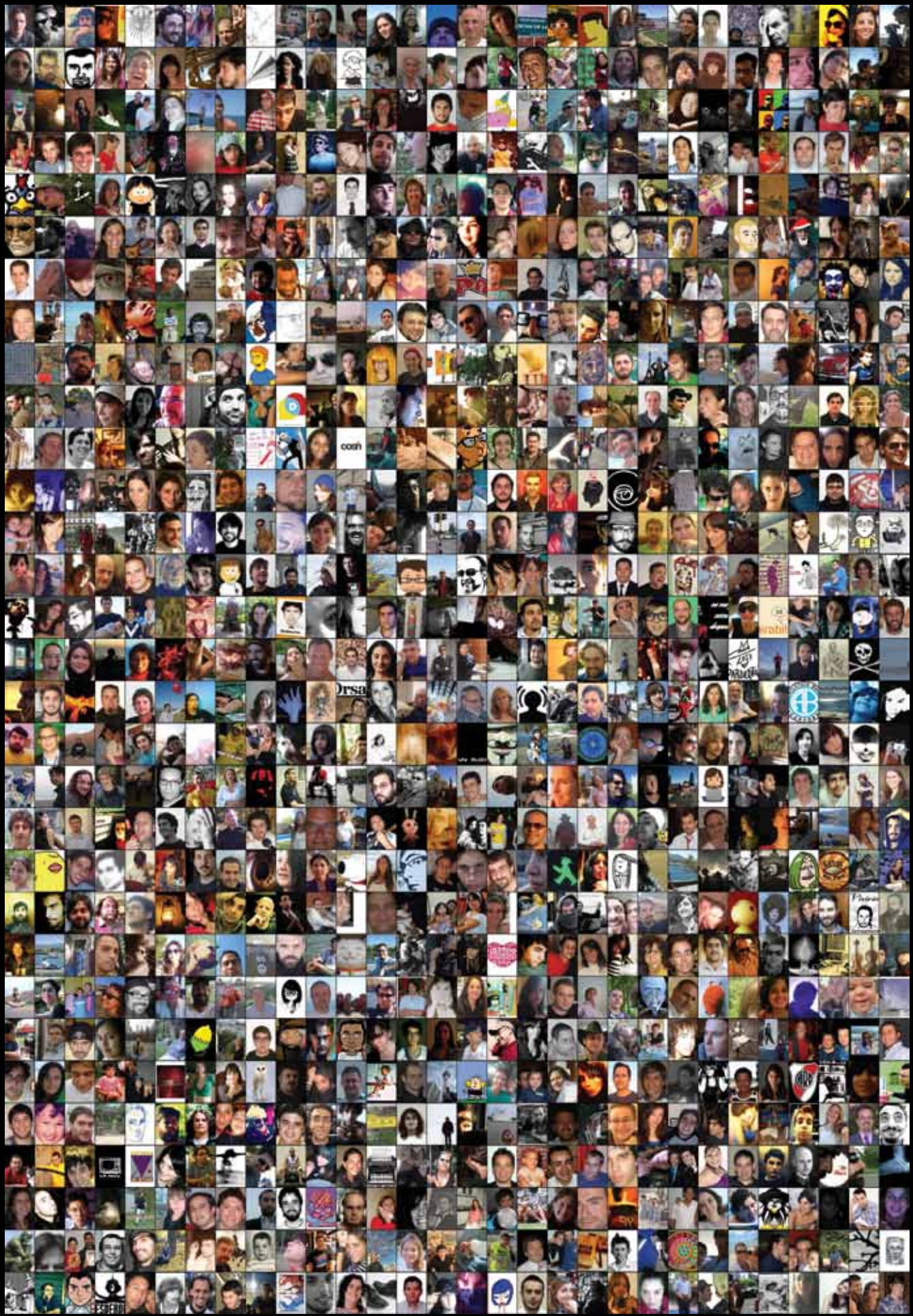
—Estás buscando a la lectora indecente, ¿no?

—Boludo, no puedo hacer otra cosa.

—¿La encontraste?

—No —me dice—. Dame una coordenada, por favor. Se me están cansando los ojos.

—No puedo, querido amigo: esa teta es un camino que tenemos que recorrer solos. ◣



NADA COMO DORMIR

Andreu Buenafuente abrió un día su página en Wikipedia y vio todo lo que había hecho en su vida. Le pareció deprimente, porque lo que más le gusta en el mundo es dormir. Y entonces supo que había fracasado en su mayor anhelo: el de ser un haragán. Aquí la crónica, de su puño y letra.

UNA CAMA EN UN CENTRO DE ACOGIDA EN YAMUNA, MADAGASCAR. 2011. CANON DIGITAL. (ANDREU BUENAFUENTE)

Ahora que ya llevo unos cuantos años conmigo (tantos como cuarenta y siete), puedo decir, sin temor a equivocarme, que lo que más me gusta en el mundo es dormir. Luego está todo lo otro que ustedes se imaginan con algunas dudas añadidas: no sé muy bien si comer (otro placer), ocupa el segundo o el tercer lugar en el ranking. Aparte de eso, el liderato lo ostenta en solitario y a mucha distancia, el noble arte de dormir. Cuanto más mejor. Dormir, abandonarte, desconectar, dimitir de ti mismo durante unas horas, bajar las defensas, dejar de pensar (conscientemente), notar cómo se te van cerrando los ojos y no hacer nada por evitarlo. Todo eso. Anestesia natural.

A mi tú me dices:

—Oye Andreu, ahora que se te ve cansado y te vas a dormir un rato… es que ha llegado el Rey de España que quiere decirte algo muy importante. Está un poco nervioso y dice que es trascendente para el destino de todos nosotros. ¿Qué le digo?

Yo contestaría:

—No le digas nada. Dale un rifle, disfrázate de elefante y distráelo un rato. Yo me voy a dormir y luego hablo con él. Incluso entendería si se marchara enfadado. Si es muy importante, ya volverá. Ah, y no le pongas balas al rifle, no te la juegues.

Sustituyan al Rey por Obama, Bill Gates, la actriz más deseada del momento, un jeque árabe, el secretario general de la ONU o el tío más divertido y ocurrente del mundo. Quien sea. Nada ni nadie puede contrarrestar la fuerza de la gravedad que ejerce sobre mí una buena cama en el momento adecuado. La cama es el centro de mi planeta, voy irremediablemente hacía ahí, me atrae, es superior a mí. Puede que piensen: "este tío es un gandul". No se equivocarán. Siempre lo he sido o me he sentido como tal. Puede decirse, en cierta forma, que he fracasado como gandul. A mí lo que de verdad me gusta es estar en la cama sin hacer nada, mirando por la ventana, escuchando la radio o garabateando unos dibujillos. Dormirte si viene al caso, o no hacerlo. Tú eliges. Bueno no, elige tu cuerpo.

Me encanta sentir cómo van bajando las pulsaciones, tal como un anciano baja una cuesta, y percibir borrosamente que el mundo, en esos momentos, es algo que ya no va contigo. ¡Que le den! Tú estás aparcado en una cuneta esponjosa y acogedora. ¿Cuántas horas son las aconsejables?, se preguntarán ustedes. Las máximas posibles. Ocho, diez, doce... No entiendo a los que dicen que con cuatro horas ya tienen suficiente y a las cinco de la mañana están a punto para lo que sea. ¿Qué puede haber tan importante que no pueda esperar a que te despiertes a una hora decente? Yo solo recuerdo haber saltado de la cama a las cinco con motivo de alguna desgracia. O de un viaje. Lo peor de los viajes, sin duda, es que tienes que madrugar. Odio madrugar. Cuando era joven me dieron un programa de radio matinal y a los seis meses me lo quitaron. Mi índice de absentismo laboral rayaba lo delictivo. Lo entendí y hasta lo aplaudí. Abracé al director y le dije: "¡Gracias!". Aquel hombre no entendía nada.

Me molesta hacerme mayor y comprobar, estupefacto, que a las siete abro los ojos. ¿Para qué? Pero tranquilos, porque sé exactamente lo que hay que hacer: te levantas, vas al baño y vuelves a la cama otra vez. No hay que ponerse nervioso ya que es un momento muy delicado en el que la razón sale de su letargo y quiere tomar decisiones. Ante todo, mucha tranquilidad.

Colocas de nuevo, lentamente, tu cuerpo bajo el edredón. Todavía está caliente. Depositas la cabeza, suavemente y con cariño, sobre la almohada. Todavía está tu huella, tu molde. Te relajas, piensas: ¿A ver, por dónde iba? Todo seguirá su curso, no hay de qué preocuparse. Esa cabeza que percibes ahora como de corcho (me encanta la sensación) volverá a sumergirse en los vapores indefinidos y abstractos del sueño y…

Fundido a negro.

Comprueba, eso sí, que el despertador está desactivado. Sería una pena que ese zumbido infernal cortara como un cuchillo ese tiempo sostenido y dulce del que disfrutas. No hace falta que les diga lo que pienso de los despertadores.

Es evidente que no he podido ejercer mi ociosidad con la grandeza y magnitud que hubiera deseado. Solo hace falta comprobarlo en la Wikipedia. Miras toda tu trayectoria detallada y piensas: ¿cuándo dormí? ¡Solo sale trabajo y más trabajo!

Por eso digo que he fracasado en ese campo. Quizás en otros me ha ido razonablemente bien, pero en el ámbito de rascarse las bolas no he profundizado lo anhelado. ¿Por qué? Porque, según mi punto de vista, nunca se duerme lo suficiente. Cada acción te quita un rato de sueño, sea la hora que sea del día. Hacer algo te impide no hacer nada. No olvidemos nunca eso por obvio que parezca. He sostenido encendidos debates con mi amigo Xavi sobre el estado de inactividad perfecto y ahí hay un mundo todavía por explorar. Dice Xavi que no hacer nada, incluso es hacer algo.

—¡No me jodas Xavi! Habrá que respirar, ¿no?

—Eso es un fallo, sin duda —puntualiza.

Mi amigo Xavi es un purista. Admira a los osos y su hibernación.

Hibernación: la nación perfecta. El país donde todo el mundo duerme y no dice nada, nadie molesta, nadie discrepa, ni envidia, ni pretende ser lo que no es. ¿Se lo imaginan?

Dormir es una tregua, una recarga, un "render" en toda regla de ese disco duro caótico que es nuestra mente. Lo de "voy a consultarlo con la almohada" tiene una explicación científica: nuestro cerebro (capaz de todo, pero limitado, no nos engañemos) necesita procesar toda la información que maneja, todas esas toneladas de datos, la mayoría innecesarios, que bombardean nuestras neuronas como el granizo helado sobre el asfalto caliente. Hay temas, con sus flecos de pensamientos encadenados, sus bucles, sus espirales, que al final obstruyen nuestra cabeza como una bola de pelos en una cañería. Nadie ha tomado jamás una buena decisión desde las doce de la noche en adelante. Nadie. Es más: la mayoría de las decisiones tomadas están condenadas al arrepentimiento unas horas más tarde.

Lo noche nos confunde, como ha dejado dicho algún intelectual caribeño afincado en España, de largo miembro viril. Para eso se inventó el dormir. Es un stop obligatorio, es básico para la supervivencia. Durante ese letargo nuestra mente disecciona, analiza, discrimina y finalmente aclara las ideas básicas. Por eso te levantas pensando "ahora lo veo más claro". La almohada no ha hecho nada, a no ser que sea una de esas almohadas especiales que cuida tus cervicales. Todo lo ha conseguido el sueño reparador. Mientras tú dormías, en otro plano (o cientos de ellos, quién sabe) tu cerebro trabajaba para ti automáticamente. Así que a las ocho horas, ¡clic!, lo tienes. ¿No me digan que no es algo mágico? Aunque, claro, no lo magnifiquemos. El sueño puede reparar y ordenar, nunca aclarar o arreglar lo que ya viene mal "de fábrica". Si tú eres un imbécil porque tu ADN así lo ha determinado y te acuestas cansado, no esperes levantarte como una persona encantadora. Seguirás siendo un imbécil. Eso sí: serás un imbécil descansado. Estarás a punto para recordar a todo el mundo tu condición de gilipollas y propagar tu mensaje.

Para un hombre que busca la inactividad total, como yo, dormir todavía alberga algunos fallos. El más clamoroso es el mundo de los sueños. No me gusta soñar porque lo hago exageradamente y, a menudo, me despierto cansado de mi propio sueño. Dado que es algo que se escapa de mi control, me cabrea sobremanera. Sueño y sueño y sueño. Son como películas de acción surrealistas con un guion pésimo: actores indeseados, giros inexplicables en las tramas y una excesiva duración. Son tan raros mis sueños que ni un psicoanalista puede aprovecharlos. Entonces, ¿para qué demonios necesito semejante desgaste energético y neuronal? Porque digo yo que toda esa actividad consumirá mucha glucosa, mucho oxígeno y todo lo que nutre al cerebro. ¿No habíamos quedado en que estábamos sin hacer nada? Asistimos, pues, a una auténtica rebelión del propio pensamiento que toma el control de la mente en un asalto sin piedad. Es un golpe de estado (mental). Con nocturnidad y alevosía. Y lo que es peor: sin ningún objetivo claro.

Los sueños trabajan con los retales descartados de tu conciencia. Con despojos. Cogen de aquí y de allá. Una conversación reciente, una escena de película, un pariente fallecido, lo que sea… Lo meten en la coctelera, ponen al mando a un guionista enloquecido y así es como, por ejemplo, te pasas la noche persiguiendo a tu padre por una carretera sin fin. Él va vestido de payaso y Stallone, que en realidad es una mujer, conduce el vehículo a doscientos por hora porque tiene mucha prisa ya que llegan tarde a un estreno de ballet.

¡Pero esto qué mierda es! Quiero dormir. No quiero pensar tonterías. Intento mantener mi equilibrio mental durante el día y, a la que pierdo el control de mí mismo, la tormenta onírica se despacha a gusto conmigo. ¡No hay derecho!

Solo recuerdo un sueño agradable. Soñé que dormía y ya está. Era como dormir ante un espejo, por lo que el placer se multiplicaba hasta el infinito, se realimentaba. Fue un orgasmo en seco. No ha vuelto a repetirse, pero no pierdo la esperanza.

Otro aliciente para irme a dormir. ◣

owen

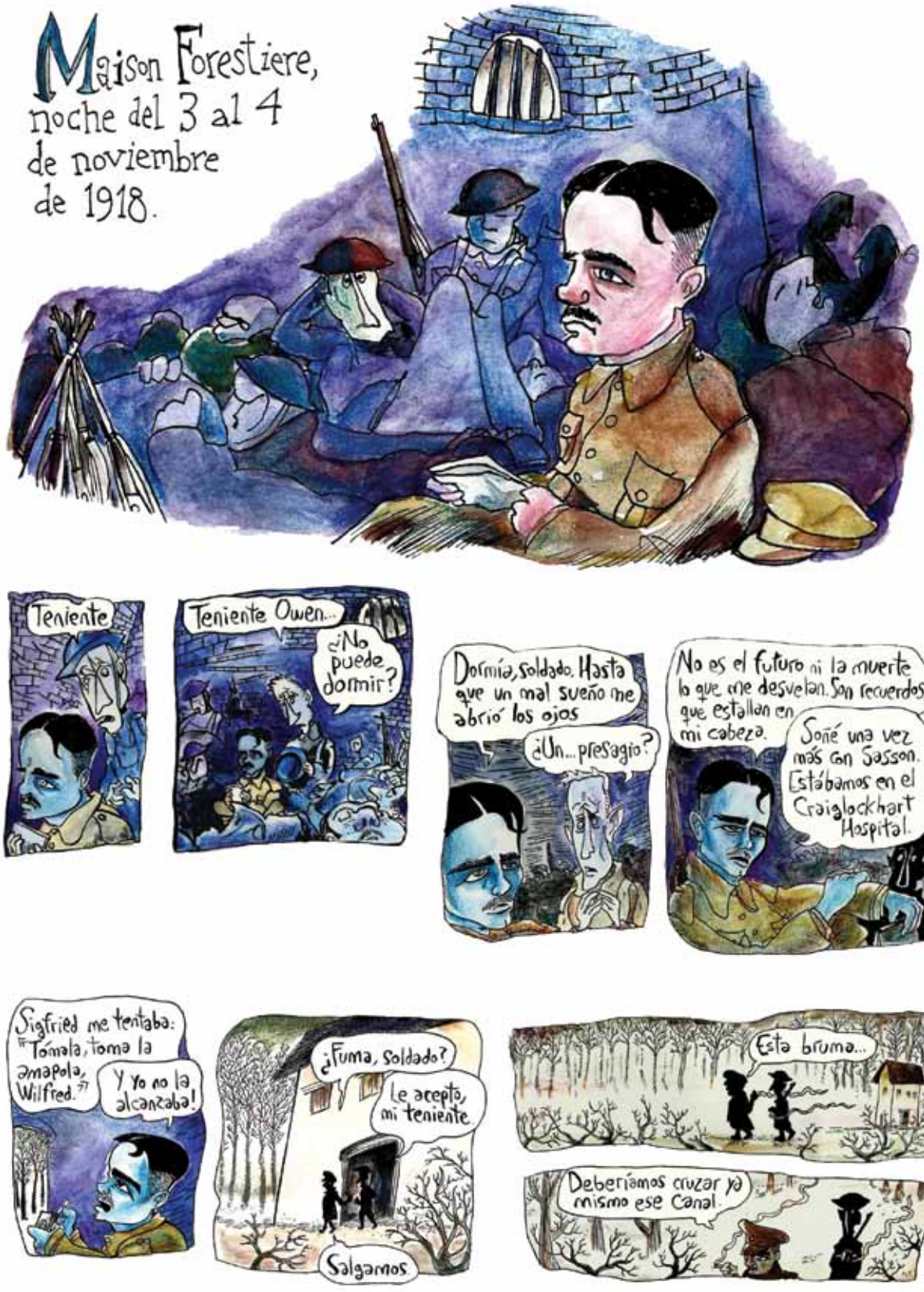
SOLDADO Y POETA

O POETA Y SOLDADO

ESCRIBE Y DIBUJA

REP

LA MADRUGADA DEL 4 DE NOVIEMBRE DE 1918, EL SUB-TENIENTE WILFRED **OWEN**, POETA BRITISH DE 25 AÑOS, Y SUS SOLDADOS, TIENEN UNA MISIÓN: CRUZAR EL CANAL DE LA SAMBRE, CERCA DEL PUEBLO FRANCÉS DE ORS, Y TOMAR LA POSICIÓN. CAEN BAJO LAS BALAS ALEMANAS. UN GRANDE DE LAS LETRAS INGLESAS TERMINA SUS DÍAS, JUSTO UNA SEMANA ANTES DEL ARMISTICIO.


Maison Forestiere, noche del 3 al 4 de noviembre de 1918.
Teniente
Teniente Owen...
¿No puede dormir?
Dormía, soldado. Hasta que un mal sueño me abrió los ojos
¿Un... presagio?
No es el futuro ni la muerte lo que me desvelan. Son recuerdos, que estallan en mi cabeza.
Soñé una vez más con Sasson. Estábamos en el Craiglockhart Hospital.
Sigfried me tentaba: "Tómala, toma la amapola, Wilfred."
Y yo no la alcanzaba!
¿Fuma, soldado?
Le acepto, mi teniente
Salgamos
Esta bruma...
Deberíamos cruzar ya mismo ese Canal.

¡El Manchester está listo para usted! ¡Ordene, teniente!
¿Qué es estar listo, soldado?
¿Le escribió acaso una carta a su madre?
Esta Guerra se termina, y con ella, nosotros...
Quiero matar un alemán
Quiero tomar una amapola entre mis manos
Quiero oler de nuevo el aire de Oswestry, el otoño de mi Plas Wilmot.

"Red lips are not so red
As the stained stones kissed by the English dead.
Kindness of wooed and wooer
Seems shame to their love pure.
O Love, your eyes lose lure
When I behold eyes blinded in my stead!"
Eso es suyo, Teniente. Se lo escuché recitar en la cava.
Volvamos. Hay que ir despertando al Batallón.
Va a costar, señor. El vino y los quesos de Francia invitan a seguir soñando.
¿Cómo se llama el pueblo cercano donde fuimos anoche?
Ors, mi teniente
Nombre extraño... buen lugar para quedarse.

REP

LA CULPA FUE DE JOHAN CRUYFF

Por **Simon Kuper**

Desde Ámsterdam

Hace dos años y medio, España y Holanda jugaron el último partido del Mundial de Fútbol en Sudáfrica. De los veintiocho jugadores que pisaron el césped en aquella final, catorce tuvieron una educación futbolística idéntica. Siete se hicieron hombres en la Masía del Barça; los otros siete crecieron en el complejo De Toekomst, del Ajax. Esas dos fábricas de estrellas comparten un fundador y una idea: "el fútbol se parece más al ajedrez que a la lucha libre".

En la fría noche de Johannesburgo del once de julio de 2010, nosotros, los periodistas acreditados, vivíamos los cinco minutos decisivos de la final del mundo. Holanda y España habían ido a la prórroga en el estadio de Soccer City con el marcador a cero. Yo estaba sentado frente a mi portátil en la sala de prensa; releía el pdf que habíamos enviado, aquella mañana, a la concentración holandesa. El autor del archivo era mi amigo Ignacio Palacios-Huerta, profesor en el London School of Economics, que en 2008 ya le había ofrecido al Chelsea un análisis de cómo pateaba los penales el Manchester. Un dato muy útil para la final de la *Champions League*.

Ahora Ignacio, en un esfuerzo trasnochado, había analizado los hábitos y costumbres de los jugadores españoles frente a los doce pasos. Ignacio ostenta pasaporte español, pero es vasco: tenía muchas ganas de ver perder a España. En la inminencia de una prórroga sin goles, de repente aquel pdf se convirtió en un documento interesantísimo. Por ejemplo, Ignacio había vaticinado que Xavi Hernández y Andrés Iniesta, centrocampistas que normalmente no patean penales, probablemente buscarían la derecha del arquero holandés Maarten Stekelenburg. Y avisaba que Fernando Torres casi siempre escoge disparos secos y bajos; contra él, Stekelenburg tendría que llegar rápidamente al suelo, sin volar. "Este es un informe que nosotros podemos usar perfectamente", nos escribió esa mañana, por email, Ruud Hesp, entrenador de arqueros de la selección holandesa. Ahora parecía que podíamos estar a punto de ayudar a Holanda a ganar la Copa del Mundo. O, si nuestros consejos fallaban, podríamos estar a punto de ayudarla a perder.

Justo en ese momento, en la parte inferior del estadio Soccer City, Cesc Fábregas encontró a Iniesta sin marca, como si ambos estuviesen en alguna antigua sesión de entrenamiento de la soleada Masía barcelonista. Iniesta disparó y fue gol de España. Cerré el archivo pdf y empecé a escribir mi crónica del partido.

Pese a nuestros mejores esfuerzos, la victoria de España resultó tan inevitable como lo son todas las victorias en los Mundiales de Fútbol. El país que una vez había sido ridiculizado como *perdedor eterno*, no solo ahora era el campeón de Sudáfrica 2010, sino que también era el mejor equipo del mundo. De hecho, había sido probablemente el mejor del mundo durante una década. Más que eso: era sin duda el mejor equipo nacional de todos los tiempos. El ascenso de España es el ejemplo perfecto de la teoría de la Redes Europeas del Conocimiento: los países conectados de Europa occidental siguen dominando el fútbol.

España no siempre fue un país conectado. El general Francisco Franco, dictador fascista español desde 1936 hasta su muerte en 1975, provocó el aislamiento del país. Jimmy Burns, escritor anglo-español nacido en Madrid en 1953, recuerda en su libro *Cuando Beckham se fue a España*:

"El país tenía una economía cerrada. Pasé parte de mi infancia entre Inglaterra y España, contrabandeando cosas de Londres a Madrid, nunca al revés: ropa, discos de vinilo, libros y revistas. Mientras Inglaterra formaba ya parte del mundo, España aparecía ante mis jóvenes ojos como un planeta aparte donde los niños de mi edad eran enseñados por sacerdotes o monjas".

Ese aislamiento se suele ver reflejado en los resultados del fútbol. España ganó la Eurocopa en su propia casa en 1964, antes que Europa occidental diese un salto de calidad en el fútbol, pero luego no hizo casi nada en torneos internacionales por más de cuarenta años.

Lo que salvó al fútbol español fue la apertura del país al mundo. El aislamiento comenzó a romperse en los últimos años de vida de Franco. En 1973, justo después de que España abriera sus fronteras a los jugadores extranjeros, el Barcelona FC importó al holandés Johan Cruyff. Es posible trazar una línea entre la llegada de Cruyff a Barcelona y la victoria de España en Johannesburgo, treinta y siete años después.

Contratar al holandés no resultó fácil. El régimen de Franco a menudo prohibía a las empresas españolas hacer grandes pagos al exterior, y el Barcelona terminó registrando al jugador como "pieza de maquinaria agrícola". En otra señal de aquel clima aislacionista de la época, un anciano director del Barcelona se lamentó ante un secretario del club: "¡Un holandés en el Camp Nou! ¿Qué le está pasando al mundo? Esto es una locura. Un hombre de la tierra de la mantequilla viene a la tierra del aceite de oliva. ¿Nadie entiende que, incluso si Cruyff jugara muy bien, en cuatro días su estómago sería un desastre?".

Sin embargo Johan Cruyff fue algo más que un estómago y dos piernas. Porque —más que cualquier otro gran jugador de la época— él tenía un

gran cerebro. Fue un filósofo del fútbol: sabía que, en ese deporte, lo más importante era dar buenos pases. Cruyff podía (y muchas veces lo hizo) estarse horas hablando sobre la arquitectura del pase. "Nunca se pasa la pelota a los pies del compañero —dijo en una conferencia—, sino siempre a un metro delante, para mantener el ritmo en el juego. Cuando el primer hombre da un pase al segundo hombre, el tercero ya tiene que estar en movimiento, listo para recibir el pase del segundo. El fútbol —dijo Cruyff— se juega con la cabeza."

En la década del setenta él y el entrenador del Barcelona, el holandés Rinus Michels, introdujeron la fórmula holandesa de *fútbol total* en España. Llegaron en el momento adecuado. España estaba abriéndose al mundo e iniciando un ascenso económico de largo plazo. En 1986 el país se integró a la Unión Europea. Entre muchas otras cosas, se trató de una entrada simbólica a la Red Europea del Conocimiento.

Cruyff jugó su último partido con el Barcelona en 1978. Más tarde regresó a Ámsterdam y en 1985 se convirtió en entrenador del Ajax, el club que había pisado por primera vez siendo un niño. Recorrió los entrenamientos de las divisiones infantiles y juveniles, es decir, el césped que prácticamente había sido su jardín de infantes, y después de ver el semillero del club Cruyff ordenó que todo tenía que cambiar. Los equipos juveniles del Ajax ya no tendrían como objetivo ganar los partidos de las ligas inferiores. A partir de entonces, la meta sería convertir a chicos con talento en adultos estrellas. Eso significaba, más que otra cosa, formar jugadores que supieran usar las dos piernas, que fuesen maestros del juego posicional y estrategas a la hora de dar o recibir un pase. Los chicos de las inferiores pasaron gran parte de su tiempo practicando paredes, sobre todo el juego favorito de Cruyff, llamado "seis contra tres". Tonny Bruins Slot, un ayudante de campo que trabajó largamente con Cruyff, recuerda lo que la revista holandesa *Voetbal International* publicó en junio de 2011:

"Presentamos este sistema para comprobar si contribuiría al fútbol que teníamos en mente. Se trataba de triangular, de crear situaciones de un hombre contra varios en el mediocampo, de alcanzar velocidad de acción en pequeños espacios, de ejercer presión sobre el rival: todo estaba allí. Impulsamos esta fórmula de entrenamiento para las divisiones superiores y las inferiores".

Para los equipos juveniles del Ajax, los partidos se convirtieron en clases prácticas. A veces ponían a los infantiles en grupos de jóvenes de más edad, donde aquellos ya no podían solamente sobrevivir con el brillo natural o la velocidad, sino que también tenían que desarrollar la astucia. A menudo los entrenadores, deliberadamente, ubicaban a los niños fuera de su posición. "Eso comenzó con Dennis Bergkamp —dijo Bruins Slot—. Era un maravilloso atacante sub18, pero como lateral derecho no era tan bueno. Por eso pusimos a Dennis en esa posición durante un tiempo. Él se las arregló sin ningún problema. Además, Dennis ahora podría ponerse en el lugar de un defensor, lo cual le sería útil cuando jugara como delantero. El experimento resultó un éxito, así que empezamos a hacer esto con frecuencia."

Cruyff siempre buscaba lecciones influenciadas por otras disciplinas. Contrató a una cantante de ópera, Lo Bello, para enseñar a los jugadores la forma correcta de respirar. En invierno, cuando había receso en los torneos oficiales, los chicos asistían a conferencias: una gran jugadora de ping-pong les ofreció consejos para lidiar contra el estrés; un jardinero les inculcó la importancia de cuidar sus accesorios deportivos; un jugador fracasado, que antes había sido promesa de crac, les explicó los errores que le impidieron alcanzar la gloria.

Cruyff trazó una línea roja que atravesaba el club de punta a punta. Desde los equipos de premini (menores de ocho años) hasta el primer equipo que disputaba la liga holandesa, todos, debían respetar la formación 4-3-3. De este modo, cuando los menores hacían su debut en el equipo principal, se sentían como en casa. Esa fue también la razón por la que Cruyff mandó a los niños a jugar en grandes torneos europeos: la experiencia. Una noche Bergkamp, con diecisiete años, increpó durante un partido a un policía sueco. Al día siguiente regresó a la escuela en Amsterdam.

Lo que ocurría era simple: Cruyff había sido siempre, ante todo, un educador vocacional. Había nacido maestro. Lo corroboré personalmente cuando entrevisté al gran hombre en su mansión de Barcelona, en el año 2000. Él se le-

Johan Cruyff y Pep Guardiola

Pep Guardiola dirigiendo al Barça

vantó del sofá y me enseñó a patear con el pie izquierdo. "Mire —me dijo—, no importa que usted chute con la derecha o con la izquierda, el asunto es que usted está parado sobre una pierna. Y si usted está parado sobre una pierna, se cae. Entonces hay que ajustar el equilibrio; la única manera de hacerlo es con el brazo." Y pateó una pelota imaginaria con el pie izquierdo, lanzando su brazo derecho hacia atrás. Después de eso, mi zurda mejoró inmediatamente.

Cruyff dejó el Ajax en 1988 y se mantuvo apartado durante los veintitrés años siguientes, antes de regresar al club como director y padrino espiritual. Sin embargo, la academia juvenil del Ajax siguió el modelo cruyffiano, que todavía funciona muy bien. En los últimos veinte años los jugadores del Ajax han sido frutos de cosecha propia, incluyendo a los extranjeros que se unieron al club durante la adolescencia. Entre ellos están Bergkamp, Edwin van der Sar, los hermanos Frank y Ronald de Boer, Edgar Davids, Clarence Seedorf, Patrick Kluivert, Nwankwo Kanu, Zlatan Ibrahimovic, Maxwell, Steven Pienaar, Cristian Chivu, John Heitinga, Rafael van der Vaart, Wesley Sneijder, Nigel de Jong y, más recientemente, el danés Christian Eriksen, que a los dieciocho años se convirtió en el jugador más joven de la Copa del Mundo de Sudáfrica.

En 1995, después de que un gran Ajax lleno de canteranos ganase la *Champions* contra el Milán (Kluivert, con dieciocho años, marcó el gol de la victoria), visité Ámsterdam para descubrir si el mundo podría copiar el modelo del Ajax. Co Adriaanse, el entonces jefe de la academia juvenil, se sentó sobre un armario de metal en su oficina y burlonamente me dijo: "¡Esto no es una receta de panqueques! Otros clubes no tienen nuestro estilo. Ellos no comienzan a trabajar con niños de ocho años. Ellos no tienen calidad ni continuidad".

Solo un club aprendió la receta: el Barcelona. Cuando Cruyff regresó al Camp Nou como entrenador principal, en 1988, hizo algo que pocos entrenadores del Barça habían hecho antes: visitó los entrenamientos de las divisiones inferiores. Allí vio a un chico flaco, en el centro del campo, haciendo pases perfectos. "Quite a ese muchacho del campo cuando acabe el primer tiempo", le dijo al entrenador del chico. "¿Por qué?", preguntó el entrenador. "Porque me lo estoy llevando al primer equipo", respondió Cruyff. El chico flaco, cuyo nombre era Pep Guardiola, estuvo desde entonces, y durante una década, en el primer equipo del Barcelona. Hoy Guardiola, incluso en medio de su año sabático, es el mejor entrenador de clubes de España, de Europa y del mundo.

Guardiola es el último hijo del linaje cruyffiano en el Camp Nou. Su antecesor, Frank Rijkaard, era un amsterdamés y un hombre del Ajax. A pesar de que acababa de descender con el Sparta de Rotterdam, consiguió trabajo en el Barcelona por recomendación de Cruyff. Louis van Gaal, entrenador del Barcelona entre 1997 y 2000, fue también un hombre amsterdamés del Ajax, a pesar de no haber recibido el puesto por recomendación de Cruyff. Van Gaal había jugado para el Ajax en los años setenta al mismo tiempo que Cruyff, pero solo en el segundo equipo. Más tarde, Van Gaal trabajó algunos años como profesor de gimnasia para niños difíciles, antes de convertirse en entrenador, y siempre alimentó sentimientos de envidia hacia Cruyff. A pesar de la enemistad personal

entre ellos, los dos alegraron a los aficionados holandeses durante años, pues ambos pensaban exactamente igual sobre el fútbol. Cuando Van Gaal llegó al Barcelona cimentó la veneración del pasado del club. Adelantó la carrera de grandes pasadores, como los entonces muy jóvenes Xavi e Iniesta. Tanto Van Gaal como Rijkaard continuaron la transferencia de conocimientos holandeses a Cataluña, iniciada por Cruyff en 1973.

Cuando Guardiola fue nombrado entrenador principal del Barcelona, restauró y actualizó el cruyffianismo. ¿De qué modo ocurrió esto? Me lo explicó en 2009 Albert Capellas, entonces coordinador de la cantera del Barça. Me reuní con Capellas para tomar unas cervezas en el bar de un hotel suizo. Un par de semanas más tarde, él me llevó a recorrer la Masía, la casa de campo que fue sede de la academia del Barça hasta que el pequeño edificio de ladrillos, con el reloj de sol en la fachada, fue cerrado definitivamente en junio de 2011.

El día que visité la Masía, en octubre de 2009, cualquiera podía caminar por allí. No había guardias. En su interior había un barcito que te daba una bienvenida cálida. Me sentía como en la casa de una familia católica. Un proveedor de mercaderías paró en la puerta y llevó un enorme jamón a la cocina. Había una sala con metegol y mesas de billar, pero estaban cubiertas, porque era época de exámenes y los chicos de la Masía tenían que estudiar. Las puertas estaban abiertas de par en par al jardín y dejaban entrar el sol. En el jardín había una escultura, un cuerpo de mujer, que debe haber provocado bastantes pensamientos extraviados entre los futuros hombres del lugar.

Desde las ventanas superiores de la Masía podía verse el Camp Nou. Casi se podía tocar desde allí. En aquel entonces los dormitorios de los chicos ya habían sido trasladados de la Masía al estadio, pues la pequeña casa de campo se había quedado pequeña para alojarlos a todos.

Pero aquella mañana, nueve meses antes del inicio de la Copa del Mundo en Sudáfrica, la Masía todavía podía sentirse un poco como la cantina del viejo y ahora destruido estadio De Meer del Ajax. Ambos lugares tenían la atmósfera de los clubes de barrio, donde los hombres se reúnen para tomar una copa y cultivar la amistad. Parte del secreto del Ajax y del Barcelona es que son clubes locales que han estado a cargo de hombres de la región durante décadas. Y esos hombres están enfocados únicamente en sus niños talentosos, porque de aquí a diez años, cuando algunos de esos niños sean jugadores de primera división, ellos querrán seguir teniéndolos cerca.

Cuando Albert Capellas se sentó para explicarme cómo se trabajaba en la Masía, me dio la impresión de haber sido transportado al Ámsterdam de 1985. Para empezar, dijo Capellas, las divisiones infantiles y juveniles del Barça juegan el mismo 4-3-3 que practica el primer equipo. Incluso cuando el lateral izquierdo rival tiene la pelota, todos, desde los menores de ocho años hasta los consagrados del Barça, saben exactamente qué posición ocupar para ejercer presión. Por eso cuando los jugadores de las inferiores, los menores de dieciocho, hacen su debut en el primer equipo, se sienten como en su propia casa. Hacer debutar a chicos muy jóvenes en grandes partidos ha sido una iniciativa muy acertada del Barcelona: Andrés Iniesta, Xavi Hernández y Lionel Messi jugaron en el estadio más grande del mundo cuando eran adolescentes.

Hay un montón de cosas, vitales en otros clubes juveniles, que en la Masía no importan. Hasta que los jugadores llegan a la adolescencia, dijo Capellas, "nosotros no pensamos en la competencia, al menos no demasiado". Los partidos de los muchachos son considerados como clases prácticas. La Masía tampoco se preocupa por la estatura de los chicos. A nadie le importó que Messi o Iniesta fueran bajos cuando llegaron. Me dijo Capellas: "Para nosotros no es importante que un joven sea alto. No hacemos pruebas de capacidad física. Siempre estamos pensando en las virtudes técnicas y tácticas de cada jugador". Los jugadores casi nunca hacen ejercicios sin balón. Incluso la velocidad tiene en la Masía una importancia relativa. Guardiola era un corredor lento, pero hacía rodar muy rápido la pelota.

"Los chicos no entrenan demasiado: una práctica de noventa minutos al día es suficiente", me dijo Capellas. La actividad escolar, en cambio, les toma mucho más tiempo, porque al igual que en el Ajax, en el Barcelona todos saben que la mayoría de sus jugadores *nunca* se convertirá en un jugador profesional. "No es una empresa despiadada, tratamos a nuestros cincuenta niños como nuestra familia", me dijo Pep Boada, el canoso jefe scout del Barça. Muchas academias juveniles se

rigen por los brutos moldes militaristas, pero los entrenadores del Barça parecen madres católicas tradicionales. Capellas me dijo: "Messi e Iniesta no viven aquí, pero esta es su casa, aquí vienen a comer, y si tienen un problema lo hablan con nosotros como lo harían con una madre o un padre. Para nosotros ellos no son estrellas. Ellos son Leo, Gerard, Andrés... Andrés es humilde. Nosotros le decimos: 'Tú eres un buen hombre, una persona increíble, no pierdas tus valores'".

Sin embargo, si se la mira bien, la Masía es terriblemente profesional. Lo que le importa al Barça, como le importaba al Ajax, es saber dar buenos pases. Ambas academias hicieron del pase su fetiche. El fútbol, según Cruyff, se trata de hacer pases triangulados en el terreno de juego. Si un jugador podía hacer eso, Cruyff lo recibía. Esto sigue siendo el principio del Barça. Capellas recitó el mantra aquella tarde de 2009: "Los jugadores siempre deben encontrar triángulos". En eso consiste la profunda arquitectura del pase.

Para dar un buen pase, o para detener el pase del otro equipo, es necesario saber exactamente dónde se debe estar parado. El jugador promedio solo tiene el balón durante dos minutos netos de cada partido, por lo que su principal tarea es la de estar en la posición correcta durante los otros ochenta y ocho minutos. Los chicos de la Masía juegan mucho tiempo cuatro contra cuatro, con dos toques de pelota permitidos, y con tres jugadores "comodín" que se unen al equipo que tenga el balón. Gana el partido quien más tiempo permanezca en la posición correcta. El fútbol es tratado como una especie de ajedrez, en lugar de considerarlo lucha libre. Bajo el sol de la Masía, del mismo modo que los jóvenes del complejo De Toekomst ("El Futuro") del Ajax, donde el viento frío barre la carretera, algunos de los grandes jugadores del futuro pasan las mañanas de su juventud haciendo triángulos cruyffianos.

Nuestro tour por la Masía terminó en el comedor, donde a media mañana ya se podía oler un sabroso almuerzo. "Cocina casera", señaló Capellas. En las paredes lisas pintadas de blanco estaban las fotos de los equipos que habían pasado por la Masía. Capellas y Boada encuentran una imagen de 1988, con un joven Guardiola absurdamente delgado. Otros dos niños de la foto fueron durante cuatro años sus asistentes en el Barça. Uno de ellos, Tito Vilanova, es el actual entrenador.

Andrés Iniesta en el gol definitivo contra Holanda

Guardiola ha sido parte del secreto de la Masía. La academia produce a los chicos y los envía al estadio de al lado. Capellas me dijo: "Cuando jugamos contra los equipos juveniles del Real Madrid, somos todos iguales. No pienses que el Real no tiene buenos jugadores jóvenes". Sin embargo raramente los chicos del Real Madrid llegan pronto al primer equipo, porque el Real sigue comprando estrellas. Al contrario, Guardiola, al igual que Cruyff, es un hombre del club que sabía exactamente lo que se estaba cocinando en casa, incluso en los equipos juveniles secundarios.

"Tienes que tener a alguien allí arriba que puede decir: ¡entra!", dice Capellas. Eso es fácil cuando el niño es tan bueno como Messi o Iniesta. Sin embargo, Guardiola hizo lo mismo con Pedro, que no era una estrella obvia, y lo metió en el primer equipo. Afuera, al sol, Capellas utilizó el pie para dibujar un círculo en el suelo: Guardiola pasó de la Masía al primer equipo y siguió reclutando de la Masía. El círculo es redondo.

El Barça ha tenido suerte. El entonces director ejecutivo del club, Joan Oliver, me lo dijo: "Sí, la buena suerte existe siempre en el mundo, en cada tipo de negocio. No es siempre posible garantizar que tendremos un Messi o un Iniesta o un Xavi saliendo de la academia. Tal vez no podremos formar siempre al mejor jugador del mundo en la academia, pero siempre tendremos seis, siete jugadores titulares en el primer equipo".

En resumen, una vez que el aislamiento de España cesó en los últimos años de Franco, Barcelona comenzó a construir un estilo basado en la transferencia de conocimientos desde Holanda. Más tarde, la selección nacional de España adoptó como propio este juego *fabricado-en-Ámsterdam*. En los partidos más importantes, la selección española a menudo parecía como si estuviera haciendo los triángulos de las prácticas matinales en la Masía. Pasaban por delante de la pelota hacia arriba y hacia abajo como pequeños hombres llenando un crucigrama a toda velocidad. En las Eurocopas de 2008 y 2012, pero sobre todo en Sudáfrica 2010, cuando los españoles marcaban el primer gol, simplemente se pasaban la pelota con tanta facilidad que el oponente no la volvía a ver. La final del Mundial fue el cuadragésimo cuarto partido consecutivo en el que los españoles habían ganado después de ser los primeros en marcar un gol. Todo el mundo sabía exactamente cómo jugaban, sin embargo, era imposible ganarles. Se habían trasformado en maestros del pase cruyffiano.

España se convirtió en una nación de gran fútbol porque se unió a las Redes Europeas del Conocimiento. Esto puede sonar como una teoría demasiado simple, el tipo de sentencia que se consigue cuando dejamos a los académicos pronunciarse en algo tan misterioso e intuitivo como el fútbol. Sin embargo, y afortunadamente, los hechos parecen coincidir con la teoría. Echemos un vistazo a los resultados de España, década por década:

Década	Jugados	Ganados	Empates	Perdidos	% Ganados	% Ganados + Empates
1920	32	23	4	5	0.72	0.78
1930	25	13	5	7	0.52	0.62
1940	19	8	6	5	0.42	0.58
1950	44	20	13	11	0.45	0.60
1960	60	28	13	19	0.47	0.58
1970	59	29	18	12	0.49	0.64
1980	103	49	28	26	0.48	0.61
1990	98	57	26	15	0.58	0.71
2000	128	91	25	12	0.71	0.81

Vamos a tomar la década del veinte como una ilustración de lo que muestra el gráfico. España ganó veintitrés de sus treinta y dos partidos en la década, es decir, el setenta y dos por ciento. También empató cuatro juegos. Si contamos que un empate vale la mitad de un triunfo, el porcentaje de victorias de España en la década fue del setenta y ocho por ciento. Esa cifra, en la última columna, es la más reveladora: proporciona la medida del éxito español, década por década.

Lo que la tabla muestra es de qué forma el éxito del fútbol ibérico se relaciona con la integración del país en Europa. En la década del veinte, antes de la Guerra Civil, España funcionó muy bien. Pero luego llegó el aislamiento durante el franquismo. Desde la década del treinta hasta la del ochenta, el porcentaje de victorias de España se ubicó en torno a un decepcionante sesenta por ciento. La selección ganaba menos de la mitad de sus partidos, y empataba una cuarta parte. (El Campeonato de Europa de 1964 fue una anomalía.) Si lo observamos con amplitud histórica, aquella era una selección española pobre y derrotada luchando por acceder a un mejor escalafón en el fútbol mundial. En esas décadas lamentables, Alfredo Di Stéfano, el argentino nacionalizado colombiano y después español, resumió la historia del fútbol ibérico en una frase: "Jugamos como nunca, perdimos como siempre". Es un mito pensar que España solo tenía bajos rendimientos en aquellos años *malos*. De hecho, y si consideramos sus modestos recursos (tanto de mano de obra como de divisas) mostraron una excelente performance en tiempos tan desastrosos. Pero no se trata simplemente de ser grande, o de ser rico, sino de estar lo suficientemente conectado para emparejarse con los países que lideran el deporte.

Por eso, cuando España se integró a la Unión Europea, su equipo nacional mejoró notablemente. El éxito de un país en el fútbol se relaciona bastante con su riqueza, y desde la década del ochenta España se empezó a enriquecer rápidamente. En los años sesenta y setenta su ingreso per cápita estaba estancado en alrededor del sesenta por ciento de la media europea (es decir, de los quince principales países miembros de la Unión). Desde que España ingresó en la UE en 1986, el ingreso promedio del país aumentó cerca de tres cuartas partes de la media del núcleo de la Comunidad. España también se integró totalmente a la Red Europea. Sus mejores jugadores de fútbol participan cada temporada de la *Champions League*. Ni siquiera la crisis iniciada en 2008 perjudicó al fútbol español. A pesar de la recesión, la caída de los precios de los inmuebles y un desempleo mayor al veinte por ciento, España sigue conectada a la Red del resto de Europa.

Final de la Copa del Muindo 2010

La riqueza y la integración se han definido como objetivos. En los años noventa, el porcentaje de victorias de España (todavía considerando empates como medias victorias) se disparó por encima del setenta por ciento. En la primera década de este siglo ya era mayor al ochenta por ciento, con una selección de España que perdió solo el doce por ciento de sus partidos. De 2000 a 2009 el país ganó el setenta y uno por ciento de sus juegos, un récord que no consiguió ningún otro seleccionado nacional de fútbol. Brasil nunca logró esta hazaña. Ni siquiera lo consiguió Italia, que lo conquistó todo en la década del treinta, pero ganó solo el setenta por ciento de sus partidos. España se convirtió en un gran equipo mucho antes de ganar títulos importantes. Wayne Rooney describe, en su autobiografía, un amistoso entre España e Inglaterra en 2004, una época en que los españoles todavía se consideraban eternos perdedores:

"España nos dominaba, pasaba la pelota de ida y vuelta, hacía ese tipo de exhibicionismo que tanto me molesta. Cuando ocurre esto hay que tratar de romper el juego de tu oponente intentando salir por arriba para no quedarte atascado, hay que enfrentarlos dura y rápidamente. Tal vez exagere, porque estaba muy frustrado, pero nunca conseguimos tocar al balón. Y eso es muy desagradable".

Por supuesto que la salida del aislamiento no es la explicación por sí sola del éxito futbolístico de España. Los intangibles también son importantes, como la súbita aparición de jugadores de la talla de Xavi Hernández y David Villa, por ejemplo. España fue el único equipo en la Copa Mundial de 2010 con un plantel integrado por once jugadores que eran titulares absolutos en clubes inmensamente grandes. A pesar de esto, España fue sobrevalorada en tamaño y riqueza: su increíble desempeño fue posible gracias al fin del aislamiento.

Siete de los catorce españoles que jugaron aquel partido se hicieron mayores en la Masía. Siete de los catorce holandeses que disputaron esa final crecieron en la academia del Ajax. Qué maravilla, y qué apropiado, que los españoles hayan sellado su lugar en la última Copa del Mundo justamente contra su país mentor. Esa final fue un Cruyff versus Cruyff. Probablemente nunca había sucedido antes que dos equipos, en una final del mundo, tuvieran sus orígenes en el trabajo del mismo hombre. Esa noche, en Johannesburgo, el viejo amsterdamés que tiene su casa en Barcelona debió haberse sentido un orgulloso padre de gemelos.

Simon Kuper (Uganda, 1969). Periodista y escritor británico. Sus dos pasiones, la economía y el fútbol, lo han llevado a estudiar en Oxford, Harvard o Berlín, y a vivir en Ámsterdam o Jamaica. Escribe para *Financial Times* y *The Guardian*. Este ensayo no tenía versión en español.

Traducción:
Jorge Trímboli

Fotografías:
EFE

Una batalla campal

Johan Cruyff fue el que no vino a jugar el Mundial 78 a la Argentina, ¿no?

—El mismo que viste y calza —me dice Chiri.

—Creo que no vino porque estaba en contra de los militares —intento recordar.

—No, fue porque unos meses antes del mundial intentaron secuestrarlo en Barcelona: a él y a su familia. Y eso lo puso mal. Por eso no vino. Lo contó hace un tiempo.

—¿Lo habrá querido secuestrar Menotti, para no sufrirlo en la cancha?

—No creo —me dice—. Si el técnico hubiera sido Bilardo por ahí sí. Pero Menotti es un señor.

—Capaz que ganamos el Mundial gracias a los secuestradores de Cruyff, porque esa Holanda, con Johan en el equipo, nos hacía mierda. ¿O no?

—Nunca lo sabremos —me dice—. Pero de todos modos nosotros teníamos un equipazo.

—¿Sabías que en Youtube hay partidos completos del Mundial 78?

—No me digas...

—Hacé una cosa: cuando puedas buscá el partido que jugaron Argentina y Brasil por la segunda ronda y seguí atentamente los primeros minutos de Luque.

—¿Qué pasa con Leopoldo Jacinto? —me pregunta Chiri.

—Yo tengo grabado el golazo que le hizo a Francia desde afuera del área, y las repeticiones eternas de las jugadas de siempre —le digo—. Pero te puedo asegurar que esos primeros minutos son la síntesis de otra cosa. Luque sale a partir jugadores brasileños de una manera descomunal. Es glorioso: nunca vi nada parecido.

—¿Te viste el partido completo? —me pregunta.

—Enterito —le digo—. Tenés que hacer la prueba, porque en un momento pasa algo: a los quince minutos de juego estás de nuevo en la infancia, en tu casa de Mercedes. Y afuera hace un frío de puta madre: un frío Mundial 78, como dice Fabián Casas en "El bosque pulenta".

—Lo voy a intentar, pero no te prometo nada —me dice Chiri.

—Vos te lo perdés.

—El que la rompía en esa selección era Ardiles.

—*Ossie* Ardiles —le digo.

—¿Así le decían en Inglaterra, no? Simon Kuper se acuerda de haberlo visto jugar en el Tottenham y cuenta que era una maravilla. ¿Cómo se llama esa película en la que aparecía Ardiles, que la fuimos a ver al Cine Español cuando éramos chicos?

—*Escape a la victoria* —le digo—, con Michael Caine y Stallone. También estaban Pelé y el polaco Deyna, al que Fillol le atajó el penal en el Mundial. Era sobre un partido de fútbol en un campo de prisioneros de guerra: nazis contra aliados.

—El famoso "partido político", como el Barça-Madrid —me dice Chiri.

—¡Ah, qué bueno se está poniendo el fútbol español! —me excito—. Cuando se fue Guardiola pensé que ya no habría antagonismos, pero Dios quiso que la independencia catalana pusiera otra vez al odio deportivo en su justo lugar.

—¿En qué liga va a jugar el Barça si Cataluña se independiza de España? ¿Se acaba el clásico para siempre? Vos que vivís ahí, ¿sabés algo?

—Hay un dato importante —le digo—. Mónaco es un Estado independiente, pero su club de fútbol juega en la Liga Francesa.

—Entonces todo bien —me dice Chiri—. Si sigue habiendo Madrid-Barça, estoy a favor de la independencia. ¿Pero Cataluña podría jugar un Mundial como país, por ejemplo?

—Podría, pero sería muy raro ver a Xavi en un equipo y a Iniesta en otro. Yo creo que incluso con diferentes camisetas seguirían triangulando y dándose pases entre ellos.

—Igual no termino de entender la independencia catalana. ¿Es una postura o es real?

—Yo tengo una teoría muy de cuete, pero sirve para explicarlo —le digo.

—¿A ver?

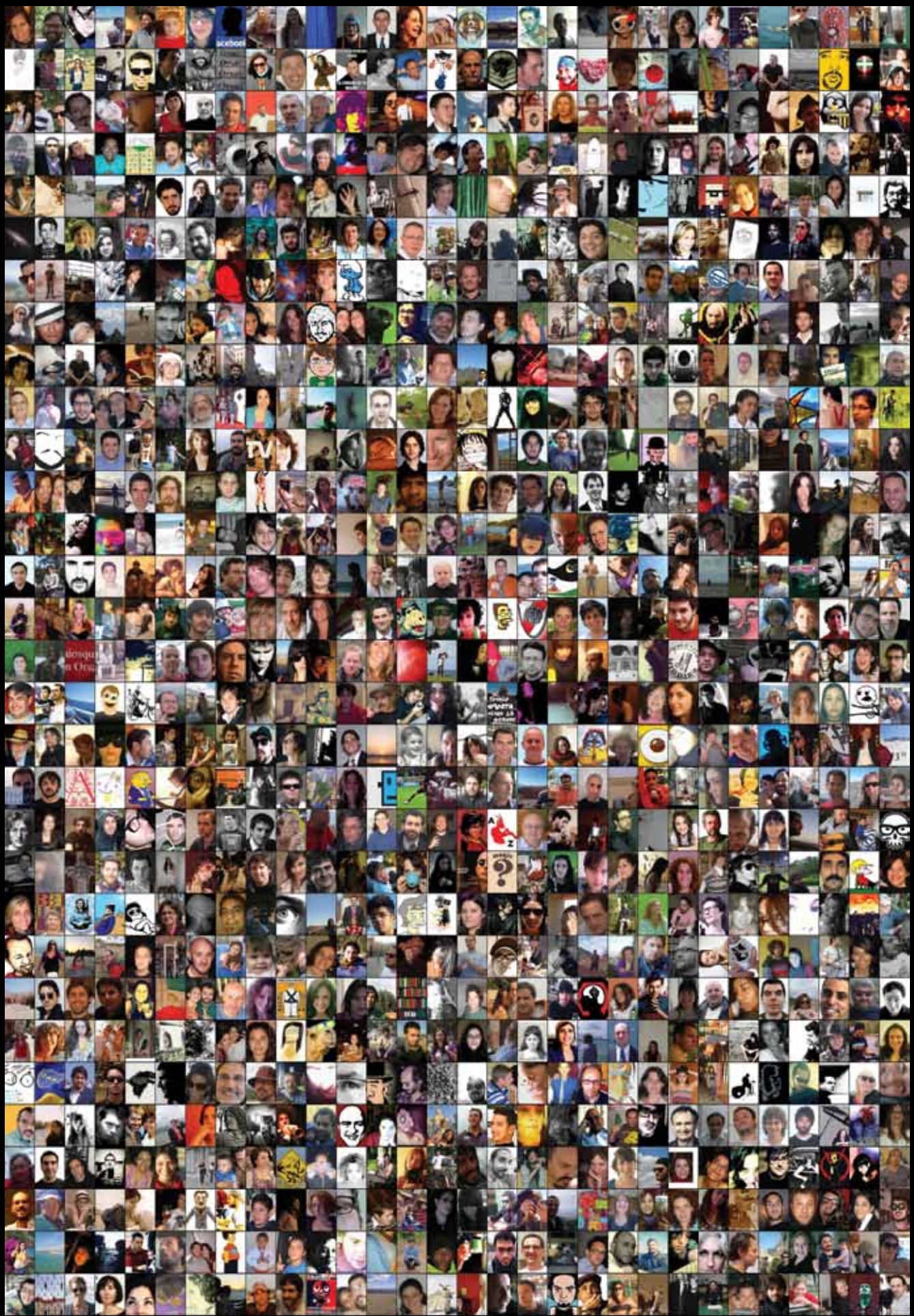
—Ponele que hay un amistoso España-Argentina el mes que viene. Promedia el partido y Messi se va con pelota dominada. Entonces llega por atrás Sergio Ramos (el defensor del Madrid), le tira una patada a destiempo y lo quiebra. A Messi. Lo parte en dos. ¿Sabés qué pasaría?

—¿Qué pasaría?

—Que Xavi, Puyol, Iniesta, Piqué, Fábregas y Jordi Alba lo cagarían a trompadas a Sergio Ramos. Mientras que Casillas, Arbeloa, Xabi Alonso y Albiol intentarían defender a su compañero. Y se armaría una batalla campal entre jugadores con la misma camiseta.

—Qué loco —me dice Chiri—. Te juro que me lo imagino y puede pasar tranquilamente.

—El sentimiento de independencia, cuando es real, se parece mucho al instinto. ◣



Por Gonzalo Garcés

La intemperie

Vamos a imaginar a un hombre de unos setenta años. En realidad tiene un poco menos, pero toda su vida le gustó adelantarse y decir que tenía unos años más. Por ejemplo: "A mis treinta años, he descubierto que lo que más me importa es la eficacia". (Cuando tenía veintinueve y era incapaz de entender las instrucciones de uso de una pava eléctrica.) Por ejemplo: "Tengo cuarenta años. No me pidas palabras tiernas. Un hombre que se enamora a los cuarenta años, o nunca ha vivido o es un imbécil". (Cuando tenía treinta y ocho y le decía estas cosas a su novia, temblando mientras las decía, de puro miedo a que ella, esa mañana, cuando se levantara de su cama y saliera a trabajar, se olvidara de él.) Por ejemplo: "A mí se me pasaron ya todos los trenes. Ya nunca voy a hacer nada notable en la vida. ¿Como qué? Como ganar el campeonato mundial de ajedrez. Tengo cincuenta años, hijo mío. Lo único que me queda por esperar son achaques". (Cuando tenía cuarenta y siete y acababa de pagar mil dólares de matrícula para un curso avanzado de ajedrez con el maestro Alexis Castoriadis.) En otras palabras, nuestro hombre es la clase de hombre que ha quedado en encontrarse en una esquina con la muerte y cree que si llega con adelanto después podrá negociar pagarle un taxi en vez de tener que acompañarla a su casa.

Este hombre, a los sesenta y ocho años, tuvo un accidente grave. Un accidente de motos. Porque nuestro hombre, desde los sesenta y cinco, corría carreras de motos. Corría, por supuesto, con hombres mucho más jóvenes que él. Un día le dijo a Laura, su mujer y socia en la agencia inmobiliaria: "Tengo setenta años, Laura. Si no me doy ahora el gusto de comprarme una moto, cuándo". "Pero vos tenés sesenta y cinco, Jonás." Sin embargo, a los dos días nuestro hombre salió de la concesionaria manejando una (en este punto tendríamos que nombrar la marca de la moto, pero la verdad es que la desconocemos y que googlear nombres de motos para darle realismo a una crónica nos parece de cuarta) y dos días más tarde ya se había caído por primera vez (practicando en el campo de su hermano, se cayó a una zanja) y un mes más tarde ya tenía por lo menos tres costosos trajes antiflama, con vistosas rayas verde flúo y poderosos refuerzos en los codos y las rodillas, adquiridos a muy buen precio por Amazon, y dos o tres cascos. "Cuando me pongo todo esto", explicaba, "nadie podría decir qué edad tengo." En Facebook hay muchas fotos de nuestro hombre en circuitos de carreras. En San Luis. En Corrientes. Arriba de la moto, en el acto de tomar una curva, casi tocando el piso. Arriba de la moto, con los otros corredores, en la línea de largada. Al lado de la moto, sin casco, comiendo un choripán. En esa foto, la barba blanca y los pelos revueltos y escasos contrastan con el cuerpo de supermán que le confiere el traje con rayas verde flúo.

Con la moto le pasaron cosas entre cómicas y afligentes. Por ejemplo: una vez fue a correr una carrera a La Serena. Se había hecho amigo de un grupo de motoqueros chilenos. Tipos de treinta, treinta y cinco años. Católicos practicantes que dejaban a sus mujeres, todavía jóvenes, en la casa y se iban por el fin de semana a correr en algún circuito alejado de la capital y durante ese

Si alguien todavía pensaba que el hombre se hace adulto cuando muere el padre, no contaba con el siglo veintiuno y su epidemia brutal de adolescentes incombustibles.

respiro o ese recreo se emborrachaban, tomaban cocaína y se iban de putas. Jóvenes dueños de inmobiliarias (como alguna vez lo ha sido nuestro hombre), jóvenes abogados o importadores de ropa hecha en China. Entonces, un día nuestro hombre se hace llevar la moto hasta Santiago y de ahí parte rumbo al norte con estos amigos. "Nunca gano, claro", le gustaba explicarle a su hijo. "En realidad, salgo siempre último. Pero por lo menos corro en el mismo circuito que ellos." En La Serena alquilan un departamento. A la noche, como era de prever, se organiza una juerga. Ahí nuestro hombre no lleva todas las de ganar. Los tipos jóvenes están con la camisa abierta hasta el ombligo, tomando whisky, bailando rock. "Ya puh Jonás, quítate el saco, hombre." "Sí puh Jonás, no seai tan formal, suéltate un poco que ya llegan las lolas." No es posible decir si estas arengas son afectuosas o perversas. Si los jóvenes empresarios son, en algún parking subterráneo de su shopping mental, una manada de lobos que han traído a nuestro hombre para realizar la matanza ritual de un viejo, o si por el contrario ven en él al viejo que serán (que verdaderamente ya son) y alentándolo a demostrar que todavía puede se alientan, en realidad, a sí mismos. Lo cierto es que sobre las diez uno de los motoqueros, al que apodan el Turco, golpea la puerta de su cuarto y lo invita a unirse a la fiesta. En el living suena música fuerte y hay voces femeninas. Nuestro hombre se niega, alegando que le duele la cabeza. Un rato más tarde, entra de golpe una de las mujeres y con voz de ebria dice que quiere "conocer al famoso Jonás". Nuestro hombre se tapa con la frazada hasta la nariz. A la mañana siguiente, la carrera sale mal. El joven al que apodan el Turco resbala en un charco y se rompe un dedo. Es el dedo corazón, el que sirve para hacer el signo de fuck you, y justamente, con la mano enyesada el Turco parece hacer un perpetuo gesto de fuck you, aunque su ánimo, el ánimo general en realidad, no es de enojo sino de abatimiento. En el viaje de vuelta, el silencio es pesado. Nuestro hombre, pegado a la ventanilla, mira las nubes. No sabemos en qué piensa. Pero sabemos qué siente. Siente sueño. Las nubes tienen la forma de caballos encabritados, de sátiros con los huesos rotos, de cámaras de filmación que explotan en pedazos. Alguien, quizás el que maneja, dice que no hay que desanimarse, que estas cosas pasan. El Turco, que va con el dedo enyesado haciendo fuck you, replica vivamente: "No huevón, ahí te equivocai. Esto que nos pasó nos pasó porque nosotros pecamos, huevón". "¿Cómo que pecamos, huevón?" "Sí huevón", dice el Turco, con el dedo enyesado haciendo fuck you, "nosotros anoche hicimos cosas que son pecado huevón, pecamos contra los santos votos del matrimonio, huevón, pecamos con la droga, pecamos con el trago huevón, con hartas cosas pecamos huevón, y por eso pasó lo que pasó." El que maneja mira por el retrovisor al Turco con el dedo enyesado haciendo fuck you y exclama: "¿Sabís qué? ¡Tenís razón huevón!". Nuestro hombre escucha, su corazón está mudo.

A propósito de pecar, en el terreno sexual también las acciones de nuestro hombre han sido, por decirlo así, guiadas por una estrella negra. A nuestro hombre lo podemos definir (en cierta forma ya lo hemos definido) como un animal acorralado. A su mujer, a primera vista, se diría que la maltrata. Cuando ella lo llama al celular por un asunto de trabajo, él le ladra: "¡Sos insoportable! ¡Ojalá me muera pronto para no escucharte!". Pero es sabido que hace tiempo quiere jubilarse y que no lo hace porque si cerraran la inmobiliaria, su mujer, que es adicta al trabajo, se enfermaría de pena. Desde hace al menos diez años (cuando tenía sesenta y afirmaba que tenía sesenta y cinco) tiene siempre alguna querida. Son prostitutas a las que les paga el alquiler, las colma de regalos, las lleva de viaje a lugares como Rio o Venecia. Estas relaciones tienden a durar una media de cuatro a seis meses y siguen siempre un mismo patrón. Nuestro hombre las conoce en algún prostíbulo. Les propone un pacto. "A mí me quedan como mucho cuatro años", les dice. "Después, es la muerte o la decrepitud total." "Y es cierto", le explica a su hijo, cuando le relata su nueva conquista, olvidando que en cinco, seis, siete ocasiones le ha contado lo mismo, cada vez con una mujer distinta, cada una única, cada una definitiva. "En cuatro años puedo convertirte en una mujer nueva", les dice. "Cuando nos separemos, vos sabrás vestirte bien, hablar con elegancia, habrás completado tus estudios. Y yo moriré más feliz." "Lo que vos no podés concebir", le explica nuestro hombre a su hijo, "es la vulnerabilidad del hombre de mi edad. La vulnerabilidad ante una mujer de veinticinco años. Para tener una chance,

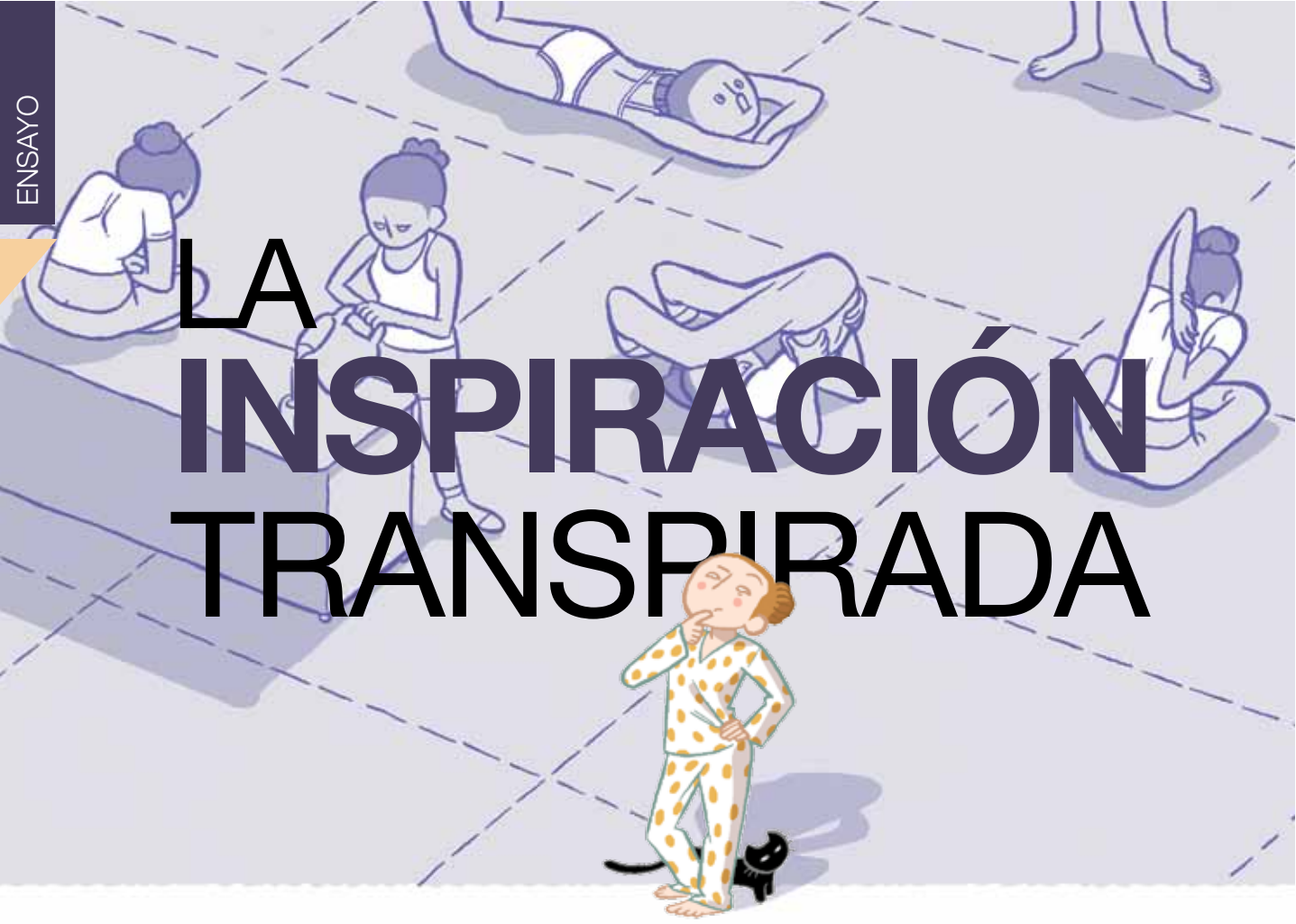
yo no puedo dejar que piensen por sí mismas, yo tengo que dominarlas por completo, yo tengo que ser Nabucodonosor.” Al cabo de dos, tres meses, Nabucodonosor se decepciona: Sandra siempre encuentra una excusa para no acostarse con él, Cynthia está viviendo con otro hombre, Wanda se ausenta cada vez más seguido. A Berenice la pescó en el Club Platino subiendo a la pieza de arriba con un cliente. ¡Ella que le había jurado que ya no trabajaba! ¡Y esto apenas semanas después de que él le pagara la operación de las tetas y se quedara cuidándola, como un perro, al pie de la cama! “Sos una mala mujer”, le dijo, en la esquina de Bulnes y Santa Fe. Y le reclamó que le devolviera todos los regalos. Pero ella solo accedió a devolverle el brazalete con perlas.

Y entonces, pum: el accidente. Una mañana, temprano, en un circuito de La Plata. Llovizna. Nuestro hombre anda por la tercera vuelta. No resbala. No lo empujan. El accidente es pura estupidez. Llega a la curva y frena. Pero en vez de frenar poco a poco, clava los frenos, nunca sabrá por qué, y sale despedido. Cae varios metros más lejos. De culo. Resultado: una vértebra rota. Dos meses de reposo. Seis meses con faja. El médico le aconseja no fumar para acelerar la recuperación.

Pero ahí está la cosa, que no se ha recuperado. Han pasado trece meses y el dolor de espalda sigue. Y aparecieron otros síntomas. Las piernas le responden mal. Si trata de ponerse en puntas de pie, no puede. Algo pasa también con su esfínter. Es como ser viejo (¡como ser *realmente* viejo!, piensa nuestro hombre con vértigo), solo que esto no es el trabajo del tiempo, la degradación impersonal de los años, esto lo ha provocado él mismo. Consulta a un médico distinto y este le explica que la vértebra rota ha reducido el canal de la médula y que esto está afectando el funcionamiento de su cuerpo de la cintura para abajo. Nuestro hombre se asusta. Le han dicho que tiene que operarse. Su hijo, de quien está distanciado, se ofrece a acompañarlo en su entrevista con el cirujano. Cuando el hijo llega, nuestro hombre le mira la cabeza y encuentra que ha perdido mucho pelo. Lamenta haber aceptado que lo acompañe. Es un tipo alto, de cuarenta años, con una perpetua cara de descontento. En una clínica muy cara de Buenos Aires, durante

una hora, el cirujano explica (dirigiéndose ahora al padre, ahora al hijo) la necesidad de operar. Les muestra las radiografías, les señala el punto en que una astilla de hueso presiona la frágil médula. La operación queda fijada para la segunda semana de octubre.

Salen y caminan por Paraná hasta llegar a la plaza Vicente López. Antes han pasado a buscar a los dos hijos del hijo: sus nietos. Se sientan en un banco mientras los chicos juegan. Después de un silencio, el hijo dice que esto le da pena. “¿Qué cosa te da pena?”, pregunta, con mal humor, nuestro hombre. La calvicie incipiente de su hijo le da cada vez más rabia. “Antes te gustaban los chicos”, prosigue el hijo, “pero ahora no.” Nuestro hombre, mecánicamente, mira a sus nietos. “Mirálos”, dice el hijo. “No les quedan muchos años de ser chicos. Si alguna vez los sacás a pasear, si los llevás a comer un pancho, podrías pasarla bien.” Es una tarde de primavera, tan luminosa que da miedo. Dostoievski, en *Los hermanos Karamazov,* mostró cómo, cuando el viejo Karamazov se niega a abandonar la competición por el sexo, el resultado es una lucha a muerte con su hijo Dmitri. El acto paterno por excelencia es, probablemente, un acto de renuncia: el acto de ocultar la propia sexualidad. De sacar, por así decirlo, al sexo de la conversación. Ese acto quizá vuelva posible el amor entre el padre y el hijo. Nuestro hombre nunca ha ocultado, más bien todo lo contrario, su sexualidad, su terror, su hoguera. Sin embargo no se siente, no todavía, dispuesto a luchar a muerte con su hijo. Vivir como un animal acorralado es doloroso. Pero también es seguro. El animal acorralado siente, al menos, que tiene la espalda cubierta. A nuestro hombre, a esta hora, en este banco de plaza, no le faltan ganas de mandar a su hijo al carajo. Pero en vez de eso, algo secreto cede en él y dice: “Puede que tengas razón”. Su hijo lo mira con asombro. “Voy a hacer eso. Voy a llevar a los chicos a pasear.” Ahí va, por Las Heras, con un chico de cada mano. A partir de este momento, está a la intemperie. ◣



LA INSPIRACIÓN TRANSPIRADA

Por **Leila Guerriero**

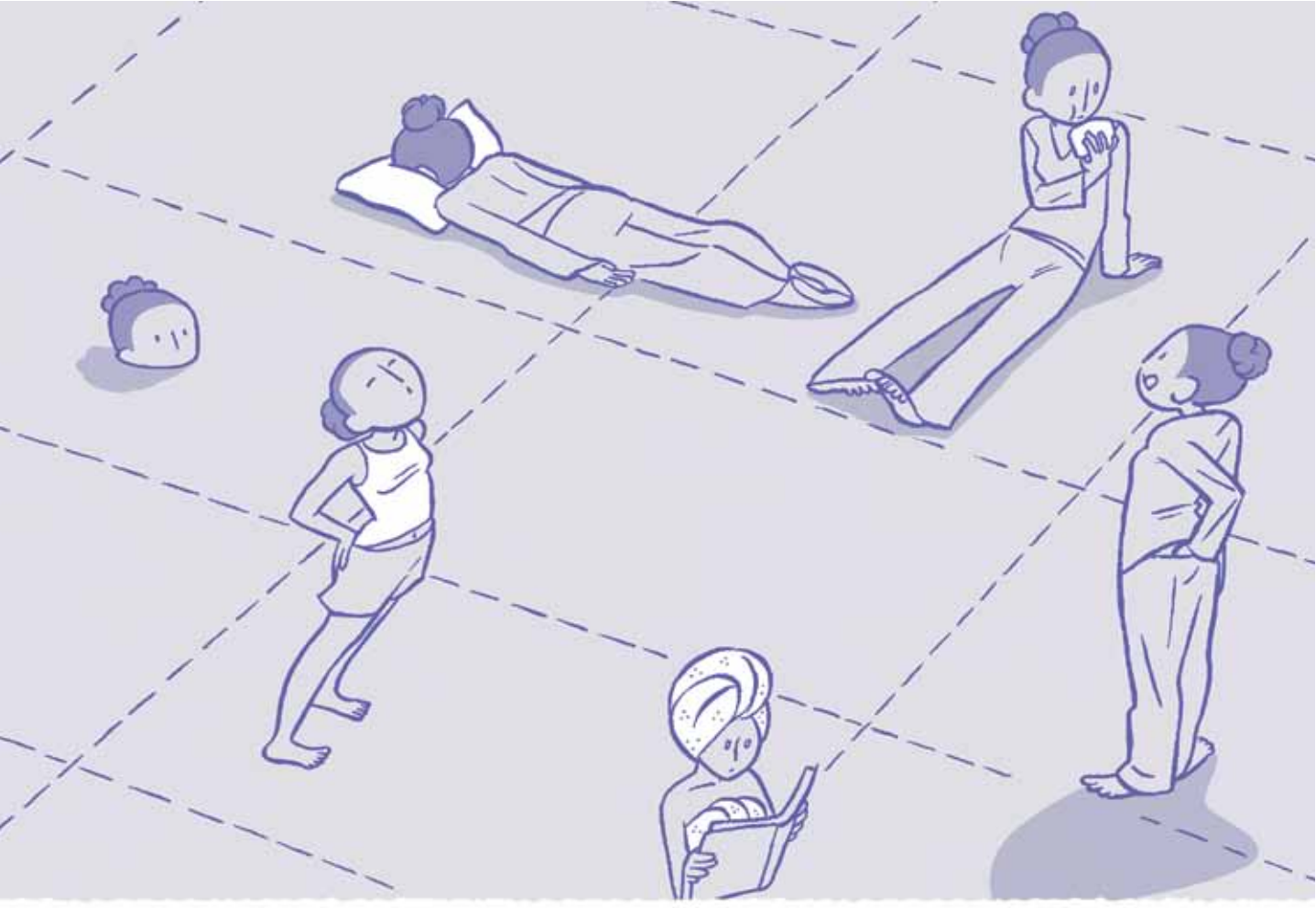
Ilustra **Alejandra Lunik**

¿Cómo se le ocurren las historias a Leila Guerriero, una de las mejores cronistas narrativas de nuestra época? La pregunta es breve y a primera vista parece simple. La respuesta, por suerte, tiene muchas páginas y su lectura es un placer.

Hoy, por ejemplo.

Es viernes, hace frío y llevo ya dos horas despierta, dando vueltas por la casa, pensando (como hace días pienso) en cómo escribir esto.

Miro perezosamente los diarios. Respondo mails. Muevo algunos libros que hay sobre mi escritorio. Quiero decir que los muevo: ni los miro ni los leo: los muevo. Voy a la cocina y caliento agua para hacerme un té. Voy hasta el living y miro los muebles, sin hacer nada pero con la actitud de quien está ahí para hacer algo. Acomodo unas sillas, muevo los libros que hay sobre una mesa baja. Quiero decir que los muevo: ni los miro ni los leo: los muevo. Vuelvo a la cocina, preparo el té, voy a mi estudio y dejo la taza sobre el escritorio. Entro al baño y abro un cajón. Compruebo que todavía queda bastante crema en un pote de crema para la cara. Cierro el cajón sin tocar nada más. Vuelvo al estudio, subo a una silla para llegar al último estante de mi biblioteca. Me quedo allí, sin buscar nada pero con la actitud de quien está buscando algo. Abro un libro de Edward Said, lo miro —quiero decir que lo miro: ni lo leo ni lo reviso: lo miro—, lo cierro, vuelvo a ponerlo en su lugar. Bajo de la silla y me siento frente a la computadora. Chequeo los mails. Tomo té. Miro por la ventana. Sobre el escritorio hay algunas hojas de periódico, una de ellas con un ar-



tículo acerca de un mercado en el que venden carne y frutas. La separo, la doblo en cuatro, me levanto y voy hasta la cocina. Cuando llego a la cocina me agacho para abrir la puerta de un mueble y saco, de allí, un libro marrón de tapas duras aseguradas por un elástico. El libro se llama *Guía de compras* y lo firma Narda Lepes. Lo abro, guardo entre sus páginas la hoja del periódico con el artículo sobre el mercado, lo cierro y vuelvo a ponerlo en su lugar. Y, cuando me incorporo, sé, de una forma tan brumosa como precisa —como si algo pudiera estar en foco y fuera de foco al mismo tiempo— qué tengo que escribir. Regreso a mi escritorio, miro el balcón y, antes de empezar, pienso: "Tengo que regar las plantas". Son exactamente las 12.18 del mediodía cuando escribo la primera frase: "Hoy, por ejemplo".

Escribo durante mucho rato: corto, pulo, corrijo, agrego reiteraciones, las quito, elimino diez líneas, me las arreglo para que el párrafo termine donde quiero que termine: con ese "Hoy, por ejemplo". Son veintinueve líneas, demoro media hora en escribirlas, y, aunque sé que me tomará cuatro o cinco días llegar a una versión definitiva, no me detengo, porque mi método es poco refinado y consiste en avanzar sin detenerse, hasta que llego a este párrafo y estoy por describir otro de esos momentos en los que uno se agacha a guardar un recorte y vuelve con la idea completa cuando me pregunto si escribir acerca de los procesos creativos de cualquier actividad no podría derivar en una larguísima secuencia de escenas vulgares en las que una persona solitaria ejerce tareas estúpidas (mover libros, mirar un pote de crema, mirar los muebles) con las que, en apariencia, no hace otra cosa que perder el tiempo. Sé que no hay una respuesta cabal a las preguntas que plantea este texto —por qué se eligen unas historias y no otras; cómo se llega a escribirlas— porque ¿cómo saber cuándo se puso en marcha el mecanismo que se desató con ese movimiento banal: agacharme, abrir el libro marrón de tapas duras, guardar el recorte, etcétera? ¿Cómo saber si fue lo marrón del libro, o lo negro del elástico, o algo que comí, o un río oculto de pensamientos lo que disparó esa construcción tan sencilla, tan anodina —"Hoy, por ejemplo"— que trajo, con ella, todo lo demás?

Y me pregunto, también, dónde leí esta frase: "su voz sabía más que ella misma". Me digo que sería bueno recordarlo, porque creo que esa es la única respuesta.

Pero, de todos modos, lo intento.

La inspiración transpirada

La pregunta se repite, una y otra y otra vez: "¿Cómo se le ocurren las historias?". Hay una parte que es fácil, porque ya la pensé y la escribí hace tiempo y, aunque odio citarme a mí misma, soy incapaz de encontrar una forma más sincera de responder a la primera de las dos preguntas: por qué elegimos algunas historias. La respuesta es tan pueril que da vergüenza y es esta: excepto que se trate de un artículo por encargo, la elección del tema para escribir un texto de periodismo narrativo es el resultado de los gustos —y los traumas— de uno mismo, combinados con la factibilidad de publicar esa historia en algún medio.

Si tratara de profundizar en la única parte interesante de esa respuesta —aquello de "los gustos y los traumas de uno mismo"— debería hablar de mi método de recorte y acumulación. Es un método poco recomendable, ya que el resultado parece lo que es: una pila deprimente de revistas, folletos y diarios viejos. A lo largo de años —muchos, a juzgar por la data de los recortes más antiguos— he guardado cosas que me interesan para volver más tarde sobre ellas y quizás transformarlas en perfiles o crónicas, pero la temática es tan variada que no logro encontrar un denominador común. En mi pila hay desde ínfimas noticias sobre fiestas de beneficencia hasta ensayos fotográficos sobre gauchos y mataderos, revistas de cultivadores de cactus, folletos de concursos de belleza, publicidades de cantantes cursis, catálogos de artistas plásticos, artículos acerca de futbolistas viejos o de barrios sumergidos en la ostentación. La única materia que unifica todas esas cosas es mi curiosidad. Pero no sé qué la dispara.

Yo no sé por qué elijo las historias que elijo —una adolescente que mató a su hija, una mujer que envenenó a sus amigas, una cronista que inventó la crónica de modas, un matarife, un pueblo de la Patagonia, un festival de bailes folclóricos, un mago manco, un hombre gigante, un cantante popular y posible mitómano, un pintor contemporáneo, un diseñador de joyas, una fotógrafa librepensadora— pero sí podría decir que, en todas esas historias, hay algo que no entiendo y que quiero entender o algo pequeño que, sospecho, podría hacerme entender algo más grande.

Cuando escribí, por ejemplo, sobre Jorge González, un hombre que medía dos metros y medio, que devino jugador de básquet en la selección nacional y llegó a probarse en la NBA solo para mutar en luchador de lucha libre, yo ya había leído cien veces su historia en la sección Deportes de todos los diarios, pero ninguno de esos artículos explicaba por qué alguien que llega hasta las puertas de la NBA y tiene todas las posibilidades de ganar mucho dinero, elige transformarse en un montón de carne de circo y termina paralítico, pobre y ciego en el ínfimo pueblo que lo vio nacer.

Cuando escribí, por ejemplo, sobre un pueblo patagónico donde entre 1997 y 1999 se suicidaron doce personas muy jóvenes creí que, en el combo trágico de ese lugar que conjugaba decenas de prostíbulos e iglesias, petróleo, desempleo, violencias y suicidios, había una historia que contaba algo más grande: la historia de un país que se dice federal pero que no se entera de nada que no suceda en Buenos Aires.

Eso, en cuanto a las historias de la gente.

Porque hay otras historias en las que no existe nada como alguien a quien llamar por teléfono, citar un jueves a las cinco de la tarde y hacer unas cuantas preguntas. Esas historias son, por ejemplo, las columnas, o estos textos, en los que, antes que nada, hay que encontrar qué tiene uno para decir. Imagino que, para eso, hay métodos inteligentes, pero yo uso tres: uno, lejanamente racional; los otros, puramente mecánicos.

El primero, el que más uso, es obsesionarme. Durante días o semanas pienso, todo el tiempo —mientras cocino, mientras viajo en bus, mientras miro sin mirar por la ventana—, ¿qué quiero decir, qué quiero decir, qué quiero decir, qué quiero decir, qué quiero decir? Hasta que, en algún momento, antes o después, mientras estoy cocinando, viajando en bus o mirando sin mirar por la ventana, tengo uno de esos instantes —más o menos modesto, más o menos afortunado— parecido a aquel en que me agaché frente al mueble de la cocina y guardé el recorte en el libro marrón y etcétera, y entonces algo se mueve en alguna parte y lo que quiero decir llega bajo la forma nítida de una primera frase o la forma difusa de una idea general.

Los métodos mecánicos suelen producir resultados más refulgentes, pero son difíciles de controlar y mucho más esquivos. Esos métodos son dos: uno es pasear en auto. El otro es correr.

Si voy en auto y suena la banda de sonido adecuada —donde adecuado puede querer decir cualquier cosa, desde una canción italiana del año sesenta hasta Pearl Jam— y hay sol pero la luz no es demasiado intensa, y sobre todo si no sopla viento, puedo verme súbitamente necesitada de meter la mano en el bolso y sacar un papel cualquiera (un

ticket del supermercado, una entrada al cine, una tarjeta personal) para anotar apresuradamente algo que usaré después, como me pasó el sábado trece de agosto cuando iba al barrio chino a comprar pescado y en la radio empezó a sonar la voz de un músico argentino llamado Vicentico cantando el tema de amor de una telenovela horrible de los años ochenta y yo, por algún motivo, me hice una pregunta que estaba en las antípodas de cualquier cosa que pudiera ser evocada por la combinación de todos esos factores —barrio chino, telenovela, pescado— y me pregunté "¿Por qué escribo?". Treinta cuadras después estaba buscando un papel dentro del bolso para anotar apresuradamente algo que usaré alguna vez en una columna. Y, aunque esa euforia primigenia debe ser sometida a un proceso serio de centrifugado para dejar afuera las sensibles exaltaciones producidas por la música, el sol y la ausencia de viento (y el tema de amor y la telenovela), la música, el sol y la ausencia de viento (y el tema de amor y la telenovela) hicieron su trabajo: producir una emoción primaria, una materia torpe pero noble sobre la que se podrá esculpir, después, alguna cosa.

De todos modos, nunca escribo más que cuando corro. En abril de este año, por ejemplo, salí a correr y, mirando la rama de no sé qué árbol, pasando frente a la puerta de no sé qué taller mecánico, escribí, entera, una columna para la revista *Sábado*, del diario *El Mercurio*. La columna se llamaba Arbitraria y daba sin dar, y creo que un poco amargamente, respuesta a una pregunta repetida: "¿Qué consejo le daría a un periodista que recién empieza?". Decía, entre otras cosas, esto:

> *"(...) Corrí al atardecer. Me siento leve, un poco feroz, arbitraria. De modo que, si hoy me preguntaran, les diría: corran. Les diría: sientan los huesos mientras corren como sentirán después las catástrofes ajenas: sin acusar el golpe. Aguanten, les diría. Pasen por las historias sin hacerles daño (sin hacerse daño). Sean suaves como un ala, igual de peligrosos. Y respeten: recuerden que trabajan con vidas humanas. Respeten.*
>
> *Escuchen a Pearl Jam, a Bach, a Caléxico. Canten a gritos canciones que no cantarían en público: Shakira, Julieta Venegas, Raphael. Vayan a las iglesias en las que se casan otros, sumérjanse en avemarías que no les interesan: expóngase a chorros de emoción ajena (...) Sepan cómo limpiar su propia mugre, hacer un hoyo en la tierra, trabajar con las manos, construir alguna cosa. Sean simples pero no se pretendan inocentes. Conserven un lugar al que puedan llamar "casa" (...) Maten alguna cosa viva: sean responsables de la muerte. Viajen. Vean películas de Werner Herzog. Quieran ser Werner Herzog. Sepan que no lo serán nunca (...)".*

No sé de dónde salió. Sé que llegó completa, con su tono de rezo, de mantra, de elegía, con su aire de ilusión desesperanzada, con una iconografía personal oculta entre sus frases. Del día en que la escribí tengo, apenas, el recuerdo de unas hojas moviéndose en un árbol que estaba a mi derecha, la imagen de mí misma corriendo por una calle empinada y, sobre todo, la certeza de estar todo el tiempo en otra parte. Es un estado del que conviene hablar con pudor. No es felicidad, no es euforia. Es algo más parecido a ser el diablo. Es un estado de poder salvaje.

Pero eso pasa pocas veces. Lo que más sucede es el trabajo.

Los días de leer, las horas de escribir, los incomprensibles vagabundeos por la casa, los kilómetros recorridos entre el estudio y la cocina metida en una cáscara de silencio que no permite interrupciones porque, aun cuando parece que no estoy haciendo nada, sobre todo cuando parece que no estoy haciendo nada —calentándome las manos en la estufa, contemplando el vapor de una olla— estoy escribiendo. Estoy intentando cazar un adjetivo, traer una música de fondo, mejorar una escena, entender qué tengo para decir y cómo —cómo, cómo— voy a decirlo.

La segunda de las preguntas plantea cómo funciona el proceso creativo a la hora de construir un texto periodístico. Y otra vez me pregunto dónde leí esta frase: "su voz sabía más que ella misma". Sería bueno recordarlo, porque creo que esa es la única respuesta.

Pero, de todos modos, lo intento.

Primero, yo nunca me siento a escribir si no tengo la frase del principio.

Al escribir el perfil de Felisa Pinto, una cronis-

La inspiración transpirada

ta de modas argentina, testigo de un mundo que ya no existe en el que la inteligencia, el instinto artístico y la belleza se mezclaban sin conflicto, pensé que necesitaba un arranque que la presentara con el dramatismo que aún hoy, a sus ochenta años, produce su entrada en cualquier sitio, y que podía usar, para eso, la escena de una fiesta a la que ella había asistido en los años cincuenta. Pero no sabía cómo empezar. Estaba en eso cuando un día, haciendo otras cosas, vi, en mi biblioteca, la novela de Francis Scott Fitzgerald llamada *Suave es la noche* (que, para más ay, remite a una época de sofisticación dorada y suave decadencia) y me di cuenta de que no necesitaba nada más. Entonces escribí:

"Suave es la noche.

El departamento, un piso en las calles Libertad y Marcelo T. de Alvear, se abre a una plaza con árboles como capullos frescos. La anfitriona es la majestuosa Fanny Llambi Campbell de Ferreyra, una mujer nacida en Bélgica, discípula de Debussy, que acaba de regresar de un viaje en barco y da, en ese departamento que no es suyo porque desprecia respingadamente la idea de tener casas y vive entre París, Nueva York y Buenos Aires, una fiesta. Corre el año 1952, quizás 53. Es verano. El ventanal es un paño nítido por el que entra a raudales la noche clara. Hay brisa y el zumbido lento de la ciudad se cuela en ese piso donde criaturas refinadas como aves del paraíso ríen, fuman, beben.

La mujer entra en cuadro desde la derecha.

Camina como si fuera parte de la tierra, con una gracia épica, serena. Lleva una falda acampanada color azul marino y una camisa blanco óptico, de poplín. No usa tacos sino espadrilles *con cintas atadas a los tobillos y el pelo oscuro en un corte carré. Su rostro tiene la belleza de lo que no puede repetirse. Las líneas, que ondulan suaves en los pómulos, se transforman en la altiva arquitectura de las cejas, en la vivacidad elástica de la boca, en el carbón de los ojos. Cuando su figura atraviesa el ventanal con gracia distraída, algo, en el íntimo engranaje de esa fiesta, se detiene. Porque la mujer que acaba de rasgar la suavidad de la noche derrama, sobre los que están allí, la sensación eufórica, y a la vez triste, de estar viviendo ya un recuerdo.*

Y también está el nombre: Felisa.

Que significa la-que-siempre-está-feliz".

Lo que sigue a los arranques es un proceso de prueba y error que hace que algunas ideas lleguen a buen puerto y otras, que parecían estupendas, se revelen ridículas. De ese proceso solo puedo identificar momentos esporádicos y decir, en forma más general, que muchas de las soluciones narrativas a los problemas que presenta se me ocurren en dos situaciones: cuando estoy despierta pero sigo en la cama sin ninguna gana de salir de ahí, y en la ducha. Si en el limbo de la duermevela suelo encontrar muchos principios, en la ducha encuentro soluciones. Recuerdo, por ejemplo, una dificultad tonta que me tomó días resolver. Cuando escribí la historia de un grupo de antropólogos argentinos que buscan e identifican restos de los desaparecidos durante la dictadura militar, arranqué de esta forma, con una escena en sus oficinas de Buenos Aires:

"No es grande. Cuatro por cuatro apenas, y una ventana por la que entra una luz grumosa, celeste. El techo es alto. Las paredes blancas, sin mucho esmero. El cuarto —un departamento antiguo en pleno Once, un barrio popular y comercial de la ciudad de Buenos Aires— es discreto: nadie llega aquí por equivocación. El piso de madera está cubierto por diarios y, sobre los diarios, hay un suéter a rayas —roto—, un zapato retorcido como una lengua negra —rígida—, algunas medias. Todo lo demás son huesos.

Son las cuatro de la tarde de un jueves de noviembre. Patricia Bernardi está parada en el vano de la puerta. Tiene los ojos grandes, el pelo corto. Toma un fémur lacio y lo apoya sobre su muslo.

—Los huesos de mujer son gráciles.

Y es verdad: los huesos de mujer son gráciles".

Supe muy rápidamente que el final tendría que remitir a ese principio para decir, sin decirlo, que la tarea de los forenses era interminable. Pero tenía un problema porque, a la vez, el final más adecuado parecía ser una escena en la que

los antropólogos excavaban cuatro tumbas del cementerio de la ciudad de La Plata buscando los restos de cuatro mujeres: en un texto casi claustrofóbico, que transcurría en una oficina entre huesos humanos e historias tremebundas, la escena del cementerio, donde los forenses trabajaban con admirable naturalidad, funcionaba como una suerte de alivio y alejaba al texto, aunque pueda parecer raro, de toda sensiblería truculenta. Pero no encontraba manera de conciliar las dos cosas: lograr una estructura circular y, a la vez, terminar en el cementerio.

A veces las soluciones se esconden en cosas tan estúpidas como un adverbio o una conjugación, pero yo no me había dado cuenta y estuve mucho tiempo probando soluciones inútiles. Era noviembre, hacía calor, y un día de tantos fui a darme una ducha sin más intención que la de darme una ducha. Quiero decir que no siempre que uno se da una ducha lo hace para buscar soluciones a problemas narrativos. Sea como fuere, ese día entraba, por la ventana del cuarto de baño, una luz azul. Y entonces escuché algo inusual: el zureo tristísimo de una paloma. Y, de pronto, recordé el baño del conservatorio de música de mi pueblo, teñido de esa misma luz azul, al que llegaba el zureo tristísimo de las palomas, y pensé en una palabra y esa palabra fue "celeste". Y entonces vi la solución, tan fácil. Lo que había que hacer era avanzar brevemente, usar el adverbio "Mañana", conjugar en futuro, contar en dos líneas la escena del principio, y regresar al cementerio. Así que, cuando terminé de ducharme, me senté en mi computadora y escribí esto:

"En otra de las fosas alguien encuentra un suéter a rayas, un cráneo con tres balazos, redondos como tres bocas de pez: los huesos de mujer son gráciles.

Mañana, en un cuarto discreto del barrio de Once, sobre los diarios con noticias de ayer y bajo la luz grumosa de la tarde, se secarán los huesos, el suéter roto, el zapato como una lengua rígida.

Pero ahora, en el cementerio, la tarde es un velo celeste apenas roto por la brisa fina".

¿Cómo fue que esa palabra —que además ya había escrito en la frase del comienzo— sugirió una solución tan simple, tan evidente, tan tonta? No lo sé. Sé que la extraña luz del baño de mi casa me remitió a aquel baño del conservatorio al que llegaban el zureo triste de las palomas y el sonido de los pianos que los alumnos descoyuntaban en las salas, y que todo ese ruido maléfico y esa luz cementicia envuelta en un silencio desdichado me hacían pensar, cuando tenía ocho años, en gente muerta.

Pero no puedo ver la relación entre todas esas cosas.

Y me pregunto, otra vez, acerca de la pertinencia de hablar de todo esto, de esta larguísima secuencia de escenas vulgares en las que alguien pasea en auto, corre, se ducha, parece no hacer más que perder el tiempo.

Y también sucede que no sucede nada: los largos días en los que uno camina por la casa abriendo y cerrando cajones y no hay ni buen ni mal humor, ni luz ni brumas: no hay nada. Cualquier persona que escriba —o que haga música o que pinte cuadros o etcétera— desarrolla, con el tiempo, un antídoto para días como esos: el consumo de ciertas sustancias estimulantes que, si bien no lo garantizan, ayudan a alcanzar un estado en el que puede suceder alguna cosa. Yo hice una lista, somera, de las sustancias que consumo en estos casos. Esas sustancias son:

• Rodolfo Fogwill, en cualquiera de sus presentaciones, pero en particular en aquella que se conoce como la nota autobiográfica de introducción a su libro *Cantos de marineros en La Pampa*.

• Los cuentos de Lorrie Moore, sobre todo los de su libro *Pájaros de América*, sobre todo uno llamado "Esta gente es la única clase de gente que hay aquí: balbuceo canónico".

• Ciertos versos de un poeta argentino llamado Héctor Viel Temperley que empiezan diciendo "Vengo de comulgar y estoy en éxtasis/ aunque comulgué como un ahogado".

• Radiohead, Pearl Jam, Caléxico, en cualquiera de sus presentaciones, pero preferentemente bajo la forma de baladas.

• *El libro de la almohada* de Sei Shoganon, especialmente en la parte de las enumeraciones.

• La voz en off de una película de Terrence Malick llamada *El nuevo mundo*.

• Etcétera.

El acto de escribir no puede confiarse solo a esas cosas pero no es mala idea ponerse en movimiento

La inspiración transpirada

dejándose infectar por chorros de emoción ajena con la clara intención de, después, infectar a otros.

Por lo demás, el periodismo narrativo no es ajeno a las dudas y zozobras que atraviesan otros procesos creativos. Uno siempre se pregunta: ¿logré contar la historia, no me estoy repitiendo, no podría haberlo hecho mejor, no estaré copiando a alguien? Hace poco entrevisté a un escritor argentino llamado Fabián Casas y, por algún motivo, me pareció muy buena idea cambiar radicalmente de estilo y probar con un larguísimo *travelling* de frases largas que siguiera a Casas en un trayecto entre su casa y la iglesia. Y escribí esto:

> *"Fabián Casas es ese que va ahí. Ese que cierra la puerta de su casa, un edificio antiguo que alguna vez fue hotel de paso, y cruza la calle Chile llevando en brazos a su hija pequeña —Ana—, y camina hasta la iglesia de la Santa Cruz, en Urquiza y Estados Unidos, barrio de Boedo, Buenos Aires, cercana al sitio donde, hace cuarenta y seis años, nació. Fabián Casas es ese hombre de gafas oscuras —rayban, modelo tradicional— que crean un clima de amable violencia en torno a su aspecto sólido pero flexible, como si no lo movieran músculos sino una íntima comodidad, y que se sienta en el banco de la iglesia a la que iba, de chico, con su padrino Bruno Edgardo Vigano, un hombre que murió hace poco, a los noventa y de su mano, porque asistir a los ritos de la muerte es algo que Fabián Casas hace desde joven, desde que empezaron a morir amigos de su familia o los padres de sus propios amigos; o su propia madre, cuando él tenía veintitrés años".*

Entregué el texto con razonables dudas: yo no escribo así. Las frases que uso suelen ser tajantes, cortas, y mi ritmo no tiene nada que ver con ese ritmo envolvente, braceado, largo. Mi editora me escribió diciéndome que el texto era divino, glorioso, impagable, pero que no se entendía nada porque las frases eran demasiado largas. No importa lo que sucedió después. Importa esto: que estuvo bien probar. Que el proceso de escritura nunca es solo hacia adelante. Que escribir implica, cada tanto, un retroceso, una pérdida de lo virtuoso. Ir en contra de la comodidad, tomar el riesgo sabiendo, siempre, que el riesgo puede aniquilarnos.

Dice Hemingway que escribir es, a veces, algo que surge fácil y perfectamente y que, en otras ocasiones, "es como perforar roca y después hacerla volar con cargas".

Escribir un buen texto periodístico es mucho más que encontrar un buen arranque, un gran cierre y regodearse en brazos de frases bonitas. Un buen texto periodístico debe tener información, equilibrio de voces, buenas escenas, datos duros, fechas precisas, fuentes citadas. En medio de todo eso la palabra inspiración parece la prima boba que usa brackets y lee a Gustavo Adolfo Bécquer sentada en el extremo de una cama donde se lleva a cabo un festín porno con doble penetración y sin preservativos.

Pero yo creo que la inspiración existe. Solo que no es una sustancia benéfica, meliflua y rosa que desciende sobre nosotros en momentos de perfecta calma sino una fuerza bruta, traicionera, salvaje, nada sutil, cuya belleza reside, precisamente, en el altísimo riesgo que implica utilizarla, y que no está, no puede estar, separada de la idea de trabajo, de esfuerzo y de preparación.

Es todavía viernes y llevo apenas un rato escribiendo esto, que terminará llevándome muchos días, cuando levanto la vista y veo en mi biblioteca el lomo de un libro que se titula *El deseo nace del derrumbe*. Lo firma Roberto Jacoby, un artista multifacético y argentino, y todavía no lo he leído pero el título me llama la atención. Entonces me levanto, lo saco del estante y el libro se abre —juro— en la página cuarenta y seis donde un texto de apenas diez líneas dice: "El relato del proceso por el cual a uno se le ocurre una idea es siempre una construcción retrospectiva. En la narración pareciera que existió una lógica necesaria que se impuso. Pero lamentablemente no funciona así".

Lo único que puedo decir, entonces, es que Roberto Jacoby tiene razón. Que lamentablemente no funciona así. Que pueden considerar todo esto que he escrito como una honesta mentira.

Y que ojalá pudiera recordar dónde leí esa bendita frase: "su voz sabía más que ella misma". Porque esa es la única respuesta. ◣

El trabajo y el ocio

El ensayo de Leila empieza como una oda al procrastineo —me dice Chiri—. "Miro diarios, respondo mails, caliento el agua, abro un cajón..." ¿A todos nos pasa eso cada vez más, no?

—Yo creo que aquello que se hace antes de empezar a trabajar se llama "ritual". Por ejemplo, yo no puedo sentarme en serio a la máquina sin pasar antes por una serie de costumbres: leer los diarios, ver algunas cosas en YouTube...

—No, ritual es otra cosa —me dice—, lo que hacemos nosotros es pelotudear. ¿Sabés cuál es el problema de los que trabajamos en una pantalla? Que el ocio también está en esa pantalla. Tenés el trabajo en una pestaña, y en las pestañas de al lado tenés la música, el fútbol, el vicio y un compañero antiguo de la secundaria que te encontró en Facebook y te habla.

—¿Vos decís que los que no trabajan en computadoras no tienen ese problema?

—Imagináte un tipo que carga bolsas en el puerto —me dice Chiri—. No se para a cada rato a charlar con la bolsa, a bailar con la bolsa, a preguntarle a la bolsa cómo salió Boca...

—Es verdad.

—Hay un artículo buenísimo de Leila que se llama "Sobre algunas mentiras del periodismo", donde dice que escribir un texto le lleva entre veinte días y un mes y medio, con jornadas de muchísimas horas de trabajo. A veces de hasta quince…

—¿Quince horas de trabajo? —me asusto—. Yo nunca trabajé quince horas el mismo día.

—¿Diez?

—Tampoco.

—¿Cuánto?

—Máximo, cuatro. El resto miro series.

—Entonces —me dice Chiri—, cuando eras crítico de tele en *El País* trabajabas mucho.

—¡Es verdad! Ahí trabajaba como Leila, quince horas por día. Qué buena noticia me diste, ahora puedo decir que una vez trabajé mucho.

—Hablando de procrastineo, estoy leyendo la *La novela luminosa*, de Levrero.

—Esa novela gorda que le compraste a Federico en Montevideo, cuando fuimos a conocer su librería "El Narrador".

—Es muy raro...

—¿Federico?

—Él también. Pero te hablaba del libro de Levrero. Es raro como muchos libros uruguayos.

—¿Conocés ese dicho que dice que Chile dio poetas; Argentina, cuentistas; México, novelistas, y Uruguay dio raros?

—Es que es verdad —me dice Chiri—. Toda la primera parte de *La novela luminosa* es un diario minucioso del procrastineo: Levrero pide una beca Guggenheim para terminar una novela inconclusa. Se la dan. Pero antes de ponerse a escribir la novela se pone a escribir el "Diario de la beca", que son más de cuatrocientas páginas.

—¿Y qué escribe?

—Cuenta cómo el tiempo se le va de las manos sin escribir la novela. Pero está convencido que todo ese tiempo vacío es muy necesario para llegar a un estado de ocio ideal, que es el que le va a traer la inspiración. Y mientras tanto lucha con cuestiones muy pelotudas de su día a día y con algunas conductas, según él, "aberrantes".

—¿Por ejemplo?

—Su obsesión con la computadora (diseña programas que le avisan cuándo tomar las pastillas, por ejemplo, y se pasa horas jugando solitarios y otras cosas), busca fotos de minas en pelota, lee novelas de Rosa Chacel y de Somerset Maugham como un desesperado y lucha todos los días para acostarse a una hora razonable, pero siempre se termina acostando cuando sale el sol. En la parte que leí anoche se estaba yendo a dormir a las diez de la mañana.

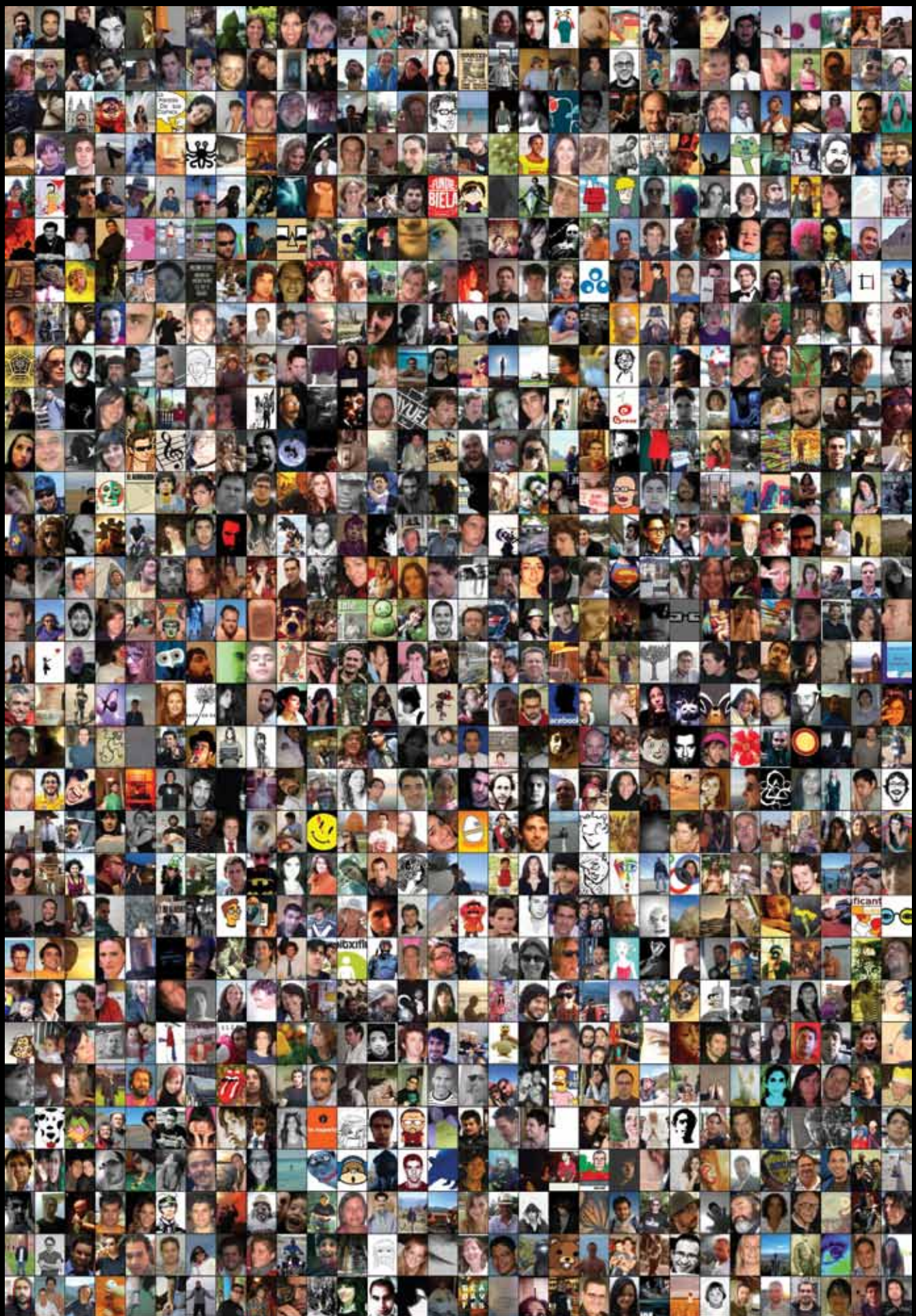
—Es increíble —le digo—. A veces tengo la sensación de que eso nos pasa a todos.

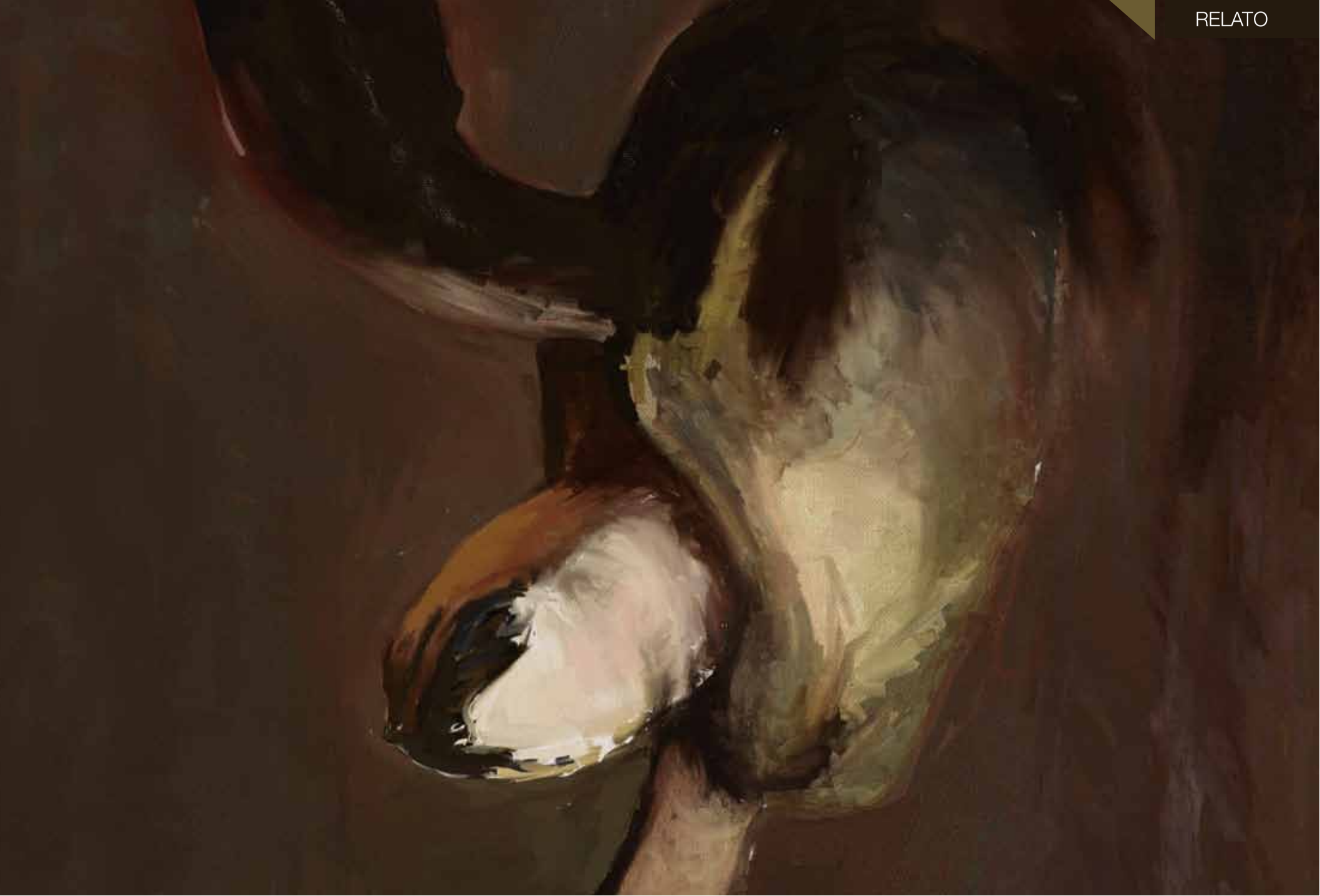
—Al hombre que carga bolsas en el puerto no.

—Claro —le digo—, quiero decir: a todos los que laburamos en casa. Es muy difícil ser uno mismo su propio jefe, ser responsable. ¿A vos no te pasa?

—Yo tengo un jefe de mierda —me dice Chiri—. Me tiene cortito, no me deja pelotudear.

—Así me gusta, Christian Gustavo —le digo—. Vaya y tráigame una infusión. Rapidito. ◣


BIELA



REGRESO A CASA CON TORTUGA

Por **Junot Díaz**

Ilustra **Hernán Cañellas**

Junot Díaz nació en República Dominicana pero hace tanto que vive en Estados Unidos (desde los siete años) que le cuesta hablar en español. Un día, el que fue premio Pulitzer en 2008 volvió a "su hogar" después de mucho tiempo. En este relato nos cuenta esa experiencia.

Regreso a casa con tortuga

¡Aquel verano! Fue hace once años y recuerdo cada pequeño detalle. Mi novia y yo habíamos decidido pasar las vacaciones en Santo Domingo, un hito importante para mí, uno de los más importantes para decir la verdad: el primer viaje al "hogar" en casi veinte años (podríamos culpar a ciertas "irregularidades" en el papeleo, a mis escuálidas finanzas, a mí). El viaje cumpliría varias misiones. Pondría fin a mi exilio, lo que Salman Rushdie acertadamente llamó el sueño del retorno glorioso; me conectaría con ese mundo de la isla que prácticamente había olvidado, cerrando así el círculo que se abrió con la migración de mi familia a New Jersey cuando yo tenía seis años; y mejoraría mi español. Como en "Step Right Up", la canción de Tom Waits, el viaje sería todo, arreglaría todo.

Quizás, si no hubiera tenido expectativas tan altas todo hubiera resultado mejor. ¿Quién sabe? Lo cierto es que la mala suerte empezó temprano. Dos semanas antes de la fecha de embarque mi novia descubrió que, un par de meses atrás, le había puesto los cuernos. Al parecer, por un amigo en común mi ex-sucia se enteró de nuestro viaje y decidió, en un acceso de venganza, celos, justicia, crueldad, transparencia (escoja uno por favor), adelantarnos un regalo-de-buen-viaje: una carta "anónima" a mi novia en la que revelaba, con vergonzoso lujo de detalle, mis infidelidades (¿de dónde sacan las mujeres esos recuerdos?). No me voy a detener en el lío que se armó por la carta o en la cruzada que tuve que emprender para que no tirara por la borda ni al viaje ni a mí. En resumen, rogué y prometí y adulé y dos semanas después aterrizábamos en La Española. ¿Qué recuerdo? Tomarnos las manos torpemente mientras el resto de pasajeros aplaudía y ardían los campos aledaños a La Capital. ¿Cómo me sentí? Solo diré que si se fusiona el instante en que se rompe el corazón con el instante en que uno se enamora y se inyecta ese menjunje directamente en el tallo encefálico, se podría tener una idea de lo que sentí cuando llegué "a casa".

En cuanto a mi novia, la primera semana no estuvo tan mal. Como uno de esos extraños detalles que uno no podría inventar, antes de salir de los Estados nos ofrecimos como voluntarios a pasar una semana en República Dominicana como asistentes de dentistas norteamericanos que trabajaban allí en misión de buena voluntad. Haríamos de traductores y les pasaríamos los elevadores y fórceps, en general, les ayudaríamos en lo que necesitaran. Aun con la ventaja de hablar en retrospectiva, no me puedo imaginar en qué momento esta pareció una buena manera de empezar el regreso a casa, pero así nos pareció entonces. Éramos jóvenes, teníamos ideales.

Nuestro grupo, cinco dentistas y cinco asistentes, se ocupó de aproximadamente mil cuatrocientos niños de algunos de los barrios más pobres de La Romana (que, ironías aparte, es la ciudad capital del azúcar de República Dominicana). Tampoco practicábamos el tipo de odontología a la que están acostumbrados los primermundistas con seguro médico; esto era asistencia pura y dura del Tercer Mundo. Nada de materiales o empastes. Si un diente estaba cariado, anestesia y extracción, punto. "No hay nada más que podamos hacer", explicaba nuestro jefe. Esa semana aprendí de primeros molares extremadamente dañados, de instrumentos como elevadores y picos de loro, aprendí de esto más de lo que un lego debería aprender nunca. Del equipo, se puede decir que solamente mi novia y yo hablábamos español. Hacíamos triage, calmábamos a los niños, le traducíamos a todo mundo, y aun así nuestro trabajo era fácil si se comparaba con el de los dentistas. Los tipos eran animales, trabajaban tan duro que parecía una competencia; pero igual con el paciente número mil les empezaban a fallar las manos. El último día, nuestro jefe, un chino norteamericano enormemente compasivo, con antebrazos de parador en corto de las Grandes Ligas, se enfrentó a una extracción que no pudo terminar. Intentó de todo para sacar la terca muela de su cavidad, finalmente tuvo que llamar a otro dentista, juntos extrajeron una cimitarra sangrante de un primer molar. El paciente de doce años no se quejó en ningún momento del martirio. "¿Te duele?", le preguntábamos cada dos minutos, pero sacudía la cabeza con vehemencia, como si le molestara la pregunta.

—Tú eres fuerte —dije, y fue probablemente la primera oración que conjugaba bien en toda la semana.

—No —dijo, negando con su hermosa cabeza, no lo soy.

Por supuesto que peleábamos, mi novia y yo —es decir, necesidades del pueblo aparte, se acababa de enterar de que me cogía a otra chica—, pero nada muy escandaloso. Primero que todo, estábamos muy ocupados arrancando dientes. No fue sino hasta que terminó la última misión —los dentistas habían empacado sus mochilas y nosotros nos marchamos hacia el resto de la isla— que empezaron los verdaderos problemas.

No sé en qué pensaba. Viajar por el Tercer Mundo es reto suficiente, pero qué tal con una novia que apenas empieza a darse cuenta del daño que ha sufrido y un novio tan preocupado porque no "calza" en "casa" que pasa por el tamiz del rechazo o la aprobación cada pequeño incidente, un novio tan preocupado por su español arruinado que se equivoca más de lo normal. Nada quería más que me reconocieran como el hijo perdido, pero eso no iba a suceder. No después de casi veinte años. ¡Nadie creía siquiera que era dominicano!

—¿Tú? —me dijo un taxista incrédulo, luego se volteó a reír—. Tengo mis dudas.

En vez de ser recibido con brazos abiertos me cobraban de más por todo y me llamaban americano. Por mi culpa nos subimos a los buses equivocados. Si se podía gastar de más, lo gastaba; si había que tomar un bus, por mi culpa lo perdíamos. Y como por un golpe de mala suerte ese verano todos mis familiares estaban en los Estados. El único familiar que pude ubicar, una tía abuela, se había enemistado con mamá desde 1951, cuando mami había quebrado por accidente su único jarrón. Mi visita señaló una nueva etapa en el viejo conflicto: cada mañana nos servía con aire risueño, a mi novia y a mí, sándwiches cubiertos totalmente de hormigas coloradas.

Ahora que ya no teníamos la contención de los dentistas, simplemente perdimos la cabeza.

Peleábamos por todo, dónde comer, cuál pueblo visitar, cómo pronunciar algunas palabras. Peleamos a lo largo de todo el viaje: de La Capital a San Cristóbal a Santiago a Puerto Plata, ida y vuelta. Fue deprimente. Si no era uno que iba echando chispas por la calle con su mochila; era el otro que intentaba irse en aventón con extraños hasta el aeropuerto. La locura culminó una noche en un hotel de Puerto Plata cuando mi novia se despertó y gritó "¡hay alguien en el cuarto!". Si nunca has escuchado esas palabras a gritos en tus sueños, has tenido una vida afortunada. Desperté aterrado y ahí estaba el intruso que siempre habíamos esperado.

Es en encrucijadas como esta cuando se aprende algo de uno mismo. Había alguien en el cuarto y pude haber hecho muchas cosas. Pude haberme quedado congelado, pude haber gritado pidiendo ayuda, pude haber huido, en cambio, hice lo que mi padre militar me había enseñado a golpes en los entrenamientos de endurecimiento de los fines de semana: no importa la situación, siempre hay que atacar. De modo que ataqué. Me lancé con un rugido sobre el intruso.

No era una persona, por supuesto. El intruso era el caparazón de una tortuga marina que, curado y encerado, colgaba de la pared. Por el bien del honor nacional, diré que tuve un buen desempeño en la batalla. Reventé el caparazón con la cabeza, reboté contra la pared de concreto y caí al suelo. Pero en lugar de quedarme ahí, volví al ataque y solo entonces me di cuenta de que peleaba con la decoración.

Ese fue el final. Un par de días después volvimos a casa, derrotados, ella a Nueva Jersey, yo al norte de Nueva York. No hubo reconciliación milagrosa. Durante unos meses fatales la relación se arrastró hacia su inevitable conclusión, como la muerte térmica de un universo, hasta que finalmente, harta de mí, conoció a un tipo que, según afirmó, gastaba más dinero en ella que yo. "Eres un tacaño", declaró, si bien yo había usado unos viáticos de beca y todos mis ahorros para costear el viaje. Me rompió el corazón, esa chica, en un intercambio justo, dado que yo se lo rompí primero. Pero al final, nada importó. Aunque una tortuga muerta me había dado una paliza, aunque mi novia me había dejado y una familiar había tratado de envenenarme con hormigas coloradas, aunque no me fue concedido un regreso triunfal a mi tierra, no estaba destruido totalmente. Resultó ser que no me desmoronaba así no más, regresé a República Dominicana a intentarlo de nuevo. Y seguí regresando. Me entregué a la lucha, tanto como me había entregado a la pelea con aquella fuckin' tortuga.

Ahora me manejo con bastante facilidad por Santo Domingo (¿Los Tres Brazos?¿La Pintura? ¿Katanga? ¿Capotillo?, pan comido), y una buena parte de la gente concedería que tengo algo de dominicano. Mi español mejoró a tal punto que puedo hablar de cualquier tema —animal, vegetal o mineral— con solo una cagada importante por oración. Si me hubieran mostrado este futuro durante los últimos días de viaje con mi novia, me hubiera carcajeado. Aun entre los escombros había señales; incluso el último día, en el aeropuerto, mientras yo mismo recogía del suelo lo que quedaba de mí. Me dolía intensamente la cabeza por la paliza de la tortuga y sentía que acaban de reinjertarme la nariz (cuando volví a casa, mi compañero de cuarto espetó, sin siquiera saludar, "¿Tarado, que demonios te pasó?"). Estaba vencido, realmente vencido y, por si acaso no lo entendía, no había ninguna bebida fría en el aeropuerto. Pero ni eso me impidió meterme en las discusiones que unos desconocidos alrededor nuestro sostenían acerca de la recientes elecciones y de Balaguer, el eterno presidente de Santo Domingo, ciego, sordo y tonto pero aun así jodiendo al pueblo. Un regalo de los Estados Unidos a nuestro país después de su última ocupación militar, en 1965. ¡Que Dios los bendiga a todos! Justo antes de que llamaran a nuestro vuelo, unos locales me preguntaron qué pensaba de Balaguer. Entré en modo fulminación y dije que era un asesino, un ladrón de elecciones, un apologista del genocidio y, por supuesto, un títere de los Estados Unidos al estilo Hosni Mubarak. —¿Ven? —anunció triunfalmente el vendedor de diarios—. Hasta el gringo lo sabe. ◣

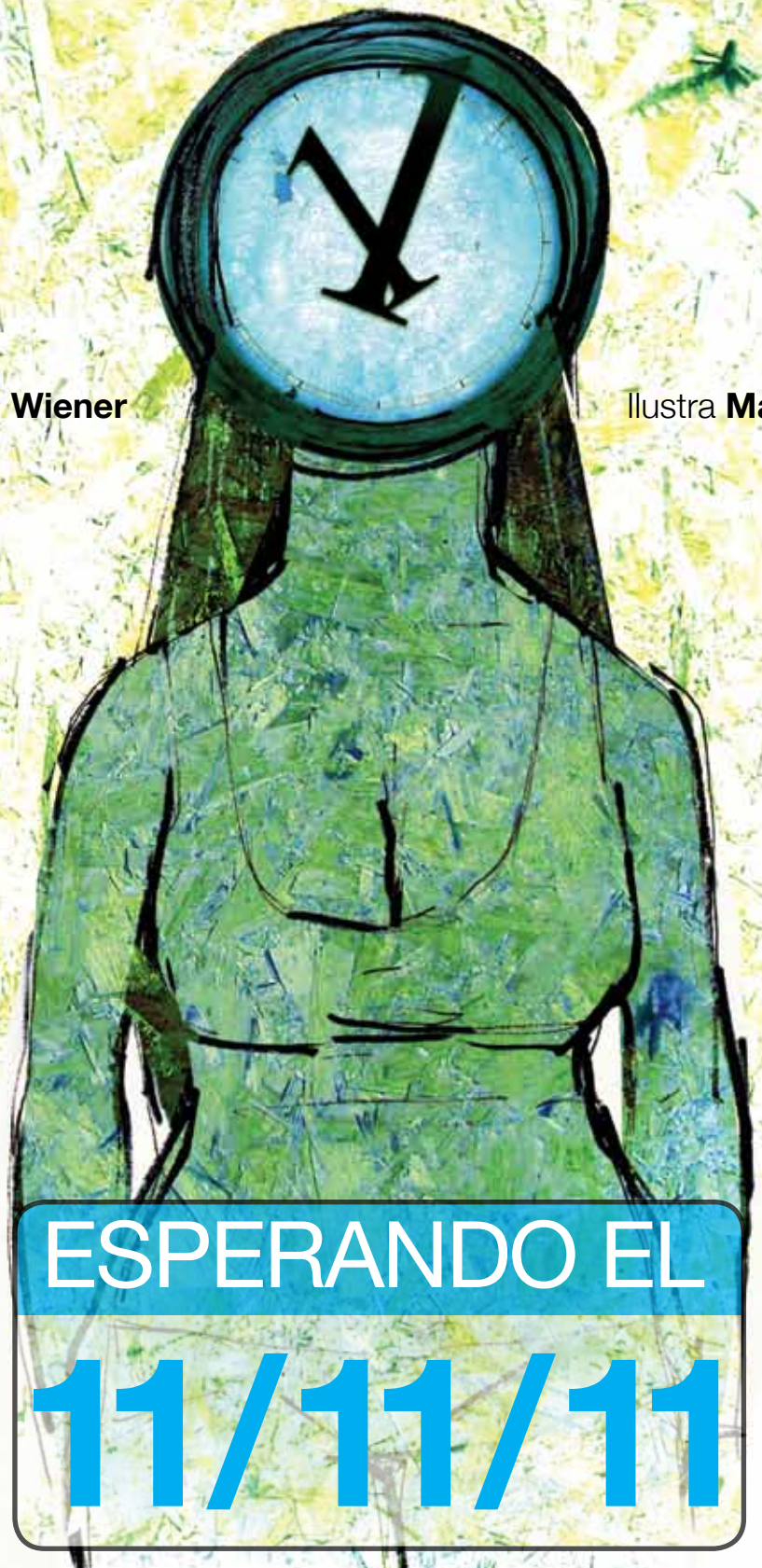
Junot Díaz (Santo Domingo, 1968). Escritor dominicano nacionalizado estadounidense, ganador del premio Pulitzer en 2008. Reside en Estados Unidos. Autor de *Los Boys* y *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*, ambos editados en español por Mondadori. El relato que publica Orsai está inédito en castellano.

Traducción:
Luis Chaves

Ilustraciones:
Hernán Cañellas

Por **Gabriela Wiener**

Ilustra **Matías Tolsà**



ESPERANDO EL 11/11/11

Para la mayoría, el once es la primera cifra que no podemos contar con los dedos, el quinto número primo, el número atómico del sodio, y poco más. Para Gabriela Wiener es una obsesión que la acompaña y, creemos, la trastorna un poco.

Esperando el 11/11/11

1

Ahora que escribo estas líneas han pasado cinco años. Y los números no son un asunto baladí en esta historia. Fue en el 2007, el año de la maternidad a tiempo completo, cuando la oferta de trabajo que debía llegar no llegó y fue más sencillo replegarse que seguir intentándolo. Entonces no sabía que algún día iba a poder decir con orgullo que yo había amamantado y criado a mi hija en casa en su primer año de vida. Lo único que sabía en ese momento era que mi existencia había hecho una parada estratégica. Que me había detenido a mirarla desde un lugar fuera de mí, abandonado todo impulso generador. No me interesaba crear nada más. Lo de ser escritora me parecía ridículo, y no tenía otra misión que esa que mi bebé me señalaba cada día con su olor o con su ruido. No es casual, porque nada es casual en esta historia, que ese también fuera el año en que más veces se me apareció el número once. Tanto que dejó de ser curioso para ser casi rutinario. Y lo sigue siendo. Porque en realidad esta historia se resume en una cifra.

Ahora miro el reloj y allí está: las once y once. Me pasa siempre, de día o de noche.

Cada vez que ocurre se lo cuento a Jaime, que, gracias a que le he venido enseñando pruebas todos estos años, ha terminado por creer que no es un invento mío y que en efecto a mí me pasa "eso". Creo que él preferiría decir "algo".

Es mi secreto estúpido.

Evitar pasar por debajo de la escalera o maldecir a los gatos negros no tiene nada que ver con esto. Las supersticiones son cosas que todo el mundo sabe, son tonterías colectivas, y si por casualidad terminaras haciéndoles caso —y yo admito hacerles caso algunas veces— sería básicamente por extremar la seguridad, no vayan a tener razón los tontos. Lo del once, en cambio, es parte de mí, como un trastorno obsesivo compulsivo, como una idea recurrente pero que en lugar de haberse creado en mi mente, de haberme invadido desde dentro, llegó y decidió perseguirme desde fuera. Su visión me transporta cada vez de un estado risueño a una sensación de enigmática complicidad conmigo misma.

Es posible que mi mente anduviera afiebrada desde que podía barrer, lavar y mover un cucharón con un bebé colgado en la espalda, pero en los años en que me dediqué a ser la madre ideal juro que la consulta del pediatra siempre estaba en el número once. Si me subía a un avión me tocaba el asiento once. Mi número en la cola del banco acababa normalmente en once. O mi nuevo DNI vencía un día once.

Mi vida, ya lo dije, se había alejado repentinamente de la investigación, del periodismo, de las computadoras, incluso de la literatura. Como en uno de los libros de la escritora Joan Didion, ese fue "mi año del pensamiento mágico". Los límites entre la superstición, la fe y la locura, incluso la estafa, simplemente no estaban del todo claros. Vivía en la creencia de que una palabra o un simple acto de mi voluntad podían cambiarlo todo. En ese estado precientífico los muertos vuelven, los pájaros saben que es el fin del mundo y los números encierran mensajes.

2

Quizás eran bien entradas las once de la mañana porque a las doce acostumbraba regresar del parque infantil para, con suerte, aprovechar la siesta de Lena y darme un baño, cuando le hablé a la bruja por primera vez del número once.

Todos sabemos que los parques infantiles son puertas astrales.

No por forzosa, mi vida de mamá-ama-de-casa dejaba de tener ciertos encantos. Y en esas pocas mañanas en que no me sentía como un insecto atrapado en la telaraña de platos sucios, de juguetes desperdigados y ropa sin ordenar, todavía insomne a causa de la lactancia nocturna, pero incrédula ante la perspectiva suicida de tener que preparar en una hora el almuerzo sin dejar de entretener a Lena con mis tetas; o, mejor dicho, cuando todo lo anterior seguía existiendo pero podía borrarlo momentáneamente poniéndola en su coche y dando un portazo con dirección al parque, todavía podía conocer brujas.

Para mí, aparcar el cochecito a las diez de la mañana era como marcar tarjeta en la dimensión desconocida. Llevar a un niño a tomar el aire fresco y a relacionarse con sus iguales en la arena era un gesto de grandeza. No olvidar sus palas y baldes, una hazaña cósmica. Evitar que se comiera la tierra, salvarle la vida. Enseñarle que eso era una paloma, una clase avanzada de ciencias. Llegué a moverme como un astronauta en el espacio en ese universo de bebés que no fijaban aún la cabeza, y sus niñeras latinas y abuelas catalanas. Fue una de esas nanas, precisamente, una chica pelirroja que cuidaba a un niño chino, la que me presentó a la

abuela. La vieja era vidente o bruja, me dijo. Sabía cosas del más allá. Las había estudiado. Uno de mis defectos más terribles es que suelo perder toda la educación cuando me aburro, pero algo en su perfil discreto, quizás en sus lentes pegajosos, en su vestido de señora decente, hizo que yo no saliera de allí corriendo.

Cuando ese día le pregunté qué quería decir que viera siempre el once, me miró por debajo de sus grandes gafas y me encomendó a Dios. "No te asustes, pero el once —afirmó— es un número 'maestro' que rige la vida de ciertas personas muy especiales, llamadas a hacer grandes sacrificios en su paso por este mundo." Yo, que llevaba ya algunos meses de aprendizaje en el sacrificio cotidiano, redoblé mi atención. "La gente que te rodea —continuó— depende de ti y tú serás la que, llegado el momento, deberás protegerlos. No será un camino de rosas, tendrás que pasar por situaciones muy duras hasta que aprendas a administrar tu poder, pero lo conseguirás. El once te guiará para alejarte del mal y hacer el bien a los demás, porque tú perteneces a esos elegidos que en la tierra son portadores de la sabiduría cósmica."

Me sentí como Spiderman escuchando al tío Ben. La bruja del parque infantil concluyó sugiriéndome que estudiara más sobre el once, que me sorprendería. La Gabriela Wiener que se alejaba empujando un cochecito con un bebé y las bolsas de la compra colgando por una empinada cuesta, enjugándose el sudor de las sienes, sintió que ahora todo tenía sentido. Si no por qué diablos ella iba a preparar a continuación un pollo frito para su familia, tenía que haber un propósito así de trascendente. Esa era la explicación de por qué durante toda su vida se había creído especial, para bien o para mal. Este sería su nuevo secreto. Gabriela había abandonado la literatura o la literatura la había abandonado a ella. Gabriela estaba demasiado aburrida y dispuesta a creer que era una extraterrestre o al menos su emisaria.

3

Aquella mañana volví del parque, entré a casa y corrí a la computadora para poner once en el blanco espacio de Google mientras Lena lloraba desconsoladamente. Como los códigos de *Matrix* vi llover los testimonios de miles de personas que sufrían el mismo acoso numérico. De repente, saber que eso que yo suponía me hacía diferente, me igualaba a millones de iluminados, me sublevó. ¿Por qué teníamos que ser tantos los elegidos? ¿Quién diablos estaba a cargo del casting?

El número once era algo que le pasaba a millones de personas en todo el mundo desde hacía décadas. En la web de una especie de gurú del once llamada Solara —una robusta mujer rubia vestida con túnicas rosas y foulards coloridos que organiza encuentros en lugares "energéticos" como el Cusco— se confirmaba lo dicho por la bruja. Al parecer, el once surge en épocas de conciencia elevada, teniendo un efecto poderoso en aquellos que lo ven. Se le llama "disparador de memorias", porque cada vez que vemos esa cifra los bancos de nuestra memoria celular son activados un poco más, sentimos una cosa agitarse profundamente en nuestro interior como si de pronto recordáramos algo olvidado hace siglos.

En resumen, habría un once en todas las cosas como un código para evocar un tiempo cósmico en que la conciencia universal era una sola. La misión de todos nosotros, los del once, era comunicarlo al resto de la humanidad.

4

Habían pasado cuatro años desde el tiempo de la maternidad exclusiva y de las revelaciones del parque infantil, cuando fui consciente de que en breve iba a ocurrir algo insólito que solo ocurre cada cien años. El calendario iba a marcar una fecha que para cualquier obsesionado con el once supone un mazazo en la cabeza, el calendario marcaría el 11/11/11: día once del mes once del año once.

Había dejado de ser ama de casa y vuelto al periodismo; aunque no de la manera en que yo esperaba, me había convertido en jefa de redacción de una revista dirigida a aquellos hombres que todavía se masturban con chicas tetonas impresas en papel. Cada mes, debía entrevistar a la siliconeada de turno sobre si estaba a favor o no del sexo anal. Por más posmoderna que yo intentara sentirme, por más que me divirtiera la idea, no era un trabajo del que podía hablarle a mi mamá, ni a mis amigas "feministas". Era una mercenaria de la prensa masculina más grosera, aunque me disfrazara de agente infiltrada.

Cuando veía las fotos y videos de la época en que solía tener encuentros interestelares en los parques infantiles no me reconocía con esos atuendos vaporosos, esos pelos y esa sonrisa, un estado en el que seguro me colocaba la lactancia y la cara satisfecha de Lena. Aunque hubiera vuelto

al redil, aunque en mi vida hubiera ganado la razón, el once había seguido dándome sus pequeños toques de atención con su habitual insistencia.

Y ahora el 11/11/11 estaba a la vuelta de la esquina. Jaime, que no cree en nada, me recordó que debía comprar la lotería, por si acaso.

En España, la lotería se llama la Once (Organización Nacional de Ciegos Españoles), y, cómo no, para ese año había lanzado una lotería especial con un premio de once millones de euros. Tardé semanas en decidirme a comprarla, pero lo hice. Me detuve en la puerta del mercado de la Boquería y le compré al hombre de la silla de ruedas un décimo con el número 55860. La suma de sus dígitos no daba ni siquiera un múltiplo de once, pero fue lo único que conseguí. Lo guardé en mi cartera y esperé.

El 2011 era, además, según el horóscopo chino, el año del conejo, mi año.

5

En la novela gráfica que estoy leyendo por estos días, *¿Eres mi madre?,* de Alison Bechdel, hay una viñeta en la que la escritora, que se ve como una ferviente conversa del psicoanálisis, analiza uno de sus sueños, en los que aparece por alguna razón un once. Dice: "Según Freud no hay nada indeterminado en la vida psíquica, sobre todo en los números. El once es el primer número que no puede contarse con los dedos de las manos. Va más allá, transgrede, y por esa razón se asocia al pecado". Es decir, aunque la bruja del parque infantil hubiera hablado del once como un número divino, para la simbología cristiana en realidad se trata de una cifra maldita. Su pecado consiste en ser incompleto. Y su problema en que se encuentra entre el diez, que es la perspectiva humana, y el doce, que es la perspectiva cósmica. Después de la traición de Judas, el número de apóstoles quedó reducido a once.

Por eso tampoco es casualidad que sea un número relacionado amargamente a los atentados y desastres naturales que han ocurrido en los últimos años. Sobre todo si las coincidencias son tan alevosas.

Internet está plagado de teorías que descomponen cada detalle del ataque al Word Trade Center, desde la fecha (9/11) hasta las dos torres que dibujan un once, pasando por el número del vuelo (once) del primer avión que impactó en la torre norte, la cantidad de tripulantes de uno de los aviones (once), los muertos de ese avión: noventa y dos (9+2 = 11), o el número de emergencia en Estados Unidos (911=9/11), al que millones de personas llamaron ese día. Once fueron los años que tardó la construcción de las torres.

Lo mismo ocurre con los atentados del once de marzo de 2004 en Madrid. El número de muertos: ciento noventa y uno (1+1+9 = 11); y la fecha 1+1+3+2+0+0+4 = 11. Onces por todos lados.

El día de la Remembranza en Inglaterra es el 11 del 11. Y hasta el 4 de julio en Estados Unidos, tiene un once: 4+7 = once. Ni qué decir del terremoto de Japón, con el consiguiente accidente nuclear de Fukushima, que tuvieron lugar el once de marzo de 2011. O los atentados de Oslo, el veintidós de julio de 2011. Ah, y Kennedy murió un 22/11.

Estos "descubrimientos" llevan años propagándose por la red, desde webs como la de Uri Geller, el mentalista que dobla cucharas, o las de jóvenes geeks como Rick Clark, quien al poco tiempo de ser entrevistado en la radio sobre sus hallazgos se suicidó, aunque sus seguidores aún piensan que fue víctima de una conspiración gubernamental y asesinado para que no siguiera hablando. En todos estos pronósticos el 11/11/11 era la fecha elegida para el Cambio Universal.

Los mayas, además, habrían señalado que en 2012 —es decir, once años después del atentado de Nueva York— se cerrará un ciclo cósmico y nos achicharraremos para siempre en el fin del mundo.

¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué me persigue esa cifra maldita? ¿Soy una herramienta del demonio? Esto me cuesta confesarlo, pero yo ocasioné el terremoto de Chile de 2010. También la revuelta estudiantil de Lyon, donde se quemaron decenas de contenedores de basura al lado de la ópera. Estuve detrás del terremoto de Pisco en Perú. También tuve la culpa de que David Bowie se clavara un ojo con un caramelo, de que Morrissey se emborrachara en el avión y nunca llegara al festival de Benicàssim y de que Keith Richards se cayera de un cocotero. No estoy loca. Cuando viajo a un sitio, cuando decido ir a un concierto, algo de grandes magnitudes ocurre. Algo se cancela, algo se destroza. Antes pensaba que era solo mi mala suerte, pero cuando tu mala suerte se cruza con el destino de miles de personas entonces lo que sientes es culpa, una culpa universal. He llegado a pensar que no soy del todo inocente respecto de las desgracias que le ocurren al mundo. ¿Alguien lo es? Pitágoras fue el primero en intentar demostrar que el universo

era un todo que emite sonidos. El universo es un enorme piano y cualquier acto de voluntad sobre la tierra podría igualarse a tocar una tecla de este piano. Hasta nuestra más débil pulsión repercutirá de alguna manera en algún lugar de ese universo. Un aleteo puede ocasionar un tsunami. Yo veo el once y creo en el efecto mariposa.

Una de las últimas películas sobre el misterio del 11/11/11 (hay varias) se estrenó, claro, el año pasado. Se rodó en Barcelona, donde yo viví precisamente hasta el 2011. Trata sobre un escritor que pierde a su esposa y a su hijo. Al trasladarse a Barcelona empieza a notar la insistente aparición del 11:11. Descubrirá que estos números son en realidad mensajes enviados a una serie de personas por ángeles protectores, que durante años han intentado comunicarse con los hombres. De lo que quieren advertirnos es de la inminente apertura el día 11/11/11 de un portal que lleva a otra dimensión y por la que se prevé penetrará algo inimaginable. En las imágenes reconocí la puerta de la iglesia Santa María del Mar y el Parque del Laberinto, donde durante años llevamos a Lena para jugar a perdernos entre sus arbustos, solo que en la película no te persigue mamá, sino una criatura terrible.

6

En algún momento del año 2011, vi que el escritor peruano Ivan Thays ponía en su estado de Fecebook la cifra 11:11. Thays, hasta ese momento, era la única persona que conocía que había admitido públicamente ser uno de los que ven el once por todos lados y, no sé por qué, en ese momento me pareció que el hecho de que un hombre cultivado creyera en un asunto tan ridículo de alguna manera legitimaba mi propia ridiculez. Necesitaba saber cómo era esto para él, e Iván me contó algo rarísimo: me dijo que él veía la cifra desde que era niño, desde los nueve o diez años. Era todo un veterano. Además recordaba el instante exacto en que la vio por primera vez. Estaba fuera de Lima, tal vez veraneando, y le dijo a su prima que salieran. Se fijó en la hora y la vio. Eran las 11:11 am. Pensó: esta hora la voy a ver siempre. Y se cumplió. En uno de sus talleres de literatura leyó el cuento de una alumna en el que su personaje se levantaba a las 11:11 am. Todos los días. Así supo Thays que no estaba solo. Él ve el once, o el mil ciento once en billetes, en casas, en placas de auto, en tarjetas. En las semanas en que lo ve, dice, está más espiritual o más necesitado de consejo que cuando no lo ve. Y siempre es una sorpresa.

Thays también me habló de algo con lo que estuve totalmente de acuerdo: el once no es un tema atractivo en realidad, se presta a mucha superchería, así que cada uno debe encontrarle un significado particular para su vida. Para él es una alerta a sí mismo. Cuando pasa, deja de hacer lo que estaba haciendo, se habla, porque siente que en su interior algo se lo pide, reza o pide un deseo, y se siente cuidado. Yo volví a pensar en la bruja del parque infantil y le pregunté si creía que los del once teníamos una misión en este mundo. "De ninguna manera —me contestó—, es algo muy personal." Aunque sí creía que todas las personas, vieran o no el once, tenían una misión en este mundo.

Me uní al grupo de Facebook "11:11", de modesta actividad, al que pertenecía Thays y que era administrado por Hachinowi Brown, una chica peruana que había intentado organizar una salida entre los miembros, a la que no asistió nadie.

Le escribí un mail a otro escritor. Esta vez a un escritor científico: el físico, poeta y novelista Agustín Fernández Mallo. Le pregunté al español que hizo con la *Nocilla* —esa crema de chocolate con la que los niños untan el pan del desayuno— un proyecto literario que se volvió emblema de una generación de escritores, si en ese bloque de conocimiento estructurado basado en la comprobación empírica y en las leyes lógicas que es la Ciencia había un mínimo resquicio por el que pudiera filtrarse el número once; si los científicos dudaban; si, en algún momento, toda esta acumulación de delirios que la gente común iba compartiendo en internet podía a hacerles tirar los tubos de ensayo y mirar al cielo, comerse las uñas, perder suelo, suicidarse. Te necesito como científico, le escribí. Y su respuesta fue implacable: todo eso carecía de fundamento alguno. "Son interpretaciones dramatizadas, en ocasiones paranoicas, de algo que nada significa: los números." Para él estos no son más que una abstracción mental. "Significan todo cuanto queramos que signifiquen. Hay los mismos argumentos para decir que el 11:11 es mágico como para decir que no lo es." Pasto de incautos, ensalada de conceptos pseudocientíficos, creencias dignas de un pensamiento mágico, fueron algunos de los epítetos que manejó; "es como creer en la aparición de la Virgen de Lourdes, ni más ni menos —zanjó— el 11:11 se te aparece en

todas partes porque te fijas en él, solo eso. Ocurriría igualmente con el 19:64, por decir algo. Es un pensamiento a posteriori. ¡No te dejes embaucar!". Terminé de leer su mail y miré la hora, esperando encontrar las 11:11, pero eran las 10:35.

7

Siempre fui una bestia en matemáticas. Siempre me han parecido como de otro mundo. Por eso, quizá porque no entiendo nada de números, es que el once es para mí un tema completamente esotérico. Aunque tampoco estoy dispuesta a aceptar que se me confunda con alguien que cree en las apariciones de la Virgen de Lourdes. Yo no busqué al once, el once me buscó a mí.

Cosas que ocurrieron en 2011: el 11/2/2011 triunfó la revolución Egipcia y Mubarak renunció a la presidencia; el 11/4/2011 tuvo lugar el atentado del metro de Minsk, en Bielorrusia, murieron once personas; el 11/5/2011 un fuerte terremoto asoló la localidad de Lorca, en España, donde nunca hay terremotos.

En el 2011 dimitió Silvio Berlusconi y murieron Gadaffi y Osama Bin Laden.

No sé nada de matemáticas pero me dispuse a hacer el mismo experimento que había catapultado al suicida Clark o a Uri Geller con los números de mi vida, para ver si sacaba algunos onces en claro. Con seguridad había un once en mi historia porque yo nací en noviembre. Empecé con el número de letras de mi nombre completo y dio diecinueve. Sumé los números de la fecha de mi nacimiento y dio un total de treinta. Lo seguí intentando pero no salía ningún once a menos que matizara un poco las cosas: utilizar los ceros como valores para uno, cambiarle el cumpleaños a Jaime, etcétera. Eso ha ocurrido con buena parte de estos hallazgos que corren por las redes. Una vez que el investigador ha tenido suerte con algunos de sus descubrimientos, tiende a forzar la realidad que le es adversa para ajustarla a su teoría. A ese fenómeno se le llama "sesgo de información", la tendencia a favorecer información que confirma las propias creencias, reunir datos de manera selectiva e interpretarlo de manera parcial y tendenciosa.

¿Cómo reaccionarías si tus creencias fueran tomadas por embustes y tu vida, tu nombre, tu prestigio, de repente quedaran seriamente enlodados? Probablemente sería un buen móvil para el suicidio, al menos para mí y mi susceptibilidad. Pero los del once no son gente que tenga inclinación por la lógica, ni yo.

8

Las brujas son más divertidas que las psicólogas porque hablan en lugar de hacerte hablar a ti. Al centrarse en aspectos de nuestra vida, capturan todo nuestro interés y atención. Me fascina que hablen de mí, aunque sean meras especulaciones y mentiras. Mantengo esa especie de fe o de ingenuidad como parte de un juego privado con lo desconocido. Por lo menos dos de mis amigas son mis puentes secretos con lo espiritual y mágico, algo de lo que yo en público suelo renegar. En términos de religiosidad, nunca salí del closet. No comparto con nadie que tengo una piedra verde bendecida por una amiga un poco bruja en la cartera. Y que antes de dármela me la pasó por todo el cuerpo en medio de un ritual de velas y

sal regada por el suelo. Que me costó devolverle otra piedra azul redonda que me dio para salir del bloqueo creativo.

¿Qué diferencia hay entre las puertas de la conciencia que van abriéndose gracias a las visiones del once de los raptos místicos de la cábala, el yoga, el sufismo, el tarot, el tantra, la psicomagia… si todas estas prácticas hablan también de energía, cambio, sincronía, correspondencias simbólicas, intuición cósmica, ángeles, mandalas, velas y karma? De vez en cuando Jodorowsky lanza un tuit como este: "11:11=22. Número sagrado. Once frente a un espejo. Tu doble divino te busca. Es hora de abrir tu ego a tu Ser esencial". Todos hemos hecho una operación de sincretismo religioso en nuestros altares domésticos.

¿Creo en todo esto? En lo que no creo es en las casualidades. Me han pasado demasiadas cosas raras como para creer que todo se reduce a la estadística, la buena suerte, los dejavús y las coincidencias. Así que prefiero esconder un cuarzo en el puño por si resulta un día que los esotéricos, ya lo decía antes, como los tontos, tenían razón. Con mi amiga-profesora de yoga para embarazadas solemos hablar por el chat de nuestras cosas, pasamos en un instante del psicoanálisis amateur a la astrología. Vibro con sus lecturas delirantes de mi personalidad (casi siempre acertadas) y de mi futuro. Eso sí, debo ser de las pocas mujeres mayores de treinta que no tiene una vida espiritual consciente y orgullosa. Quiero pensar que es porque tengo una vida.

9

Mis padres no me cantaron nunca para dormir "ángel de la guarda dulce compañía", no me bautizaron, no me dejaron arrodillarme jamás en una iglesia, no me dejaron entrar a una clase de religión, no tuvieron nunca una cruz en su casa. Solo mis abuelas lucharon por que a mi hermana y a mí no nos llevara el diablo. Todas las mañanas, a las once, mis abuelas dejaban lo que estuvieran haciendo, apagaban la tele donde veíamos nuestros dibujos y se preparaban para sintonizar una estación en la radio. Sentadas en silencio, acariciaban las cuentas de sus rosarios con los ojos cerrados, mientras la hermosa aria de Shubert iba llenando todos los rincones de la habitación y la voz aguda de una mujer estremecía mi alma de niña que no sabía nada del pecado. "Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén." Y yo rezaba, a escondidas, otra vez, por si mis abuelas tenían razón y Dios existía. Como llevar una piedrita en la cartera.

En la universidad conocí a Gisella, estudiante de educación, rara e introvertida. No tengo ni idea de por qué nos hicimos amigas. Creo que yo ya había desistido de cuidar mi imagen y de intentar andar solo con los que parecían ser los más felices y divertidos. Ella quería ser monja. Yo quería olvidarme de mi ego. Recuerdo nuestras largas discusiones sobre Dios y las reuniones de jóvenes católicos a las que asistí para ver si ese era mi camino. Poco después empezó la etapa más carnal de mi historia y me alejé de Dios por mucho, mucho tiempo.

Mi madre, en cambio, dejó la política y gracias a ello dejó de ser atea. Cada vez que pasa algo importante en mi vida me dice que son los ángeles de la guarda que están protegiéndome. Dice que ella me ve aunque esté lejos, que me siente, que adivina lo que me pasa. Se llama a sí misma "sacerdotisa mochica". Los mochicas fueron una cultura preincaica del norte del Perú, una zona de la que procede mi familia materna. Su dios supremo era el Dios Decapitador y practicaban sacrificios humanos.

A Jaime suelen decirle que tiene una estrella.

A veces voy al mar porque alguien me lo pide, a rogar para que algunas cosas mejoren.

La fe siempre ha sido para mí una cuestión muy poco profesional.

10

El 11/11/11 el mundo despertaba en una fecha única. Los grupos esotéricos lo habían esperado activamente. A diferencia del veintiuno de diciembre de 2012, el anunciado Fin del Mundo según los mayas, esta fecha no encerraba profecías catastrofistas sino todo lo contrario. Para Solara, la chamana del once, era el día prefijado para ver la puerta de ese otro mundo abrirse por fin, el instante en que entraríamos en sincronía y la conciencia del planeta cambiaría. Como si alguien en el otro lado apretara el botón de reinicio. Para el resto era un día más.

No solo se habían planeado ceremonias y rituales de meditación y oración por todo el mundo, en

algunos países como Suiza, se casarían cientos de parejas y otros tantos bebés nacerían por cesáreas programadas para absorber la energía de ese día.

"Nos reuniremos en un único corazón, alma y pensamiento para unir nuestras voces a las de las culturas más antiguas y sabias", dijeron desde el Instituto de Investigación Holística en Francia.

En Argentina, en Capilla del Monte (sobre el cerro Uritorco), Matías De Stefano, un joven argentino que asegura ser la reencarnación de un habitante de la Atlántida, consiguió citar a más de doce mil personas que esperaban una conexión espiritual.

En tanto, en Egipto, la Junta Militar consiguió sabotear la ceremonia que miles de "ángeles humanos" iban a celebrar en la Gran Pirámide de Keops para recoger la energía sagrada y crear así un escudo entre la tierra y el cosmos. Los acusaron de satánicos. Los esotéricos indignados por no poder entrar a las pirámides tras meses de preparativos, advirtieron que, sin esa protección, el 12/12/12 se acabaría todo.

11

El 11/11/11, viernes, amaneció soleado en Barcelona, España. Abrí los ojos, vi mi correo en el iPhone. Me habían enviado el número de reserva de hotel y el billete de Ave a Madrid. Empezaba el lunes. En diez días, Jaime, Lena y yo nos mudaríamos a la capital del reino. En plena crisis española me acababan de ofrecer un buen puesto de trabajo en una revista femenina, con un sueldo bastante mejor y, lo que me hacía más ilusión, la promesa de renovar mi provisión de cremas y perfumes. No estaba mal. Mis amigos, la mitad en el paro, no se lo podían creer. Yo lo había deseado secretamente y estaba ocurriendo. ¿Sesgo de información?

El 11/11/11 me vestí de negro, como siempre. Era mi último día en la bizarra publicación para machos que gustan de mujeres tetonas y siliconeadas. En breve me iba a ocupar de una revista para mujeres que gustan de los vestidos y los cosméticos. Dejaba la ciudad que había habitado durante los últimos ocho años. Renacimiento y anclaje a lo nuevo. Una puerta que se cierra y otra que se abre. Todavía faltaba mucho para dilucidar los alcances de ese cambio, si iban a representar una mejoría, pero no había duda de que era un cambio, y radical. Antes de salir para la oficina decidí esperar a que fueran las once y once de la mañana. Quería estar con Jaime cuando llegara la hora.

A las 11:11 del 11/11/11 miré el reloj de mi teléfono y corrí con él en la mano por el largo pasillo de mi excasa en Barcelona. Logré sacar a Jaime de la computadora y llevarlo a la habitación. Le pedí que cerráramos los ojos y pidiéramos por nuestra nueva vida en Madrid, como acariciando cuentas en la oscuridad. Pedí por nosotros. Luego, salimos a la claridad de la galería.

Poco después de las 11:11 el 11/11/11 escribí un mail para despedirme de mis compañeros de la oficina y lo envié. Les decía: "Yo, la verdad compañeros, es que estas últimas noches me he ido a dormir temprano, me he metido en la cama en posición fetal, para fingir que no soy yo la que tiene que afrontar otra vez una nueva vida. El acojone es importante, ya lo sabéis. Pero hoy me he despertado con más ánimos y a las 11:11 del día de hoy, 11-11-11, me he tomado una foto absurda con un reloj. Así que estoy new age perdida y extrasensible, lista para mi despedida". La ironía, el absurdo, el chiste. Y la verdad.

A las tres de la tarde del 11/11/11 dejé mi vieja oficina y caminé sola por el Paseo San Juan, sintiéndome una persona efímeramente liberada. No sé qué comí. Ni dónde. Recogí a Lena del colegio y la ayudé a hacer cartas de despedidas para sus amigos.

A las 19:19 de la tarde del 11/11/11 recibí un mail de Christian Basilis, el jefe de redacción de esta revista, con quien semanas antes había hablado del once bajo la noche despejada de Sant Celoni. Me preguntó de qué iban a tratar mis columnas en Orsai durante el año 2012 y yo le contesté que sobre el fin del mundo. Se alegró.

Le conté que me iba a Madrid. Él me contó que volvía a Argentina. Nos sorprendimos, nos deseamos suerte.

Iván Thays participó en una ceremonia alrededor del fuego, en una playa. Fue algo muy inspirador, aunque no pensó que pasaría nada y no pasó nada. Hachinowi fue de campamento a un lago con su esposo y su perro Vincent. A las 11:11 meditaron y absorbieron las buenas energías del lugar. No sintieron que algo cambiara en sus vidas.

Respecto a la lotería, ese día perdí un millón de euros, porque la cifra ganadora fue 56850 y yo tenía el 55860. Como puede verse, estuve muy cerca, son los mismos números, solo el 6 y el 5 estaban en posiciones intercambiadas. 6+5=11. Según la Wikipedia, el día 11/11/11 no ocurrió nada reseñable en el mundo. ◣

Cuidado con Killer

Che, ¿de verdad mandaste ese mail el once de noviembre de 2011 —le pregunto a Chiri—, o Gabriela está mejorando la anécdota?

—Se lo mandé realmente ese día. Cuando leí su crónica me fui a fijar a mi Gmail. Antes de eso habíamos hablado sobre su obsesión con el número once, una noche en tu casa.

—Sí, me acuerdo de esa noche. Yo no le presté mucha atención a la charla.

—¿No creés en esas cosas?

—Creo más o menos —le digo—. A mí me pasa algo así con el 621, que es mi número obsesivo desde que soy chico. Por eso me sentí reflejado en la crónica. Millones de veces me despierto, miro el reloj digital, y son las 6:21.

—¿Y qué hacés cuando pasa eso?

—Me levanto.

—¿A la madrugada?

—No. Cuando me despierto son las 6:21 de la tarde. Pero en realidad pienso parecido a Iván Thais: creo que primero llega la obsesión y después te tropezás con la manía todo el tiempo.

—Puede ser que eso pase con otras cosas, pero no con el número once. Esa cifra es mucho más que una obsesión.

—Y vos —le pregunto—, ¿creés?

—Te voy a confesar —me dice Chiri—: después de aquella charla con Gabriela me puse a investigar por mi cuenta y descubrí algunas cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo?

—¿Sabés quién era el número once en la selección argentina del Mundial 78?

—Killer —le digo—. Jugaba en Racing.

—Exacto. Daniel Pedro Killer.

—¿Y qué hay con eso?

—Que "killer" en inglés quiere decir "asesino"; en otras palabras: el que viene a matar. Y escuchá esto —me dice Chiri, entre susurros—: Daniel Pedro Killer nació en Rosario, un 21 de diciembre; es decir: el mismo día que los Mayas pronostican que se va a acabar el mundo.

—¿Vos decís, entonces, que el Caballo Killer tiene algo que ver con el Armagedón?

—Digo eso y mucho más: ¿sabés cuál fue el mejor partido en la carrera futbolística de Killer?

—¿Cómo voy a saber eso? —le digo.

—Porque fue un partido histórico de la selección, contra Venezuela. Copa América, año 1975. Daniel Pedro Killer jugó de titular, hizo tres goles y clavó dos pelotas en los palos. Pero eso no es nada: ¿sabés cómo salió ese partido? Ganó Argentina: once a cero.

—Me dejás helado.

—Y una más: la palabra Killer tiene el número once escondido en las dos eles.

—Entonces los números no mienten...

—Nunca mienten, querido amigo.

—Con razón tengo esta obsesión con el 420. La última vez que estuve en Buenos Aires me compré un picachu —le explico—. Uno de metal muy lindo, que tenía grabada una cifra: 4:20. Yo no sabía qué era. ¿Vos sabés?

—No.

—Es un código de la gente que fuma porro. Resulta que en 1971, unos alumnos de una escuela de California iban a fumar cuete en los recreos, al costado de una estatua de Luis Pasteur. Siempre en el último recreo: el timbre sonaba a las cuatro y veinte.

—Ajá.

—Entonces estos chicos, en vez de decir "vamos a fumar porro a la estatua", para que los profesores no entendieran la conversación decían: "nos vemos a las 4:20". Y la frase trascendió, de a poco, hasta que 420 se convirtió en un código de fumones.

—Me gusta ese código —me dice Chiri—. Deben estar muy orgullosos esos adolescentes de California.

—Obvio. No se esperaban tanta repercusión. Porque además el asunto fue mucho más allá. Desde los años ochenta, los veinte de abril (4/20 en inglés) son días en que hay que fumar porro sin parar. Y la hora 4:20 de cualquier día, en la mayoría de los países anglosajones, es la hora de fumar cuete, como las cinco en punto es la hora de tomar el té.

—¿O sea que si yo te digo, adelante de mi vieja, "nos vemos a las cuatro y veinte", vos me entendés? —me pregunta Chiri.

—Claro, y me voy corriendo a una estatua de Luis Pasteur a esperarte.

—¿Y si no hay estatua?

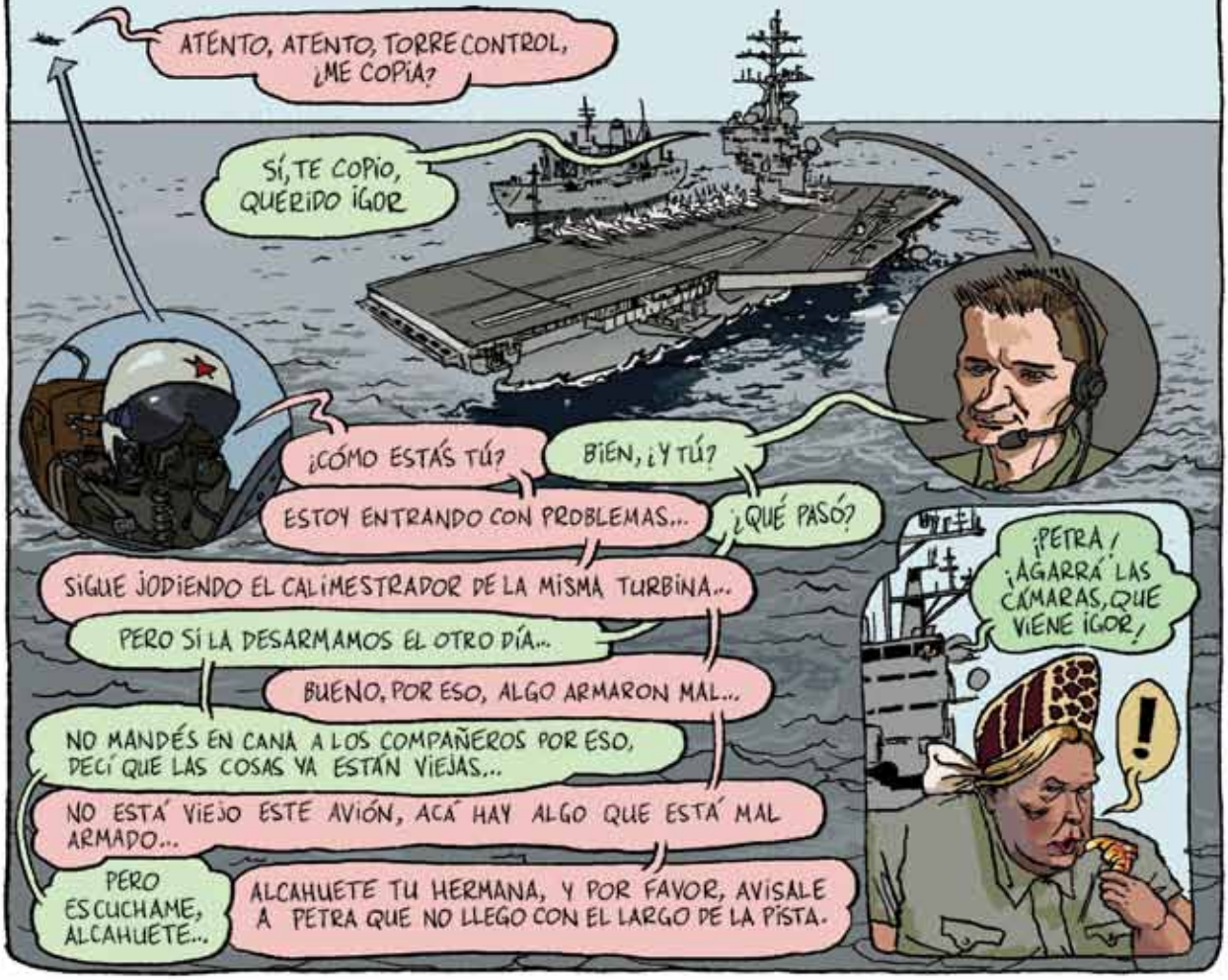
—Me voy al lado de un perro, o de alguien que tenga rabia. También vale. ◣

"EN UN GRAN AVIÓN DE ALUMINIO"

Guion: Alfredo Casero
Dibujos: Juan Sáenz Valiente

AÑOS DESPUÉS, UNA VEZ, BORRACHA, ME DIJO LA VERDAD...

ELLA ERA UNA PERSONA QUE TENÍA MUCHA FUERZA EN LOS BRAZOS, PORQUE DETENÍA A LOS AVIONES EN EL PORTAAVIONES "25 DE MAYO"...PERO EN RUSIA. PORQUE EN RUSIA, TAMBIÉN TIENEN 25 DE MAYO.

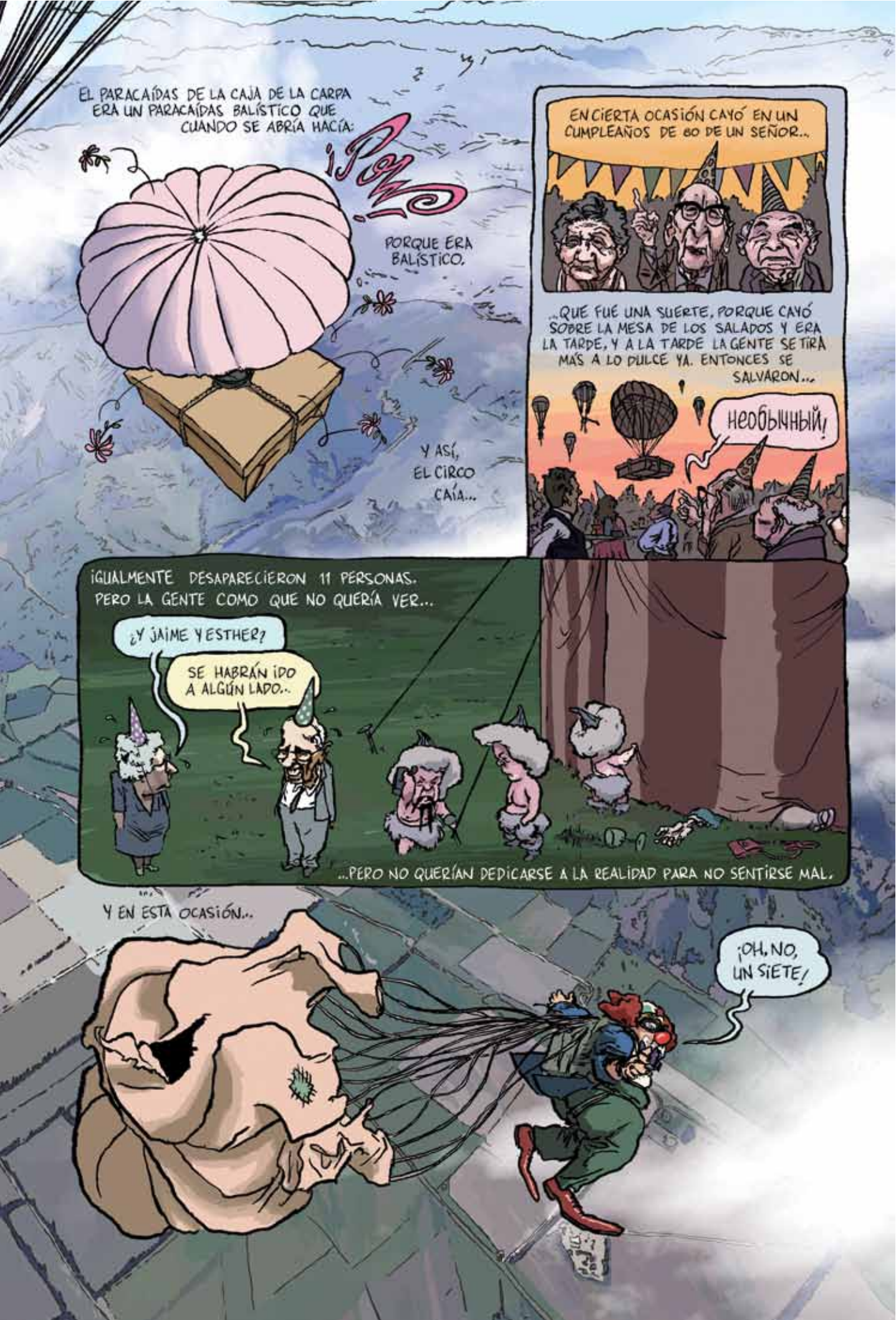


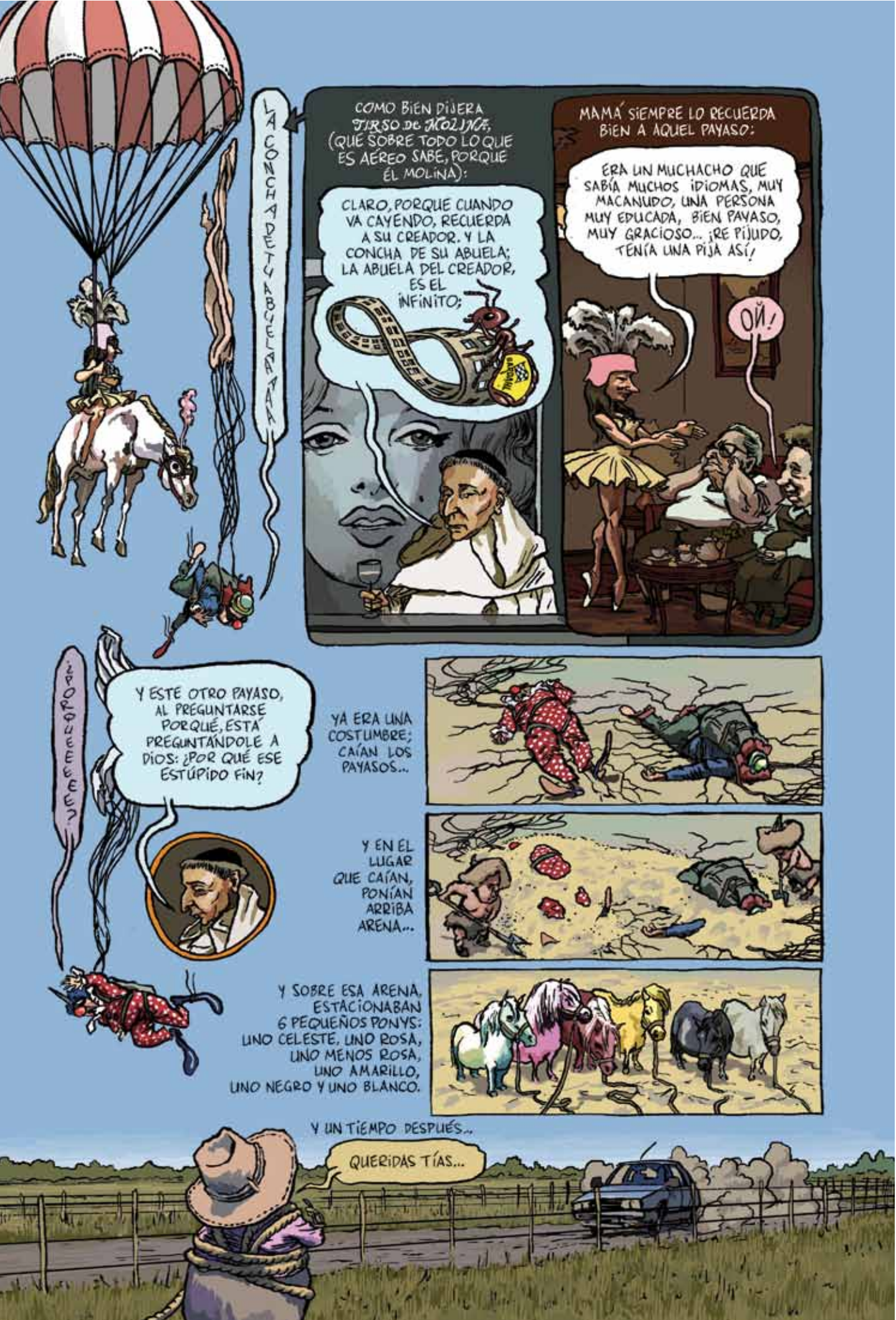
¡HOP!
¡AÍA, LA PUTAQUELOPARIÓ!
PAF
SCREEEEEEEEEEETCH
¡ACÁ ESTA MIERDA NO VA A PARAR NUNCA HASTA QUE NO VÉLEMO' A UN COMPAÑERO POR FALTA DE SEGURIDÁ, COMPAÑEROS!
¡EH, RUSO!
¿QUÉ?
¡PARÁ, FANÁTICO!
¡VAMOS, OLGA!
SÍ, ALLÍ VOY.
¡UN MOMENTO...!
!

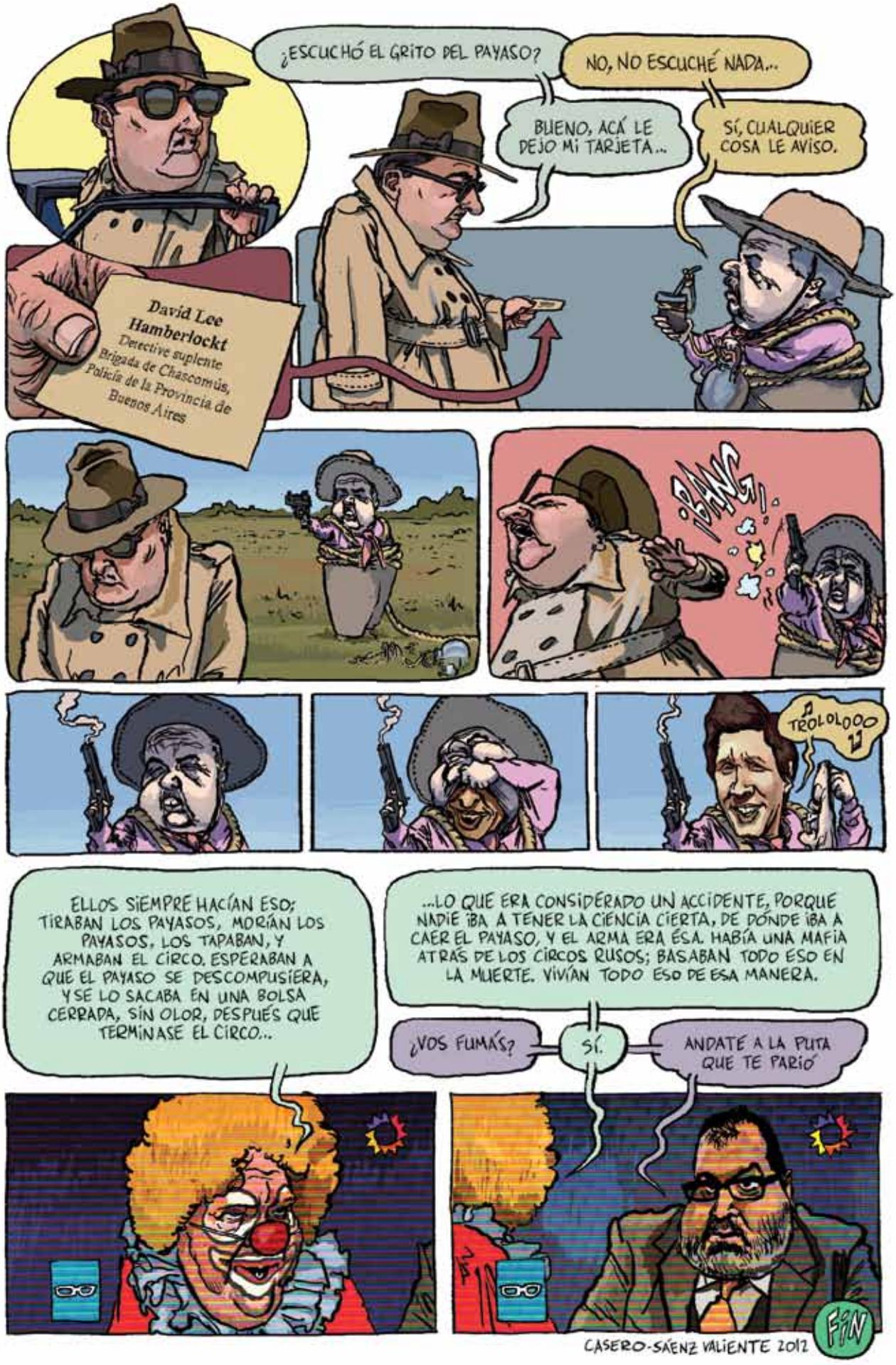
NO OLVIDES EL PASTRÓN CON PAPAS QUE TE HE PREPARADO PARA EL VIAJE, QUERIDA HIJA.
MI MADRE TRABAJABA EN EL CIRCO DE MOSCÚ...
¡APÚRATE, OLGA...!
...¡SE NOS HACE TARDE!
TROLOLOLOLÓ
AL CIRCO DE MOSCÚ LO TIRABAN DESDE EL AIRE PORQUE ERA MUCHO MÁS BARATO QUE TRASLADARLO POR TIERRA.
TROLOLÓ ZZZ ZOOO
LA JIRAFA OCUPA UN LUGAR ESPECIAL, Y LA JIRAFA ES MUY JODIDA DE MANIPULEAR, PORQUE LA JIRAFA TE PEGA UN PATADÓN Y TE DESTROZA.
ESTÁ EL CASO DE CIERTOS INDIOS QUE PARA DEMOSTRAR SU VIRILIDAD A LOS NIÑOS, CUANDO CUMPLEN 18 AÑOS, LOS HACEN ABRIRSE DE PIERNAS DE PARADOS, PARA QUE UNA JIRAFA LES PEGUE DE ATRÁS UNA PATADA EN LOS HUEVOS...
...BUENO, CALCULO QUE AHORA ESTE ÚLTIMO TIEMPO PARARON PORQUE SE ESTABAN EXTINGUIENDO; LAS PATADAS QUE PEGABA LA JIRAFA EN LA PIJA SE LAS DEJABA HECHA UNA CHANCLETITA DE BEBÉ USADA.
LA JIRAFA, A PESAR DE QUE CUANDO LA GENTE PIENSA QUE SIENDO UN ANIMAL SALVAJE, ES UN ANIMAL BUENO, ESTÁN EQUIVOCADOS: ES UN ANIMAL MALO.
NO, SÍ.
EH, VÓ, ESE PARACAÍDA' DEL PAYASO ESTÁ ROTO
QUÉ IMPORTA, SI TOTAL TIENEN TODA LA ROPA ROTA LO' PAYASO', HACELE UN SIETE AL DEL OTRO, ASÍ COMBINAN, TOTAL SON PAYASO!
JAJA, ES VERDÁ.
HE AHÍ NUESTROS DESTINOS...
ZUIP

DESPUÉS ESTABA UNA GRAN CAJA, QUE VENÍA CON TODA LA CARPA PLEGADA EN SU INTERIOR, Y ENTRE MEDIO DE LAS PLEGADURAS VENÍAN UNOS ENANOS DE UNA TRIBU MANCHURIA, QUE ELLOS ERAN ARMADORES PROFESIONALES DE CARPAS.
A MI MADRE LA TIRABAN AGARRADA DEL CABALLO. ENTONCES RECORDABA SIEMPRE LO QUE LE ENSEÑARON EN LA ESCUELA DE CIRQUERÍA Y ECUYERISMO DE NARDA LEPES (PORQUE TAMBIÉN HAY UNA NARDA LEPES EN RUSIA):
LA BASE DEL ECUYERISMO, CONSISTE EN QUE:
SI LA ECUYERE PERDIERA O PERDIESE EL CABALLO, DE CUALQUIER MANERA QUE FUERA O FUESE...
¿SE CONVERTIRÍA EN QUÉ?
EN UNA MUJER PARADA.
¿Y LA MUJER PARADA?
NO ES INTERESANTE PARA EL MUNDO CIRCENSE.
ШЛЮХА!
СКУЧНЫЙ!
¡EXACTO!
ENTONCES ELLA SE AGARRABA MUY FUERTE DE LOS TALONES...
PERO MÁS FUERTE, QUE ES LO QUE MÁS LE ENSEÑARON EN LA ESCUELA DE NARDA LEPES, ES MEDIANTE UNA TÉCNICA DE PRESIÓN, A AGARRARSE CON LOS LABIOS DE LA VULVA AL LOMO DEL CABALLO.
AL CABALLO LE DUELE, PERO SABE QUE ES LO ÚNICO QUE LO VA A TERMINAR AGARRANDO.
AIA... MI DIOS... PERO POR FAVOR NO ME SUELTES...
Y ENTONCES...
...SALTABAN AL VACÍO.

♪ HAN PASADO CUATRO AÑOS DE ESTA VIDA... ♪
¡POR FAVOR, OLGA!
¡JERÓNIMO SALGUEROOOO!
TROLOLOLOLOLÓ ♪


EL PARACAÍDAS DE LA CAJA DE LA CARPA ERA UN PARACAÍDAS BALÍSTICO QUE CUANDO SE ABRÍA HACÍA:
¡Pow!
PORQUE ERA BALÍSTICO.
Y ASÍ, EL CIRCO CAÍA...
EN CIERTA OCASIÓN CAYÓ EN UN CUMPLEAÑOS DE 80 DE UN SEÑOR...
...QUE FUE UNA SUERTE, PORQUE CAYÓ SOBRE LA MESA DE LOS SALADOS Y ERA LA TARDE, Y A LA TARDE LA GENTE SE TIRA MÁS A LO DULCE YA. ENTONCES SE SALVARON...
Необычный!
¡IGUALMENTE DESAPARECIERON 11 PERSONAS. PERO LA GENTE COMO QUE NO QUERÍA VER...
¿Y JAIME Y ESTHER?
SE HABRÁN IDO A ALGÚN LADO...
...PERO NO QUERÍAN DEDICARSE A LA REALIDAD PARA NO SENTIRSE MAL.
Y EN ESTA OCASIÓN...
¡OH, NO, UN SIETE!


LA CONCHA DE TU ABUELA PAA
COMO BIEN DIJERA TIRSO DE MOLINA, (QUE SOBRE TODO LO QUE ES AÉREO SABE, PORQUE ÉL MOLINA):
CLARO, PORQUE CUANDO VA CAYENDO, RECUERDA A SU CREADOR. Y LA CONCHA DE SU ABUELA; LA ABUELA DEL CREADOR, ES EL INFINITO;
MAMÁ SIEMPRE LO RECUERDA BIEN A AQUEL PAYASO:
ERA UN MUCHACHO QUE SABÍA MUCHOS IDIOMAS, MUY MACANUDO, UNA PERSONA MUY EDUCADA, BIEN PAYASO, MUY GRACIOSO... ¡RE PIJUDO, TENÍA UNA PIJA ASÍ!
OÏ!
¿PORQUEEEEE?
Y ESTE OTRO PAYASO, AL PREGUNTARSE PORQUÉ, ESTÁ PREGUNTÁNDOLE A DIOS: ¿POR QUÉ ESE ESTÚPIDO FIN?
YA ERA UNA COSTUMBRE; CAÍAN LOS PAYASOS...
Y EN EL LUGAR QUE CAÍAN, PONÍAN ARRIBA ARENA...
Y SOBRE ESA ARENA, ESTACIONABAN 6 PEQUEÑOS PONYS: UNO CELESTE, UNO ROSA, UNO MENOS ROSA, UNO AMARILLO, UNO NEGRO Y UNO BLANCO.
Y UN TIEMPO DESPUÉS...
QUERIDAS TÍAS...



CASERO-SÁENZ VALIENTE 2012

Por Nacho Vigalondo

JAWS
(1975)

Cuando *Jaws* se estrenó nadie sabía que el joven Spielberg estaba inaugurando una nueva manera de hacer cine. Según Nacho Vigalondo, el propio Steven se encargó de sembrar pequeñas metáforas dentro de la película, encarnadas en los personajes principales, en las que deja claro un detalle: él sí sabía que habría un antes y un después de *Tiburón*.

Hace poco llegó a mis ojos un youtube capaz de poner los pelos de punta a cualquier cinéfilo, y hacer que se caiga al suelo a cualquier director de cine. Steven Spielberg, sin barba, siguiendo la retransmisión de las nominaciones a los premios Oscar el año en que optaba *Jaws* ("Tiburón", 1975). Cuando comprueba que no ha sido nominado a mejor director, en la lista que compondrían Kubrick, Fellini, Lumet, Forman y Altman, percibes de lejos la honda y electrificada decepción de un jovenzuelo a punto de atravesar el televisor de un puñetazo. Spielberg ya era un director de éxito, y su nombre ya se había convertido en una marca, pero no deja de resultar chocante que alguien lamente no acceder al olimpo de los Oscar con una película taquillera de terror con monstruo, tetas al comienzo y explosión al final. Su decepción es la rabia de un artista consciente de su grandeza. ¿Era Spielberg consciente en 1975 de su propia importancia? Y si es así, ¿es posible que *Jaws* fuese una película rodada desde la intuición de su propio éxito, de su papel decisivo en la historia del cine? Recordemos que *Jaws*, antes que *Star Wars*, funcionó como puente entre dos mundos, entre un Hollywood orientado a un público adulto y un Hollywood familiar, entre una industria que destilaba espectáculo a partir de los géneros reconocibles y las páginas de actualidad, y la que se entregó al escapismo inocente de los cuentos de hadas. Cuando Spielberg nos deja ver en *Jaws* dos estrellas fugaces recorrer el cielo en alta mar sobre las cabezas de sus sufridos adultos, ¿nos está avisando del inminente reinado de fantasías mucho más blancas?

¿Cuántas películas recordáis protagonizadas por un trío de individuos, sin que ninguno juegue el papel de antagonista, alivio cómico en segundo término o interés romántico? La estructura dramática formada por los tres personajes principales de "Tiburón" es muy poco frecuente. Nos resulta natural pensar que el Sheriff Brody (Roy Scheider) es el protagonista, pero ¿sentimos como secundarios a Hooper (Richard Dreyfuss), o a Quint (Robert Shaw)? ¿Por qué necesitamos a los tres para cazar a un tiburón? ¿Qué representa cada uno de ellos, tienen algún significado los conflictos y relaciones de dependencia que surgen en su relación?

De entrada, hay algo que separa al Sheriff Brody, nuestro guía durante todo el relato, de sus dos compañeros. Los tres personajes coinciden en haber sufrido en su pasado un hecho violento relacionado con el mar. Algo que traumatiza a Brody, convirtiéndolo en un hombre de tierra firme, pero que transforma a Quint y Hooper en aventureros obsesivos. El personaje de Brody es presentado en su casa, mirando el mar de frente a través del cristal de una ventana (como muestra la figura 1).

1

2

3

4

Los otros dos son introducidos con el mar a sus espaldas, su espacio natural. Precisemos: Hooper tiene detrás el mar (figura 2), mientras que Quint tiene una representación del mar, un dibujo en una pizarra, a la que araña con divertido sadismo para llamar la atención de una masa de aburridos burócratas de pueblo (figura 3).

Nueve de cada diez cinéfilos tiene a Quint como su personaje favorito de la película, y quizás de cualquier película. El propio filme parece rendir tributo constante a su figura, que no deja de crecer a través de los ojos de los demás personajes hasta convertirse, en los últimos tramos del largometraje, en una figura de leyenda en vida. ¿Se nos ocurre a quién pudo tener en mente el joven Steven Spielberg para componer a un irlandés gruñón, a un mito viviente con todo el peso del siglo veinte sobre sus espaldas, a un pionero en los últimos instantes de una vida rebosante de aventura, de épica a la vieja usanza? Los que no sepan qué responder a esta pregunta, buscad otro youtube, esta vez el fragmento de una charla en la que Spielberg cuenta cómo conoció de niño a John Ford. Sí, el retrato de Quint esconde al director de *The Searchers*.

Si seguimos con este juego, podemos adivinar qué director de cine puede esconderse bajo el personaje de Hooper. No es difícil reconocer en él al propio Spielberg. No es solo su apariencia física, que más que una representación del director, funciona como inquietante anticipación de su aspecto durante las décadas posteriores. Richard Dreyfuss también nos remite a Spielberg porque años después interpretaría a un mucho más explícito alter ego suyo en *Close Encounters of the Third Kind*. En ambas películas interpreta a dos personajes cegados por una jubilosa obsesión. Si en *Close Encounters* arrastraba a Dreyfuss a superar un ritual iniciático que le obligaba a desprenderse de su entorno familiar, de su identidad social, en *Jaws* el personaje hace años que ha soltado lastre y se nos presenta sin familia, sin las innecesarias habilidades sociales. Es un hombre que vive por y para su labor, propulsado por su juventud (y por la tecnología de la época).

Hay otro plano en *Tiburón* que funciona como una milimétrica anticipación del cine que vendría después. Durante la primera expedición de Hooper a alta mar —acompañado por Brody, que tiene que emborracharse para soportar el paseo nocturno—, tenemos un precioso plano de conjunto en el que vemos cómo la luz de los focos, bajo la sofisticada embarcación del científico, ilumina el agua a su alrededor (como muestra la figura 4). Es un recurso fantasmagórico, con un efecto de difuminado que nos remite inmediatamente a las luces entre las nubes en *E.T.*, o en *Close Encounters*, a cientos de efectos especiales que veríamos

en películas posteriores. El barco de Hooper es el futuro. Es el "bigger boat" que Brody menciona en su frase inmortal, cuando, en la segunda mitad de la película, descubre el tamaño del tiburón, y se da cuenta de que la vieja chatarra de Quint es insuficiente.

Llegados a este punto, nos resulta muy sencillo interpretar *Tiburón* como una bella alegoría sobre un relevo generacional. La primera mitad de la película nos divierte con las diferencias entre Quint y Hooper. Para el lobo de mar el otro es un niño rodeado de juguetes que no consiguen disimular su falta de experiencia vital. Para el oceanógrafo Quint es la parodia de un "working class hero", un cliché ambulante. Pero la segunda mitad de *Jaws* nos permite intuir cómo se acentúa un hermoso reconocimiento mutuo, cómo la admiración entre estos dos personajes crece, hasta llegar a ese punto de comunión perfecto que es el intercambio de cicatrices en el camarote.

Y después Quint fallece. Y es Hooper el que vuelve a tierra firme. Donde le espera su barco de luces.

Tiburón finaliza de una forma muy limpia, sin epílogo alguno, algo que acabaría siendo raro en la carrera de Spielberg, tan dado a las conclusiones explicativas. Pero hemos entendido el sentido detrás de la muerte de Quint, de la destrucción de su barco. Esta es la historia de cómo termina una era, pero no sin antes plantar su huella sobre los que recogen el testigo. El pionero muere, el innovador sobrevive, pero antes han tenido la ocasión de mostrarse sus cicatrices.

Sin embargo algo falta en esta interpretación de la trama de *Tiburón*. ¿Dónde demonios metemos al Sheriff Brody? De entrada, ¿para qué le necesitamos en la expedición que parte a la caza del tiburón y que ocupa toda la segunda mitad del metraje? La excusa que se escucha en la película —que él ha proporcionado el dinero y que, por tanto, ha de estar presente— es bastante débil. El motivo verdadero, el que el personaje calla, es otro: el sentimiento de culpa por haber permitido la muerte de un niño en la playa al ceder al chantaje político. No está mal, pero no deja de tratarse de una trama emocional que poco tiene que ver con la alegoría que estamos destapando. La pregunta es: ¿qué pinta el Sheriff Brody en un barco con Spielberg y John Ford?

Para empezar, se trata del protagonista de la película, en el sentido más tradicional del término. Y como tal, no solo se encarga de guiarnos a lo largo de todo el relato a través de su punto de vista: su condición también le demanda encargarse del enfrentamiento último con el antagonista. Y vencerle. Es Brody el que protagoniza el encuentro último con el tiburón, y lo hace en un momento en el que Quint ha fallecido y Hooper ha desaparecido bajo las aguas. Lo mata; la victoria es, después de todo, suya.

Así como la evolución de los personajes de Quint y Hooper se basa en el progresivo reconocimiento profesional (¿artístico?) del otro, sin mayor implicación emocional, el de Brody es un arco dramático completo. *Jaws* cuenta la historia de cómo un personaje que mira el mar a través de una ventana se sumerge en esas mismas aguas para matar a un tiburón.

En otras palabras, el proceso mágico por el cual un espectador atraviesa el espejo.

En el viaje al territorio de los sueños que es la segunda mitad de *Jaws*, ese punto en alta mar en el que hemos perdido de vista la costa y el cielo se puebla de estrellas fugaces, la presencia de dos autores, de dos individuos que han sido "iluminados" por sus terrores infantiles y que celebran sus cicatrices como si fuesen trofeos, es incompleta sin la presencia del espectador, del individuo que lidia con sus miedos traumáticos de un modo mucho más corriente, el tipo para el cual un tiburón es un tiburón. Y su presencia no es secundaria, es la más importante. Se puede resumir así: Spielberg y John Ford, cumpliendo diferentes papeles en la historia, están unidos por la misma pasión, la de arrastrarnos a alta mar con sus técnicas, su sabiduría, sus trucos, y plantarnos delante de un tiburón para que seamos nosotros quienes lo ejecutemos. El cine, al igual que cualquier otra forma de expresión artística, es un viaje que empieza en la mente del autor, pero termina en la del espectador, que no solo escucha. En el mejor de los casos, es él quien completa y cierra el sentido de lo que se ha contado.

Si *Jaws* es una película en la que el mismo director está representado en uno de los personajes, no suena mucho más descabellado que un tercer personaje nos represente como espectadores. Y que, así, la película funcione como la descripción de una transición histórica de la naturaleza del cine de consumo: rodada durante esa transición. Qué demonios: ¡protagonizando esa transición!

O sea, una película sobre sí misma que no solo es capaz de reconocer sus antecedentes sino también de predecir su significación histórica. Es

5

6

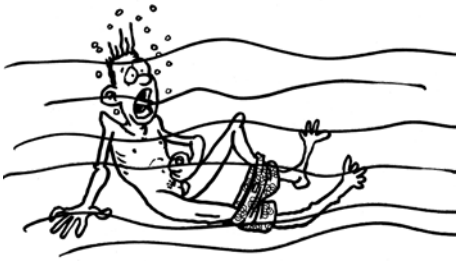
7

como si alguien hubiese sido capaz de componer una reflexión sobre el hundimiento del Titanic en 1885, ¡y a bordo del Titanic!

Cuando, a modo de juego, anuncié el título de este artículo en mi cuenta de Twitter, muchísimos acertaron que los "tres segundos más importantes de *Jaws*" pertenecían a la que quizás sea la secuencia más legendaria de toda la película: el intercambio de cicatrices nocturno entre Quint y Hooper. Es una secuencia bellísima en la que se produce el encuentro entre estos dos personajes que llevamos esperando toda la película. Brody, de pie, contempla cómo los otros dos se remangan a ambos lados de una mesa y comparten las historias detrás de cada una de sus heridas de guerra. El sheriff sonríe mientras observa su ridícula marca de apendicitis (ver la figura 5). Parece justo que él permanezca en un segundo término.

Después de narrar la historia más espeluznante de todas, Quint canta "Farewell, and adieu, my fair spanish lady", un viejo himno marinero. El ambiente se relaja, y un halo de camaradería inmediata inunda la escena. Pero Brody sigue de pie (como se ve en la figura 6). Se hace silencio y esta vez Hooper es el que canta "Show me the way to go home", un himno popular para borracheras. La letra que Brody sabe, que todo el mundo sabe. Ahora Brody no solo contempla la escena, puede participar en ella. Canta y, esta vez sí, se sienta junto a sus dos compañeros en la misma mesa. Hooper ha conseguido sentar a todo el mundo en la misma mesa (figura 7), todos cantando la misma canción.

Y en ese preciso instante podemos empezar a entender en qué consiste ser el Rey Midas de Hollywood.



Piscinas

Tiburón fue la primera película para adultos que vi en el cine —me dice Chiri—. ¿Y vos?

—*Último tango en París* —le digo—. Me llevó mi viejo, creyendo que era sobre Gardel.

—Mentira. Lo decís para adornar tu biografía.

—No, en serio. En la escena de la manteca en el orto mi viejo me dice: "Qué atrevido, Lepera". No me olvido más.

—A mí me impactó mucho, de chico, la primera escena de *Tiburón*: dos pibes enamorados corren por la playa. La chica se va sacando la ropa y se mete al mar desnuda. El chico no la alcanza, se queda tirado en la arena. Está amaneciendo, no hay mucha luz en la escena. La chica nada en pelotas, sola, muy tranquilamente. Todo está en calma. Hasta que de pronto...

—...te diste cuenta que era *La laguna azul*.

—No, boludo. De pronto —me dice Chiri, con los ojos como huevos duros— la chica empieza a chapotear como loca, succionada desde el fondo por algo muy horrible. Grita y grita. El pibe duerme la mona en la playa y no la escucha. Más gritos de la chica. *Please help me! Oh, my God! Oh, God!* La chica desaparece de la superficie, como si alguien hubiera apretado el botón del inodoro. El mar regresa a la calma. Y en toda la secuencia Spielberg nunca mostró al bicho.

—¿Por qué razón el coitus interruptus es una práctica frecuente en las películas de miedo? —le pregunto—. Siempre hay una parejita que se empieza a desvestir y, todavía con la ropa a medio sacar, aparece un desquiciado con una máscara agujereada y una motosierra y los parte al medio.

—Cuando pienso en estos dos elementos: agua y sangre, no pienso en *Tiburón* sino en ese cuento famoso del hijo de puta de Chuck Palahniuk —me dice Chiri—. ¿Cómo se llama ese cuento que no me acuerdo?

—"Tripas" —le digo—, *Guts* en inglés. Es escalofriante. Lo leí una sola vez en mi vida y no lo pude volver a leer nunca más.

—Todas las cosas horribles que le pasan a ese chico por querer hacerse una paja abajo del agua no tienen nombre —dice Chiri con gesto de dolor—. No quiero acordarme.

—Uno de los mejores cuentos del mundo donde aparecen piletas es "El nadador", de Cheever —le digo—. El cuento del tipo que vuelve a su casa nadando por todas las piletas de su barrio.

—Burt Lancaster…

—En la película; pero el personaje del cuento se llama Neddy Merrill.

—Yo creo que en algún momento tenemos que invitar a escribir en la revista a Félix Bruzzone —me dice Chiri—, escribe muy bien y además, hasta donde sé, se gana la vida limpiando piletas.

—Qué oficio raro. Me encanta.

—Escribió una novela que se llama *Barrefondo*, en la que hay mucho de su experiencia como barrefondista. No es común que los escritores se ganen la vida haciendo trabajos manuales, y que estén bien con eso, y que no les importe.

—Una vez Garcés dijo algo muy cierto.

—No creo.

—Te juro. Dijo que los escritores argentinos suelen tener un desprecio olímpico por el mundo real, porque están convencidos de que la literatura está hecha solo de palabras, y que por lo tanto lo lógico es que se refiera solo a palabras. Pero ningún escritor, dijo Garcés, excepto Fogwill, sabe cómo se construye una mesa.

—Qué bien Garcés —me dice Chiri—. ¿El sabe construir una mesa?

—No creo, pero es lindo, entonces zafa.

—Bruzzone, en cambio, se parece a Allan Poe.

—¡Pero eso es muchísimo mejor que ser lindo! Y además limpia piletas y escribe como los dioses. ¡Quiero conocer a ese chico!

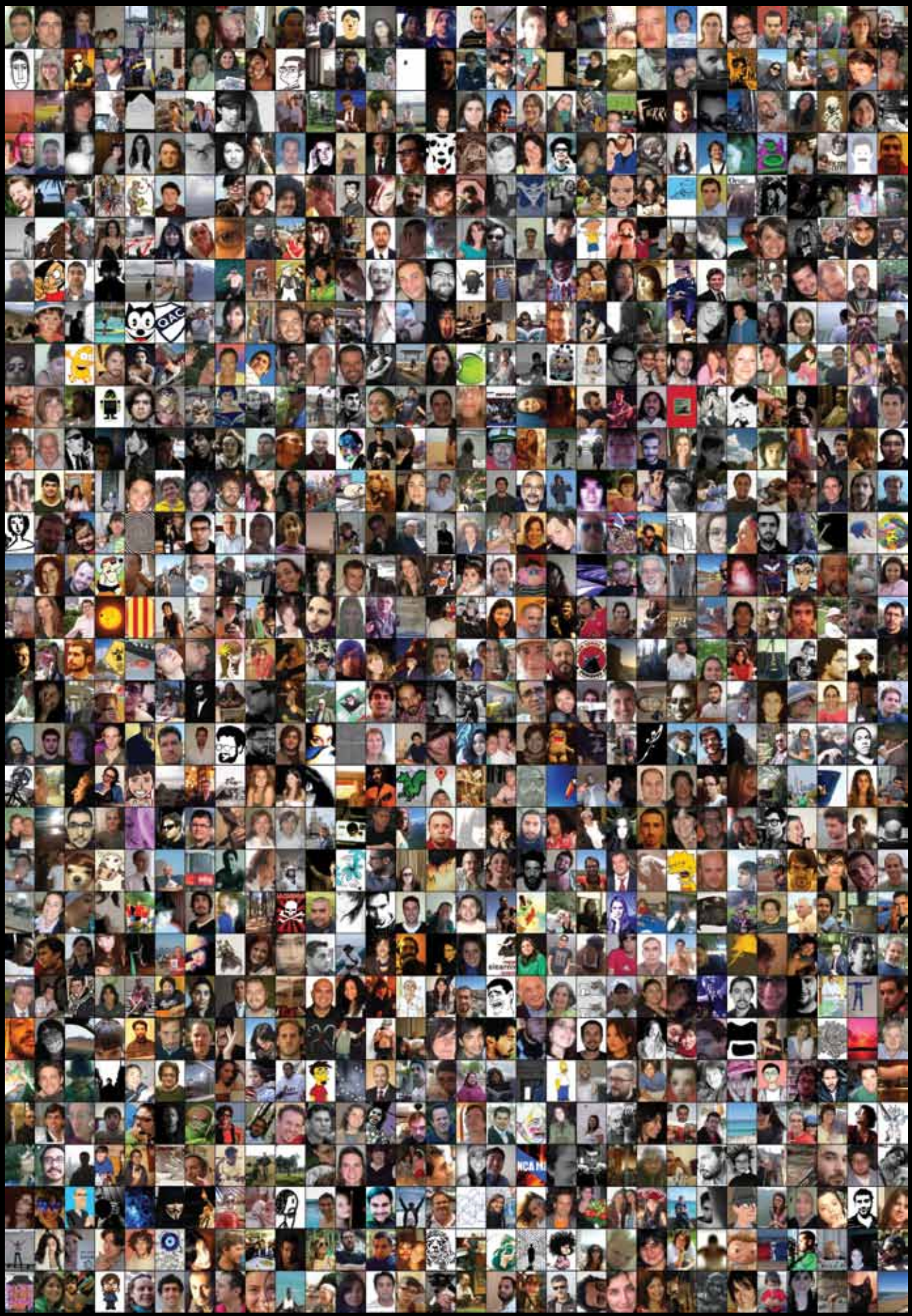
—Tendríamos que preparar una "Antología de escritores que desempeñan labores físicas".

—Todavía tenemos pendiente la "Antología hispanoamericana de escritores lindos" —le digo—. ¿Ya empezaste a buscar?

—Sí —me dice—. Pero tengo un estándar tan alto de la belleza que hasta ahora solo reuní un cuento tuyo y nada más.

—Gracias —me sonrojo—. Qué lindo piropo.

—Me salió del alma. ◣



(dos cuentos de miedo)

La casa de Adela

Por **Mariana Enríquez**

Todos los días pienso en Adela. Y si durante el día no aparece su recuerdo —las pecas, los dientes amarillos, el pelo rubio demasiado fino, el muñón en el hombro, sus botitas de gamuza— siempre regresa de noche, en sueños. Los sueños de Adela son todos distintos, pero nunca falta la lluvia ni faltamos mi hermano y yo, los dos parados frente a la casa abandonada, con nuestros pilotos amarillos, mirando a los policías en el jardín que hablan en voz baja con nuestros padres.

Nos hicimos amigos porque ella era una princesa de suburbio, mimada en su enorme chalet inglés insertado en nuestro barrio gris de Lanús, tan diferente que parecía un castillo, sus habitantes los señores y nosotros los siervos en nuestras casas cuadradas de cemento con jardines raquíticos. Nos hicimos amigos porque ella tenía los mejores juguetes importados. Y porque organizaba las mejores fiestas de cumpleaños cada tres de enero, poco antes de Reyes y poco después de Año Nuevo, al lado de la pileta, con el agua que, bajo el sol de la siesta, parecía plateada, hecha de papel de regalo. Y porque tenía un proyector y usaba las paredes blancas del living para ver películas mientras el resto del barrio todavía penaba con televisores blanco y negro.

Era fácil hacerse amigo de Adela, porque la mayoría de los chicos del barrio la evitaba, a pesar de su casa, sus juguetes, su pileta y sus películas. Era por el brazo. Adela tenía un solo brazo. A lo mejor lo más preciso sea decir que le faltaba un brazo. El izquierdo. Por suerte no era zurda. Le faltaba desde el hombro; tenía ahí una pequeña protuberancia de carne que se movía, con un retazo de músculo, pero no servía para nada. Los padres de Adela decían que era un defecto de nacimiento. Muchos otros chicos le tenían miedo, o asco. Se reían de ella, le decían monstruita, adefesio, bicho incompleto; decían que la iban a contratar de un circo, que seguro estaba su foto en los libros de medicina. A ella no le importaba. Ni siquiera quería usar un brazo ortopédico. Le gustaba ser observada y nunca ocultaba el muñón. Si veía la repulsión en los ojos de alguien, era capaz de refregarle el muñón por la cara o de sentarse muy cerca y rozar el brazo del otro con su apéndice inútil, hasta humillarlo, hasta dejarlo al borde de las lágrimas.

Nuestra madre decía que Adela tenía un carácter único, era valiente y fuerte, un ejemplo, una dulzura, qué bien la criaron, qué buenos padres, insistía. Pero Adela contaba que sus padres mentían. Sobre el brazo. No nací así. Y qué pasó, le preguntábamos. Y entonces ella daba su versión. La había atacado su perro, un Doberman negro llamado Infierno. El perro se había vuelto loco como a veces les pasa a los Doberman, una raza que, según Adela, tenía un cráneo demasiado chico para el tamaño del cerebro, entonces les dolía siempre la cabeza y se enloquecían. Decía que la había atacado cuando ella tenía dos años. Se acordaba, el dolor, los gruñidos, el ruido de las mandíbulas masticando, la sangre manchando el pasto, mezclada con el agua de la pileta. Su padre lo había matado de un tiro; excelente puntería, porque el perro, cuando recibió el disparo, todavía cargaba con Adela bebé entre los dientes.

Mi hermano no creía esta versión.

—A ver, y la cicatriz donde está.

—Se curó rebién. No se ve.

—Imposible. Siempre se ven.

—No quedó cicatriz de los dientes, me tuvieron que cortar más arriba de la mordida.

—Obvio. Igual tendría que haber cicatriz. No se borra así nomás.

Y le mostraba su propia cicatriz de apendicitis, en la ingle, como ejemplo.

—A vos porque te operaron médicos de cuarta. Yo estuve en la mejor clínica de capital.

—Bla bla bla —le decía mi hermano y la hacía llorar. Era el único que la enfurecía. Y sin embargo nunca se peleaban del todo. Él disfrutaba sus mentiras. A ella le gustaba el desafío. Y yo solamente escuchaba y así pasaban las tardes después de la escuela hasta que mi hermano y Adela descubrieron las películas de terror y cambió todo para siempre.

No sé cuál fue la primera película. A mí no me daban permiso para verlas. Mi mamá decía que era demasiado chica. Pero Adela tiene mi misma edad, insistía yo. Problema de sus papás si la dejan: vos no, decía mi mamá y era imposible discutir con ella.

—¿Y por qué a Pablo lo dejás?

—Porque es más grande.

—¡Porque es varón! —gritaba mi papá, entrometido, orgulloso.

—¡Los odio! —gritaba yo, y lloraba en mi cama hasta quedarme dormida.

Lo que no pudieron controlar fue que mi hermano Pablo y Adela, llenos de compasión, me contaran las películas. Y cuando terminaban de contarlas, contaban más historias. Cuando Adela hablaba, cuando se concentraba y le ardían los ojos oscuros, el parque de la casa se llenaba de sombras, que corrían, que saludaban burlonas. Yo las veía cuando ella se sentaba de espaldas al ventanal, en el living. No se lo decía. Pero Adela *sabía*. Mi hermano no sé. Él podía ocultar mejor que nosotras.

Supo ocultar hasta el final, hasta su último acto, hasta que solamente quedó de él ese costillar a la vista, ese cráneo destrozado y, sobre todo, ese brazo izquierdo en el medio de las vías, tan separado de su cuerpo y del tren, que no parecía producto del accidente —del suicidio, le sigo diciendo accidente a su suicidio—; parecía que alguien lo había centrado entre dos rieles para exponerlo, como un saludo, un mensaje.

La verdad es que no recuerdo cuáles de las historias eran resúmenes de películas. Nunca pude ver una película de terror. Después de lo que pasó en la casa les tengo fobia. Si veo una escena por casualidad o error en la televisión, esa noche tengo que tomar pastillas para dormir y durante días tengo náuseas y recuerdo a Adela sentada en el sillón, con los ojos quietos y sin su brazo, y mi hermano mirándola con adoración. Algunas de las historias que recuerdo: un perro poseído por el demonio —Adela tenía debilidad por las historias de animales—, otra sobre un hombre que había descuartizado a su mujer y ocultado sus miembros en una heladera; esos miembros, por la noche, habían salido a perseguirlo, piernas y brazos y tronco y cabeza rodando y arrastrándose por la casa, hasta que la mano muerta y vengadora mata al asesino, apretándole el cuello —Adela tenía debilidad, también, por las historias de miembros mutilados y amputaciones—; otra sobre el fantasma de un niño que siempre aparecía en las fotos de cumpleaños, el invitado terrorífico que nadie reconocía, de piel gris y sonrisa ancha.

Solamente me acuerdo en detalle de las historias sobre la casa abandonada. Incluso sé cuando comenzó la obsesión. Fue culpa de mi madre. Una tarde después de la escuela mi hermano y yo la acompañamos hasta el supermercado. Ella apuró el paso cuando pasamos frente a la casa abandonada que estaba a media cuadra del negocio. Nos dimos cuenta y le preguntamos por qué corría. Ella se rio. Me acuerdo de la risa de mi madre, lo joven que era esa tarde de verano, el olor a champú de limón de su pelo y la carcajada de chicle de menta.

—¡Soy más tonta! Me da miedo esa casa, no me hagan caso.

Trataba de tranquilizarnos, de portarse como una adulta, como una madre.

—Por qué –dijo Pablo.

—Por nada, porque está abandonada.

—¿Y?

—No hagas caso hijo.

—¡Decime, dale!

—Me da miedo que se esconda alguien adentro, un ladrón, cualquier cosa.

Mi hermano quiso saber más, pero mi madre no tenía argumentos, solamente su aprehensión. La casa había estado abandonada desde que mis padres llegaron al barrio, antes del nacimiento de Pablo. Ella sabía que, apenas meses antes, se habían muerto los dueños, un matrimonio de viejitos. ¿Se murieron juntos?, quiso saber Pablo. Qué morboso estás hijo, te voy a prohibir las películas. No, se murieron uno atrás del otro. Les pasa a los matrimonios de viejitos, cuando uno se muere el otro se apaga enseguida. Y desde entonces los hijos se están peleando por la sucesión. Qué es la sucesión, quise saber yo. Es la herencia, dijo mi madre. Se están peleando a ver quién se queda con la casa. Pero es una casa bastante chota, dijo Pablo, y mi mamá lo retó por usar una mala palabra.

—¿Qué mala palabra?

—Sabés perfectamente: no voy a repetir.

—Chota no es una mala palabra.

—Pablo, te reviento eh.

—Bueno. Pero está que se cae la casa, mamá.

—Qué sé yo hijo, querrán el terreno, es un problema de la familia.

—Para mí que tiene fantasmas.

—¡A vos te están haciendo mal las películas!

Yo creí que se las iban a prohibir, pero mi mamá no volvió a mencionar el tema. Y, al día siguiente, mi hermano le contó a Adela sobre la casa. Ella se entusiasmó: una casa embrujada tan cerca, en el barrio, a dos cuadras apenas, era la pura felicidad. Vamos a verla, dijo ella. Salimos corriendo. Bajamos las escaleras de madera del chalet, muy hermosas, tenían de un lado ventanas con vidrios de colores, verdes, amarillos y rojos y estaban alfombradas. Adela corría más lento que nosotros y un poco de costado, por la falta del brazo; pero corría rápido. Esa tarde llevaba un vestido blanco, con breteles; me acuerdo que, cuando corría, el bretel del lado izquierdo caía sobre su resto de bracito y ella lo acomodaba sin pensar, como si se sacara de la cara un mechón de pelo.

La casa no tenía nada especial a primera vista, pero si se le prestaba atención, había detalles inquietantes. Las ventanas estaban tapiadas, cerradas completamente, con ladrillos. ¿Para evitar que alguien entrara o que algo saliera? La puerta, de hierro, estaba pintada de marrón oscuro; parece sangre seca, dijo Adela.

Qué exagerada, me atreví a decirle. Ella solamente me sonrió. Tenía los dientes amarillos. Eso sí me daba asco, no su brazo, o su falta de brazo. No se lavaba los dientes; y además era muy pálida y la piel traslúcida hacía resaltar ese color enfermizo, como pasa en los rostros de las geishas o de los mimos. Entró al jardín, muy pequeño, de la casa. Se paró en el camino de baldosas que llevaba a la puerta, se dio vuelta y dijo:

—¿Se dieron cuenta?

No esperó nuestra respuesta.

—Es muy raro, ¿cómo puede ser que tenga el pasto tan corto?

Mi hermano la siguió, entró al jardín y, como si tuviera miedo, también se quedó en el sendero de baldosas que llevaba de la vereda a la puerta de entrada.

—Es verdad —dijo—. Los pastos tendrían que estar altísimos. Mirá, Clara, vení.

Entré. Cruzar el portón oxidado fue horrible. No lo recuerdo así por lo que pasó después: estoy segura de lo que sentí entonces, en ese preciso momento. Hacía frío en ese jardín. Y el pasto parecía quemado. Arrasado. Era amarillo, corto: ni un yuyo verde. Ni una planta. En ese jardín había una sequía infernal y al mismo tiempo era invierno. Y la casa zumbaba, zumbaba como un mosquito ronco, como un mosquito gordo. Vibraba. No salí corriendo porque no quería que mi hermano y Adela se burlaran de mí, pero tenía ganas de escapar hasta mi casa, hasta mi mamá, de decirle tenés razón, esa casa es mala y no se esconden ladrones, se esconde un bicho que tiembla, se esconde algo que no tiene que salir.

Adela y Pablo no hablaban de otra cosa. Todo era la casa. Preguntaban por el barrio sobre la casa. Preguntaban al quiosquero y en el club; a don Justo, que esperaba el atardecer sentado en una silla sobre la vereda, a los gallegos del bazar y a la verdulera. Nadie les decía nada de importancia. Pero varios coincidieron en que la rareza de las ventanas tapiadas y ese jardín reseco les daba escalofríos, tristeza, a veces miedo, sobre todo de noche. Muchos se acordaban de los viejitos: eran rusos o lituanos, muy amables, muy callados. ¿Y los hijos? Algunos decían que peleaban por la herencia. Otros que nunca visitaban a sus padres,

ni siquiera cuando se enfermaron. Nadie los conocía. Los hijos, si existían, eran un misterio.

—Alguien tuvo que tapiar las ventanas —le dijo mi hermano a don Justo.

—Vos sabés que sí, ahora que decís. Pero lo hicieron unos albañiles, no lo hicieron los hijos.

—A lo mejor los albañiles eran los hijos.

—Seguro que no. Eran bien morochos los albañiles y los viejitos eran rubios, transparentes. Como vos, Adelita, como tu mamá. Polacos debían ser.

La idea de entrar a la casa fue de mi hermano. Estaba fanatizado. Tenía que saber qué había pasado en esa casa, qué había adentro. Lo deseaba con un fervor muy extraño para un chico de once años. No entiendo, nunca pude entender qué le hizo la casa, cómo lo atrajo así. Porque lo atrajo a él, primero. Y él contagió a Adela.

Se sentaban en el caminito de baldosas amarillas y rosas que partía el jardín reseco. El portón de hierro oxidado estaba siempre abierto, les daba la bienvenida. Yo los acompañaba, pero me quedaba afuera, en la vereda. Ellos miraban la puerta, como si creyeran que podían abrirla con la mente. Pasaban horas ahí sentados, en silencio. La gente que pasaba por la vereda no les prestaba atención. No les parecía raro o quizá no los veían. Yo no me atrevía a contarle nada a mi madre.

O, a lo mejor, la casa no me dejaba hablar. La casa no quería que los salvara.

Seguíamos reuniéndonos en el living de la casa de Adela, pero ya no se hablaba de películas. Ahora Pablo y Adela —pero sobre todo Adela— contaban historias de la casa. De dónde las sacan, les pregunté una tarde. Parecieron sorprendidos, se miraron.

—La casa nos cuenta las historias. ¿Vos no la escuchás?

—Pobre —dijo Pablo—. No escucha la voz de la casa.

—No importa —dijo Adela—. Nosotros te contamos.

Y me contaban.

Sobre la viejita, que tenía ojos sin pupilas pero no estaba ciega.

Sobre el viejito, que quemaba libros de medicina junto al gallinero vacío, en el patio de atrás.

Sobre el patio de atrás, igual de seco y muerto que el jardín, lleno de pequeños agujeros como madrigueras de ratas.

Sobre una canilla que no dejaba de gotear porque lo que vivía en la casa necesitaba agua.

A Pablo le costó un poco convencer a Adela de entrar. Fue extraño. Ella parecía tener miedo. Ella parecía entender mejor. Mi hermano le insistía. La agarraba del único brazo y hasta la sacudía. Decidieron entrar a la casa el último día del verano. Fueron las exactas palabras de Adela, una tarde de discusión en el living de su casa.

—El último día del verano, Pablo —dijo—. Dentro de una semana.

Quisieron que yo los acompañara y acepté porque no quería dejarlos. Yo tenía nueve años. Era más chica que ellos pero sentía que debía cuidarlos. Que no podían entrar solos a la oscuridad.

Decidimos ir de noche, después de cenar. Teníamos que escaparnos pero salir de casa de noche, en verano, no era tan difícil. Los chicos jugaban en la calle hasta tarde en el barrio. Ahora ya no es así. Ahora es un barrio pobre y peligroso, los vecinos no salen, tienen miedo de que los roben, tienen miedo de los adolescentes que toman vino en las esquinas. El chalet de Adela se vendió y fue dividido en departamentos. En el parque se construyó un galpón. Es mejor, creo. El galpón oculta las sombras.

Un grupo de chicas jugaba al elástico en el medio de la calle; cuando pasaba un auto paraban para dejarlo pasar. Más lejos, otros pateaban una pelota y donde el asfalto era más nuevo, más liso, algunas adolescentes patinaban. Caminamos entre ellas, desapercibidos. Adela esperaba en el jardín muerto. Estaba muy tranquila.

Conectada, pienso ahora.

Nos señaló la puerta y yo gemí de miedo. Estaba entreabierta, apenas una rendija.

—¿Cómo? —preguntó Pablo.

—La encontré así.

Mi hermano se sacó la mochila y la abrió. Traía llaves, destornilladores, palancas; herramientas de mi papá que había encontrado en una caja, en el lavadero. Ya no las iba a necesitar. Estaba buscando la linterna.

—No hace falta —dijo Adela.

La miramos confundidos. Ella abrió la puerta del todo y entonces vimos que adentro de la casa había luz.

Recuerdo que caminamos de la mano, bajo esa luminosidad que parecía eléctrica, aunque en el techo, donde debía haber lámparas, solo había

cables viejos asomando de los huecos como ramas secas. Afuera era de noche y amenazaba tormenta, una poderosa lluvia de verano. Adentro hacía frío y olía a desinfectante y la luz era como de hospital.

La casa no parecía rara, al principio. En el pequeño hall de entrada estaba la mesa del teléfono, un teléfono negro, como el de nuestros abuelos.

Que por favor no suene, que no suene, me acuerdo que recé, que repetí en voz baja, con los ojos cerrados. Y no sonó.

Los tres juntos pasamos a la siguiente sala. La casa se sentía más grande de lo que parecía desde afuera. Y zumbaba, como si detrás de las paredes vivieran colonias de bichos ocultos bajo la pintura.

Adela se adelantaba, entusiasmada, sin miedo. Pablo le pedía "esperá, esperá" cada tres pasos. Ella hacía caso pero no sé si nos escuchaba claramente. Cuando se daba vuelta para mirarnos, parecía perdida. En sus ojos no había reconocimiento. Decía "sí, sí", pero yo sentí que ya no nos hablaba a nosotros. Pablo sintió lo mismo. Me lo dijo después.

La sala siguiente, el living, tenía sillones sucios, de color mostaza, agrisados por el polvo. Contra la pared se apilaban estantes de vidrio. Estaban muy limpios y llenos de pequeños adornos, tan pequeños que tuvimos que acercarnos para verlos. Recuerdo que nuestros alientos, juntos, empañaron los estantes más bajos, los que alcanzábamos: llegaban hasta el techo.

Al principio no supe lo que estaba viendo. Eran objetos chiquitísimos, de un blanco amarillento, con forma semicircular. Algunos eran redondeados, otros más puntiagudos. No quise tocarlos.

—Son uñas —dijo Pablo.

Sentí que el zumbido me ensordecía. Abracé a Pablo, pero no dejé de mirar. En el siguiente estante, el de más arriba, había dientes. Muelas con plomo negro en el centro, como las de mi papá, que las tenía arregladas; incisivos, como los que me molestaban cuando empecé a usar el aparato de ortodoncia; paletas como las de Roxana, la chica que se sentaba delante de mí en la escuela; le decíamos Coneja.

Cuando levanté la cabeza para mirar el tercer estante, se apagó la luz.

Adela gritó en la oscuridad. Yo solamente escuchaba mi corazón: latía tan fuerte que me dejaba sorda. Pero sentía a mi hermano, que me abrazaba los hombros, que no me soltaba. De pronto vi un redondel de luz en la pared: era la linterna. Dije "salgamos, salgamos". Pablo, sin embargo, caminó en dirección opuesta a la salida, siguió entrando en la casa. Lo acompañé. Quería irme, pero no sola.

La luz de la linterna iluminaba cosas sin sentido. Un libro de medicina, de hojas brillantes, abierto en el suelo. Un espejo colgado cerca del techo, ¿quién podía reflejarse ahí? Una pila de ropa blanca. Pablo se detuvo: movía la linterna y la luz sencillamente no mostraba ninguna otra pared. Esa habitación no terminaba nunca o sus límites estaban demasiado lejos para ser alcanzados por la luz de una linterna.

—Salgamos —volví a decirle y recuerdo que pensé en irme sola, en dejarlo, en escapar.

—¡Adela! —gritó Pablo. No se la escuchaba en la oscuridad. Dónde podía estar, en esa habitación eterna.

—Acá.

Era su voz, muy baja, cercana. Estaba detrás nuestro. Retrocedimos. Pablo iluminó el lugar de donde venía la voz y entonces la vimos.

Adela no había salido de la habitación de los estantes. Nos saludó con la mano derecha, parada junto a una puerta. Después se dio vuelta, abrió la puerta que estaba a su lado y la cerró detrás suyo. Mi hermano corrió pero cuando alcanzó la puerta, ya no pudo abrirla. Estaba cerrada con llave.

Sé lo que Pablo pensó: buscar las herramientas que había dejado afuera, en la mochila, para abrir la puerta que se había llevado a Adela. Yo no quería rescatarla: solamente quería salir y lo seguí, corriendo. Afuera llovía y las herramientas estaban desparramadas sobre el pasto seco del jardín; mojadas, brillaban en la noche. Alguien las había sacado de la mochila. Cuando nos quedamos quietos un minuto, asustados, sorprendidos, alguien cerró la puerta desde adentro.

La casa dejó de zumbar.

No recuerdo bien cuánto tiempo pasó Pablo intentando abrir la puerta. En algún momento escuchó mis gritos. Y me hizo caso.

Mis padres llamaron a la policía.

Y todos los días y casi todas las noches vuelvo a esa noche de lluvia. Mis padres, los padres de

Adela, la policía en el jardín. Nosotros empapados, con pilotos amarillos. Los policías que salían de la casa diciendo que no con la cabeza. La madre de Adela desmayada bajo la lluvia.

Nunca la encontraron. Ni viva ni muerta. Estuvieron dentro de la casa durante horas, toda esa noche y hasta la madrugada. Adela no estaba. Nos pidieron la descripción del interior de la casa. Se la dimos. La repetimos. Mi madre me dio un cachetazo cuando hablé de los estantes y de la luz. "¡La casa está llena de escombros, mentirosa!", me gritó. La madre de Adela lloraba y pedía por favor "dónde está mi hija".

En la casa, le dijimos. Abrió una habitación de la casa, entró y ahí debe estar todavía.

Los policías decían que no quedaba una sola puerta dentro de la casa. Ni nada que pudiera ser considerado una habitación. La casa era una cáscara, decían. Todas las paredes interiores habían sido demolidas.

Recuerdo que lo escuché decir "máscara", no "cáscara". La casa es una máscara, escuché.

Creían que mentíamos. O que estábamos shockeados. No querían creer, siquiera, que habíamos entrado a la casa. Mi madre no nos creyó nunca. La policía rastrilló el barrio entero, allanó cada casa. Incluso detuvieron a algunos vecinos por sospechosos, pero tuvieron que dejarlos libres muy pronto: nada los relacionaba con un supuesto secuestro. El caso estuvo en televisión: nos dejaban ver los noticieros y leer las revistas que hablaban de la desaparición. La madre de Adela nos visitó varias veces y siempre decía: "A ver si me dicen la verdad, chicos, a ver si se acuerdan".

Nosotros volvíamos a contar todo. Ella se iba llorando. Mi hermano también lloraba. Yo la convencí, yo la hice entrar, decía.

Una noche, mi papá se despertó en medio de la madrugada, escuchó que alguien intentaba abrir la puerta. Se levantó de la cama, agazapado, pensando que encontraría a un ladrón. Encontró a Pablo, que luchaba con la llave en la cerradura —esa cerradura siempre andaba mal—; llevaba herramientas y una linterna en la mochila. Los escuché gritar durante horas y recuerdo que mi hermano le pedía por favor, que quería mudarse, que si no se mudaba, se iba a volver loco.

Nos mudamos. Mi hermano se volvió loco igual. Se suicidó a los veintidós años. Yo reconocí el cuerpo destrozado. No tuve opción: mis padres estaban de vacaciones en la costa cuando se arrojó frente al tren, bien lejos de nuestra casa, cerca de la estación Beccar. No dejó una nota. Él siempre soñaba con Adela: en sus sueños, nuestra amiga no tenía uñas ni dientes, sangraba por la boca, sangraban sus manos.

Desde que Pablo se mató yo vuelvo a la casa. Entro al jardín, que sigue quemado y amarillo. Miro por las ventanas, abiertas como ojos negros: la policía derrumbó los ladrillos que las tapiaban hace quince años y así quedaron, abiertas. Adentro, cuando el sol la ilumina, se ven vigas, el techo agujereado, y basura. Los chicos del barrio saben lo que pasó ahí dentro. Los chicos creen nuestra versión. Nunca se pudo probar un secuestro. Nunca hubo pistas. Durante una época cambiaban al equipo de investigadores, echaban a policías, temblaba el gobernador. Ahora el caso está cerrado. Adentro de la casa, en el piso, los chicos del barrio pintaron con aerosol el nombre de Adela. En las paredes de afuera también. ¿Dónde está Adela?, dice una pintada. Otra, más pequeña, escrita en fibra, repite el modelo de una leyenda urbana: hay que decir Adela tres veces a la medianoche, frente al espejo, con una vela en la mano, y entonces veremos reflejado lo que ella vio, quién se la llevó.

Mi hermano, que también visitaba la casa, vio estas indicaciones e hizo este viejo ritual una noche. No vio nada. Rompió el espejo del baño con sus puños y tuvimos que llevarlo al hospital.

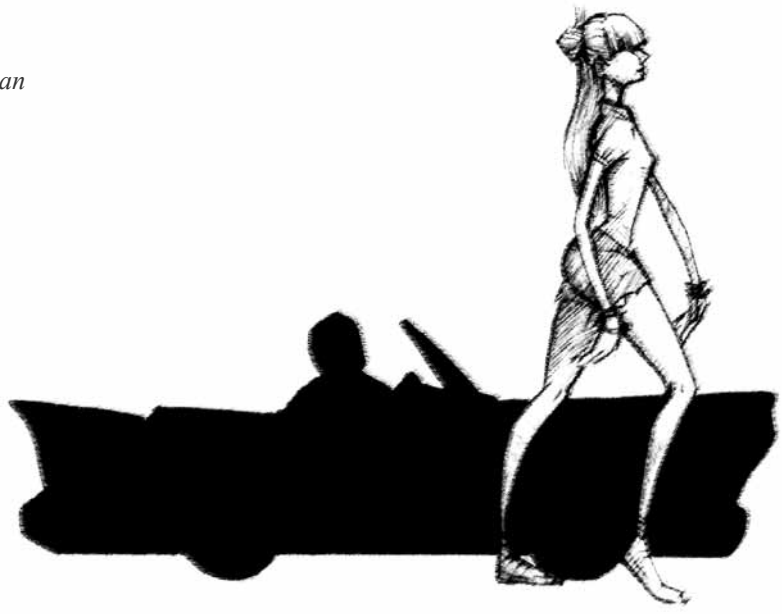
No me animo a entrar. Hay una pintada sobre la puerta que me mantiene afuera. "Acá vive Adela, ¡cuidado!", dice. Imagino que la escribió un chico del barrio, en chiste, o en desafío, para asustar. Pero yo sé que tiene razón. Que esta es su casa. Y todavía no estoy preparada para visitarla. ◣

Mariana Enriquez (Buenos Aires, 1973). Periodista y escritora. Trabaja en el suplemento "Radar" de *Página/12*. Publicó dos novelas, *Bajar es lo peor*, *Cómo desaparecer completamente* y un libro de relatos, *Los peligros de fumar en la cama*. Sus cuentos aparecen en diversas antologías de narrativa.

¿Dónde vas? ¿Dónde estuviste?

Por **Joyce Carol Oates**

Para Bob Dylan



Se llamaba Connie. Tenía quince años y la costumbre rápida, risueña y nerviosa de estirar el cuello para mirarse en un espejo al pasar, o de investigar las caras de los demás para asegurarse de que la suya estaba bien. Su madre, que se daba cuenta de todo y lo sabía todo y que no tenía muchas razones para seguir mirando su propia cara, siempre la regañaba por eso. "Deja de pavear. ¿Quién te crees que eres? ¿Te crees tan bonita?", le decía. Connie arqueaba las cejas frente a esa queja conocida y la miraba como si fuera invisible, la mirada perdida en una visión oscura de sí misma tal cual era en ese momento: sabía que era bonita y no había más que hablar. Su madre lo había sido también en algún momento, si podías creerle a esas fotos viejas del álbum, pero ahora su atractivo se había ido y por eso siempre se ensañaba con Connie.

"¿Por qué no puedes mantener el cuarto limpio como tu hermana? ¿Con qué te peinaste? ¿Qué es eso que huele tan mal? ¿Espray de cabello? No veo a tu hermana usando esa basura."

Su hermana June tenía veinticuatro años y todavía vivía en casa. Era una de las secretarias en la escuela secundaria de Connie, y como si eso no fuera suficiente —tenerla en el mismo edificio—, June era tan poco atractiva y gorda y predecible que Connie tenía que oír el sinfín de elogios que le dedicaban su madre y sus tías. June hizo esto, y aquello, y June ahorró dinero y ayudó a limpiar la casa y cocinó y Connie no hizo nada; claro, con esa mente llena de sueños baratos que tiene. Su padre estaba en el trabajo todo el día hasta tarde, y cuando llegaba a casa quería cenar y leer el periódico en la mesa y después irse derecho a la cama. No se molestaba mucho en hablar con ellas; pero alrededor de su cabeza inclinada sobre el periódico su madre la seguía asediando hasta que Connie deseaba que se muriera y morirse ella misma y que todo se terminara de una buena vez. "Me dan ganas de vomitar a veces", se quejaba con sus amigos. Tenía una voz aguda, divertida, sin pausas para respirar, que hacía que todo lo que decía sonara un poco forzado, sin importar si era sincero o no.

Al menos una cosa estaba bien: June salía mucho con sus amigas, chicas tan poco atractivas y gordas como ella, con lo que al menos su madre no le ponía peros cuando Connie quería hacer lo mismo. El padre de su mejor amiga las llevaba en el coche las tres millas hasta el pueblo, y las dejaba en un centro comercial para que pudieran recorrer las tiendas o ir al cine, y cuando volvía a recogerlas a las once de la noche nunca se preocupaba en preguntar qué habían hecho.

Debe haber sido muy común verlas paseando por el centro comercial en sus pantalones cortos y zapatillas chatas de bailarina chocando contra la acera, sus pulseras de colgantes tintineando en sus muñecas delgadas; inclinándose una sobre el oído de la otra para susurrar y reírse en secreto cuando pasaba alguien que les divertía o interesaba. Connie tenía el pelo largo y rubio oscuro que atraía las miradas de todos, parte recogido en un gran bucle sobre su cabeza, el resto cayendo sobre su espalda. Llevaba una blusa de jersey sin botones que se veía de una manera en casa y de otra totalmente distinta afuera. Todo acerca de Connie tenía dos caras, una para su casa y otra para cualquier otro lugar que no lo fuera: su manera de caminar, a veces infantil, como rebotando, a veces bastante lánguida como para que alguien pensara que estaba escuchando música en su cabeza; su boca, pálida y en una mueca un poco sarcástica la mayor parte del tiempo, y que se volvía brillante y rosada durante estas salidas nocturnas; su risa, cínica y cansina en casa —*Ja, ja, muy gracioso*— pero aguda y nerviosa en cualquier otro lugar, como el tintineo de los dijes de su pulsera.

A veces iban de compras o al cine, pero otras veces cruzaban la carretera, esquivando rápidamente los coches de la calle transitada, a un restaurante drive-in donde iban los chicos más grandes. El restaurante tenía la forma de una enorme botella, aunque más chato y ancho que una botella real, y sobre el tapón giraba la figura de un niño sonriente sosteniendo una hamburguesa en alto. Una noche de verano cruzaron, quedándose sin aliento por su propia audacia, y enseguida alguien se asomó por la ventanilla de un coche y las invitó a subir, pero era solo un muchacho de la escuela que no les gustaba. Les hizo sentir bien poder ignorarlo. Siguieron a través del laberinto de coches en movimiento y estacionados hasta el restaurante muy iluminado y lleno de moscas, sus rostros satisfechos y expectantes, como si entraran en un edificio sagrado irguiéndose frente a la noche para darles el refugio y la bendición que anhelaban. Se sentaron al mostrador, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, sus pequeños hombros rígidos de la emoción, y escucharon la música que hacía que todo estuviera bien: la música siempre en el fondo, como en misa; algo en lo que se podía confiar.

Un chico llamado Eddie entró para hablar con ellas. Se sentó en el taburete mirando hacia atrás, girando bruscamente en un semicírculo para luego detenerse y girar en sentido contrario, una y otra vez; y al rato le preguntó a Connie si quería algo de comer. Ella le respondió que sí y entonces le tocó el brazo a su amiga al salir —su amiga levantó el rostro en una mirada valiente y curiosa— y Connie le dijo que se encontraría con ella a las once, del otro lado del camino. "Odio dejarla así sola", dijo Connie con seriedad, pero él le aseguró que no iba a estar sola por mucho tiempo. Con lo que fueron hasta su coche y, en el camino, Connie no pudo evitar que sus ojos vagaran sobre los parabrisas y los rostros a su alrededor, el suyo propio brillando con una alegría que no tenía nada que ver ni con Eddie ni con ese lugar; quizá fuera la música. Encogió los hombros y contuvo el aliento

por el puro placer de estar viva, y justo en ese momento vio al pasar una cara a pocos metros. Era un muchacho de pelo negro enmarañado, en un viejo convertible dorado. La miró fijo y sus labios se abrieron en una sonrisa. Connie le devolvió la mirada, los ojos entrecerrados de desdén, y se dio la vuelta; pero no pudo evitar mirar hacia atrás y ahí estaba todavía, mirándola. Él le apunto con un dedo, riéndose, y dijo: "Te voy a conseguir, nena", y Connie se volvió a girar, sin que Eddie se diera cuenta de nada.

Pasó tres horas con él, primero en el restaurante comiendo hamburguesas y bebiendo Coca-Cola en vasos descartables siempre húmedos, y luego en un callejón a más o menos una milla de distancia; y cuando él la dejó a las once menos cinco solamente el cine seguía abierto en todo el centro comercial. Su amiga estaba ahí, hablando con un chico. Cuando Connie se acercó, las dos chicas se sonrieron y Connie dijo: "¿Qué tal la película?" y la chica dijo: "Tú deberías saberlo". Se marcharon con el padre de su amiga, con sueño y alegres, y Connie no pudo evitar mirar hacia atrás, hacia el centro comercial a oscuras con su gran estacionamiento vacío y los carteles, descoloridos y fantasmales ahora, y hacia el restaurante drive-in donde los coches seguían dando vueltas sin parar. No podía escuchar la música a esa distancia.

A la mañana siguiente June le preguntó qué tal había estado la película y Connie dijo: "Más o menos".

Connie y esa chica y de vez en cuando otra chica salían varias veces a la semana, y el resto del tiempo se lo pasaba en casa —eran las vacaciones de verano— siempre molestando a su madre y pensando, soñando con los chicos que había conocido. Pero todos esos chicos se disolvían en un solo rostro que no era siquiera un rostro sino una idea, una sensación, mezclada con el pulso urgente de la música y el aire húmedo de la noche de julio. Cada tanto, su madre volvía a arrastrarla a la realidad del día, buscándole cosas para hacer o preguntándole de repente: "¿Qué es eso que oí de la chica de Pettinger?".

Y Connie decía nerviosamente, "Oh, ella. Esa tonta". Siempre marcaba una línea gruesa y clara entre ella y esas otras chicas, y su madre era lo suficientemente tonta y amable para creérselo. Connie pensaba que su madre era tan tonta que quizá fuera cruel engañarla tanto. Se movía por la casa arrastrando los pies en unas pantuflas viejas, quejándose por teléfono de una hermana al hablar con la otra, hasta que la otra llamaba y las dos se quejaban de una tercera. Si se mencionaba el nombre de June el tono de la madre era de aprobación, y si se mencionaba el nombre de Connie era de desaprobación. Esto no quería decir que no le gustara Connie, y en realidad Connie pensaba que su madre la prefería a June solo porque ella era más bonita, pero las dos persistían en un juego de exasperación, una sensación de tironeo y lucha por algo de poco valor para cualquiera de las dos. A veces, mientras tomaban café, eran casi amigas, pero algo surgía —una molestia que era como una mosca zumbando de repente alrededor de sus cabezas— y sus gestos se endurecían de desprecio.

Un domingo Connie se levantó a las once —ninguno en la familia iba a la iglesia— y se lavó el pelo para que se secara todo el día al sol. Sus padres y su hermana iban a una barbacoa en casa de una tía y Connie se negó, diciendo que no estaba interesada y poniendo los ojos en blanco para que su madre entendiera exactamente lo que pensaba de eso. "Quédate sola en casa entonces", le respondió su madre de manera brusca. Connie se sentó en la parte trasera de la casa en una silla playera y vio cómo se alejaban en el coche, su padre silencioso y calvo, la espalda torcida para poder sacar el coche en marcha atrás, su madre con una mirada todavía enojada y para nada suave aun a través del parabrisas, y en el asiento trasero la pobre June, vestida de domingo como si no supiera lo que era una barbacoa, con todos esos niños gritones corriendo de aquí para allá y moscas por todas partes. Connie se sentó con los ojos cerrados de cara al sol, soñando, aturdida por el calor que la envolvía como una especie de amor, las caricias del amor; y su mente se deslizó hacia pensamientos del muchacho de la noche anterior y lo agradable que había sido, qué dulce que era siempre, no de la manera que alguien como June podría suponer pero dulce igual, suave, como en las películas y como lo prometían las canciones; y al abrir los ojos apenas sabía dónde estaba, en el patio trasero que más allá se perdía en malezas y la fila de árboles como si fuera una cerca y por detrás el cielo azul y perfectamente inmóvil. La casa plana con sus techos de asbesto, que ya

tenía tres años, la sobresaltó: parecía pequeña. Sacudió la cabeza como para despertarse.

Hacía demasiado calor. Entró en la casa y encendió la radio para ahogar el silencio. Se sentó al borde de la cama, descalza, y escuchó durante una hora y media un programa llamado Popurrí Dominical XYZ, disco tras disco, cantando esas canciones duras, rápidas y chillonas, intercaladas con los gritos de Bobby King: "¡Y ahora, para todas las chicas de Napoleon's-Son y Charley quiero que escuchen con mucha atención la próxima canción!".

Y la misma Connie se puso a escuchar con más atención, bañada en el resplandor de una alegría apagada que parecía surgir misteriosamente de la música misma y flotar lánguidamente en la pequeña habitación sin aire, y que Connie inha-laba y exhalaba con cada suave elevación y caída de su pecho.

Algo más tarde oyó el ruido de un coche subiendo hasta la casa. Se incorporó de repente, sobresaltada, porque no podía ser que su padre estuviera de vuelta tan pronto. La grava siguió crujiendo todo el tiempo desde la carretera —el camino de entrada a la casa era largo— y Connie corrió a la ventana. Era un coche que no conocía. Era un cacharro descapotable, pintado de un dorado brillante que captaba la luz del sol de una manera opaca. El corazón comenzó a latirle con fuerza y sus dedos se movieron rápidos hacia el pelo, revisándolo, mientras susurraba, "Dios mío, Dios mío", preguntándose qué tan mal se veía. El coche se detuvo junto a la puerta lateral y la bocina sonó en cuatro bocinazos cortos, como si se tratara de una señal que Connie fuera a reconocer.

Entró a la cocina y se acercó lentamente hasta la puerta, colgándose de la puerta mosquitera entreabierta, los dedos de los pies descalzos enroscándose bajo el borde del escalón. Había dos chicos en el coche y ahora sí reconoció al que conducía: tenía el pelo negro enmarañado y loco como si fuera una peluca y le sonreía.

—No llego tarde, ¿no? —dijo.

—¿Quién demonios te crees que eres? —dijo Connie.

—Te dije que iba a salir, ¿no?

—Ni siquiera te conozco.

Connie habló de una manera hosca, cuidándose de no mostrar ningún interés ni placer, mientras que él hablaba en un tono rápido, monótono y vivo. Connie miró por detrás de él al otro chico, tomándose su tiempo. Tenía el pelo castaño, con un mechón que le caía sobre la frente. Sus patillas le daban un aspecto feroz y avergonzado, pero hasta el momento ni se había molestado en mirarla. Ambos llevaban gafas de sol. Las del conductor eran metálicas con cristales espejados, reflejándolo todo en miniatura.

—¿Quieres venir a dar un paseo? —dijo él.

Connie le sonrió de manera sarcástica y dejó caer su cabello suelto sobre un hombro.

—¿No te gusta mi coche? Pintura nueva —dijo—. Ey.

—¿Qué?

—Eres simpática.

Ella fingió estar ocupada con algo, espantando a las moscas de la puerta.

—¿No me crees, o qué? —dijo él.

—Mira, ni siquiera sé quién eres —dijo Connie con asco.

—Oye, Ellie tiene una radio, ¿ves? La mía se rompió.

Levantó el brazo de su amigo, mostrándole la pequeña radio a transistores que sostenía el muchacho, y ahora Connie comenzó a escuchar la música. Era el mismo programa que estaba sonando en el interior de la casa.

—¿Bobby King? —preguntó ella.

—Lo escucho todo el tiempo. Me parece genial.

—Es bastante genial —dijo Connie a regañadientes.

—Mira, ese tipo es genial. Sabe dónde está la acción.

Connie se sonrojó un poco, porque las gafas le impedían ver lo que el chico estaba mirando. No podía decidir si le gustaba o si solo era un idiota, y por eso se demoraba en la puerta y no salía de una vez ni volvía a entrar. Entonces le dijo:

—¿Qué es todo eso pintado en tu coche?

—¿No lo puedes leer?

Abrió la puerta con mucho cuidado, como si tuviera miedo de que fuera a caerse. Se bajó del coche con el mismo cuidado, plantando los pies firmemente sobre el suelo, el mundo pequeño y metálico reflejado de sus gafas deteniéndose como una gelatina que va cuajando, y en el medio de todo ese reflejo la blusa verde brillante de Connie.

—Para empezar, este es mi nombre —dijo.

“Arnold Friend” estaba escrito en letras negras alquitranadas en el costado del coche, junto a un dibujo de un rostro redondo y sonriente que a Connie le hizo pensar en una calabaza, aunque con gafas de sol—. Quiero presentarme. Soy Arnold Friend y ese es mi verdadero nombre y voy a ser tu amigo, nena, y dentro del coche está Ellie Oscar. Es un poco tímido —Ellie levantó la radio de transistores hasta el hombro y la balanceó ahí—. Ahora, estos números pintados son un código secreto, cariño —explicó Arnold Friend.

Leyó los números 33, 19, 17, alzando las cejas al mirarla como preguntándole qué pensaba de eso, pero ella no pensaba nada. El guardabarros trasero izquierdo había sido abollado y tenía escrito, sobre el color dorado reluciente: “hecho por una mujer loca”. Connie tuvo que reírse de eso. A Arnold Friend le gustó su risa y la miró.

—Del otro lado hay mucho más, ¿quieres venir aquí y verlo?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¿No quieres ver lo que hay escrito en el coche? ¿No quieres ir de paseo?

—No lo sé.

—¿Por qué no?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

—Cosas.

Él se rio como si ella hubiera dicho algo gracioso. Se dio una palmada en el muslo. Estaba parado de una manera extraña, apoyándose contra el coche como para mantener el equilibrio. No era alto, solo un par de centímetros más alto que lo que ella sería parada a su lado. A Connie le gustaba la forma en que vestía, la misma en la que todos ellos se vestían: unos vaqueros apretados metidos dentro de botas negras gastadas, un cinturón que marcaba su cintura y mostraba lo flaco que era y una remera blanca un poco sucia y que mostraba los músculos, pequeños y duros, en sus brazos y hombros. Daba la impresión de hacer trabajo pesado, levantando y cargando cosas. Hasta su cuello parecía musculoso. Y su cara era familiar, de cierto modo: la mandíbula, el mentón y las mejillas ligeramente oscurecidas por el par de días sin afeitarse, y la nariz larga y aguileña, oliendo el aire como si todo esto fuera una broma y ella fuera un caramelo que iba a engullirse.

—Connie, no me estás diciendo la verdad. Hoy es el día que reservaste para dar una vuelta conmigo y tú lo sabes —dijo, sin parar de reírse. El modo en que se enderezó y se recuperó rápidamente de su ataque de risa mostró que había sido falso.

—¿Cómo sabes mi nombre? —dijo ella, con suspicacia.

—Es Connie.

—Quizás, quizás no.

—Conozco a mi Connie —dijo, sacudiendo su dedo índice. Ahora Connie lo recordaba mejor, de allá, del restaurante, y sus mejillas se enrojecieron al recordar cómo había contenido el aliento al pasar junto a él.

—Ellie y yo vinimos aquí solo por ti —dijo—. Ellie se puede sentar atrás. ¿Qué te parece?

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Adónde vamos?

La miró. Se quitó las gafas de sol y ella vio lo pálida que era su piel alrededor de los ojos, como agujeros no llenos de sombra, sino de luz. Sus ojos eran como astillas de vidrio captando la luz de una manera amable. Él sonrió. Era como si la idea de ir de paseo a algún lugar, cualquier lugar, fuera una idea nueva para él.

—Solo a dar un paseo, Connie, cariño.

—Nunca dije que mi nombre fuera Connie —dijo ella.

—Pero yo lo sé. Sé tu nombre y sé todo sobre ti, muchas cosas —dijo Arnold Friend. Todavía no se había movido, sino que se mantuvo inmóvil apoyado contra el costado de su coche—. Me llamaste la atención, una chica tan bonita, y me tomé el trabajo de averiguar todo acerca de ti; por ejemplo, sé que tus padres y tu hermana se han ido a alguna parte y sé dónde están y cuánto tiempo van a estar fuera, y sé con quién estuviste anoche, y que el nombre de tu mejor amiga es Betty. ¿Cierto?

Hablaba con una voz simple y melodiosa, como recitando la letra de una canción. Su sonrisa le aseguraba a Connie que todo estaba bien. En el coche Ellie subió el volumen de la radio, sin molestarse en mirarlos.

—Ellie se puede sentar en el asiento de atrás —dijo Arnold Friend. Señaló a su amigo con un

movimiento de la barbilla, como si Ellie no contara y Connie no debiera preocuparse por él.

—¿Cómo averiguaste todo eso? —dijo Connie.

—Mira: Betty Schultz y Tony Fitch y Jimmy Pettinger y Nancy Pettinger —dijo, como cantando—. Raymond Stanley y Bob Hutter...

—¿Los conoces a todos?

—Conozco a todo el mundo.

—Mira, estás bromeando. No eres de por aquí.

—Sí que lo soy.

—Entonces… ¿cómo es que nunca te vi antes?

—Claro que me viste antes —dijo. Bajó la mirada hacia sus botas, con un aire un poco ofendido—. Es que no te acuerdas.

—Creo que me acordaría de ti —dijo Connie.

—¿Ah, sí? —En ese momento levantó la vista, radiante. Estaba contento. Empezó a marcar el compás de la música de la radio de Ellie, golpeando levemente un puño sobre el otro. Connie apartó la mirada de la sonrisa en su rostro hacia el coche, pintado de un color tan brillante que casi le dolían los ojos al mirarlo. Miró ese nombre, "Arnold Friend". Y en el guardabarros delantero vio una expresión que le era familiar: "súbanse a los platillos voladores". Era una expresión que los chicos habían usado el año anterior, pero este año ya no. Miró esas palabras por un momento, como si significaran algo para ella que todavía no entendía.

—¿En qué estás pensando? ¿Eh? —le increpó Arnold Friend—. No estarás preocupada de que se te arruine el peinado con el viento en el coche, ¿no?

—No.

—¿Piensas que quizás no conduzca bien?

—¿Y yo qué sé?

—Eres una chica difícil de manejar. ¿Por qué? —le dijo—. ¿No sabes que soy tu amigo? ¿No viste que hice mi seña cuando pasaste caminando?

—¿Qué seña?

—Mi seña —y dibujó una cruz en el aire, inclinándose hacia ella. Estaban a unos tres metros de distancia. Una vez que su mano volvió a caer a su lado, la cruz seguía todavía en el aire, casi visible. Connie dejó que la puerta mosquitera se cerrara y se quedó completamente inmóvil del lado de adentro, escuchando la música de su radio. Le echó una mirada a Arnold Friend. Él se quedó parado ahí, en una pose casual rígida, fingiendo estar relajado, su mano descansando contra el picaporte de la puerta, como si eso le permitiera sostenerse en pie y no tuviera intención de moverse nunca más. Connie reconocía la mayoría de lo que llevaba puesto, los jeans ajustados que mostraban sus muslos y las nalgas y las botas de cuero grasiento y la camisa apretada, y hasta esa sonrisa amable y entradora, esa sonrisa soñolienta, como despertando de un sueño feliz, esa que todos los chicos usaban para transmitir lo que no querían poner en palabras. Reconocía todo eso, así como también la forma melodiosa de hablar, un poco burlona, bromeando, pero a la vez seria y un poco melancólica, y reconocía la forma en que golpeaba un puño sobre el otro en homenaje a la música perpetua detrás de él. Pero todas estas cosas no encajaban.

De repente, Connie le dijo:

—Oye, ¿cuántos años tienes?

Su sonrisa se desvaneció. Ella pudo ver entonces que no era un chico, sino mucho mayor: treinta, quizás más. Con esto su corazón empezó a latir mucho más rápido.

—Qué tontería me preguntas. ¿No ves que soy de tu edad?

—Al diablo si lo eres.

—Tal vez un par de años más. Tengo dieciocho.

—¿Dieciocho? —dijo ella, en tono dudoso.

Él se sonrió para tranquilizarla y unas arrugas aparecieron en las comisuras de su boca. Sus dientes eran grandes y blancos. Sonrió una sonrisa tan ancha que sus ojos se convirtieron en rendijas y Connie vio lo gruesas que eran sus pestañas, gruesas y negras como pintadas con alquitrán. Entonces, de repente, él pareció avergonzarse y miró por encima de su hombro hacia Ellie.

—Él, él sí que es loco —dijo—. ¿No es gracioso? Es un loquito, un verdadero personaje.

Ellie seguía escuchando su música. Sus gafas de sol no ofrecían nada de lo que pudiera estar pensando. Llevaba una camisa de un naranja vivo desabrochada hasta la mitad para mostrar el pecho, un pecho pálido y azulado y nada musculoso como el de Arnold Friend. Llevaba el cuello de la camisa dado vuelta hacia arriba, bordes por encima de la barbilla, como si lo estuvieran protegiendo. Apretaba la radio de transistores contra la oreja y seguía sentado ahí, bajo el sol, en una especie de sopor.

—Es un poco raro —dijo Connie.

—Oye, ¡dice que eres un poco raro! ¡Un poco

raro! —le gritó Arnold Friend. Golpeó el coche para llamar la atención de Ellie.

Ellie se dio vuelta por primera vez y Connie se sorprendió al ver que tampoco era un chico: tenía un rostro agradable, lampiño, con las mejillas ligeramente ruborizadas, como si las venas estuvieran demasiado cerca de la superficie; el rostro de un bebé de cuarenta años. Al ver esto, Connie sintió una oleada de vértigo y lo miró como si esperara algo que cambie la conmoción del momento, para que todo volviera a estar bien. Los labios de Ellie seguían formando palabras, murmurando la letra que sonaba en su oído.

—Quizá sería mejor que se fueran —dijo Connie, débilmente.

—¿Qué? ¿Por qué? —gritó Arnold Friend—. Vinimos hasta aquí para llevarte de paseo. Es domingo. —Ahora su voz era la voz del hombre de la radio. Era la misma voz, pensó Connie—. ¿No sabes que es domingo todo el día? Y, mi amor, no importa con quién estabas anoche, ¡hoy estás con Arnold Friend y que no se te olvide! Quizá sea mejor que salgas aquí —dijo, y esto último lo dijo con una voz diferente. Era una voz un poco menos expresiva, como si el calor finalmente le estuviera colmando los nervios.

—No. Tengo cosas que hacer.

—Ey.

—Mejor se van.

—No nos vamos hasta que vengas con nosotros.

—Ni loca voy a...

—Connie, no me hagas perder el tiempo. Quiero decir, quiero decir, no juegues conmigo —dijo, sacudiendo la cabeza. Se rio con incredulidad. Apoyó las gafas sobre la cabeza, con cuidado, como si en verdad usara una peluca, y acomodó las patillas detrás de sus orejas. Connie lo miró fijamente, otra oleada de vértigo y miedo surgiendo en su interior, y por un momento ni siquiera lo vio claro, solo una mancha frente a ella, parado ahí contra el coche dorado; y pensó que sí, seguro, había subido hasta la casa con su coche esos últimos metros, pero había salido de la nada antes de eso y no pertenecía a ninguna parte y todo acerca de él y hasta de esa música que le resultaba tan familiar era solo en parte real.

—Si mi padre llega y te ve...

—No va a venir. Está en una barbacoa.

—¿Cómo lo sabes?

—En lo de la tía Tillie. Ahora mismo están, hmmm... están bebiendo. Sentados —dijo vagamente, entrecerrando los ojos como si pudiera ver hasta allá lejos en el pueblo, hasta el patio trasero de la tía Tillie. Entonces su visión pareció aclararse y asintió enérgicamente—. Ajá. Todos sentados. Ahí está tu hermana, la del vestido azul, ¿no? Y de tacones altos, la pobre perra triste, ¡nada comparada contigo, cariño! Y tu madre está ayudando a una mujer gorda con las mazorcas de maíz, limpiándolas, desgranándolas.

—¿Qué mujer gorda?, exclamó Connie.

—¿Y yo qué sé qué mujer gorda? ¡No conozco a cada maldita gorda del mundo! —Arnold Friend se rio.

—Oh, es la señora Hornsby... ¿Quién la invitó? —dijo Connie. Se sentía un poco mareada. Su respiración se aceleró.

—Es demasiado gorda. No me gustan gordas. Me gustan como tú, cariño —le dijo con una sonrisa cansina. Se miraron por un momento a través de la puerta mosquitera. Entonces, él le dijo en voz baja—: Ahora, vas a hacer lo que te digo: vas a salir por esa puerta. Te vas a sentar junto a mí en el asiento delantero y Ellie se va a pasar atrás; al diablo con Ellie, ¿no? No eres su cita. Eres la mía. Soy tu amante, nena.

—¿Qué? Estás loco...

—Sí, soy tu amante. Aún no sabes lo que es eso, pero ya vas a entender —dijo—. Eso también lo sé. Lo sé todo sobre ti. Pero mira: es una cosa muy bonita y no podrías pedir a nadie mejor que yo, o más educado. Siempre cumplo mi palabra. Deja que te cuente, siempre soy muy bueno al principio, la primera vez. Te voy a abrazar tan fuerte que no se te va a ocurrir que te tienes que escapar ni fingir nada, porque vas a saber que no puedes. Y voy a entrar en ti, ahí donde todo es secreto, y te vas a rendir a mí y vas a amarme.

—Cállate. ¡Estás loco! —dijo Connie. Retrocedió unos pasos, alejándose de la puerta. Se tapó los oídos con las manos como si hubiera oído algo terrible, algo que no estaba dirigido a ella. "La gente no habla así, estás loco", murmuró. El corazón casi le desbordaba el pecho y cada latido le hacía brotar sudor por todas partes. Miró hacia afuera y vio a Arnold Friend hacer una pausa y luego dar un paso hacia el porche, tambaleándose. Estuvo a punto de caer. Pero, como un borracho

sagaz, se las arregló para recuperar el equilibrio. Se tambaleó en sus botas altas y se aferró a uno de los postes del porche.

—¿Cielo? —dijo—. ¿Me sigues escuchando?

—¡Lárgate de aquí!

—Sé buena, cariño. Mira.

—Voy a llamar a la policía...

Él se tambaleó de nuevo y por el costado de su boca echó una maldición como un escupitajo veloz, algo que no tuvo intención de que ella escuchara. Pero incluso ese "¡Mierda!" sonó forzado. Entonces empezó a sonreírse de nuevo. Ella vio esa sonrisa avanzar, torpe, como sonriendo dentro de una máscara. Su rostro entero era una máscara, pensó descabelladamente, curtido hasta llegar a la garganta blanca, como si se hubiera cubierto de maquillaje en la cara pero se hubiera olvidado de seguirlo hasta el cuello.

—¿Cielo? Mira, esta es la situación. Siempre digo la verdad y te prometo esto: no voy a entrar a la casa a perseguirte.

—¡Más te vale! Voy a llamar a la policía si tú... si no...

—Cariño —siguió él, hablando a la misma vez que ella—, cariño, no voy a entrar allí, pero tú vas a salir aquí. ¿Sabes por qué?

Connie jadeaba, sin aliento. La cocina parecía un lugar que nunca había visto antes, un cuarto al que había escapado pero que no le servía ahora, que no iba a ayudarla. La ventana de la cocina nunca había tenido cortinas, aun después de tres años, y había platos en el fregadero que habían dejado para que ella lavara, probablemente, y si deslizabas la mano sobre la mesa, probablemente te encontraras con algo pegajoso.

—¿Me escuchas, mi amor? ¡Oye!

—Voy a llamar a la policía...

—En cuanto toques ese teléfono ya no tengo que cumplir mi promesa y voy a poder entrar. Y no te va a gustar.

Connie se abalanzó hacia adelante y trató de trabar la puerta. Los dedos le temblaban.

—¿Por qué la vas a trabar? —dijo Arnold Friend suavemente, hablándole directamente a la cara—. No es más que una puerta mosquitera. No es nada —una de sus botas apuntaba en un ángulo raro, como si su pie no estuviera dentro de ella. Apuntaba hacia la izquierda, torcida a la altura del tobillo—. Quiero decir... cualquiera puede atravesar una puerta mosquitera, y hasta vidrio y madera y hierro o cualquier otra cosa si lo necesita, cualquiera; y especialmente Arnold Friend. Si el lugar estallara en llamas, cariño, vendrías corriendo a mis brazos, a mis brazos donde te sentirías a salvo y en casa, como si supieras que soy tu amante y dejaras de perder el tiempo. No me molesta una linda chica tímida, pero no me gusta perder el tiempo —parte de esas palabras fueron pronunciadas con un leve acento rítmico, y Connie las reconoció de algún modo: el eco de una canción del año anterior, acerca de una chica que corría a los brazos de su novio y volvía a casa otra vez.

Connie estaba descalza sobre el piso de linóleo, mirándolo fijamente.

—¿Qué quieres? —susurró.

—A ti —dijo él.

—¿Qué?

—Te vi esa noche y pensé ella es la única para mí, sí señor. Ya no necesito buscar más.

—Pero mi padre está volviendo. Está volviendo a buscarme. Tenía que lavarme el pelo antes de ir... —Habló con una voz seca, rápida, levantando el tono apenas para que él escuchara.

—No, tu papá no está viniendo y sí, ya sé que tenías que lavarte el cabello y te lo lavaste para mí. Suave y brillante y todo para mí. Te lo agradezco, mi amor —le respondió él, con una media reverencia burlona, pero otra vez estuvo a punto de perder el equilibrio. Se tuvo que inclinar y ajustarse las botas. Evidentemente los pies no le llegaban hasta las puntas; las había rellenado con algo para parecer más alto. Connie lo miró y miró más allá de él, hacia Ellie en el coche, quien parecía estar mirando a lo lejos, a la derecha de Connie, a la nada. Y entonces Ellie dijo, extrayendo las palabras del aire, una tras otra, como si las descubriera:

—¿Quieres que arranque la línea de teléfono?

—Cierra la boca y mantenla cerrada —dijo Arnold Friend, el rostro rojo por haberse agachado o tal vez de la vergüenza de que Connie hubiera visto sus botas—. Esto no es asunto tuyo.

—¿Qué... qué estás haciendo? ¿Qué es lo que quieres? —dijo Connie—. Si llamo a la policía te van a atrapar, van a arrestarte.

—La promesa era que no iba a entrar a menos que toques ese teléfono, y voy a cumplir esa promesa —le respondió. Volvió a su posición erguida y trató de echar los hombros hacia atrás.

Sonaba como el héroe de una película, diciendo algo importante. Pero habló en voz muy alta y fue como si estuviera hablando con alguien parado detrás de Connie.

—No planeé entrar en una casa en la que no pertenezco, sino que tú vengas a mí, como debes. ¿No sabes quién soy?

—Estás loco —susurró ella. Se apartó de la puerta, pero no quiso escapar a otra parte de la casa, como si temiera que hacerlo fuera darle permiso a entrar por la puerta.

—Que es lo que... estás loco... tú...

—¿Eh? ¿Qué dices, cariño?

Los ojos de Connie corrían de aquí para allá, cubriendo distintas partes de la cocina. No podía recordar qué era esa habitación.

—Te digo lo que va a pasar, cariño: sales y nos vamos en el coche, y damos un lindo paseo. Pero si no sales, entonces vamos a esperar a que tu gente vuelva a casa y entonces va a ser peor para todos.

—¿Quieres que arranque la línea? —repitió Ellie. Apartó la radio de su oreja e hizo una mueca, como si el aire fuera demasiado para él sin el refugio de la radio.

—Te dije que te calles, Ellie —dijo Arnold Friend—. Si eres sordo, consíguete un audífono, ¿entiendes? Compórtate. Esta chiquita no es ningún problema y va a ser buena conmigo, así que Ellie, métete en lo tuyo que esta no es tu cita, ¿entiendes? No te me pegues, no acapares, no abrumes, no te vuelvas un perro de caza, no me sigas —dijo con una voz rápida y sin sentido, como repitiendo de memoria todas las expresiones que había aprendido sin estar seguro de cuál estaba aún de moda, y luego apresurándose a crear otras nuevas, inventándolas con los ojos cerrados—. No te metas bajo mi cerca, no te metas en mi madriguera, no huelas mi pegamento, no chupes mi paleta, ¡guárdate tus malditos dedos grasientos para ti mismo! Se puso la mano sobre los ojos para hacer sombra y miró a Connie, que estaba apoyada contra la mesa de la cocina.

—No le hagas caso, nena, es un idiota. Un tonto. ¿Entiendes? Soy el chico para ti, y como ya te dije, tú sales de la casa, todo bien, como una dama y me das la mano y nadie sale herido, ya ves, quiero decir, tu papito calvo y tu mami y tu hermana la de los tacones altos. Porque, escúchame bien: ¿para qué meterlos en esto?

—Déjame en paz —susurró Connie.

—Oye, ¿conoces a esa vieja que vive a un trecho de aquí, tú sabes, la que tiene pollos y esas cosas. ¿La conoces?

—¡Está muerta!

—¿Muerta? ¿Qué? ¿La conoces? —dijo Arnold Friend.

—Está muerta...

—¿No te cae bien?

—Está muerta... ella... ella ya no está más por aquí...

—Pero no te cae bien, quiero decir, ¿tienes algo en contra de ella? ¿Algún rencor o algo así? —su tono de voz bajó, como si se diera cuenta de una grosería. Se tocó las gafas que descansaban sobre su cabeza, como asegurándose de que estuvieran todavía allí—. Vamos, sé una buena chica.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo un par de cosas, o quizás tres —dijo Arnold Friend—. Pero te prometo que no va a durar mucho y que al final te voy a gustar como te llega a gustar la gente que te es cercana. Es cierto. Se acabó todo para ti aquí, así que sal de una vez. No quieres que tu gente tenga problemas, ¿no?

Connie se dio la vuelta y chocó contra una silla o contra algo, lastimándose la pierna, pero igual corrió al cuarto de atrás y cogió el teléfono. Algo rugió en su oído, un rugido pequeño, y estaba tan enferma de miedo que no podía hacer otra cosa más que escuchar ese rugido: el teléfono se sentía húmedo y frío y muy pesado en sus manos, y sus dedos buscaron a tientas el dial pero eran demasiado débiles para tocarlo. Comenzó a gritar en el teléfono, contra el rugido. Gritó, gritó pidiendo por su madre, y sintió que su aliento se sacudía violentamente dentro de sus pulmones hacia adelante y hacia atrás, como si fuera un instrumento con el que Arnold Friend la estuviera apuñalando una y otra vez sin ternura. Un aullido de dolor y pena se erigió dentro y alrededor de ella, encerrándola en su interior así como estaba encerrada en esta casa.

Luego de un rato pudo volver a oír. Estaba sentada en el suelo, la espalda húmeda contra la pared.

Arnold Friend le decía desde la puerta: "Así me gusta, como una buena chica. Cuelga el teléfono".

Ella pateó el teléfono, alejándolo de sí.

—No, mi amor: levántalo. Y cuélgalo bien.

Ella lo recogió y colgó el receptor. El tono de llamada se detuvo.

—Así me gusta. Ahora, ven aquí.

Ella se sentía hueca, el espacio que antes ocupaba el miedo ahora era solo un espacio vacío. Todo ese gritar la había hecho explotar. Se sentó, una pierna acalambrada debajo del cuerpo, y en el fondo de su cerebro vio algo así como un punto de luz que seguía brillando y no la dejaba descansar. Pensó, no voy a ver a mi madre otra vez. Pensó, ya no voy a dormir en mi cama otra vez. Su blusa verde vivo estaba toda mojada.

Arnold Friend dijo, con voz a la vez amable y fuerte, como la de un actor en escena.

—El lugar de donde vienes ya no existe más, y el lugar al que pensabas ir está cancelado. Este lugar donde estás ahora, la casa de papá, no es más que una caja de cartón que puedo derribar en cualquier momento. Tú lo sabes, y siempre lo supiste. ¿Me entiendes?

Ella pensó, "tengo que pensar. Tengo que saber qué hacer".

—Vamos a ir a un campo bonito, ahí fuera de la ciudad donde huele tan bien y hay sol —dijo Arnold Friend—. Te voy a tener en mis brazos bien cerca para que no pienses que necesitas tratar de escaparte y te voy a mostrar lo que es el amor, lo que hace el amor. ¡Al diablo con esta casa! Parece sólida, nomás —dijo. Arrastró una uña sobre la puerta mosquitera y Connie no tembló con el ruido como lo hubiera hecho el día anterior—. Ahora, ponte la mano sobre el corazón, cariño. ¿Lo sientes? Se siente muy sólido también, pero tú y yo sabemos que no es así. Sé buena conmigo, dulce como puedes ser porque ¿qué más hay para una chica como tú, más que ser dulce y bonita y ceder... y escaparnos antes de que tu gente vuelva?

Ella sintió su corazón latiendo con fuerza. Su mano parecía contenerlo. Por primera vez en su vida pensó que ese corazón no era de ella, que no le pertenecía, que era solo una cosa latiendo, viva dentro de ese cuerpo que tampoco era suyo.

—No quieres que salgan lastimados —siguió diciendo Arnold Friend—. Ahora, levántate, cariño. Levántate solita.

Ella se puso de pie.

—Ahora, vuélvete hacia aquí. Así, bien. Ven hacia mí. Ellie, guarda eso, ¿no te lo dije antes? Imbécil. Imbécil asqueroso y miserable —dijo Arnold Friend. Sus palabras no contenían ira, sino que eran solo parte de un conjuro. El conjuro era amable—. Ahora ve, cruza la cocina hasta mí, cariño, y déjame ver una sonrisa, vamos, prueba de sonreír, eres una chica valiente, una chica muy dulce y ahora ellos siguen comiendo maíz y perros calientes asados al fuego hasta reventar, y no saben nada de ti y nunca supieron nada; porque cariño, eres mejor que todos ellos, ninguno de ellos hubiera hecho lo mismo por ti.

Connie sintió el linóleo bajo sus pies; estaba frío. Se quitó el pelo de los ojos, echándolo hacia atrás. Arnold Friend soltó el poste, titubeante, y abrió sus brazos para recibirla, sus codos apuntando el uno al otro y sus muñecas colgando sin vida, como para demostrar que se trataba de un abrazo avergonzado y un poco burlón, que no quería que se sintiera abrumada.

Ella apoyó su mano contra la puerta mosquitera. Se vio a sí misma abriendo lentamente la puerta como si estuviera de nuevo a salvo en la puerta opuesta, observando a este cuerpo y a esta cabeza de pelo largo yendo hacia la luz del sol donde Arnold Friend le esperaba.

—Mi dulce niña de los ojos azules —dijo él, en un suspiro medio cantado que nada tenía que ver con sus ojos café pero que fue absorbido de todos modos por las vastas extensiones de tierra iluminada por el sol que se extendían detrás de él y a su alrededor: toda esa tierra que Connie jamás había visto y que no reconocía, salvo por el hecho de saber que estaba yendo hacia ella.

Joyce Carol Oates (New York, 1938). Novelista, cuentista, autora teatral y editora. Desde 1978, es profesora de escritura creativa en la Universidad de Princeton. Ha escrito también bajo los seudónimos Rosamond Smith y Lauren Kelly. Su antológico relato "¿Dónde vas? ¿Dónde estuviste?" no se había traducido al español.

Traducción:
Xtian Rodríguez
Marcelo Tourné

SOBREMESA

Experimentos

Está mal que lo diga yo —le confieso a Chiri—, pero entre las cosas que me gustaron de esta segunda temporada de Orsai, la sección de "Cuentos" está en el top.

—Me gustó esto de que sean páginas de solo texto, sin demasiada interrupción de dibujos. Matías hizo pequeñas viñetas chiquitas arriba, para no joder la tranquilidad de la literatura.

—Y además los nombres—le recito—: Keith Lee Morris, Santiago Nazarian, Ana Paula Maia, Andréa del Fuego, Daniel Galera, José Sbarra, Hari Kunzru, Catalina Murillo, Pedro Juan Gutiérrez, Aurora Venturini, Mempo Giardinelli, Mario Bellatin, y en este número Mariana Enríquez y Joyce Carol Oates. Todo inédito menos Sbarra.

—Escribió muchísimo Joyce Carol —me dice Chiri—. Con su nombre y con seudónimos: Rosamond Smith y Lauren Kelly.

—El cuento que le publicamos en este número, que lo tradujo Xtian con un amigo, fue antologado muchísimo en Estados Unidos, y es muy raro que nunca se haya traducido al español.

—Está inspirado en tres asesinatos, ¿no?

—Así parece. Lo que no sé es por qué se lo dedica a Dylan.

—Porque lo escribió después de escuchar "It's All Over Now, Baby Blue" —me dice.

—Yo, por curiosidad me bajé la peli que se hizo sobre el cuento. Se llama *Smooth Talk*. ¿Sabés quién es Connie? Laura Dern, la chica de *Corazón salvaje*, jovencita…

—Sos un poco pervertido, no sé si alguna vez te lo dije. A propósito: ¿adónde se la lleva Friend a Connie? ¿Y quién es Friend en realidad? No me gusta nada ese muchacho.

—Hay varias interpretaciones sobre eso; y el cuento tiene escondidas pequeñas claves que te pueden ayudar a encontrar posibles respuestas —le digo.

—También en el cuento de Mariana Enriquez hay claves —me dice Chiri—. Disfruté mucho esa historia de la casa abandonada. Me encanta cómo escribe Mariana.

—Yo se lo leí a Nina una noche —le digo—, cuando nos llegó el primer borrador, y se cagó en las patas. No pudo dormir.

—No es para una nena de ocho años, boludo.

—Quería probar. Con los hijos hay que hacer experimentos, ¿si no para qué los tenés? —le digo—. Mi hermana siempre tuvo la fantasía de tener gemelos, para encerrar a uno en el garage con comida chatarra y mandar al otro pupilo a un colegio marista. Y a los dieciocho años ver cuál de los dos le salía asesino en serie.

—¿Tu hermana estará a favor de que digas esto públicamente?

—Es tarde para llamarla y preguntar.

—Dice Mariana que el germen de sus historias, en realidad, está en los relatos de fantasmas que le contaba su abuela, o sus tías, cuando ella era chica.

—¿Ves? —le digo—. Con ella también experimentaron de chica.

—Pero en este caso el experimento salió bien. De hecho escribió libros buenísimos, por ejemplo *Los peligros de fumar en la cama* —me dice Chiri—. Cuentos sobre fantasmas, necrofilia, brujerías y otros temas que Mariana maneja muy bien. Sobre todo porque en sus cuentos los personajes son reales, gente que puede vivir a la vuelta de tu casa.

—No debe ser fácil escribir historias de terror o de miedo. Y menos en países como los nuestros: ¿cómo hacés para que la historia no parezca yanqui?

—O para que parezca real —me dice Chiri—. Yo no puedo ver cine de terror. No me interesa nada. No le creo un carajo a las películas de miedo.

—A mí me pasaba lo mismo hasta que empecé a ver *The Walking Dead* —le digo—. Jamás había visto una película de zombis, pero esta serie puede conmigo.

—Sí, es espectacular. Pero no da miedo en absoluto —me dice.

—Yo me cago bastante en las patas.

—¿Por qué siempre terminamos hablando de series de televisión? —me dice.

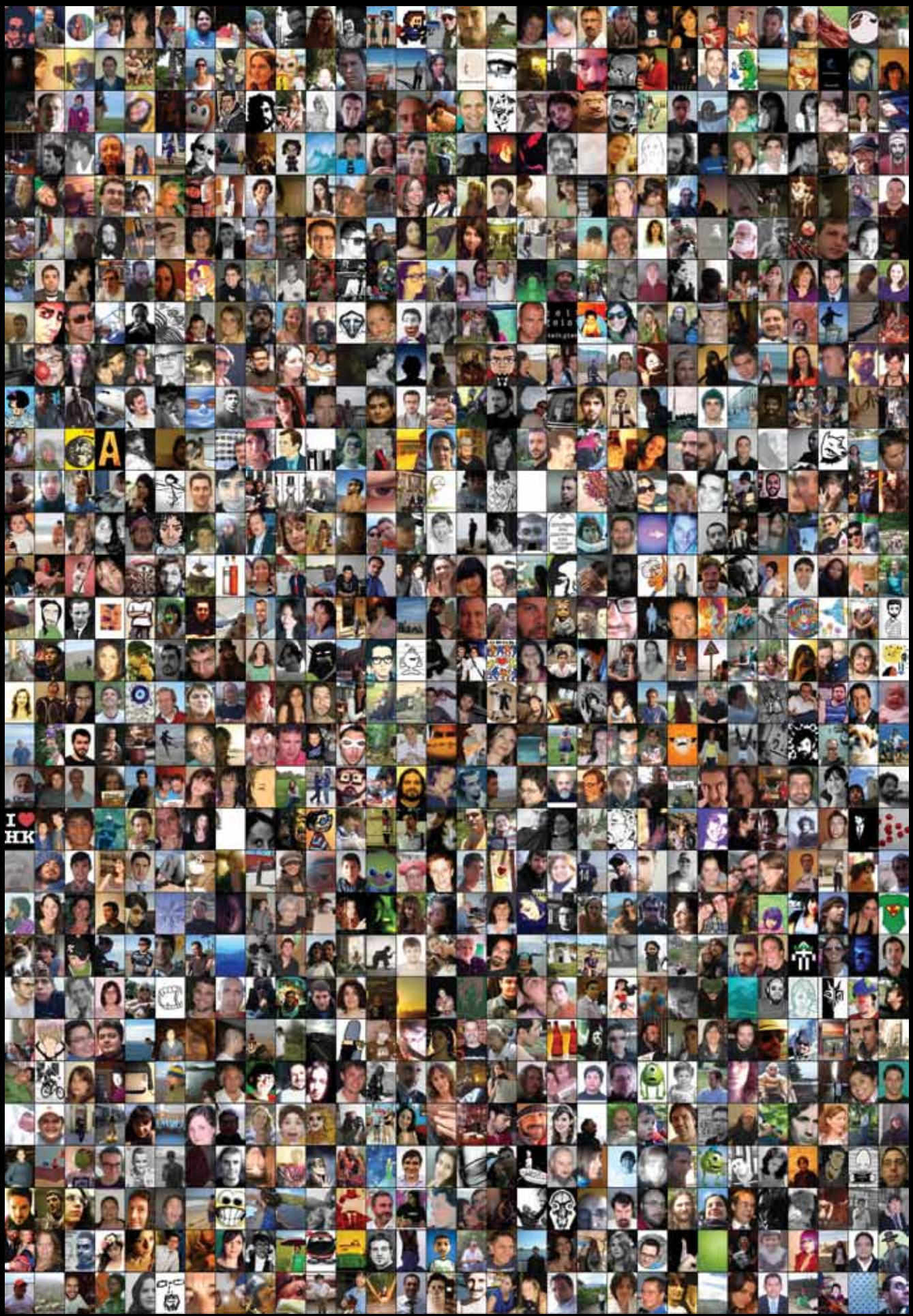
—O de fútbol.

—Sí. De una cosa o de la otra. ¿Deberíamos hacer una revista de deportes o de series, en vez de esta revista de literatura?

—Estamos a tiempo. Este es el último número de la temporada. El año que viene podemos hacer lo que se nos antoje.

—Qué bien suena eso: "lo que se nos antoje".

—Sí. ◣


I ♥
HK

EL GRAN SURUBÍ

Capítulo VI

estás muerto una voz me preguntaba
señor vos estás muerto repetía
yo escuchaba nomás y no veía
y después vi una luz que me cegaba
vi monedas de sol entre las hojas
y una silueta cerca muy presente
yo estaba como lejos como ausente
y ella armada de mariposas rojas
quizás le pedí agua no me acuerdo
pero al rato cayó en un borbotón
agua fresca en mi sed y el corazón
me renació despacio ronco y lerdo
quién sos le preguntó mi voz cansada
soy itatí me dijo iluminada

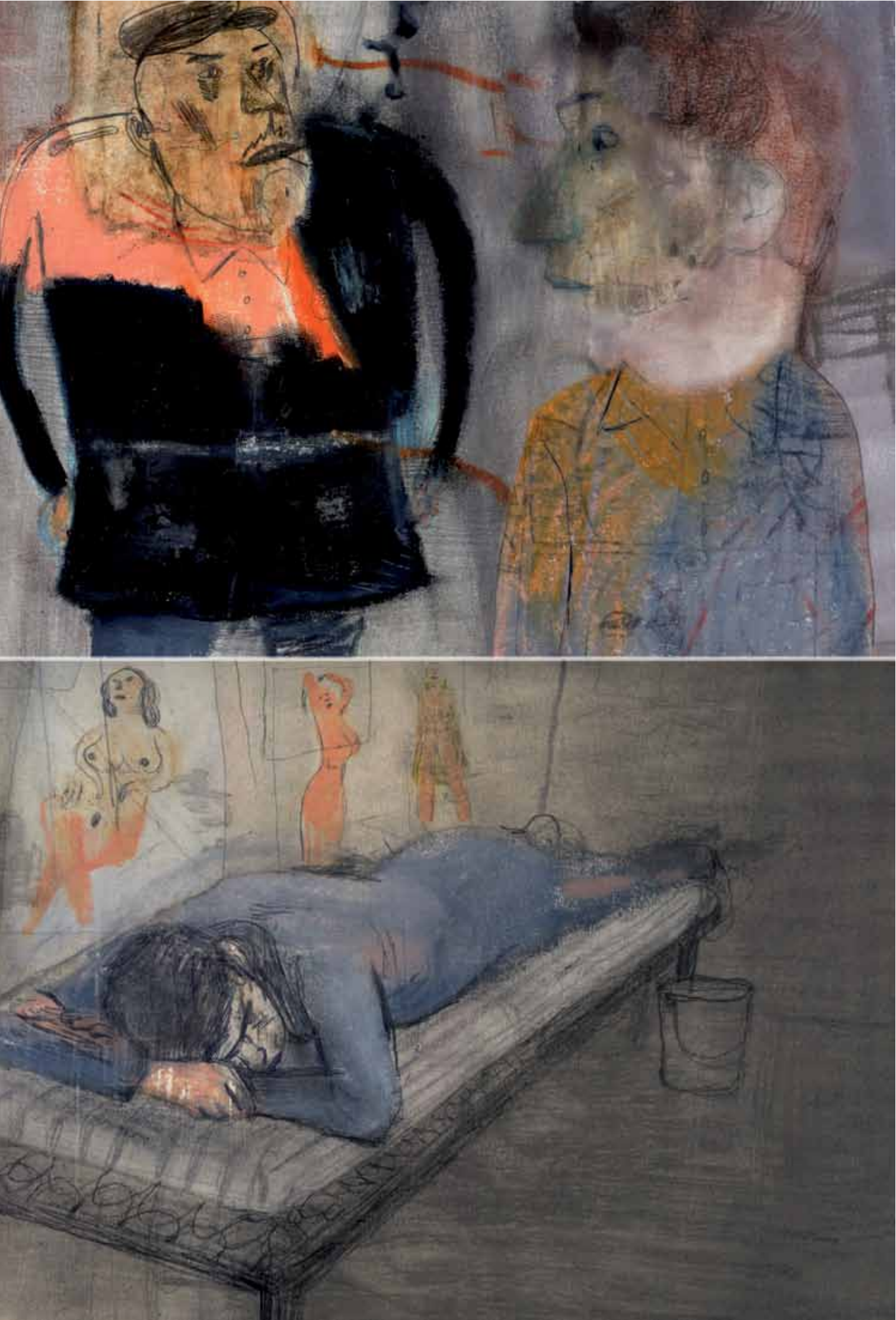
toda la luz del monte eran sus ojos
tendría doce años quizá trece
era capaz de hacer que el diablo rece
me sacó las espinas los abrojos
me trajo tortas fritas muy sabrosas
me preguntó por qué yo estaba triste
no le digas a nadie que me viste
por qué te siguen tantas mariposas?
la niña se reía y la mañana
temblaba entre las ramas de alegría
por qué tenés un parche me decía
es una herida vieja que no sana
parecés un pirata y un mendigo
un día te querés casar conmigo?

ni loca sos muy viejo y sos muy feo
como una aparición se presentaba
temprano por el monte y me retaba
la rompe corazones del recreo
te lo comiste todo no te rasques
tenés las manos sucias sos un chancho
de qué rincón del aire de qué rancho
salía la gurisa de velázquez
porque así se llamaba me contó
del padre domador ya fallecido
de un tío borrachín sumado al nido
de un hermano que está en guayquiraró
me trajo fosforitos agua sal
polenta y unos choclos del maizal

y así fue que la niña custodiada
por mariposas rojas me salvó
y unos días después se despidió
medio triste quizás y algo enojada
me voy a gualeguay con mi mamá
porque acá en puerto ruiz ya no hay trabajo
aleteó las pestañas para abajo
se espantó como un pájaro biguá
perdiéndose en los árboles gritaba
adiós pirata feo y yo decía
adiós gurisa hermosa y me moría
y el monte una vez más se silenciaba
quise trasparentarme y olvidar
y solamente pude caminar

traté de no pasar entre las casas
fui buscando el camino y lo encontré
un ripio polvoriento me mandé
y llegué a una rotonda y unas plazas
rumbié hacia gualeguay que en el cartel
figuraba a distancia caminable
pasé frente una wisquería bailable
frente a una gomería y un hotel
y por ahí se me dio por fantasear
con una vida nueva en esa zona
ser otro quizá ser una persona
que atiende un kiosco grande y sabe estar
saludando a la gente entre los mates
vendiendo cigarrillos chocolates

así me entusiasmé con cada paso
imaginando allí mi vida nueva
conseguir un lugar que no se llueva
que me ampare del frío y el solazo
le puse mi esperanza al dedo gordo
me levantó un pelado en camioneta
mi sueño quedó echado en la cuneta
me preguntaba cosas me hice el sordo
era un gendarme viejo de civil
me bajé lo más rápido que pude
pero el sol se tapó con una nube
llegaron dos gendarmes con fusil
adónde va quién es quédese quieto
conteste la pregunta más respeto



el mameluco roto y esa facha
de forajido croto me vendió
puta que lo recontramil parió
enmudecí con la cabeza gacha
mejor no contestarles ni mirarlos
mejor no decir nada más sencillo
me hallaron los anzuelos y el cuchillo
me llevaron ante el capanga carlos
un comisario blanco que fumaba
despacio preguntaba articulado
después largando el humo de costado
aguantando el silencio me miraba
me sacaron con flash algunas fotos
y en un patio quedé junto a unas motos

en seguida saltó la información
así que un desertor y un asesino
mirá que pinturita que nos vino
dijo carlos cerrándome el portón
me metieron dentro de un calabozo
sin baño con un balde y camas rotas
y almanaques de monstruas en pelotas
tenía un olor inmundo como un pozo
más tarde se creyeron que iba a hablar
contanos todo el cuento del principio
desde el río hasta el dedo por el ripio
yo no hablaba y me entraron a pegar
esa noche en el muro junto a mí
dibujé con mi sangre un surubí

parece que mi escape permitió
que me echaran la culpa de las muertes
que yo capitaneaba a los más fuertes
que yo fui el satanás que los asó
y un poco eso era cierto porque al sapo
lo pinchamos de a varios y yo estuve
y es verdad que en la playa me entretuve
y asándolos me quise hacer el capo
pero fue colectiva la matanza
difícil señalar quién fue el primero
quién era el más loquito del loquero
un mes estuve así sin esperanza
y un día me vinieron a avisar
que mañana me iban a ejecutar

así que no dormí porque en secreto
se mezclaron el miedo y la alegría
de fugarme del mundo con el día
vinieron de uniforme muy coqueto
dos tipitos de azul que me llevaron
más allá de los muelles hasta un bajo
donde uno largó un escupitajo
y dijo acá está bien y allí me ataron
a un árbol por la espalda y me apuntó
uno solo y el otro dijo dale
el corazón por poco se me sale
la patada del fuego me dobló
vi tu cara vi todo lo que amé
y en la luz de los sauces me escapé

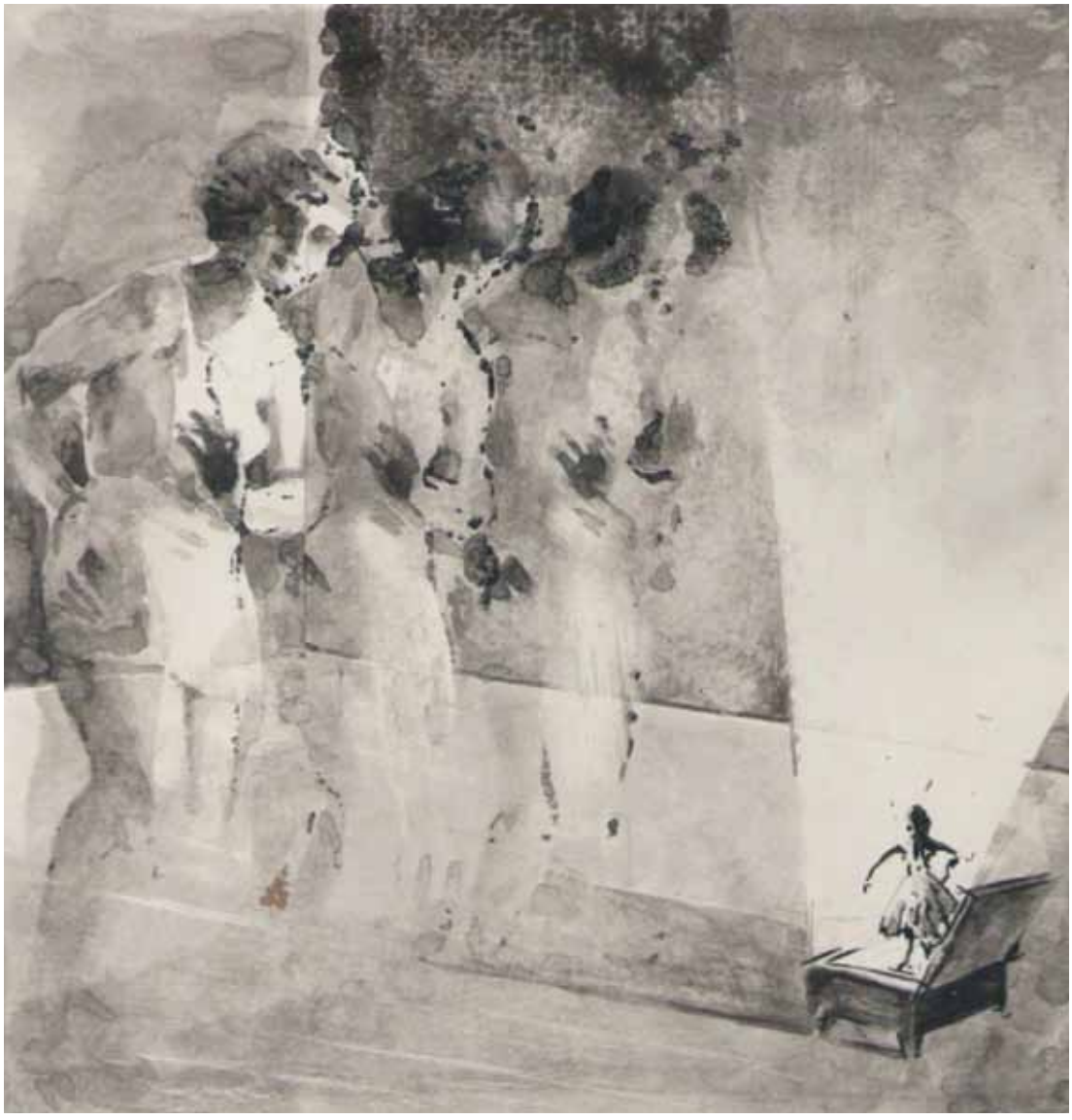
FIN

(un folletín de ***Leonardo Oyola,*** ilustrado por ***Hueso Ricciardulli***)

Cruz / Diablo

Capítulo Seis

Solo un extraño en el camino
tratando de volver a casa.



Todavía faltan unos veintinueve años para que te busquen por ese paraje perdido del Zorro Muerto en Santiago del Estero… Y casi cincuenta para la siesta del veintiuno de noviembre de 2008. Ahora, amanece sin sol por la cercanía de la tormenta y el andar del Bagual perseguida por ella. Vos y el Viejo que bajó del monte son los que traen consigo a la lluvia hasta el rancho del Papá. Donde vos te alegrás de que llueva y de haber vuelto a tu casa.

Al Bagual lo asusta algo y se pone a corcovear. Se niega a entrar a esas tierras. Ustedes dos descienden de su lomo. El Viejo que bajó del monte le da un chirlo en una de sus ancas liberándolo. Y achinando los ojos para poder ver bien a través de la llovizna se encuentran con un extraño de barba y de pelo largo. El Viejo que bajó del monte, entre dientes, masculla un insulto que va a ser uno de los que vos más vas a pronunciar en tu vida cada vez que te encuentres con hombres de pelo largo y barba.

"Vago de mierda", le dice.

El extraño de barba y de pelo largo, el Hijo del Viejo nacido en el barro, está sentado como los indios. Entre sus manos sostiene la cajita de música que el Papá le regaló a la Mamá. Cajita que habrá ganado jugando a las cartas seguramente. El Hijo del Viejo nacido en el barro abre el cofre y se queda machado frente a la muñequita de la bailarina. De cabello azabache igualito a la crin del Bagual. De blanca pollera inmaculada suspendida en el aire para mostrar apenas lo que cubre y no se puede ver de esas piernas. Le da vueltas a la manivela. Tenés miedo que la vaya a hacer mierda porque a vos nunca te la dejaron tocar. Por bruto. Porque eso con lo que se le da cuerda es "tan frágil como un escarbadientes", te ha dicho la Mamá.

El Hijo del Viejo nacido en el barro cierra los ojos. De la cajita de música sale una luz enceguecedora. Y te das cuenta de que la música que danza la bailarina de pelo negro no es la que siempre le escuchás hacer. No es esa melodía con la que la Mamá los tranquilizaba a los más chiquitos cuando eran bebés y estaban cortando dientes. De repente, sin tela o pared donde proyectarse y como si estuvieras en el cine, aparecen tres mujeres idénticas —¿o más bien tres fantasmas iguales?— pero con vestidos de distinto color cantando:

¡Ding! ¡Dong! ¡Dang!
¡Ding! ¡Dong! ¡Dang!
Una canción de amor y de alegría
Llegará… llegará alguna vez ese día.

A lo que sigue la voz tímida de alguien que se bautizó a sí mismo, aunque no tuviera esos laureles, como El Rey —y que así y todo los va a terminar gobernando— proclamando a los cuatro vientos:

Escucha hermano la canción de la alegría
El canto alegre del que espera un nuevo día
Ven, canta, sueña cantando
Vive soñando el nuevo sol
En que los hombres volverán a ser hermanos
Ven, canta, sueña cantando
Vive soñando el nuevo sol
En que los hombres volverán a ser hermanos

Si en tu camino solo existe la tristeza
Y el llanto amargo de la soledad completa
Ven, canta, sueña cantando
Vive soñando el nuevo sol
En que los hombres volverán a ser hermanos

Si es que no encuentras la alegría en esta tierra
Búscala, hermano, más allá de las estrellas
Ven, canta, sueña cantando
Vive soñando el nuevo sol
En que los hombres volverán a ser hermanos

Si es que no encuentras la alegría en esta tierra
Búscala, hermano, más allá de las estrellas…

La voz del que se bautizó a sí mismo como El Rey se calla. La música se apaga. Las tres mujeres idénticas se evaporan. Y El Hijo del Viejo nacido en el barro abre los ojos; y estirando hacia arriba ambas manos ofrenda la cajita de música de la Mamá… al Viejo que bajó del monte. Que no la desprecia. Y que ahora es él quien cierra los ojos antes de darle cuerda. Vuelve la danza circular de la figura, pero electrificada, con un sonido que es un malambo en el pecho aunque quien lo cante vaya a advertirnos en otra letra —y siempre en la lengua del gringo— que tiene un corazón de vidrio. Y que es frágil. Fácil de romper.

Se mueve como si no le importara
Suave como la seda, fresca como un viento
Hmmm... hace que quieras ponerte a llorar
Ella no sabe cómo te llamás
Igual el corazón te late como un tren
Hmmm… hace que te quieras matar
Hmmm… ¿no deseas tenerla?
¿Querés hacerla toda tuya?

María… ¡Tenés que verla!
Entra y sale como quiere por tu cabeza
Latina… Ave María
Arriba un millón de luces
Y abajo solo una vela encendida

He visto esto antes
En un gran amigo y también en un vecino
Tan tontos de amor y tan llenos de fuego…
No, no vendrán de la lluvia
Esas emociones corriendo en el drenaje
Azules como el hielo y el color del deseo
¿No querés darle unos besos?
Hmmm… ¿no querés acompañarla a su casa?

María… ¡Tenés que verla!
Entra y sale como quiere por tu cabeza
Latina… Ave María
Arriba un millón de luces
Y abajo solo una vela encendida

Hmmm… ¿No querés tenerla de rodillas?
Hmmm… ¿No querés llevarla a tu casa?

Ella camina como si no le importara
Caminando con sus aires de superioridad
Hmmm… Te hace desear morir.

María… ¡Tenés que verla!
Entra y sale como quiere por tu cabeza
Latina… Ave María
Arriba un millón de luces
Y abajo solo una vela encendida

María… ¡Tenés que verla!
Entra y sale como quiere por tu cabeza
Latina… Ave María…

El Viejo que bajó del monte abre los ojos de golpe. Y estos son del color del fuego. Medio como si se avergonzara los cierra otra vez apurado y por entre las pestañas le chisporrotean brasas anaranjadas. La cajita de música ha dejado de sentir el hormigueo del Viejo que bajó del monte. Que no sabés si a propósito o sin darse cuenta la deja caer al piso.

"¡No!", pegás el grito demasiado tarde mientras la ves muy despacito ir en picada hasta chocar contra el suelo y desarmarse. El cofre ha quedado tumbado con la tapa abierta. La bailarina de cabello azabache como la crin del Bagual se ha desprendido de la pista donde solía dar vueltas y más vueltas sin parar. Acostada en la tierra, a unos centímetros de la cajita de música, no ha perdido la sonrisa.

"No", repetís enojado. Llorando a moco tendido porque sabés lo que es eso para la Mamá —un dolor más y van…— y te envenena que se lo haya roto el Viejo que bajó del monte. "No", decís en silencio con un movimiento de cabeza. Sabiendo que ni el Hijo del Viejo nacido en el barro ni el Viejo que bajó del monte te han escuchado. Porque entre ellos mismos no dejan de decirse una y otra vez "no".

Que "no" a volverse al monte.

Que "no" a olvidar el amor que siente por esa mujer.

El Hijo del Viejo nacido en el barro se pone de pie. El Viejo que bajó del monte saca su puñal buscándole las tripas. Lo que encuentra son las palmas de esas manos. Primero la derecha. Después la izquierda. Defendiéndose, el Hijo del Viejo nacido en el barro, se ampara en antiguas heridas. Surcos por donde ya han entrado otros filos allá lejos y hace tiempo.

Igual le duele.

Y a vos te duele la cajita de música rota.

Y también cruzarte con su mirada.

¿Te está pidiendo ayuda?

Nunca te lo vas a poder responder.

Porque antes le has disparado una vez más al Viejo que bajó del monte.

Dos veces.

Y por la espalda.

Ha caído boca abajo. Su sombrero negro una vez más ha rodado por el suelo de la casa del Papá. Ahora mojado por el agua de lluvia. No te sorprende verlo incorporarse como si nada.

Furioso te recrimina: "Justo a mí, que soy de los que pagan con arcas de oro, ¿me lo viene a devolver así? ¿Con plomo?".

El Viejo que bajó del monte se agacha para agarrar su sombrero. Buscando su puñal se da cuenta de que el que lo lleva ahora en la cintura es el Hijo del Viejo nacido en el barro.

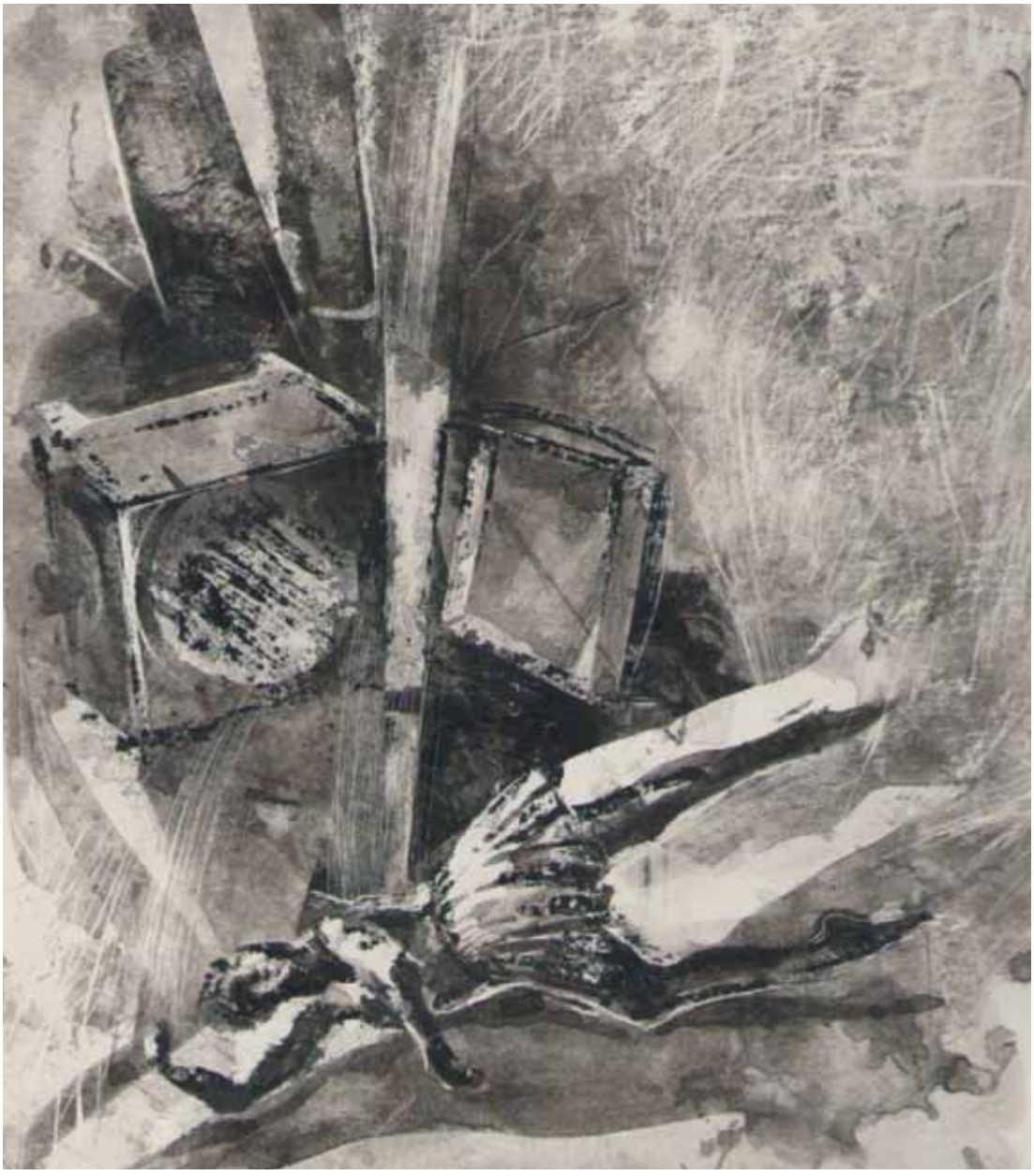
Sabe entonces que se le acabó el paseo.

"Usted, m'hijo, dirime cualquier trifulca cosiéndose a balazos. Así lo empezó y así lo va a terminar. Se me va a poner fanfarrón. Me lo van a odiar. Pero igual va a seguir metiendo miedo… hasta el tiro del final. Acuerdesé muy bien cuando llegue ese momento; cuando se me encuentre sin escapatoria y lo único que lo esté acompañando es lo que empezó a empuñar desde ayer y que ya no me lo va a largar más. Ese día nos volveremos a ver las caras. Y usted se va a venir conmigo para el monte."

Sacude la tierra húmeda del sombrero negro. Se lo calza en la cabeza. Y antes de volver a sus dominios escoltado por el Hijo del Viejo nacido en el barro, antes de darte la espalda, te guiña un ojo cuando te bautiza:

"¡Malevo!… sí, el Malevo… ese es su apodo". ◣

FIN



REPUBLICA ARGENTINA
REPUBLICA ARGENTINA
REPUBLICA ARGENTINA

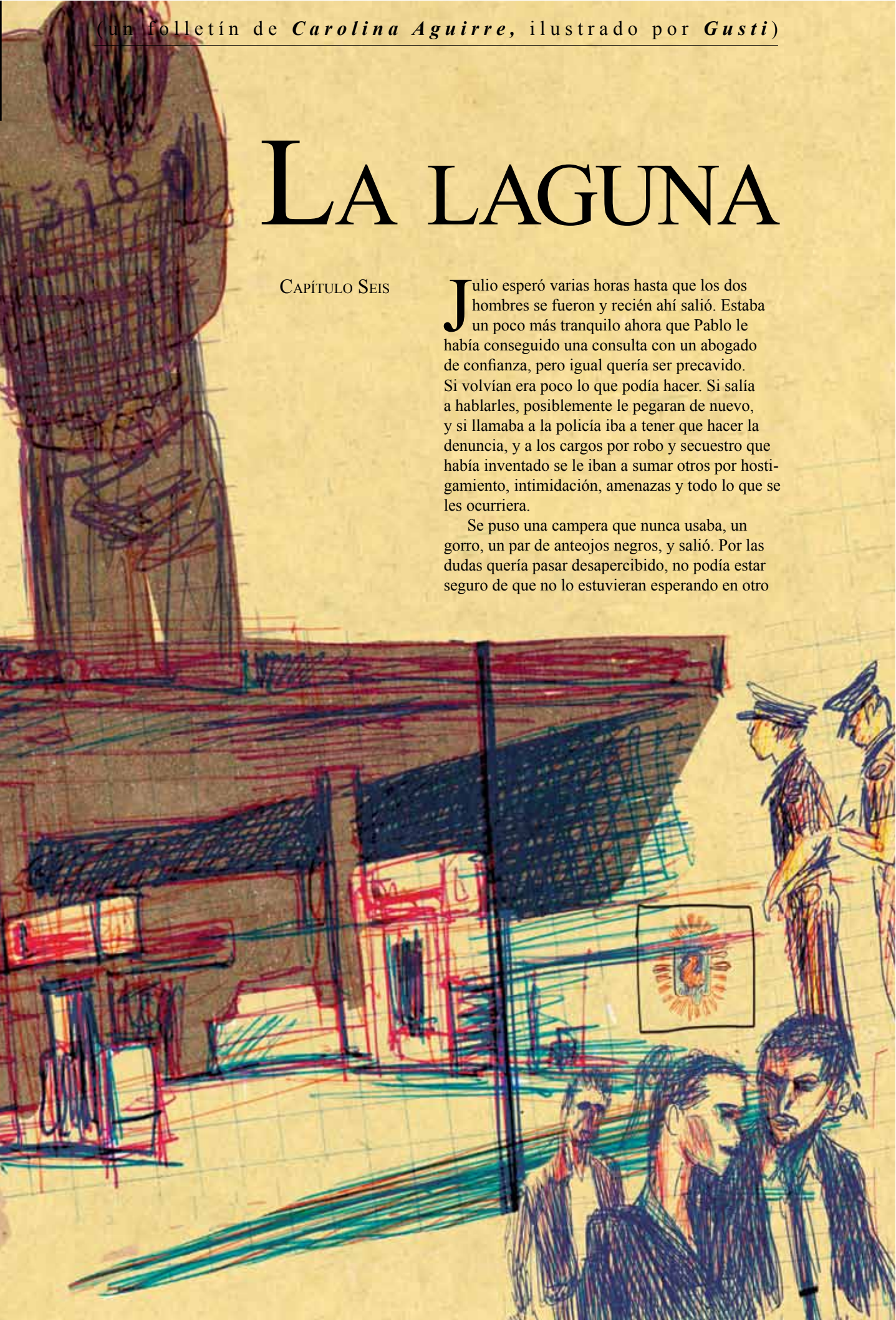
(un folletín de ***Carolina Aguirre,*** ilustrado por ***Gusti***)

La laguna

Capítulo Seis

Julio esperó varias horas hasta que los dos hombres se fueron y recién ahí salió. Estaba un poco más tranquilo ahora que Pablo le había conseguido una consulta con un abogado de confianza, pero igual quería ser precavido. Si volvían era poco lo que podía hacer. Si salía a hablarles, posiblemente le pegaran de nuevo, y si llamaba a la policía iba a tener que hacer la denuncia, y a los cargos por robo y secuestro que había inventado se le iban a sumar otros por hostigamiento, intimidación, amenazas y todo lo que se les ocurriera.

Se puso una campera que nunca usaba, un gorro, un par de anteojos negros, y salió. Por las dudas quería pasar desapercibido, no podía estar seguro de que no lo estuvieran esperando en otro



lado, un poco más lejos. A pesar de los cuidados, mientras se subía al taxi no pudo sacarse de la cabeza que alguien lo estaba mirando. Incluso adentro del taxi y en el medio de una avenida llena de autos, tuvo la sensación de que en cualquier momento un tipo iba a salir de la nada a reclamarle por haber inventado un secuestro. Cada tanto se daba vuelta, sobresaltado. El taxista lo miraba con pena pero sin sorpresa. Trabajaba el turno noche y la noche, todos lo saben, está hecha de locos.

Durante el viaje llamó a Pablo dos veces para avisarle que iba todo bien y que ya estaba llegando, pero no le respondió. Pablo le mandó un mensaje de texto diciendo que se apurara, que a pesar del lío en el que se había metido seguía tan impuntual como siempre. Cuando llegó, Pablo lo esperaba en la vereda, ansioso. Lo hizo subir por la escalera y le dijo que por favor no lo demorara mucho, que él ya le había explicado todo.

—Este es el amigo del que te hablé —dijo Pablo frente al abogado, y señaló a Julio como un padre avergonzado que lleva a su hijo trastornado a la psicopedagoga por primera vez.

—Ok, Julio, ¿no?

Julio asintió, molesto. Se notaba que a los dos les molestaba estar mezclados en esto.

—Mi nombre es Eduardo. Pablo me explicó más o menos lo que pasó. Yo no soy abogado penalista, hago derecho tributario, pero creo que más o menos te puedo orientar. Estás metido en tremendo lío, quiero que lo sepas.

—Ya sabe —lo cortó Pablo—. Decile qué tiene que hacer porque si empieza a explicar que fue un error, que no tiene la culpa y no se cuántas sanatas más, me pongo nervioso.

El abogado lo miró. Pablo tenía la vena de la sien hinchada y supo que el horno no estaba para bollos.

—Ok. Mirá, Julio, lo que tenés que averiguar es lo que pasó con la causa. Vos dijiste que te secuestraron. ¿Ya declaraste ante el fiscal?

—No.

—¿Sabés por qué?

—No.

—Bueno, eso es lo que hay que averiguar. ¿Tenés un abogado o quedaste en representación de la fiscalía?

—No tengo abogado. Yo no quiero pasar a esa instancia… Lo que quiero es cortarla acá, cajonear esto de alguna manera.

El abogado se rio.

—Vos no podés elegir eso. Cuando vos hacés una denuncia, una maquinaria se pone en marcha. La policía toma la denuncia, la eleva al fiscal, el fiscal la toma, te llama a declarar…

—¿Y si voy, declaro, pero no encuentran nada nunca? ¿No se supone que se cierra la investigación?

—Sí, se supone que sí. Es lo que debería haber pasado si no hubieran encontrado a nadie. Pero encontraron. ¿Sabés si además hay pruebas o solamente estos sospechosos?

—Encontraron un celular, mío. Y que coincidía con mi descripción.

—¿Testigos?

—No, cómo van a encontrar testigos si yo me inventé todo.

—Perdonáme, se me mezcla. ¿Y sabés si estos sospechosos están detenidos o no?

—No están presos. No sé por qué. Ayer aparecieron en mi casa, me tocaron timbre, deben querer alguna explicación.

—Ok. Si vos me decís que no están detenidos, quiere decir que los demoraron, el fiscal le informó al juez lo que pasó, y decidió que no había pruebas suficientes para retenerlos. Siendo así, vos tenés acá dos escenarios posibles. El primero es que el fiscal desestime tu caso, que no lo tome. Entonces sobresee a los acusados, cierra tu caso y se acaba todo. El segundo es que les haya dado una falta de mérito a esos acusados. Eso significa que no hay pruebas suficientes contra ellos, pero que siguen siendo investigados. Seguramente en unos días te van a citar a declarar a vos. Es muy raro que no te hayan llamado. ¿Estás seguro de que no te llegó una citación?

Julio negó.

—¿Y qué hace entonces? —preguntó Pablo, para ir redondeando.

—No sé, como abogado le diría que confiese todo y se jorobe. Como amigo tuyo, le diría que averigüe qué pasó esa noche antes de que lo llame el fiscal, porque si no sabe, va a tener que inventar o confesar. Y cualquiera de los dos escenarios es malo para él. Muy malo.

Julio salió del estudio del abogado y prendió un cigarrillo. Pálido. Nadie lo llamaba. Nadie lo citaba a declarar. Nadie le decía nada. ¿Cómo podía ser? ¿Era que la causa no se estaba moviendo o que ya sabían que era todo mentira y solo estaban viendo la manera de agarrarlo? ¿Y si contrataba un abogado y le decía la verdad? ¿Podía un abogado mentir por él, seguirle la corriente, o

iba a ir corriendo a contarle todo a la policía? Mejor era averiguar qué había pasado antes de que llegara la citación del fiscal. El asunto era cómo hacerlo, si nadie sabía qué había pasado.

Esa noche, mientras estaba cocinando, su jefe Ratazzi entró a decirle que un par de clientes estaban entusiasmadísimos con su terrina de pato y querían conocerlo. Dos días antes, Julio le había sugerido sacarla del menú, pero su jefe se negó. Era el plato que más pedían en el salón y el que mejor margen de ganancia estaba dejando en ese momento. Por cada mero, salían cuatro patos. Por cada ojo de bife, seis patos y medio. De esos meros, además, quedaban cincuenta y un pesos limpios por porción. Del pato, setenta y dos y varios comentarios entusiastas y propina generosa para el mozo.

—No quiero que lo toques. Los éxitos no se tocan... ¿No aprendiste eso todavía? —le dijo su jefe, indignado.

Julio trató de disuadirlo diciendo que el pato venía malo y que no era temporada de hinojos, pero para todo su jefe encontraba una solución. Criadero de patos, hinojos hidropónicos, castañas importadas. No había forma de convencerlo. Ratazzi era un hombre de negocios. Su idioma, los números. Prefería regalarles champán a todos los comensales antes de sacar el pato del menú.

—Pero podemos mejorarlo —intentó negociar Julio.

Ratazzi fue tajante:

—Ese plato es perfecto así como está, no hay forma de mejorarlo. Ojalá me sacaras uno así cada temporada. No como ese mero de mierda que nadie quiere comer. Ahora salí a agradecerles a los dos comensales, que dijeron que no se van sin conocerte.

Julio protestó y fue a saludar a los clientes. Estaba de malhumor, no entendía de dónde venía este repentino cholulismo por los cocineros. ¿Desde cuándo alguien que preparaba flan y papas bastón todo transpirado era una celebridad? Hace veinte años eran poco más que servidumbre. Entendía la fascinación por un actor, por un músico de rock, incluso por un político, ¿pero un cocinero? ¿Por qué la gente querría saber cómo era alguien que usaba miles de artefactos, trucos, artimañas y productos para hacer una comida, y no un agricultor que sacaba de su planta, sin ningún intermediario, una pera perfecta? Era inexplicable. Qué ganas de perder su tiempo y hacérselo perder a él con tanta ceremonia.

Jorge, un mozo petiso, con los ojos extraviados pero rápido y preciso durante el servicio, le señaló el rincón.

—Son los de la mesa seis, los que están atrás de la columna blanca. Y los de atrás también lo quieren conocer, pero les dije que no se podía, que tenía otra gente.

Julio resopló, conflictuado, y fue caminando hasta donde estaban los pesados. Para darse aliento pensó que solo tenía que sonreír, agradecer, asentir con la cabeza y salir corriendo.

—Son diez minutos, son diez minutos —se repetía, monomaníaco.

Recién cuando les estiró la mano y vio que eran los mismos tipos que lo habían estado esperando la noche anterior supo que la charla iba a durar un poco más de lo que tenía pensado. Ni hablar de salir corriendo. Apenas se podía mantener en pie y extender la mano, estaba temblando.

—Sentate y no hagás un escándalo —le dijo el más viejo, calmado. Julio miró para todos lados. Nadie se había dado cuenta de lo que estaba pasando.

—Me tengo que volver a la cocina.

—Te dije que te sentaras, mentiroso.

Julio entendió que no venían a hacerse amigos y se sentó en silencio. En la mesa nadie decía nada. Ni siquiera hablaban entre ellos. Julio estaba desorientado, no sabía qué estaban esperando. ¿Iban a decirle algo o se callaban con la esperanza de que empezara diciendo algo él? Esperó quietito durante un rato. Uno, dos minutos, tres, pero nadie dijo nada, solo se quedaron ahí, tomando sorbitos de agua y mirando la puerta de entrada en el más absoluto silencio. Cuando no soportó más, abrió la boca, seca y angustiosa, y preguntó qué iban a hacer.

—Nada. Estamos esperando a alguien. Acomodáte y quedáte ahí, sin joder. ¿Podés no joder, vos? No, ¿no?

Mientras esperaban, Julio hizo algunas preguntas que nadie respondió. Estaba muerto de miedo, pero cada tanto se animaba a hablar de puro aburrimiento. "¿A quién esperamos? ¿Cuánto tiempo vamos a estar acá? ¿Me puedo ir a la cocina? ¿Por qué no vamos a mi oficina en vez de estar acá, en el salón?" Interpretó que la res-

puesta era siempre "no", pero la verdad es que no lo sabía. Los tipos se quedaban callados, con el ceño fruncido, las manos calmas sobre el mantel. Cada tanto miraban el reloj y se hacían señas, pero salvo por esos movimientos, lo ignoraban por completo.

—¿Van a querer algo más? ¿Café? ¿Un whisky? —dijo Julio y la pregunta quedó en suspenso—. Bueno, me voy a buscar uno para mí —agregó mientras se paraba.

Los tipos lo agarraron del brazo y lo volvieron a sentar de un tirón.

—Quedáte quieto y no te hagás el vivo. Lo que quieras, llamás al mozo, ¿ok?

Julio llamó a Jorge, el mozo de ese sector, y lo miró suplicante.

—El señor te va a pedir algo —apuró uno de los tipos.

Julio se demoró a propósito. Si le pasaba algo, quería que Jorge recordara quiénes estaban sentados con él.

—Un vaso de agua —agregó, con tono misterioso. Fue lo más raro que se le ocurrió para pedir. Julio tomando agua era un evento memorable. Si pedía un whisky nadie se iba a dar cuenta. En cambio agua sí, agua les iba a llamar la atención. Les iba a parecer poco común.

Dos minutos más tarde, el mozo trajo una botellita de agua y un vaso. Llegó justo cuando Julio la necesitaba. Los hombres seguían callados y él igual de nervioso. Pero en la puerta, por fin había novedades: Laura se anunciaba temblorosa con el *maître*.

Uno de los tipos corrió una de las sillas vacías e hizo sentar a Laura. Se la notaba nerviosa, desmejorada. No parecía estar disfrutando la ocasión. Julio inmediatamente se acordó de ella en la fiesta, de cómo se hablaba al oído con esos tipos, de sus risas encantadas y vengativas, y pensó que quizás tenían algo que ver. El más joven podía ser el novio nuevo. O el mayor. Laura tenía esa relación pegoteada con el padre, era normal que le gustaran tipos más grandes. Sin embargo, enseguida Julio notó que ella seguía incómoda. No parecía que estuvieran juntos, sino más bien que ellos la hubieran obligado a ir al restaurante a hablar con él. Por momentos incluso parecían más enojados con ella que con él y la miraban furiosos, esperando que ella dijera algo.

—Explicále de una vez —insistió el más viejo.

Julio se quedó perplejo. No sabía que era ella la que tenía que hablar primero.

—Dale, querida —insistió el segundo, y le tironeó del brazo.

—Yo no fui a la fiesta de casualidad —arrancó Laura, lentamente—. Fui a verte a vos, en realidad. O no, no a verte a vos, fui con ellos dos a charlar con vos, por decirlo de alguna manera.

Julio no entendía nada y Laura no se esforzaba en aclarar. Para fastidio de todos, pelaba la anécdota despacito, evitando llegar al centro.

—Ahora no te vas a hacer la tímida, ¿no? Decile. Seguro se muere por escuchar lo que vas a contar.

A pesar de la insistencia de todos, Laura no decía nada concreto. Los tipos se empezaron a poner nerviosos y finalmente uno se adelantó y explicó lo que pasaba.

—Nos pagó para que te asustáramos un poco. No querías pagar la cuota del chico así que vino con nosotros, te marcó y nos pidió que te pusiéramos los puntos. Vos nos viste, te calentaste, empezaste a molestar así que ni siquiera hizo falta ir a buscarte. Viniste solo.

Julio no podía creer lo que escuchaba. Ella agachó la cabeza, mortificada. Lloraba, pero no de vergüenza sino de miedo. Ahora entendía sus evasivas y sus gritos. Ella también estaba metida en este lío.

—Ustedes dos van a ir a la comisaría y van a explicar que vos nos pediste que apuráramos a tu marido porque era un borracho y un irresponsable. Que él se nos tiró encima, nos quiso pegar, nos defendimos y como lo cagamos bien a trompadas, de resentido fue y nos inventó una causa. Y vos lo cubriste porque sabías quiénes éramos nosotros y te quedaste callada. Y ahí, se arreglan con ellos.

Julio sintió que no podía respirar. Necesitaba aclarar que había sido sin querer, que era un malentendido.

—No, no, no —dijo Julio—. Yo nunca pensé que los estaba denunciando, no fue a propósito. Yo me inventé el secuestro porque llegaba tarde al trabajo, nada más. Pensé que estaba inventando la ropa, que estaba sacando todo de mi imaginación…

Los dos hombres se rieron. No le creían nada.

—Bueno, decí eso en la comisaría si te gusta más. Inventá lo que a vos te parezca. Mientras a nosotros nos saques el fardo de encima no nos importa, siempre y cuando expliques que vos te inventaste el secuestro porque nosotros te pegamos y te quedaste caliente.

—Pero si dice eso va preso —dijo ella, asustada.

—Pero vos no —le explicaron.

—Por favor, no le van a creer, nadie le cree nada —gritó ella, ahogada en un mar de lágrimas—. Van a investigar y va a saltar todo. Lo mío también. Tengo un hijo, no puedo dejarlo solo.

—Lo mejor es dejarlo así hasta que no encuentren nada y cierren la investigación —agregó Julio.

Los dos tipos se empezaron a enojar. Uno de ellos golpeó la mesa para ordenar la charla.

—Eso es lo mejor para ustedes, pero para nosotros no. Mañana o pasado los van a llamar para declarar, no pueden dejar pasar más tiempo. Van a ir y van a dar la versión que ustedes quieran, pero nosotros no podemos quedar pegados. El secuestro es un invento.

Dicho esto, los dos tipos se pararon y se fueron. Antes palmearon a Julio y le agradecieron por la cena con una sonrisa falsa.

—La cena, me imagino, es invitación de la casa.

Julio asintió, furioso.

—Rico el pollito ese —le dijo el viejo, antes de salir.

—Pato, es pato.

Pero ya nadie lo escuchaba.

Cuando los tipos se fueron, Julio se quedó sentado en la mesa con su exmujer durante un rato largo. Todavía estaba agitado, pero entre el ambiente, el ruido de copas y las risas de fondo, por un momento se acordó de cuando ella comía en el salón con el bebé, mientras él trabajaba en la cocina. Ese año, el primero de casados, él todavía no bebía y ella estaba muy enamorada. Desde entonces había pasado mucho tiempo, ya casi no se acordaba, salvo en esos cuatro o cinco segundos en los que el pasado volvió como un chispazo de felicidad.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó ella, interrumpió el recuerdo con un llanto nervioso.

—No sé. ¿No querías que me pegaran? Bueno, me pegaron. Todo este lío es culpa tuya.

—¿Por qué culpa mía? ¿Quién te manda a estar borracho a vos? ¿Y a inventarte un secuestro? ¿Y a describir a esos tipos? ¿Por qué no describiste a alguien que no existiera, estúpido?

—Fue un error. Un error que no hubiera pasado si vos no traías a esos tipos a esa fiesta, si no te hubieses estado toqueteando con ellos delante de todo el mundo.

—Ah bueno, así que de eso se trata todo esto. De celos. ¡Vamos a ir presos porque estabas celoso!

—No, vamos a ir presos porque vos hiciste que me pegaran y después mentiste. Yo te pregunté. Al menos yo no le pegué a nadie, yo me inventé todo.

Laura se puso a llorar de nuevo. Tenía la cara deformada de pánico. Julio sintió que así, temblorosa y toda abollada sobre sí misma, parecía un trapo viejo. Se lamentaba y no paraba de preguntar qué iba a pasar, a dónde iban a ir, qué iban a hacer con su hijo cuando los metieran presos. Le dieron ganas de calmarla, de estar con ella de nuevo.

—Vayámonos del país por un tiempo —arriesgó Julio.

Ella negó. No se animaba a ser tajante. Habían peleado tantas veces y tantas otras habían vuelto.

—Para mí es la única solución. Nos vamos y

volvemos en unos meses, cuando nadie se acuerde de todo esto.

—¿Estás loco? Tengo mi vida acá, vos también, el nene tiene el colegio. Además, no nos van a dejar salir del país.

—Si nos vamos ahora, sí. ¿Por qué no? Yo todavía ni declaré. Todavía pueden desestimar la denuncia, declarar falta de mérito, investigar un poco más y darse cuenta de que es un error, qué se yo. Vámonos hasta que se arregle solo, Laura. Mirá si todo es una cama de la policía para tener un caso resuelto.

Si Laura decía que sí, Julio estaba dispuesto a dejar todo e irse con ella. Tenía la fantasía de que, en otro país, podía empezar de nuevo y ser un chef responsable, un jefe justo, un padre cariñoso y cumplidor, un amigo generoso, un buen marido. Acá todo le había salido mal. Si dejaba atrás esta vida no estaba perdiendo nada más que a sí mismo. Y como estaban las cosas, él mismo no valía nada.

Ella volvió a negar y barrió sus esperanzas en un segundo.

—Voy a hablar con mi papá, seguro tiene un abogado, conoce a alguien, no sé.

—Sabés que tu papá te va a ayudar a vos y a mí me va a meter preso.

—No va a hacer eso. Sos el padre del nieto.

—Podría ser el padre de sus diez nietos, le da igual. No hay nada que quiera más que hacerme desaparecer.

—Para él, vos desapareciste cuando nos separamos. No le hablo de vos porque se pone nervioso.

Laura sacó el celular y empezó a llamar. Julio se lo sacó.

—Vení conmigo. Vamos a otro país. Empezamos de cero, lejos de todo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero vivir con vos. Ni acá ni en otro país. Te emborrachás, te vas de fiesta, sos mentiroso.

—No lo hago más.

Laura volvió a negar con la cabeza y siguió marcando el número de sus padres. El teléfono sonó pero no la atendieron.

—¿Entonces para qué hiciste que me pegaran? ¿Para qué fuiste a esa fiesta a darme celos? No me digas que es por la plata, tu papá tiene plata y por lo que veo, no tenés ningún problema en pedirle favores.

Ella no dijo nada, lo miró un rato largo y después le pidió que la acompañara hasta su casa. Enseguida aclaró que le daba miedo ir sola, pero él sabía que se iba a quedar. Siempre se quedaba.

Dos días más tarde, después de hablar con su papá, Laura y Julio hicieron las valijas para irse. Pensaban quedarse unos meses en Paraguay y volver cuando todo estuviera más calmado. Viajaban solos, su hijo iba a venir después, cuando estuvieran asentados y tranquilos. Aunque sabía en las condiciones que se estaba yendo, a Julio no le importaba. Lo único que quería era estar con ella. Viajar juntos en un micro, bajar a desayunar en un bar de mala muerte a la madrugada, esperarla a la salida de un baño en una estación de servicio, de repente se le antojaban como maravillas. En Paraguay nadie los conocía. Podían ser un matrimonio perfecto. Uno que nunca discutía, uno que no se separaba. Ella tenía algunos ahorros y él podía trabajar tanto en un bar de mala muerte como en la cocina de un hotel cinco estrellas. Allá nadie sabía del pato, ni del bife, ni del mero. Nadie lo conocía.

Por precaución, ese día no avisó en el trabajo que no pensaba volver, solo Pablo sabía que se estaban yendo. A la madrugada dejaron al nene durmiendo y bajaron sigilosos por la escalera del edificio. Habían pedido un radiotaxi que los esperaba en la esquina de su casa desde las cinco y media. Él, más gentil que de costumbre, se ofreció a cargar todo. Ella cerró la puerta, salió atrás suyo, procurando no hacer ruido. Cuando caminaban hacia el taxi Julio sintió un golpe seco en la cabeza y después se cayó al piso. Mientras lo metían en un baúl, escuchó los llantos de su mujer que pedía por favor que los dejaran ir.

—Por favor, te doy plata, tengo plata encima —la escuchó gritar Julio en la penumbra.

—Sentate y cerrá el pico.

—¿Nos vas a secuestrar? ¿Nos vas a pegar? Decime qué vas a hacer —gritaba ella, histérica.

—Quedáte tranquila... Si te quedás quieta y colaborás no te va a pasar nada —le dijo uno de los tipos, tranquilo—. Solamente queremos que vayan a la policía. ◣

FIN

Surfear la ola

Se acabaron los folletines —le digo a Chiri cuando recibimos el último original—. La historia del chef Kaminski tampoco tiene final feliz.

—De algún modo termina bien: Julio y Laura casi se escapan a Paraguay, y hasta reconciliados. Lástima el golpe en la cabeza y el baúl.

—Eso no es terminar bien.

—Pero tampoco es acabar *tan* mal como la aventura de Ramón Paz, pobrecito.

—Ni como el western onírico de Leo.

—Es verdad.

—Al final se sabe que la historia del Viejo que bajó del Monte ocurre en 1959 —le digo a Chiri—, y en Santiago del Estero. Estuve los cinco episodios anteriores con esa duda. ¿Cuándo pasa esto? ¿Y dónde carajo pasa?

—El relato del chef desmemoriado ocurre en una Buenos Aires actual. Eso se supo siempre. Pero la gran pregunta es: ¿en qué año, y sobre todo en qué Argentina, ocurre la búsqueda del surubí de Pedro?

—No tengo idea —le digo—. Solamente sé que disfruté un montón de los tres. Y que ninguna de las tres historias se parecen entre sí ni un poquito. ¿Fue solamente casualidad?

—Supongo que un poco sí y un poco no.

— La revista viene teniendo orto desde el principio —le digo—. Las cagadas que nos mandamos por suerte nunca fueron graves. Y las cosas que nos salieron bien nunca dependieron de nosotros. ¿Sabés qué es eso?

—Qué.

—Suerte de principiantes —le digo.

—Ponele que a lo mejor el primer año haya sido orto puro, pero en todo caso el segundo fue un orto más enfocado. Además los autores y los dibujantes estuvieron en estado de gracia, ya saben qué es Orsai y trabajan en consecuencia. Y nosotros surfeamos esa ola, tranquilos.

—Los lectores también surfean —le digo—. Miráles las caras acá a la derecha. Todos tienen a su distribuidor, todos se acostumbraron a recibir la revista cada dos meses... Me da la impresión de que cada uno de ellos ya está metido en el proyecto, que recibe cada Orsai de taquito.

—¿Y eso no será malo?

—No puede ser malo.

—Lo digo de otra manera —me explica Chiri—: tener a Nick Hornby en el número uno generó conmoción... "Uh, estos pibes van en serio", y cosas así, ¿no?

—Sí.

—Pero tener a Joe Bageant en el número nueve, o a Junot Díaz en el número diez, parece que es lo menos que esperan de esta revista.

—Yo creo que no estás hablando de los lectores, sino de nuestra propia adrenalina con la revista. Lo que estás diciendo es otra cosa.

—¿Qué estoy diciendo?

—Estás diciendo "y ahora qué" —adivino.

—Ponele que diga eso. ¿Y ahora qué, Jorgito? ¿Para dónde vamos el año que viene? ¿Hacemos fuerza para mantenernos pelotudos y distraídos, o nos hacemos cargo de que hace dos años que hacemos esto y que aprendimos algunas cosas?

—Amateurs o profesionales —resumo—. Esas vendrían a ser las opciones.

—Más o menos. Sí.

—¿No hay nada a mitad de camino?

—La selección argentina de rugby —me dice Chiri—, ¿pero viste lo que pasa cuando te quedás en semi-profesional?

—Qué pasa.

—Perdés todos los partidos "con dignidad".

—Cerremos esto con esa frase perfecta.

—Antes me gustaría hacerte una pregunta.

—Lo que quieras, Christian Gustavo.

—Es sobre la lectora en tetas…

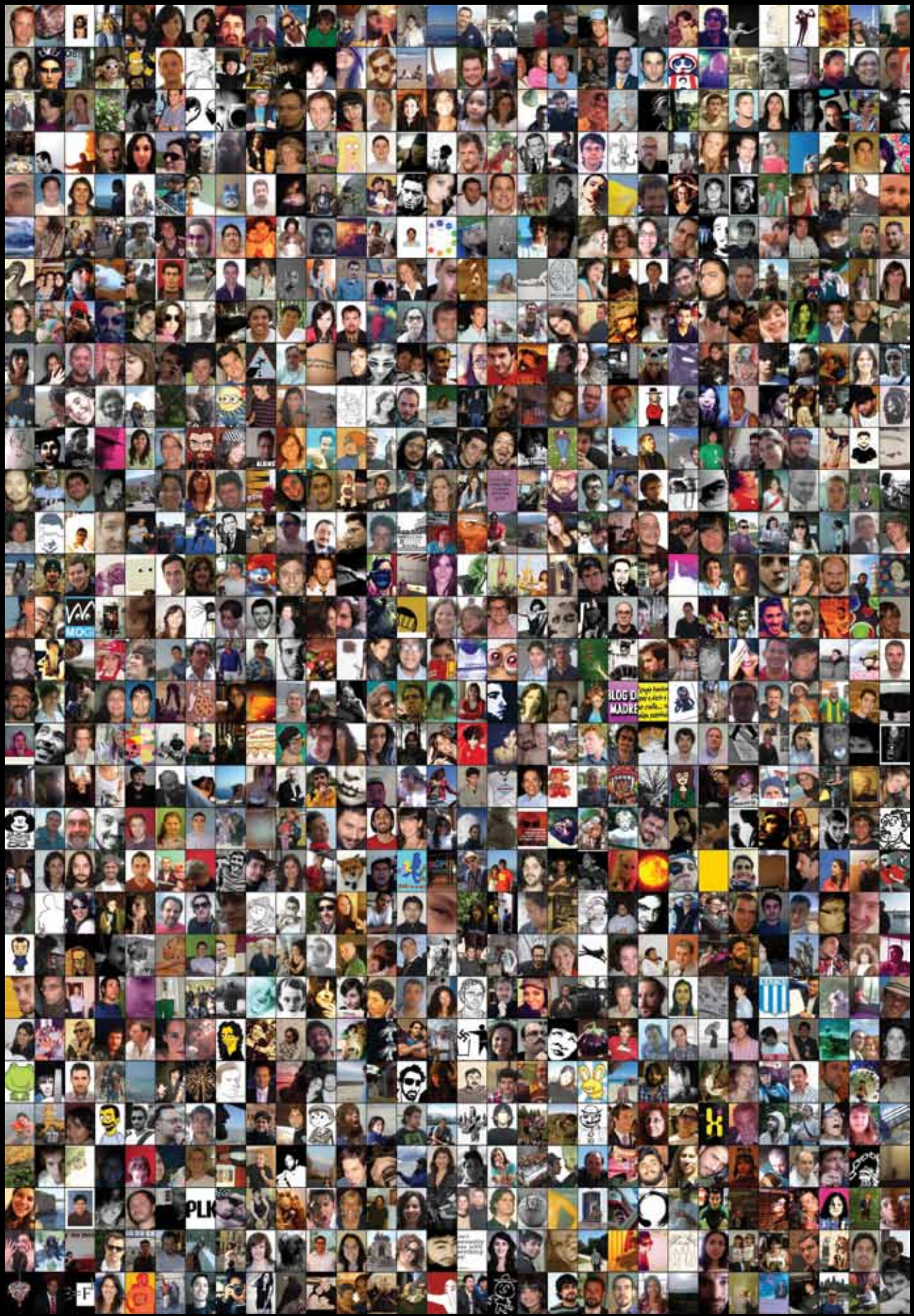
—¿Todavía seguís sin encontrarla?

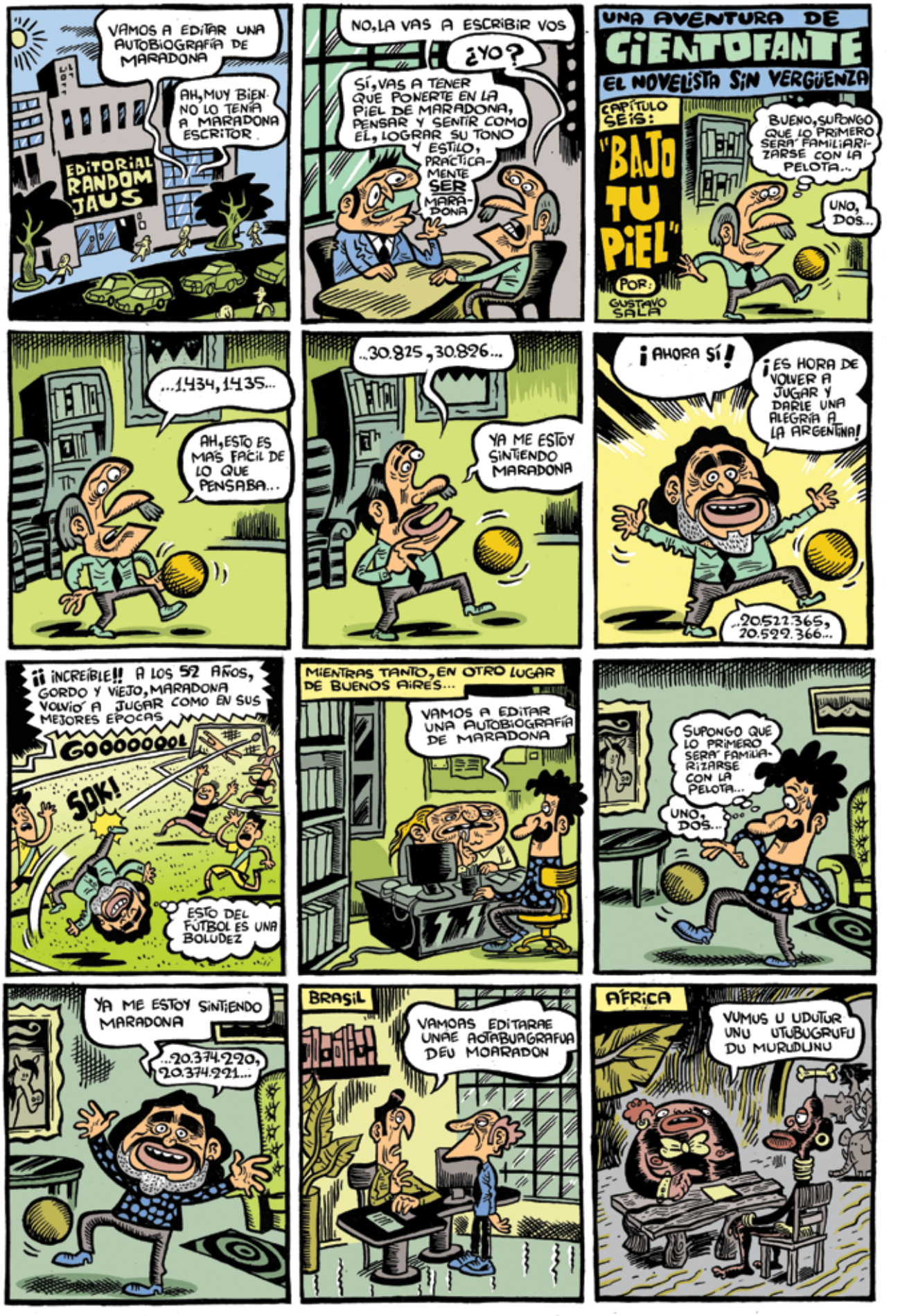
—No paro desde el jueves. Se me están cayendo los ojos a pedazos. Y acordáte que tengo los párpados gachones como Paul McCartney, y que además soy miope. Parezco Mario Levrero: me estoy yendo a dormir todos los días a la diez de la mañana... Dame una pista, por favor.

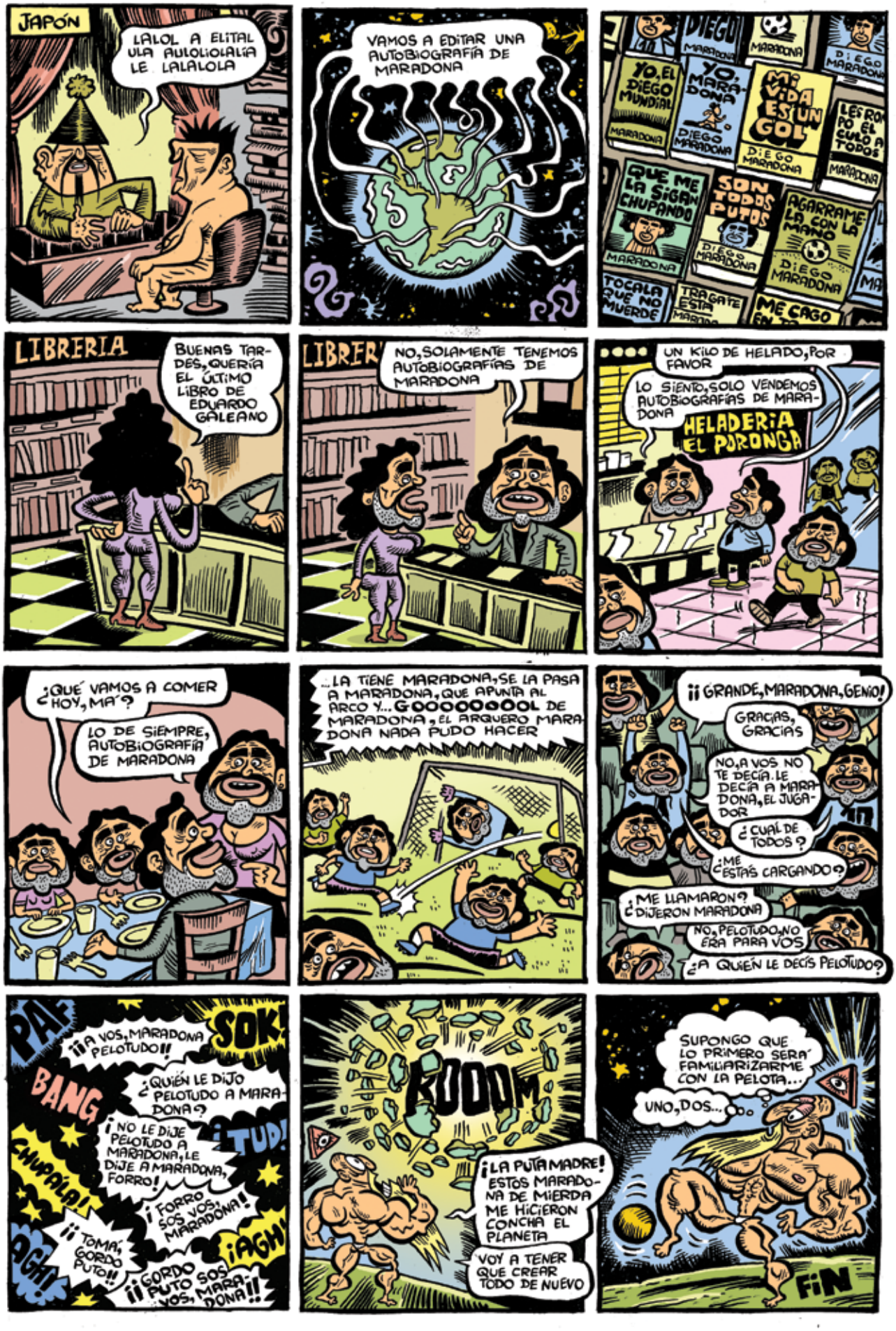
—Lo único que te puedo decir es que tengas paciencia: la respuesta está adentro tuyo. Incluso, hace unos minutos, vos mismo acabás de pronunciarla.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Te volviste yogui, gordo? Decime cómo mierda la encontraste, ¿querés?

—Con el orto enfocado, querido amigo miope —le digo—. Así es como se encuentran las mejores cosas en la vida. ◣




VAMOS A EDITAR UNA AUTOBIOGRAFÍA DE MARADONA
AH, MUY BIEN. NO LO TENÍA A MARADONA ESCRITOR
EDITORIAL RANDOM JAUS
NO, LA VAS A ESCRIBIR VOS
¿YO?
SÍ, VAS A TENER QUE PONERTE EN LA PIEL DE MARADONA, PENSAR Y SENTIR COMO EL, LOGRAR SU TONO Y ESTILO, PRÁCTICAMENTE SER MARADONA
UNA AVENTURA DE CIENTOFANTE
EL NOVELISTA SIN VERGÜENZA
CAPÍTULO SEIS:
"BAJO TU PIEL"
POR: GUSTAVO SALA
BUENO, SUPONGO QUE LO PRIMERO SERÁ FAMILIARIZARSE CON LA PELOTA...
UNO, DOS...
...1434, 1435...
AH, ESTO ES MÁS FÁCIL DE LO QUE PENSABA...
...30.825, 30.826...
YA ME ESTOY SINTIENDO MARADONA
¡AHORA SÍ!
¡ES HORA DE VOLVER A JUGAR Y DARLE UNA ALEGRÍA A LA ARGENTINA!
...20.522.365, 20.522.366...
¡¡INCREÍBLE!! A LOS 52 AÑOS, GORDO Y VIEJO, MARADONA VOLVIÓ A JUGAR COMO EN SUS MEJORES ÉPOCAS
GOOOOOOL
SOK!
ESTO DEL FÚTBOL ES UNA BOLUDEZ
MIENTRAS TANTO, EN OTRO LUGAR DE BUENOS AIRES...
VAMOS A EDITAR UNA AUTOBIOGRAFÍA DE MARADONA
SUPONGO QUE LO PRIMERO SERÁ FAMILIARIZARSE CON LA PELOTA...
UNO, DOS...
YA ME ESTOY SINTIENDO MARADONA
...20.374.920, 20.374.921...
BRASIL
VAMOAS EDITARAE UNAE AOTABUAGRAFUA DEU MOARADON
ÁFRICA
VUMUS U UDUTUR UNU UTUBUGRUFU DU MURUDUNU


JAPÓN
LALOL A ELITAL ULA AULOLIOLALIA LE LALÁLOLA
VAMOS A EDITAR UNA AUTOBIOGRAFÍA DE MARADONA
DIEGO MARADONA
YO, EL DIEGO MUNDIAL
YO, MARADONA
MI VIDA ES UN GOL
LES ROMPO EL CULO A TODOS
QUE ME LA SIGAN CHUPANDO
SON TODOS PUTOS
AGARRAME LA CON LA MANO
TOCALA QUE NO MUERDE
TRAGATE ESTA
ME CAGO
LIBRERIA
BUENAS TARDES, QUERÍA EL ÚLTIMO LIBRO DE EDUARDO GALEANO
NO, SOLAMENTE TENEMOS AUTOBIOGRAFÍAS DE MARADONA
UN KILO DE HELADO, POR FAVOR
LO SIENTO, SOLO VENDEMOS AUTOBIOGRAFÍAS DE MARADONA
HELADERIA EL PORONGA
¿QUÉ VAMOS A COMER HOY, MA'?
LO DE SIEMPRE, AUTOBIOGRAFÍA DE MARADONA
...LA TIENE MARADONA, SE LA PASA A MARADONA, QUE APUNTA AL ARCO Y... GOOOOOOOL DE MARADONA, EL ARQUERO MARADONA NADA PUDO HACER
¡¡GRANDE, MARADONA, GENIO!
GRACIAS, GRACIAS
NO, A VOS NO TE DECÍA. LE DECÍA A MARADONA, EL JUGADOR
¿CUÁL DE TODOS?
¿ME ESTÁS CARGANDO?
¿ME LLAMARON? ¿DIJERON MARADONA
NO, PELOTUDO, NO ERA PARA VOS
¿A QUIÉN LE DECÍS PELOTUDO?
PAF
SOK
BANG
¡¡A VOS, MARADONA PELOTUDO!!
¿QUIÉN LE DIJO ¿PELOTUDO A MARADONA?
¡NO LE DIJE PELOTUDO A MARADONA, LE DIJE A MARADONA, FORRO!
¡TUD!
¡CHUPALA!
¡FORRO SOS VOS, MARADONA!
¡¡TOMÁ, GORDO PUTO!!
¡AGH!
AGH!
¡¡GORDO PUTO SOS VOS, MARADONA!!
KUDDM
¡LA PUTA MADRE! ESTOS MARADONA DE MIERDA ME HICIERON CONCHA EL PLANETA
VOY A TENER QUE CREAR TODO DE NUEVO
SUPONGO QUE LO PRIMERO SERÁ FAMILIARIZARME CON LA PELOTA...
UNO, DOS...
FIN

COLABORADORES ORSAI 2012

Diego Agrimbau
(Buenos Aires, 1975)

Guionista, dramaturgo. Es coautor, junto con Laura Vázquez, de una tesis sobre la producción argentina de historieta en los últimos treinta años. Ha publicado en diversas revistas de cómic e historieta. Redactó el guion de "Halloween, 1938" en Orsai N9.

Horacio Altuna
(Córdoba, 1941)

Historietista. Publicó en *Fleetway*, *Thompson*, *Playboy*, *El Periódico* e innumerables revistas de cómic. Actualmente publica una tira diaria en *Clarín*. Participó en la Orsai N1 y dirigió la gráfica de Orsai 2012. Ilustró el relato "YPF: nacido y criado" para Orsai N7.

Carolina Aguirre
(Buenos Aires, 1978)

Escritora, guionista. Publicó tres libros: *Bestiaria*, *Ciega a citas* (adaptada también a la televisión) y *El efecto Noemí*. Ya había colaborado en el N1 de Orsai. Escribió el folletín policial "La laguna" en todas las ediciones de Orsai 2012.

Max Aguirre
(Buenos Aires, 1971)

Ilustrador e historietista. Se desempeña en las editoriales más importantes de Argentina. Fue seleccionado para la Serie Iconos de Máquina de Arte auspiciada por Film&Arts. Fue autor de la portada de Orsai N4. Ilustró "EE.UU.: ¿por qué tu pueblo es imbécil?" en Orsai N9.

Joe Bageant
(Virginia, 1946 - 2011)

Periodista y escritor. Su *Crónicas de la América profunda*, un retrato de los blancos pobres norteamericanos, es una obra maestra. Vivió en México los últimos años y murió en 2011. Su relato "EE.UU.: ¿por qué tu pueblo es imbécil" aparece por primera vez en español en Orsai N9.

Lula Bauer
(Buenos Aires, 1979)

Fotógrafa. Se dedica principalmente a fotografiar personas y realizar arte de discos. En 2012 abrió una galería de arte llamada Santa, en el Patio del Liceo, junto a otras tres fotógrafas. Ilustró con sus imágenes la crónica "La canción sin nombre" de Orsai N7.

Mario Bellatin
(Ciudad de México, 1960)

Escritor. Su novela *Salón de belleza* figura entre los mejores veinte libros en lengua castellana de los últimos años, según una lista confeccionada por escritores y críticos. Había participado en Orsai N4. Escribió el relato "El perro con ojo de agujero" en Orsai N9.

Patricio Betteo
(México DF, 1979)

Ilustrador. Estudió y abandonó Diseño Gráfico. Sus imágenes han aparecido en cientos de revistas y ha ilustrado una docena de libros infantiles. Ha desarrollado arte para videojuegos y animación. Ya había participado en Orsai N2. Ilustró "La guitarra de Santana" en Orsai N9.

Poly Bernatene
(Buenos Aires, 1972)

Ilustrador. Ha publicado numerosos libros infantiles y juveniles para Argentina y otros rincones del mundo como México, España, Inglaterra, Australia y Estados Unidos. Ilustró las crónicas "El rey de los helados" en Orsai N8 y "Siniestra hospitalidad" en Orsai N10.

Andreu Buenafuente
(Tarragona, 1965)

Humorista, presentador y productor de televisión. Es el fundador de la productora audiovisual El Terrat, desde donde ha creado multitud de formatos televisivos. Redactó su columna "La foto pensada" en todas las ediciones de Orsai 2012.

Pito Campos
(Córdoba, 1965)

Dibujante e ilustrador, siempre vinculado al lápiz y al papel, cursó la carrera de Arquitectura hasta cuarto año y la abandonó en busca de otros espacios. Diseñador gráfico y artista plástico de formación autodidacta. Ilustró el relato "Diario de un librero" para Orsai N7.

Hernán Cañellas
(Buenos Aires, 1966)

Ilustrador. Ha publicado en las revistas *Fierro*, *Noticias* y *Perfil*. Actualmente trabaja para *National Geographic Magazine*. En 2008 fue seleccionado para exponer en la feria del libro infantil de Bologna. Había participado en Orsai 2011. Ilustró "Regreso a casa con turtuga" en Orsai N10.

Álvaro Carballo
(Montevideo, 1974)

Periodista y comunicador. Actualmente conduce el periodístico *La noticia y su contexto* en TNU. Hizo guiones para ficciones radiales y tiene cuentos inéditos. Entrevistó al fundador de Twitter Evan Henshaw-Plath, desde Montevideo, en Orsai N7.

Alfredo Casero
(Buenos Aires, 1962)

Humorista, actor, músico y cantante. Creador de *Cha cha cha*, un programa de culto de las décadas de los ochenta y noventa. Participó en dramas y comedias de cine y televisión. Redactó los guiones de "La historieta imposible" en todas las Orsai 2012.

Luis Chaves
(Costa Rica, 1969)

Escritor, poeta y traductor. Publicó libros en Centroamérica, México, España y Argentina. Ya había participado en Orsai N2. Tradujo "EE.UU.: ¿por qué tu pueblo es imbécil?" en Orsai N9 y "Regreso a casa con tortuga" en Orsai N10.

Tatiana Córdoba
(Bogotá, 1988)

Ilustradora. Graduada de la Universidad Javeriana de Artes Visuales en 2009. Ha colaborado en ilustración con varias revistas como *Dinero*, *Bacánika*, *Cartel Urbano* y *El Malpensante*. Participó en Orsai N1. Ilustró el relato "La historia del Power Ranger Rojo" en Orsai N9.

Andrés Cuenca
(Montevideo, 1982)

Fotógrafo. Trabajó en *El Observador* de Montevideo. Colabora con Reuters, Associated Press y EFE. Dicta talleres de fotografía dentro de un proyecto de la ONG PLEMUU. Ilustró con sus imágenes la crónica "¿De qué se ríe Evan?" de Orsai N7.

Gabriel Dalla Torre
(Neuquén, 1977)

Escritor y periodista. Se especializa en macro relatos. Colabora en el diario *Los Andes*. Publicó *Las Viajadas* y, junto a Lucía Bracelis, *Las Habilidades Inútiles*. Adaptó y codirigió *Las Viajadas* para INCAA TV. Escribió el relato "YPF: nacido y criado" para Orsai N7.

Laureano Debat
(Lobería, 1981)

Periodista y crítico literario. Vive en Barcelona desde 2009. Ha colaborado en el suplemento Radar Libros de *Página/12* y en Cultura(s) de *La Vanguardia*. Escribe crítica literaria en la revista *Taller de Letras*. Entrevistó al novelista Curtis Garland, desde Barcelona, para Orsai N6.

Guillermo Decur
(Rosario, 1981)

Historietista e ilustrador. Ha publicado en el suplemento Ñ del diario *Clarín* y en la revista *Fierro*. Publicó su primer libro, *Merci!* y es el director de la revista *Bonete*. Había participado en el primer año de Orsai. Realizó todas las portadas y sumarios de Orsai 2012.

Horacio Dengis
(Buenos Aires, 1962)

Guionista, creativo publicitario. Fue director creativo en Bates, en Grey, y actualmente en Young & Rubicam. Como guionista, trabajó para *CQC* y *Perdona Nuestros Pecados*. Enseña redacción publicitaria en la AAP. Redactó las frases al pie de Orsai N9.

Junot Díaz
(Santo Domingo, 1968)

Escritor dominicano nacionalizado estadounidense, ganador del premio Pulitzer en 2008. Autor de *Los Boys* y *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*. Su relato "Regreso a casa con tortuga" apareció por primera vez en español en Orsai N10.

Julio Durán
(Iquitos, 1977)

Poeta, novelista y traductor. En 1998 edita su primer poemario, *Festival de la desesperación*. Su primera novela, *Incendiar la ciudad*, fue autoeditada. Su último libro de relatos se llama *La forma del mal*. Tradujo el cuento "Testimonio" en Orsai N5.

Mariana Enriquez
(Buenos Aires, 1973)

Periodista y escritora. Trabaja en el suplemento Radar de *Página/12*. Publicó dos novelas, *Bajar es lo peor* y *Cómo desaparecer completamente*, y un libro de relatos, *Los peligros de fumar en la cama*. Escribió el relato "La casa de Adela" en Orsai N10.

Bernardo Erlich
(Tucumán, 1963)

Humorista gráfico. Ha colaborado en *Sátira/12* y *La Gaceta*. Publica una viñeta diaria en la edición digital de *El País* de España. Ya había colaborado en la primera temporada de Orsai. Redactó y dibujó la columna "Continuará" en las Orsai N5, N6 y N9.

Diego Fonseca
(Córdoba, 1970)

Periodista y escritor. Ha colaborado con diversas publicaciones de habla hispana. *South Beach* es su primer libro de relatos. En 2012 compiló *Sam no es mi tío*. Ya había participado en Orsai N4. Escribió la crónica "La mujer maravilla canta jazz" en Orsai N9.

Manel Fontdevila
(Barcelona, 1965)

Humorista gráfico. Colabora en *El Jueves*, donde realiza las series *Para ti, que eres joven*, junto a Albert Monteys, y *La parejita*, alternándolas con álbumes menos comerciales. Colabora en *El Diario*. Dibujó la sección "No tengo blog" en todas las Orsai 2012.

Andréa del Fuego
(San Pablo, 1975)

Escritora. Autora de la trilogía *Minto enquanto posso* (2004), *Nego tudo* (2005) y *Engano seu* (2007). Su primera novela, *Os Malaquias*, obtuvo el Premio José Saramago. Su cuento "Francisco no se da cuenta" aparece por primera vez en español en Orsai N6.

Daniel Galera
(San Pablo, 1979)

Escritor y traductor. Ha publicado cuatro libros: *Dentes Guardados* (2001), *Até o Dia em que o Cão Morreu* (2003), *Mãos de Cavalo* (2006) y *Cordilheira* (2008). Su cuento "Cada instante es un universo entero" aparece por primera vez en español en Orsai N6.

Gonzalo Garcés
(Buenos Aires, 1974)

Novelista y ensayista. En 1990 se convirtió en el crítico más joven del diario *La Nación*. Colabora en diversos medios culturales de Hispanoamérica. Ya había colaborado en el N2 de Orsai. Redactó su columna "Volver a la guerra" en todas las ediciones de Orsai 2012.

Mempo Giardinelli
(Chaco, 1947)

Escritor y periodista, creador de la revista *Puro Cuento* (1986-92) y de novelas y relatos traducidos a varios idiomas, entre ellas *El Santo oficio de la memoria* y *Luna Caliente*. Recibió el premio Rómulo Gallegos. Escribió el relato "Los traidores" en Orsai N9.

Jorge González
(Buenos Aires, 1970)

Historietista, con enorme proyección internacional. Publicó *Le Vagabond*, *Lanza en Astillero*, *Hate Jazz*, *Fueye* y *Dear Patagonia*. Ha colaborado en *The New Yorker*. Ilustró la portada de Orsai N1 y, en 2012, todos los episodios de "El gran surubí".

Martín Graziano
(Tres Arroyos, 1980)

Periodista. Escribe sobre música y culturas populares en *Rolling Stone*, *G7* y *Gatopardo*, entre otras. Publicó el libro *Cancionistas del Río de la Plata*. Trabaja como investigador y guionista. Escribió la crónica "Canción sin nombre" en Orsai N7.

Leila Guerriero
(Junín, 1967)

Periodista y escritora. Es redactora del diario *La Nación*. Ha colaborado con *Rolling Stone*, *Letras Libres*, *El País* y *El Universal*, entre otras publicaciones. Ya había participado en Orsai N4. Escribió el ensayo "La inspiración transpirada" en Orsai N10.

Pedro Juan Gutiérrez
(Matanzas, Cuba, 1950)

Escritor y periodista reconocido por su elogiada *Trilogía sucia de La Habana*. Hasta entonces había sido periodista durante un cuarto de siglo. Entre 1998 y 2003 publicó los cinco libros del Ciclo de Centro Habana. Escribió el relato "Miedo" en Orsai N9.

Hernán Iglesias Illa
(Buenos Aires, 1973)

Periodista, escritor y editor. Recibió el Premio Crónicas, de Planeta y Seix Barral, por *Golden Boys*. Colabora en *Wall Street Journal* y *Etiqueta Negra*. Ya había colaborado en el N1 de Orsai. Escribió la crónica "Una vespa en Nueva York" en Orsai N6.

Gabriel Ippoliti
(Santa Fe, 1964)

Historietista. Ha colaborado con las revistas *Fierro*, el sello iBooks de Nueva York y la revista *Heavy Metal* de Nueva York. Sus obras han sido publicadas en diversos países. Ya había participado en Orsai N2. Dibujó la historieta "Halloween, 1938" en Orsai N9.

Hari Kunzru
(Londres, 1969)

Editor y periodista. Su primera novela, *El transformista*, recibió el premio Somerset Maugham. Fue incluido por *Granta* entre los veinte mejores escritores de menos de cuarenta años. Su cuento "Raj, bohemio" aparece por primera vez en español en Orsai N8.

Simon Kuper
(Uganda, 1969)

Periodista y escritor nacionalizado británico. Sus dos pasiones, la economía y el fútbol, lo han llevado a estudiar en Oxford, Harvard o Berlín, y a vivir en Ámsterdam o Jamaica. Su ensayo "La culpa fue de Johan Cruyff" apareció por primera vez en español en Orsai N10.

Josefina Licitra
(La Plata, 1975)

Periodista, cronista y narradora. En 2004 ganó el premio CEMEX-FNPI. Dictó talleres de crónica periodística y publicó el libro de crónicas *Los Imprudentes*. Había participado en Orsai N2. Escribió la crónica "El hombre de piedra" en Orsai N8.

Liniers
(Buenos Aires, 1973)

Humorista gráfico. Comenzó a publicar dibujos e historieta en periódicos y revistas, consiguiendo gran fama. Sus libros son recopilaciones de sus publicaciones de tiras e historietas. Su mayor obra es *Macanudo*. Dibujó "Cartas a mis amigos" en Orsai N5.

Alejandra Lunik
(Santiago de Chile, 1973)

Humorista gráfica y argentina desde sus primeros días. Publica sus *Crónicas de la cultura* en la revista Ñ y su personaje Lola en *Ohlalá*. Dibujó la saga "Comedias románticas" en las Orsai N5 a N7, y el ensayo "La inspiración transpirada" en Orsai N10.

COLABORADORES ORSAI 2012

Héctor Llanos M.
(Valladolid, 1981)

Periodista. Vive en Berlín y colabora con *Esquire*, *Yorokobu*, *Dazed & Confused*, *Digital H Magazine*, *Neo 2*, *Calle 20* y otros medios gráficos alternativos amantes de la cultura pop. Entrevistó al músico Peter Jenner, desde Copenhague, en Orsai N5.

Ana Paula Maia
(Nova Iguaçú, 1977)

Novelista. Empezó a publicar en internet una novela llamada *A guerra dos bastardos* y consiguió trascender. Es autora de la trilogía *A saga dos brutos*. Su cuento "Carbón animal" (fragmento de su última novela) aparece por primera vez en español en Orsai N6.

Pedro Mairal
(Buenos Aires, 1970)

Escritor. Se lo conoció con la novela *Una noche con Sabrina Love*, que recibió el Premio Clarín en 1998. Publicó las novelas *El año del desierto* y *Salvatierra*. Ya había colaborado en el N1 de Orsai. Compuso los sonetos de "El gran surubí" en todas las Orsai 2012.

Luis Mey
(Buenos Aires, 1979)

Escritor y librero. Escribió *Los abandonados* y *Las garras del niño inútil*, con inmediato éxito de público y crítica. En 2012, en coautoría con Andrea Stefanoni, publicó *Tiene que ver con la furia*. Escribió el relato "Diario de un librero" para Orsai N7.

Alberto Montt
(Quito, 1972)

Pero chileno, ya que fue inscripto en la embajada de Chile. Ilustrador profesional desde edad muy temprana, se convierte en humorista gráfico desde internet, con su blog *Dosis Diarias*. Ya había participado en Orsai N1. Dibujó en todas las Orsai de 2012.

Catalina Murillo
(Costa Rica, 1970)

Escritora y periodista. Colabora en *SoHo* Costa Rica y en el periódico *La Nación*. Escribió las novelas *Largo domingo cubano* (1995) y *Marzo Todopoderoso* (2003). Reside en España. Escribió el cuento "Memorias de la burbuja" en Orsai N8.

Keith Lee Morris
(Carolina del Sur, 1960)

Novelista y narrador. Ha publicado *The Best Seats in the House and Other Stories* (Western Literature Series). El cuento *Testimony* pertenece a su libro *Call it What You Want*. Esta obra aparece por primera vez en idioma español en Orsai N5.

Santiago Nazarian
(San Pablo, 1977)

Narrador. Uno de los más prolíficos de su generación. Su primera novela, *Olívio* fue premiada en un concurso de la Fundação Conrado Wessel. *Pornofantasma* es su último libro. Su cuento "Sos mi Cristo Redentor" aparece por primera vez en español en Orsai N6.

Carlos Nine
(Buenos Aires, 1944)

Ilustrador, dibujante. Colabora en *Clarín* y *Noticias*; hace también un cartoon libre de actualidad para *Le Monde*. Ha ilustrado en *Playboy*. Sus portadas para libros y revistas son tan bellas como incontables. Dibujó y escribió los textos de "Nine 2x4" en Orsai N5.

Joyce Carol Oates
(New York, 1938)

Novelista, cuentista, autora teatral y editora. Desde 1978, es profesora de escritura creativa en la Universidad de Princeton. Su antológico relato "Adónde vas, dónde has estado", dedicado a Bob Dylan, se publicó por primera vez en español en Orsai N10.

Fernando de la Orden
(Buenos Aires, 1976)

Fotógrafo y editor. Actualmente trabaja en Clarín. Fundó la Colección PianoPiano, una editorial independiente con la que publicó los libros *Bicis* y *Yosoy*, una compilación de autorretratos. Ilustró con sus imágenes la crónica "El hombre de piedra" de Orsai N8.

Leonardo Oyola
(Buenos Aires, 1973)

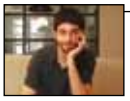
Escritor. Sus relatos han sido antologados en diversas recopilaciones. Su tercera novela, *Chamamé*, fue galardonada con el Premio Dashiell Hammett a la mejor novela policíaca en castellano. Escribió el folletín "Cruz / Diablo" en todas las ediciones de Orsai 2012.

Franco Pastura
(Buenos Aires, 1961)

Docente, periodista, activista por la diversidad sexual, stripper ocasional y gran lector de Orsai desde sus inicios. Colabora con sitios web y revistas de Brasil, país en el que reside desde 2009. Realizó la crónica "Buscando porro en Rio" en Orsai N5.

Pablo Perantuono
(Buenos Aires, 1971)

Periodista. Escribe en las revistas *Brando*, *Rolling Stone* y *Newsweek*. Escribe en el blog *Los Trabajos Prácticos*. Trabaja en la sección Sociedad de *Clarín*. Había participado en Orsai N3. Entrevistó al músico Carlos Solari, desde Nueva York, en Orsai N8.



José A. Pérez
(Bilbao, 1979)

Es el autor del blog humorístico más leído en España, Mimesacojea.com. Escribió y dirigió *Ciudad K*, una serie de humor en TVE y produjo y dirigió la serie de documentales *Escépticos* para EiTB. Redactó su columna "A través de la Ouija" en todas las Orsai 2012.

Ana Prieto
(Mendoza, 1975)

Periodista. Colabora en revista Ñ de diario *Clarín*. Ha publicado en *Gataflora*, *Lamujerdemivida*, *Gazpacho* y otros medios. Ya había colaborado en la primera temporada de Orsai 2011. Entrevistó a María Kodama, desde Buenos Aires, en Orsai N5.

Sonia Pulido
(Barcelona, 1973)

Ilustradora. Licenciada en Bellas Artes en la especialidad de grabado y estampación. En 2008 Pere Joan pidió un guion que pudiera realizar, dando como resultado *Duelo de caracoles*. Ilustró la crónica "Una vespa en Nueva York" en Orsai N6.

Miguel Rep
(Buenos Aires, 1961)

Dibujante y humorista gráfico. Publica una tira en la contratapa de *Página/12* desde el primer número. Colabora en *Fierro*, *El País* y *La Vanguardia*. Publicó, con gran éxito, una docena de libros. Participó con dibujos y textos en todas las Orsai de 2012.

Jorge Repiso
(Buenos Aires, 1964)

Periodista e investigador. Obtuvo una mención de Transparency International por investigar corrupción en el gobierno porteño. Desde 1998 hace periodismo en el semanario *Veintitrés*. Escribió el ensayo "Arquetipos del turista" en Orsai N9.

Jorge Ricciardulli
(Luján, 1959)

Plástico. Cursó pintura mural en la Escuela Superior de Arte Ernesto de la Cárcova e integró el primer proyecto muralista La Virgen. Es director del Museo de Bellas Artes Fernán Félix de Amador de Luján. Ilustró el folletín "Cruz / Diablo" en todas las Orsai 2012.

Xtian Rodríguez
(Buenos Aires, 1970)

Escritor y traductor. En 2000 tradujo Google al castellano. Dicta talleres de escritura breve y lectura de novelas. Colabora como guionista de televisión. Ya había participado en Orsai N4. Tradujo el cuento "¿Dónde vas? ¿Dónde estuviste?" en Orsai N10.

Trinidad Romero
(Buenos Aires, 1985)

Redactora publicitaria y periodista. En el círculo de Twitter se la conoce como @TrinidadRomero, o Titi. Desde 2012 es editora de la revista Arrobas (arrobasmag.com), la primera revista sobre microblogging en español. Redactó las frases al pie de Orsai N8.

Gusti Rosemffet
(Buenos Aires, 1963)

Ilustrador. Desde 1985 reside en Barcelona. Ha obtenido numerosos premios, entre ellos el Pomme D'or (Bratislava), Apel·les Mestres (1990), Premio Nacional de Ilustración (1990), Lazarillo de Ilustración (1991). Ilustró el folletín "La laguna" en todas las Orsai 2012.

Juan Sáenz Valiente
(Buenos Aires, 1981)

Historietista y animador. Publicó *Sarna*, con guion de Trillo. Colaboró en la realización del libro *Arte y técnica de la animación*. Realiza la serie de TV *Impreso en Argentina*. Compuso la portada de Orsai N3 y dibujó "La historieta imposible" en todas las Orsai 2012.

Gustavo Sala
(Mar del Plata, 1973)

Dibujante, guionista y humorista gráfico. A finales de los noventa se integra a la escena del cómic underground. Colabora en *Rolling Stone*, *El Jueves* y *Página/12*. Dibujó la historieta "Cientofante, el novelista sinvergüenza" en todas las Orsai 2012.

Eduardo Salles
(Ciudad de México, 1987)

Escritor, dibujante y publicista. Autor del blog *El espíritu de los cínicos*, uno de los más concurridos de México. Recibió diversos y prestigiosos premios publicitarios. Está preparando su primer libro. Compuso todos los afiches antipublicitarios de las Orsai 2012.

José Sbarra
(Buenos Aires, 1950 -1996)

Fue maestro normal, periodista, escritor y guionista. Publicó libros infantiles y juveniles. Después llegaron sus obras más oscuras: *Obsesión de vivir*, *Marc, la sucia rata* y *Plástico cruel*. En Orsai N7 se publicó un fragmento de esta novela.

Alejandro Seselovsky
(Rosario, 1971)

Periodista. Publicó los libros *Cristo llame ya* y *Trash*, un volumen sobre los personajes mediáticos de Buenos Aires. Trabaja para diversos medios, entre ellos *Rolling Stone*. Ya había colaborado en el N1 de Orsai. Escribió la crónica sobre Fontanarrosa en Orsai N6.

Juan Sklar
(Buenos Aires, 1983)

Guionista, escritor. Participó del ciclo *El hombre de tu vida*, de la comedia literaria *Ver para leer*, y es coautor del ciclo infantil de títeres *Z-TV*. Colaboró en las revistas *THC* y *La mujer de mi vida*. Escribió el relato "La historia del Power Ranger Rojo" en Orsai N9.

Melania Stucchi
(Buenos Aires, 1976)

Guionista, escritora y docente universitaria. Es parte del staff de *El Laboratorio de Guion*. Reside en Barcelona, donde realiza un Máster en Creación Literaria en la Universitat Pompeu Fabra. Redactó la saga "Comedias románticas" en las Orsai N5 a N7.

Enrique Symns
(Buenos Aires, 1946)

Periodista y escritor. Pluma fundamental de las míticas revistas *El Porteño* y *Cerdos & Peces*. Ha publicado novelas y biografías sobre rock. Escribió la crónica "El rey de los helados" en la Orsai N8 y "Siniestra hospitalidad" en Orsai N10.

Martín Tognola
(Buenos Aires, 1972)

Ilustrador. Trabajó para *Viva*, *Noticias*, *Playboy* y el diario deportivo *Olé*. Colaboró durante más de quince años con *El Periódico* de Catalunya y con *La Vanguardia* y *Público*. Ya había participado en Orsai N3. Ilustró "La escuela miope" en Orsai N9.

Ermengol Tolsà
(Córdoba, 1958)

Humorista gráfico. Comenzó a publicar en la mítica *Hortensia*. Muy joven se radicó en Cataluña, tierra de sus padres. Ha trabajado en *Playboy*, *Diari Segre* y *Diari de Andorra*. Es miembro fundacional de Orsai. En las ediciones de 2012 se encargó de ilustrar las sobremesas.

Matías Tolsà
(Villa Constitución, 1983)

Dibujante. Nació en Argentina, aunque vive en Cataluña desde chico. Publica en varios medios y coordina una escuela de dibujo en Cataluña. Es miembro fundacional de Orsai. En las ediciones de 2012 se encargó de ilustrar los cuentos y las columnas.

Marcelo Tourné
(Bahía Blanca, 1968)

Escritor, traductor y poeta. Fue finalista del XXI Premio de Poesía Loewe (2008) por su colección de poemas *Atlas Nocturno*. Actualmente reside en San Francisco, California. Tradujo el cuento "Raj, bohemio" en la edición de Orsai N8.

Jorge Trimboli
(Buenos Aires, 1958)

Profesor, traductor. Vivió un cuarto de siglo en Brasil y actualmente vive en Iowa, Estados Unidos. Entusiasta aficionado de la literatura en español, portugués e inglés. Tradujo la antología de cuatro cuentos brasileños que se publicaron en Orsai N6.

Mikel Urmeneta
(Pamplona, 1963)

Dibujante y empresario. Fundador director creativo de la Fábrica de Dibujos Kukuxumusu. Fue el autor de la imagen corporativa del Mundial de Pelota Vasca del año 2002. Escribió y dibujó el grafocuento "La casa de las mujeres cocodrilo" en la Orsai N8.

Santiago Vallesi
(Buenos Aires, 1976)

Músico, ilustrador y redactor. Cobró cierta notoriedad en Twitter a partir de escribir frases absurdas y desopilantes, las mejores de las cuales se encuentran recopiladas en su primer libro, *Los ingeniosos tweets de Mic_y_Mouse*. Redactó las frases al pie de Orsai N5 a N7.

Aurora Venturini
(La Plata, 1922)

Novelista, cuentista y traductora. Amiga íntima de Eva Perón, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Albert Camus, entre otros. En 2007 recibió el Premio de Nueva Novela Página/12 por su novela *Las primas*. Escribió el relato "El murciélago" en Orsai N9.

Nacho Vigalondo
(Cantabria, 1977)

Director de cine, actor, guionista, bailarín y cantante. Su cortometraje *7:35 de la mañana* fue nominado a los Óscar. *Los Cronocrímenes* y *Extraterrestre* son sus primeros largometrajes. Redactó su columna "Los mejores momentos del cine" en todas las Orsai 2012.

Juan Villoro
(Ciudad de México, 1956)

Cronista y escritor. Uno de los intelectuales más destacados de Hispanoamérica. Ha colaborado en numerosos medios. Obtuvo el Premio Herralde de novela. Ya había participado en Orsai N1. Escribió la crónica "La guitarra de Santana" en Orsai N9.

Gabriela Wiener
(Lima, 1975)

Escritora y periodista, afincada en Madrid. Colabora con una larga serie de medios como *Etiqueta Negra*, *El País* y *La Vanguardia*. Ya había colaborado en la primera temporada de Orsai. Redactó su columna "Fin del mundo" en las Orsai N5 a N7 y N10.

NOVEDADES DEL **PRÓXIMO AÑO**

Si el veintiuno de diciembre de 2012 no se acaba el mundo, seguiremos con Orsai un año más. Y para festejar el error (el de los mayas) hemos decidido que ya no habrá que comprar la suscripción anual por adelantado. Volvemos con orgullo al viejo sistema del primer año, ¿se acuerdan? Cualquiera que compre diez revistas puede ser distribuidor, y los lectores podrán adquirir sus ediciones bimestre a bimestre. Todos los detalles sobre la nueva suscripción 2013 estarán, desde el uno de noviembre, en tu página personal ("Mi Orsai") de editorialorsai.com.

TIENDA **ORSAI**

Los lectores que se quedaron sin ejemplares anteriores tendrán una última opción desde diciembre. Abriremos la "Tienda Orsai" hasta agotar el poquito stock que nos queda en cada región del mundo. Miren qué lindas que quedan las diez portadas juntas.

Quien toma malas decisiones, mea culpa. En el primer episodio de "La laguna", el folletín de Carolina Aguirre publicado en Orsai N5, bautizamos sin querer "Silvia" a la exmujer de Julio Kaminski; en realidad se llama Laura. En el segundo episodio de "El gran surubí", publicado en Orsai N6, hay un verso mal medido (no vamos a decir cuál es, búsquenlo); la culpa no es de Pedro Mairal sino nuestra, que por equivocación publicamos una versión sin las correcciones finales del autor. En la reseña sobre la película "Accident" de Joseph Losey, publicado en Orsai N7, Nacho Vigalondo puso correctamente el año del filme: 1967; nosotros nos enredamos y pusimos 1954. En los créditos de la entrevista al Indio Solari de Orsai N8, nos olvidamos de consignar al autor de la foto de apertura: se trata del fotógrafo Edgardo Andrés Kevorkian. En la portada de Orsai N9, la Mujer Maravilla escribe en el pizarrón versos chanchos que riman con números; la rima del número seis es "el orto os partiréis"; el verbo está mal conjugado. En el listado anual de autores e ilustradores de Orsai N10, es decir, en las páginas que preceden a esta, nos olvidamos de incluir a Carlos Aranda, el autor de las frases al pie de esta edición; le pedimos disculpas. Por todas estas razones, y otras que no vienen a cuento, nos hemos flagelado los unos a los otros con látigos de tres puntas. El año que viene intentaremos seguir cometiendo un error grave por edición, para mantener la simetría. A pesar de esto, la Revista Orsai sigue siendo un medio gráfico de Editorial Orsai SL. Su editor responsable es Hernán Casciari. Se imprimieron 6.000 ejemplares de este número 10 (correspondientes a los meses de noviembre y diciembre de 2012) en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, y en imprenta NovoPrint, de calle Energía 53 de Sant Andreu de la Barca, Barcelona, en el mes de octubre de 2012. Depósito legal: L-1382-2010. ISSN: 9772014015004-10. La marca "Orsai, Nadie en el Medio" está registrada.

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Diseño integral
María Monjardín

Administración
Cristina Badia

Dirección gráfica
Horacio Altuna

Arte
Guillermo Decur
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà
Eduardo Salles

Edición
Karina Salguero-Moya

Corrección
Florencia Iglesias

Staff
Alberto Montt
Manel Fontdevila
Andreu Buenafuente
Miguel Rep
Gonzalo Garcés
Gabriela Wiener
Alfredo Casero
Juan Sáenz Valiente
Nacho Vigalondo
Pedro Mairal
Jorge González
Leo Oyola
Hueso Ricciardulli
Carolina Aguirre
Gusti Rosemffet
Gustavo Sala

En este número
Enrique Symns
Poly Bernatene
Simon Kuper
Jorge Trimboli
Leila Guerriero
Alejandra Lunik
Junot Díaz
Hernán Cañellas
Luis Chaves
Mariana Enríquez
Joyce Carol Oates
Xtian Rodríguez
Marcelo Tourné
Carlos Aranda

Programación
Guillermo Harosteguy

Audiovisual
Andrés Locatelli

HASTA LA VICTORIA SIEMPRE...
QUE NOS DEJEN.
MONTT

LA VIDA ES SENCILLA